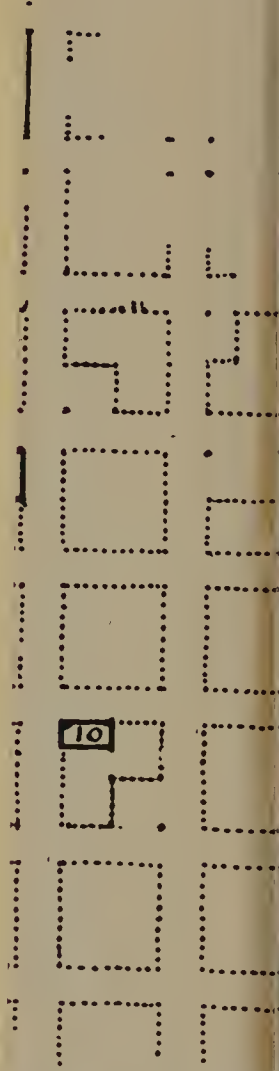
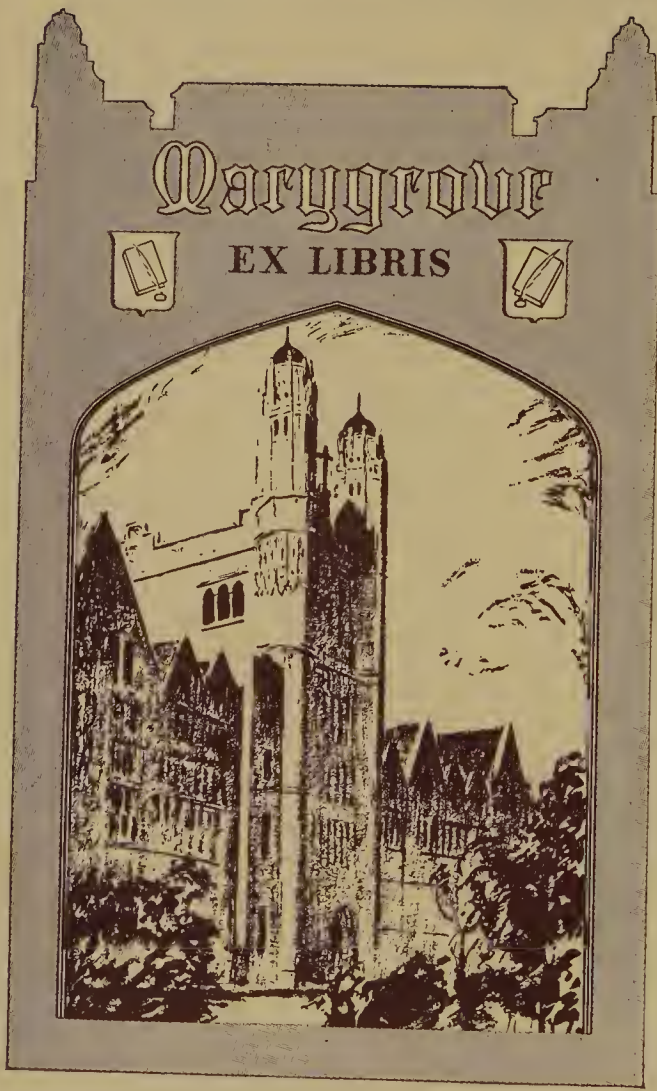


May
10

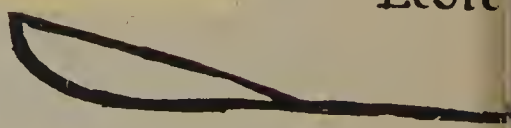
Pon



D

EN 1771

Leste



- 1..... la Plaza
- 2... la Iglesia matriz
- 3... convento de S.^a Domingo
- 4... su cido hueco
- 5... con.^{to} de S.^a Fran.^a
- 6... el crla merced.
- 7... Colegio, Viña y huerta
- 8... oficio de tuitiones
- 9... rancheria del Colegio.
- 10... Ygl.^a arruinada de S.^a Magal.
- 11... Capilla S.^a Antonio.
- 12 y 13... corrales de la Ciudad
- 14 al 19... Quintas.
- 20... hornos de Tarraagoma
- 21... Quintas.

Norte.



Rio de S.^a Fe

GLORIAS SANTAFESINAS

GLORIAS SANTAFESINAS

BUENAVENTURA SUÁREZ

FRANCISCO JAVIER ITURRI

CRISTÓBAL ALTAMIRANO

ESTUDIOS BIOBIBLIOGRÁFICOS

PRECEDIDOS DE UNA INTRODUCCIÓN

POR

GUILLERMO FÚRLONG CÁRDIFF, S. J.




BUENOS AIRES

EDITORIAL "SURGO" — ALSINA 840

1929

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

EUNIMOS en este volumen las tres monografías bibliográficas que hace diez años publicamos en las páginas de la revista Estudios que se edita en Buenos Aires.

Advertiremos, no obstante, que aquellas elucubraciones apenas tienen parecido con las actuales. Cuando las publicamos, sólo habíamos recorrido los archivos y bibliotecas existentes en la ciudad de Buenos Aires, y nuestra información era forzosamente reducida, incompleta y, por ende, inexacta en algunos puntos. Posteriormente nos ha sido dado el recorrer y urgar en los archivos y bibliotecas de la vieja Europa, y nos ha sido tan favorable la búsqueda que podemos afirmar haber quintuplicado las noticias biobibliográficas publicadas en 1919-1920.

A los tres artículos sobre las vidas y escritos de los Padres Buenaventura Suárez, Francisco Javier Iturri y Cristóbal Altamirano, agregamos ahora una disertación preliminar, enteramente inédita, sobre el histórico Colegio de la Inmaculada, en cuyas aulas estudiaron aquellos ilustres hijos de Santa Fe, disertación que comprende en síntesis la historia de tan benemérito instituto educacional.

A la Ciudad y Provincia de Santa Fe dedicamos estas líneas de su vieja y gloriosa historia. Justo es que así lo hagamos, aunque seamos los primeros en reconocer que son de escaso mérito histórico y de muy menguado valor literario.

No ocultaremos, sin embargo, que las hemos escrito con amor y cariño, amor y cariño que se basan en que el biógrafo y los biografiados son oriundos de la misma Provincia de Santa Fe y cursaron en las mismas aulas de aquel histórico Colegio.



LIBROS CITADOS EN ESTA OBRA *

- ALVEAR, DIEGO DE: *Relación geográfica e histórica de la Provincia de Misiones* (Buenos Aires, 1836), pp. 5, 60, 107; [2].
- ALVEAR Y WARD, SABINA: *Historia de Don Diego de Alvear* (Madrid, 1891), p. 39; [2].
- ARATA, PEDRO: *Botánica Médica Americana*, en "La Biblioteca", revista dirigida por Paul Groussac (Buenos Aires, 1898), t. viii. p. 448; [2].
- ASTRAIN, ANTONIO: *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* (Madrid, 1916), t. v. pp. 497/8, 531, 534; [1]. (Madrid, 1920), t. vi. pp. 409/17, 423, 454, 647, 653/4, 662/3, 674/5, 692.
- AZARA, FÉLIX DE: *Viajes inéditos* (Buenos Aires, 1873), pp. 245, 252; [2].
- AZARA, FÉLIX DE: *Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay* (Montevideo, 1904), p. 95; [2].
- BACKER, AG. ET AL.: *Bibliothèque des écrivains* (Liège, 1858), t. ii. p. 294; [3].
- BARZANA, ALONSO: *Carta al P. J. Sebastián*, 8-VII-1594, en "Relaciones geográficas de Indias", (Madrid, 1885), t. ii. pp. lii/lxv; [1].
- BRAVO, FRANCISCO: *Expulsión de los Jesuitas de la República Argentina* (Madrid, 1872), p. 133; [1].
- BRAVO, FRANCISCO: *Inventarios de los bienes hallados a la expulsión de los Jesuitas* (Madrid, 1872), pp. 272, 639; [2].
- CABALLERO, DIOSDADO: *Bibliothecæ Soc. Jesu Suppl. alterum* (Romæ, 1816), t. i. pp. 21, 48; [3]. p. 59; [2].

* [1], indica la Introducción; [2], la biografía de Suárez; [3], la biografía de Iturri; [4], la biografía de Altamirano.

- CABRERA, PABLO: *Tesoros del pasado argentino* (Córdoba, 1911), t. i. p. 234; [2]. pp. 237/8; [3].
- CANUDAS, LUIS: *Discurso*, en "Álbum conmemorativo del Colegio de la Inmaculada" (Santa Fe, 1912), p. 33; [1].
- CARBIA, RÓMULO D.: *Monseñor León F. Aneiros* (Buenos Aires, 1905), p. xxvii. n; [3].
- CARRASCO, JACINTO: *Ensayo histórico sobre la Orden dominica argentina* (Buenos Aires, 1924), t. i. pp. 342/3, 355/6, 359; [1].
- CERVERA, MANUEL M.: *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe* (Santa Fe, 1907), t. i. pp. 283, 364, 384/5, 391, 483, 488, 543; [1].
- CERVERA, MANUEL M.: *Actas del Cabildo Colonial* (Santa Fe, 1924), t. i. pp. 99, 100, 215/6, 250, 259, 265, 283, 285, 354, 391, 403; [1].
- CHARLEVOIX, FRANCISCO: *Historia del Paraguay* (Madrid, 1913), t. iv. pp. 34/6, 67, 604; [4].
- DOBRIZHOFFER, MARTÍN: *Historia de Abiponibus* (Viena, 1784), t. iii. p. 17; [1].
- FUNES, GREGORIO: *Ensayo de la historia civil* (Buenos Aires, 1856), t. i. pp. v, vi; t. ii. pp. 168, 292; [3].
- FÚRLONG, GUILLERMO: *Francisco J. Iturri*, en "Estudios" (Buenos Aires, 1920), t. xviii. pp. 43/52, 99/117; t. xx. p. 105; [3]. *Buenaventura Suárez*, en "Estudios" (Buenos Aires, 1919), t. xvii. pp. 102/17, 172/85; [2]. *Cristóbal Altamirano*, en "Estudios" (Buenos Aires, 1925/6), t. xxviii. pp. 103/20; t. xxix. pp. 217/25, 287/97; [4].
- GAMBÓN, VICENTE: *Al través de las misiones guaraníicas* (Buenos Aires, 1904), p. 22; [2].
- GARCÍA VELLOSO, ENRIQUE: *Historia de la literatura argentina* (Buenos Aires, 1914), pp. 222/3; [3].
- GORDILLO, ÁNGEL M.: *Los Jesuítas según las fuentes más puras de la historia* (Tucumán, 1873), pp. 322/5, 334; [3].

- GRENÓN, JUAN: *Los Funes y el P. Juárez* (Córdoba, 1920), t. i. p. 282; t. ii. pp. 14, 209, 219, 252, 273, 320.
- GROSSAC, PAUL: "Anales de la Biblioteca" (Buenos Aires, 1908), t. v. pp. xv, 92/7; [2]. t. vi. p. 249; [1].
- GUEVARA, JOSÉ: *Historia de la conquista del Paraguay* (Buenos Aires, 1882), t. i. pp. 74/7; [2]. Edición Groussac (Buenos Aires, 1908), pp. 92/7.
- GUTIÉRREZ, JUAN M.: *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado* (Buenos Aires, 1860), pp. 121/2; [3].
- GUTIÉRREZ, JUAN M.: "Revista del Río de la Plata" (Buenos Aires, 1874), t. v. p. 519; [2]. t. xviii. p. 191; [2]. t. viii. p. 482; [3]. t. viii. p. 335; t. ix. pp. 311/2.
- HERNÁNDEZ, PABLO: *Una visita a las Reducciones*, en "Razón y Fe" (Madrid, 1903), t. vii. pp. 236/7; [2].
- HERNÁNDEZ, PABLO: *El extrañamiento de los Jesuitas en el Río de la Plata* (Madrid, 1908), pp. 318/20; [3].
- HERNÁNDEZ, PABLO: *Organización social de las doctrinas guaraníes* (Barcelona, 1913), t. i. pp. 225, 323; t. ii. p. 414.
- HERVÁS Y PANDURO, LORENZO: *Historia de la vida del hombre* (Madrid, 1784), t. iii. p. 322; [3].
- JOLÍS, JOSÉ: *Saggio sulla storia naturale del Gran Chaco* (Faenza, 1789), p. 553; [2].
- LAMAS, ANDRÉS: "Revista del Río de la Plata" (Buenos Aires, 1873), t. v. p. 519; [3].
- LASSAGA, RAMÓN: *Tradiciones y recuerdos históricos* (Buenos Aires, 1895), p. 236; [1]. p. 33; [2]. p. 319; [3].
- LASSAGA, RAMÓN: "Nueva Época" (3 de abril de 1904).
- LEGUIZAMÓN, MARTINIANO: *Hombres y cosas que pasaron* (Buenos Aires, 1926), p. 92; [2].
- LEONHARDT, CARLOS: *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, 1609-1614* (Buenos Aires, 1927), t. i. pp. liii, 91; [1]. p. lxvi; [2].

- LOZANO, PEDRO: *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay* (Madrid, 1755), t. i. pp. 260, 266/7, 269/70, 462/3, 500; [1]. t. ii. pp. 266/7, 420, 423, 664, 796; [1]. t. i. p. 155; [2].
- LOZANO, PEDRO: *Historia de la Conquista del Paraguay* (Buenos Aires, 1873), t. i. pp. 52/3, 55; [2].
- LOZANO, PEDRO: *Vida del mártir P. Julián Lizardi* (Buenos Aires, 1901), p. 144; [1].
- LUGONES, LEOPOLDO: *El imperio jesuítico* (Buenos Aires, 1907), p. 172; [2].
- MACHONI, ANTONIO: *Las siete estrellas de la mano de Jesús* (Córdoba, 1732), pp. 287, 292/3; [1].
- MARTÍNEZ, BENJAMÍN: *Etnografía rioplatense* (Buenos Aires, 1899), p. 14; [2].
- MEDINA, JOSÉ T.: *Biblioteca Hispano Americana* (Santiago de Chile, 1898), p. 410. n. 3496; [2].
- MEDINA, JOSÉ T.: *Los Jesuitas expulsos en 1767* (Santiago de Chile, 1914), pp. 167/8; [3].
- MULHALL, MIGUEL: "The Month" (Londres, 1885), t. liv. p. 527; [2].
- MURIEL, DOMINGO: *Rudimenta juris naturæ et gentium* (Venecia, 1791), pp. 312/3; [2]. Traducción castellana (Buenos Aires, 1911), pp. 358/9.
- OLAECHEA Y ALCORTA, BALTASAR: *Crónica y geografía de Santiago del Estero* (Santiago del Estero, 1907), pp. 75/6; [2].
- PASTELLS, PABLO: *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay* (Madrid, 1912), t. i. pp. 128, 175, 211, 291, 420/1, 464, 587; [1]. t. ii. pp. 23/4, 81/8, 105, 382, 406, 443; [1]. t. ii. p. 307 n; [2]. t. ii. pp. 81/2; [4]. t. iii. p. 67; [4]. t. iii. pp. 41/6, 49, 55/9, 62, 64, 246/7, 276, 280, 286, 293, 311, 356, 373, 495.
- PERAMÁS, JOSÉ: *Historia de la expulsión*, en "Revista Eclesiástica" (Buenos Aires, 1907), p. 260; [1].

- ROJAS, RICARDO: *Historia de la literatura argentina* (Buenos Aires, 1918), t. ii. pp. 242/3; [2]. t. ii. pp. 345/8; [3].
- SALABERRY, JUAN F.: "Nueva Época" (18 y 20 de septiembre de 1919); [2].
- SALABERRY, JUAN F.: *Los Charrúas y Santa Fe* (Montevideo, 1926), p. 69; [1]. p. 69 n; [4].
- SOMMERVOGEL, CARLOS: *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus* (Bruselas, 1892), t. i. p. 688; [3]. t. vii. p. 1660; [2].
- TECHO, NICOLÁS DEL: *Historia de la Provincia del Paraguay* (Madrid, 1897), t. v. p. 36; [1]. t. iv. p. 94; t. v. pp. 93, 223; [4].
- TESCHAUER, CARLOS: *Historia do Rio Grande do Sul* (Porto Alegre, 1918), t. iii. pp. 152/5; [2].
- TRELLES, MANUEL R.: "Revista del Archivo general" (Buenos Aires, 1869), t. i. p. 425; [1]. t. ii. p. 76; [2].
- TRELLES, MANUEL R.: "Revista patriótica del pasado argentino" (Buenos Aires, 1898), t. i. pp. 258/9; t. v. p. 337; [2]. t. i. pp. 200/1; [4].
- TRELLES, MANUEL R.: "Revista de la biblioteca pública" (Buenos Aires, 1880), t. i. pp. 40/9, 58/62, 425; [1]. t. i. p. 32; t. iii. pp. 156, 295; [2].
- UDAONDO, ENRIQUE: *Plazas y calles de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1910), pp. 422/3; [3].
- URIARTE, EUGENIO: *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas* (Madrid, 1904), t. i. p. 112; t. iv. p. 410; t. v. p. 103; [3].
- VAN SUERCK, ANTONIO: *En Notice sur le P. Antoine Van Suerck*, par le P. Kiecksen (Bruselas, 1879), pp. 19/20; [1].
- VILLAGARCÍA, FÉLIX DE: *Carta sobre la vida y muerte del P. Aguilar* (s. l. y s. f.), fol. 11 v.
- ZAPATA GOLLÁN, A.: *En "Álbum conmemorativo del Colegio de la Inmaculada"* (Santa Fe, 1912), p. 78; [2]. [3].

MANUSCRITOS Y ARCHIVOS CITADOS

Asunción (Paraguay). — *Archivo Nacional: Ass.*, vol. lxi, n. 17, fs. 41/5, 58.

Barcelona (España). — *Archivo de la iglesia del Pino: Libro de defunciones*, 1822, f. iv.

Buenos Aires. — *Archivo de la Nación Argentina: Colonia. Compañía de Jesús. Memoriales de visita*, 1620, 1650, 1692, 1708, 1718, 1721, 1745. *Catálogos de la Provincia del Paraguay*, 1729, 1735. *Testimonio otorgado a D. Becerra*, vi, xiv, i, i. *Declaración de Domingo Ladino*, septiembre 6 de 1713. *Carta del Padre P. Helgueta al P. Díaz Taño*, diciembre 10 de 1635. *Cartas del Padre Garáu y del Padre Cea*, 1753/7, 1760, 1767. *Cartas del Padre García al Padre Arnal*, 1766/7. *Temporalidades*, Santa Fe, 1771, 1772, 1774, 1790, 1797.

Buenos Aires. — *Archivo de la Provincia Argentino-Chilena: Cartas del Padre G. Juárez*, 8 de mayo de 1788, 24 de junio de 1788. *Cartas del Padre D. L. Villafañe*, 9 de julio y 12 de octubre de 1803, 10 de febrero, 14 de marzo y 12 de abril de 1804, 9 de junio y 10 de noviembre de 1807, 1º de diciembre de 1808, 2 de octubre de 1817, 9 de enero de 1818. *Carta del Reverendo Padre Tamburini*, 24 de noviembre de 1709. *Sánchez Labrador: Paraguay Natural*, part. i. pp. 454/456, 465/8.

Buenos Aires. — *Biblioteca Nacional: Sección manuscritos: Carta de B. Suárez sobre la Epacta*, ms. 6537. *Consultas de Provincia*, f. 17 v., ms. 0062. *Papeles de Funes*, ms. 1184, 2304, 3592. *Cartas Anuas de 1750*, ms. 8156. *Real Cédula de 1716 a favor de los jesuítas de Santa Fe*, ms. 995.

- Buenos Aires.** — *Archivo de la Curia Arzobispal*: Asuntos de Roma, 1562/856.
- Córdoba** (Argentina). — *Archivo de Tribunales*: Escribanía primera, prot. leg. 144, f. 246.
- Granada** (España). — *Biblioteca de la Universidad*: Fasciculus concionatorius... (s. s.).
- Londres.** — *British Museum*: Egerton 21262.
- Loyola** (Azpeitia, España). — *Archivo de la Provincia de Castilla*: Calatayud. Historia de la Provincia del Paraguay... (s. s.). Iturri. Descripción del Paraguay... (s. s.).
- Madrid** (España). — *Academia de la Historia*: Cartas de Iturri a Martínez Villamil, 1799, mss. ii. 3/67. Vicios de la Satisfacción y Segunda carta de Iturri, mss. ii. 3/67. Col. Mata Linares, t. lxi.
- Madrid** (España). — *Archivo de la Provincia de Toledo*: ms. 484¹.
- Madrid** (España). — *Biblioteca Nacional*: Sección manuscritos: Vida del Padre Cristóbal Altamirano, ms. 18577.
- Río de Janeiro** (Brasil). — *Biblioteca Nacional*: Sección manuscritos: Relación de la visita del Padre B. Nussdorffer, Colexao de Angelis, 14-2. Carta del Padre Iturri, Col. Angelis, v. 191. Pie de lista de Regulares, Col. Angelis, xv. 39; xx. 74.
- Santa Fe.** — *Archivo de Tribunales*: Protocolos: Remate del Colegio, t. xxxi, f. 44, nn. 114/8. Papeles de los jesuitas, 109 legajos, t. xxxiii, f. 44. Perjuicios causados por un rayo que cayó sobre la iglesia en 1771, t. xxxv, f. 5. Entrega del Colegio a los Padres Mercedarios, t. xliii, f. 45, n. 549. Retablos y campanas traspasadas a San Francisco, t. xlv, f. 45. Rosa Echagüe y la Casa de Ejercicios, t. xiii, f. 155.
- Acuerdos del Cabildo: Fiesta de San Francisco Javier, t. xii, f. 10 (29 de febrero de 1748).
- Autos diversos: Los indios y la reducción de San Javier, t. i, f. 18.

Santa Fe. — *Archivo de la Catedral*: Bautismos, 1733/862, f. 26 v.

Santa Fe. — *Archivo del Colegio de la Inmaculada*: Libro único de los milagros, pp. 9/12.

Santiago de Chile. — *Biblioteca Nacional*: Sección manuscritos: Informe al Rey, 15 de agosto de 1750. Papeles de jesuitas, t. cclxxxi, n. 262.

Sevilla (España). — Exposición del Padre F. J. Iturri, 76-2-4. Carta del Padre Vázquez Trujillo, 1632, 75-6-7. Cartas del Padre Altamirano, 74-6-28; 74-4-15; 125-7-6; 45-2-6; 76-2-21.

Simancas (España). — Memorial del Padre José Barreda, abril de 1752, Estado, 7377. Carta de Valdelirios al ministro Wall, 12 de abril de 1755 y carta del obispo del Paraguay a Wall, 30 de agosto de 1757, Estado, leg. 296.



INTRODUCCIÓN



LA ciudad de Santa Fe fué fundada el día 15 de noviembre de 1578. Garay y sus bravos "mancebos, así mestizos como criollos", escogieron para esta fundación un retazo de campo próximo al río de los Quiloazas, lo despejaron de malezas, lo amurallaron de palo a pique y en el centro de la rústica empalizada construyeron las necesarias chozas de quinchado barro. A esta ranchería dieron el nombre de ciudad de Santa Fe.

Sobre el barranco del río de los Quiloazas existió la ciudad de Garay hasta mediados del siglo xvii. Las inundaciones del río y las invasiones de los indios comarcanos obligaron a los pacíficos moradores de aquel villorrio a abandonar el escogido paraje y buscar un recinto más seguro contra las crecientes del río y contra las irrupciones de la indiada.

Escogieron a este efecto la región casi peninsular que se halla entre los ríos Paraná y Salado, y la gran laguna Guadalupe. Ahí fundaron la actual ciudad de Santa Fe, la que ha sido y es, la hermosa y próspera capital de la provincia santafesina. Fué en 1660 que quedó definitivamente fundada la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz. La actual plaza 25 de Mayo fué el centro de la nueva población, y en torno de ella se abrieron las primeras calles, arenosas y polvorientas hasta hace pocos años, y se construyeron las primeras chozas de paja y las primeras casitas de adobe, únicos palacetes que conocieron los santafesinos de antaño.

HACÍA apenas quince años que se había fundado la ciudad *vieja* de Santa Fe cuando arribaron a ella los primeros jesuitas. En marzo de 1587, y de paso para Tucumán, adonde los había llamado el Obispo Vitoria, desembarcaron en Santa Fe los Padres Leonardo Arminio, napolitano; Tomás Field, inglés;

Juan Saloni, español; Manuel Ortega y Esteban Grao, portugueses. Muy breve debió ser la estadía de estos jesuitas en Santa Fe. Como aun no existían carretas partieron con rumbo a Tucumán en mulas silleras y en compañía de ciertos comerciantes.

Pocos meses más tarde volvieron a pasar por Santa Fe los Padres Arminio y Grao, y como escribe Lozano "dieron tan buen espécimen de sí en aquella noble ciudad, que dejaron muy aficionados de nuestro Instituto a sus moradores: y habiendo llegado a su noticia, por los ecos de la fama, lo que los nuestros obraban en otras partes, vivían ansiosos de disfrutar su espiritual cultivo".¹

El doctor Cervera ha publicado recientemente el texto de la resolución que en 9 de enero de 1590 tomaron los cabildantes de Santa Fe con ocasión de la labor realizada por el buen Padre Arminio. "Todos juntos, unánimes y conformes" "trataron y convinieron en que dos solares que están alinde de Diego Tomás de Santuchos que fueron de Diego Bañuelos" fueran donados al Padre Arminio, de la Compañía de Jesús "para que éste fije en ellos su casa y convento, la cual donación de los dichos dos solares se obliga este Cabildo al saneamiento de ellos a cualquiera persona que a ellos pareciere tener derecho en algún tiempo con aditamento que se edifique y pueble en ellos y se haga la iglesia del Nombre de Jesús...".² Como se lee en el mismo documento, estos dos solares comprendían una extensión de media cuadra, y su valor era de "noventa pesos; justo precio que al presente vale y no más".

Ignoramos si el Padre Arminio aceptó esta oferta. Probablemente manifestó a los generosos santafesinos que se entrevistaran con el Padre Provincial del Perú, o con el Superior de los jesuitas del Tucumán. El Padre pertenecía a la provincia jesuítica del Brasil, y no podía inmiscuirse en aquel asunto. Según el Padre Alonso Barzana, contemporáneo del Padre Arminio, estuvo éste

¹ *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. i. p. 266.

² *Actas del Cabildo Colonial*, p. 99.

“muchos meses” en Santa Fe “y aunque por no saber la lengua no acudió a los indios, hizo en los españoles, así en grandes como en pequeños, mucho fruto”.¹

El entusiasmo de los moradores de Santa Fe no desapareció con la ausencia del Padre Arminio. Cinco años después volvieron los cabildantes a deliberar sobre el medio de conseguir Padres de la Compañía. En la sesión del 1º de agosto de 1595 “tratando algunas cosas tocantes al servicio de Dios Nuestro Señor y de su majestad y bien y pro de esta República y vecinos de ella” “dijeron unánimes y conformes que fuese escrita una carta al Reverendo Padre Rector Juan Romero, de la Orden del nombre de Jesús, que reside en la ciudad de la Asunción, pidiéndole por caridad y en reverencia de Dios, envíe a esta ciudad un religioso de la Orden del nombre de Jesús para la buena doctrina de los naturales de esta ciudad y para que sean cristianados y catequizados en las cosas de nuestra santa fe católica, y nuestras conciencias sean descargadas y que asimismo se le dé el poder en forma a Feliciano Rodríguez, vecino de esta ciudad, que está de camino en la ciudad de la Asunción para que con el dicho Padre Rector [trate] cerca [de] enviar a esta ciudad un religioso de la Orden del nombre de Jesús y haga todo lo que se ofreciere”.²

No le fué posible al Padre Romero satisfacer los deseos de los santafesinos. No podía enviarles un Padre solo, por ser esto menos conforme con la vida de comunidad; ni podía enviar varios por carecer de ellos, y por ser muchas y muy urgentes las necesidades que en aquella época ocupaban a los misioneros de la Asunción y del Tucumán. No pudo el Padre Romero cumplir con los deseos de los santafesinos, pero éstos no cejaron en sus demandas. Al año, sabiendo que el Padre Romero había de hacer un viaje desde la Asunción al Tucumán, le rogaron “por una carta muy expresiva así el Cabildo, como el teniente gobernador, que extraviando un poco el camino, se dignase de enderezar su derro-

¹ Barzana en carta al provincial Padre Juan Sebastián, 8 de septiembre de 1594, publicado en las *Relaciones Geográficas*, t. ii. p. lii.

² CERVERA, *Actas del Cabildo Colonial*, pp. 215/6.

ta, no por el río Bermejo, por donde se encaminó dos años antes del Paraguay, sino por su ciudad . . .”

“Condescendió gustoso el Padre Romero con demanda tan conforme a su genio y espíritu, ofreciéndose a hacer, como hizo, su viaje por Santa Fe, donde, como ya estaba muy acreditado su nombre, y se tenía granjeada la primera estimación, por la fama de su aventajada literatura, celo ardentísimo y otras singulares prendas, causó increíble gozo su venida . . . Le salieron a recibir los universales júbilos, y extraordinarios albórozos de aquella República, y con iguales demostraciones de alegría le llevaron a hospedar en una de las mejores casas, calle en medio del convento del seráfico Padre San Francisco . . .”¹

Es casi increíble el fruto que recogió en Santa Fe el santo Padre Romero, así entre los españoles como entre los indios. Su celo y abnegación, su fervorosa predicación y su múltiple acción llegó a conmover toda la ciudad, como extensa y hermosamente relata el Padre Lozano. Tal fué el entusiasmo de los santafesinos que, como relata el mismo historiador, “le ofrecieron para la Compañía la casa de su vivienda, y que la edificarían acomodada a nuestros ministerios, con iglesia capaz, y lo demás que fuese necesario para su manutención . . . Para hacer ostentación de las veras con que hablaban, repitió el Cabildo de la ciudad instante súplica al Padre Juan Romero, para que desde luego tomase posesión de aquel sitio en nombre de la Compañía, y enarbolando en él una cruz dijo allí una misa, en señal de posesión”.²

¹ LOZANO, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. i. pp. 266/7.

² IDEM, *ibíd.*, t. i. p. 269. Merece transcribirse la carta que el Cabildo de Santa Fe escribió al Rdo. Padre Provincial. He aquí algunas líneas del mismo: “La buena fama de las obras loables de los religiosos de la Compañía de Jesús, ha muchos días que llegó a esta ciudad, y conocemos que su santo Instituto está fundado en caridad, y beneficio para con los prójimos, que van haciendo en cualquier parte donde viven, y particularmente ha sonado el grande provecho, que han recibido otras ciudades de las gobernaciones circunvecinas, donde han estado religiosos de la venerable Compañía y en esta ciudad se participó a Nos, asistiendo en ella el Padre Leonardo Arminio, predicando, bautizando, y confesando a indios y españoles . . . Lo cual visto por este Cabildo, nos hemos resuelto de comprar para la santa Compañía un sitio, y enarbolar en él Cruz, con alegría universal de la ciudad y se han comenzado a abrir zanjas para la iglesia . . . (LOZANO, t. i. pp. 269/70.)

No obstante estos antecedentes, fué imposible por entonces el fundar casa en Santa Fe. Lo único que pudo hacer el Padre Romero, para satisfacer los deseos de los santafesinos, fué el enviarles temporariamente a los Padres Ortega y Lorenzana para que dieran una misión en la ciudad y en sus alrededores. El éxito de esta misión fué superior a todas las esperanzas, así por las mudanzas de vida de no pocos viciosos como por la frecuencia de sacramentos que comenzó a privar entre los vecinos. Lozano apunta, y no sin especial complacencia, que se dignó Dios confirmar en esta ocasión con algunas maravillas la heroica santidad de San Ignacio, que aun no gozaba los honores de beato, y de significar cuán agradables eran en los ojos de Dios los obsequios que se le hacían y confianza que ponían los fieles en sus ilustres méritos y poderosa intercesión.¹

Los Padres Ortega y Lorenzana, terminada su labor en Santa Fe, partieron a Córdoba. El primero fué llamado al Perú, donde falleció pocos años después, y el segundo volvió a pasar por Santa Fe en octubre de 1605, en compañía del insigne misionero Padre José Cataldino. Aunque sólo estaban de paso y les urgía el partir cuanto antes a la Asunción, mucho les costó el poder salir de Santa Fe. Los vecinos "se declararon empeñados en su detención . . . Costóles mucha solicitud a los Padres hacerles desistir de su empeño, y solamente les pudieron obligar a ceder, certificándoles que presto vendrían nuevos jesuitas de Europa y se les cumplirían sus deseos".²

Partieron al Paraguay aquellos dos infatigables misioneros, y pocos años más tarde comenzaban ambos la fundación de las celebérrimas reducciones guaraníes, de las que fueron ellos los principales autores y organizadores. Al partir de Santa Fe habían asegurado que vendrían en breve algunos jesuitas procedentes de Europa, y que alguno o algunos de ellos pasarían a Santa Fe para comenzar la fundación de aquella casa, y así fué en efecto. En 1608 y en la carabela de Antonio Mayo, portugués, arribaron

¹ LOZANO, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. i. pp. 462/3.

² IDEM, *ibíd.*, t. i. p. 500.

a Buenos Aires ocho jesuítas, y en septiembre de 1609 llegaron a Santa Fe, para morar allí en forma estable y definitiva, el Padre Francisco del Valle y el Hermano Juan de Sigordia. El Padre Valle era español, y había pertenecido a la provincia jesuítica de Castilla; el Hermano Sigordia era napolitano y había pertenecido a la provincia romana.

Al arribar estos jesuítas a la ciudad fundada por Garay sobre el río de los Quiloazas, existía ya el convento de San Francisco con cuatro religiosos, y el de Santo Domingo con dos, y había además en la ciudad dos clérigos, uno de los cuales se ocupaba de los españoles mientras que el otro atendía a los indios que venían a la ciudad o moraban en ella.¹ La población de Santa Fe estaba aún en sus comienzos cuando llegaron para establecerse en ella los primeros jesuítas. Su población no pasaba de quinientos vecinos, comprendiendo en este número a los que vivían en las estancias o campos de labranza cercanos a la población. Lozano nos dice que aunque ésta sólo contaba pocos años de vida, "parecía de un siglo su grandeza, porque como era escala del comercio, situada en los confines de ambas gobernaciones, era grande el concurso de los mercaderes, de los cuales no pocos fijaban allí estable morada, convidados de las delicias del país, y de las comodidades para enriquecer".²

De los dos jesuítas que arribaron a Santa Fe, para abrir la primera casa, escribía el Padre Diego de Torres en las Anuas de 1610 que para la fundación había él enviado al Padre Francisco del Valle y al Hermano Juan de Sigordia, y "aunque dos solos y bien ocupados con la obra de la casa e iglesia, no dejan de acudir a nuestros ministerios". Y agregaba el mismo Torres: "Hace la obra su excelencia el señor Hernando Arias de Saavedra [quien] no contentándose de trabajar él con su persona y dar indios que trabajen, hace que sus hijas acarreen tierra, con mucha edificación de todos."³

¹ PASTELLS, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. i. p. 587.

² *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. ii. p. 267.

³ LEONHARDT, *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay*, t. i. p. 91.

Lozano afirma ¹ que no bien llegaron los dos jesuítas a Santa Fe “se aplicaron a la fábrica de una buena iglesia, en que ejercitar los ministerios de la Compañía” y relata cómo el mismo Padre Valle asistía a la obra “para dar calor a los peones”, entreteniéndose éstos mientras trabajaban, en la lectura de un libro espiritual que en alta voz leía el Hermano Sigordia o algún muchacho de los que al principio se allegaron a los jesuítas.

“Concurrieron los vecinos para la fábrica de la iglesia, y casa nuestra con varias limosnas; pero quien principalmente hacía la costa, era el famoso Hernandarias de Saavedra, que tenía sus principales haciendas en Santa Fe; y como en Buenos Aires se señaló en dar fomento a nuestra fábrica, con igual piedad y mayor liberalidad se esmeró en favorecerla en Santa Fe, que miraba como patria, por estar allí como vecindado; y no contento con hacer el principal gasto, asistía personalmente como celoso sobrestante, y echaba muchas veces del azadón o de la espuerta, para acarrear la tierra, ayudándole a veces por orden suya, en este humilde ministerio, sus hijas, doncellas honestísimas, con tanto aprecio de poder servir al Señor en la fábrica de su templo, que estimaba más ser peón de esta obra que haber sido gobernador cuatro veces de la provincia. Si alguno, entonces, llegando a verle le daba título de señoría, se enojaba, como suelen otros, de que no se les dé, aun lo que no les es debido. Causó grande edificación este raro ejemplo de piedad, en que siguió los pasos del gran Constantino, al fabricar el templo de San Pedro, aunque fué mayor su duración en aquel ejercicio, pues no acarreó solas diez espuestas, sino perseveró sirviendo con el mismo incansable tesón hasta el fin de la obra; y con este hecho hizo más famoso su nombre, que con las proezas ejecutadas en las cinco veces, que loablemente manejó el gobierno de las amplísimas provincias del Río de la Plata.

”Con tal poderoso fomento no es de admirar que creciese mucho la fábrica, y llegase brevemente a perfeccionarse el templo, para servir en nuestros ministerios, con notorio fruto de las almas

¹ *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. ii. p. 664.

de aquellos nobles ciudadanos, acreditando la experiencia, que fué acuerdo del cielo la fundación de esta casa. Porque aficionados con el trato espiritual y fervorosos sermones del Padre Francisco del Valle, comenzaron muchos a despertar del profundo sueño de los vicios, y emprender nuevo modo de vida . . . La necesidad espiritual de los indios y de los negros era extrema, por la grande ignorancia de los misterios de la fe, y aunque eran cristianos parecíanlo de sólo nombre. A fin de enseñarles, se dió principio al útil ejercicio del catecismo y explicación de la doctrina cristiana todos los domingos por la tarde, convocándolos a campana tañida; luego salían los dos jesuítas a acabarlos de juntar, trayéndolos en procesión por las calles y procurando por todas vías el bien espiritual de sus almas, con notable edificación de toda la ciudad y gloria de nuestro Señor.

”Encargámonos también de la enseñanza de la primera edad abriendo escuela de niños, a la que asistía el Hermano Sigordia, procurando con las primeras letras inspirarles el santo temor de Dios, con buen logro de su trabajo y mucha alegría de sus padres. Finalmente a todas horas, y de noche, acudía el Padre Valle a cuanto necesitaban los vecinos para remedio de sus necesidades espirituales, con un celo incansable . . .”¹

Todo esto es de Lozano. Como se colige de sus palabras, y consta también por otros documentos de la época, fué el Hermano Sigordia el primer maestro que tuvo la Compañía de Jesús en Santa Fe, y en la escuelita fundada a fines de 1609 o a principios de 1610 tuvo su origen el colegio que desde hace tres siglos tienen y siguen teniendo en la capital de la provincia santafesina los Padres jesuítas, colegio que, cual otro ninguno, ha dado a la República eminentes estadistas y ciudadanos preclaros.² El humilde preceptor de aquella primitiva escuela era italiano de origen y había nacido en la ciudad de Nápoles. Su noble y eficiente acción en Santa Fe se prolongó durante quince años, pues falle-

¹ *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. ii. p. 266.

² Como es sabido no fué él, sino un tal Pedro de Vega, el primer maestro que tuvo la juventud santafesina. Cf. LASSAGA, *Tradiciones y recuerdos históricos*, quien dedica una al “Primer maestro”.

ció santamente en el colegio por él regentado en julio de 1624. Justo es que tributemos un recuerdo de gratitud a ese primer maestro jesuíta de la ciudad de Santa Fe y al fundador del histórico Colegio de la Inmaculada.

El buen Hermano, y su superior el Padre Valle tuvieron en 1610 la satisfacción de celebrar el día de San Ignacio, 31 de julio, con la inauguración de la iglesia. Ésta, según escribía el Padre Torres en carta al Padre Aquaviva, General de la Compañía (5 de abril de 1611), "estuvo acabada dentro de ocho meses, para el día de nuestro santo Padre, cuya fiesta se celebró con extraordinaria solemnidad, consuelo y regocijo de todos, asistiendo el gobernador y visitador [Alfaro] con toda la ciudad".¹

Parece muy probable que esta iglesia, construída en tan breve lapso de tiempo, no fué la definitiva. Debió de ser una capilla modesta y de carácter provisorio, que se utilizó mientras se construía una amplia iglesia en la plaza misma de la vieja ciudad y en posición análoga a la que ocupó después en la ciudad nueva la iglesia que aun existe. Lozano al narrar un suceso acaecido en 1612, esto es, dos años después de inaugurarse la primitiva iglesia, afirma que en esa fecha estaba el Padre Valle "ocupado en edificar con mucho empeño NUEVA iglesia en un buen sitio de la plaza".²

El Padre Valle no llegó a ver terminada su obra, puesto que una vil calumnia comprometió su honor ante el pueblo santafesino, y fué necesario que el Padre Provincial Diego de Torres remitiera a Santa Fe al Padre Francisco Vázquez Trujillo, rector del noviciado de Córdoba, para que se informara del hecho e hiciera justicia al acusado y al acusador. Encomendóle también que en cualquier caso sacara al Padre Valle de Santa Fe, encomendando interinamente el cargo de rector al Padre Juan Darío, en tanto que bajaba de la Asunción el Padre Miguel de Sotomayor que era quien debía reemplazar al Padre Valle en aquel cargo.

El Padre Vázquez Trujillo "halló en primer lugar muy asen-

¹ PASTELLS, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. i. p. 211.

² *Historia de la Compañía de Jesús*, t. ii. p. 420.

tado entre los vecinos el crédito del Padre Valle, y por el contrario muy mal opinado al delator” y bien pronto pudo darse cuenta que toda la calumnia había nacido “de la temeridad de dos o tres personas poco afectas y arrojadas en sus juicios”.¹ El delator mismo reconoció la inocencia del Padre, y lamentó su ciega pasión y escandaloso arrojado.

Después de este incidente, que sólo sirvió para abrillantar la virtud del Padre Valle, pasó éste a la casa de Tucumán, y un año después a las misiones guaraníes en las que trabajó hasta el fin de sus días. Falleció en 1632.²

Al Padre Valle sucedió en el cargo de rector, aunque sólo interinamente, el Padre Juan Darío. Era éste un varón santo y muy celoso, hombre abnegado y de una fortaleza grande para toda obra de la gloria de Dios. Como rector sólo estuvo en Santa Fe durante unas cinco semanas, pero en este breve espacio de tiempo conquistó las simpatías de la población entera, y “hacíase más de admirar, porque era extranjero y sus sermones sin elocuencia, ni adornos de la retórica, y las palabras sin propiedad; pero [eran] vivas y abrasadas en la fragua de su ardiente caridad”.³

El Padre Miguel de Sotomayor que le reemplazó en 1613, fué el hombre providencial de su época. Durante su gobierno se despertaron aquellos odios de los santafesinos contra los jesuitas por haberse éstos declarado en favor de los indígenas contra las crueles ambiciones de los rapaces encomenderos.⁴ Algunos vecinos de Santa Fe, viendo que se les escapaba medio tan fácil, aunque brutal, para enriquecerse, dirigieron sus odios contra los humanitarios religiosos, y tanto dijeron y tanto hicieron para indisponerlos con el resto de la población, que llegó momento en que se vieron enteramente abandonados y sin limosnas algunas para

¹ LOZANO, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. ii. p. 421.

² En 20 de abril de 1620 escribía el General de la Compañía al Padre Provincial que “para que los [libros necesarios] se vayan haciendo, encargo al Padre del Valle que procure se vaya poniendo en orden un diccionario y arte que ayuden para irse aprendiendo más presto la lengua”.

³ LOZANO, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. ii. p. 423.

⁴ PASTELLS, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. i. p. 175.

su sustentamiento. Fué a raíz de este suceso que trataron los jesuítas de conseguir, como consiguieron, la estancia y viña sobre el Salado grande, entre los cululúes.

Las Anuas que relatan estos sucesos cuentan también que fué en esta época que comenzaron los jesuítas a catequizar a los indios que llegaban a Santa Fe, y lo hacían por medio de intérprete, que en esta ocasión era un "estudiante, familiar nuestro, por no saber el Padre [Sotomayor] la lengua" de los indígenas. Este estudiante parece no haber sido otro que el joven Cristóbal Altamirano, hijo de una de las más distinguidas familias de Santa Fe. Había nacido en 1601, conocía perfectamente el idioma de los indios y, como dice su biógrafo, aludiendo a los años de su niñez y juventud "vivía más en nuestro colegio que en la casa de su padres".

Altamirano fué el primer santafesino que ingresó en la Compañía de Jesús, y debió de halagar a los jesuítas de 1617 el ver partir al noviciado de Córdoba a aquel gallardo joven de diez y seis años, hijo de uno de los fundadores de Buenos Aires y de uno de los vecinos más prestigiosos de Santa Fe. ¡Cuánto más hubieran celebrado su ingreso en la religión si hubieran podido prever lo que con el transcurso de los años había de llegar a ser para gloria de su patria y de la civilización!

El solícito Padre Sotomayor, que fué quien más cultivó la vocación de Altamirano, fué también quien tuvo el placer de ver la iglesia de Santa Fe notablemente mejorada, gracias al talento de un insigne artífice de la época. Las Anuas de 1615, escritas por el Padre Diego de Torres, afirman que se había enriquecido "la iglesia [de Santa Fe] con una imagen muy grande y muy buena que sirve de retablo; la cual ha hecho un Hermano que el Padre Provincial del Perú me prestó para proveer a esta provincia y gobernaciones". ¿Aluden estas líneas a la imagen de la Virgen de los Milagros? Creemos que no aunque quedamos con nuestras dudas. En 1642 al reseñar las Anuas el suceso del sudor milagroso afirman que el cuadro había sido pintado *poco antes*, frase inexacta, si el cuadro hubiera sido pintado en 1614 o 1615.

El autor del cuadro, según esas mismas Anuas, fué el Hermano Verger; el cual ciertamente no podía haber pintado el cuadro en 1615, puesto que aun no había llegado al país, como veremos al tratar del sudor milagroso.

También fué obra del Padre Sotomayor el engrandecimiento de la escuela que llegó en su tiempo a tomar el carácter de verdadero colegio. Las Anuas¹ citadas de 1615 nos informan que él personalmente dirigía una clase de latín, a la que asistían unos quince alumnos, y si el número no era mayor no era por falta de local sino por falta de estudiantes. Con razón escribe Lozano que el Padre Sotomayor "trabajaba solo, como si fuera muchos, supliendo el Señor la falta de salud y de compañeros, con el vigor que comunicaba a su espíritu".²

En la grande aflicción que sobrevino a la ciudad en 1614 fué él quien más hizo para salvar la situación. Las continuadas mangas de langosta voracísima que taló las mieses y consumió cuanto había en los alrededores de la ciudad, dejaron en la mayor miseria así a los dos o tres jesuítas que moraban en el colegio como a los vecinos todos. El buen Padre Sotomayor fué sin embargo el consuelo de los necesitados, habiendo conseguido que por orden del Padre Provincial se remitieran desde Córdoba las necesarias provisiones para los jesuítas y para los necesitados.

Al fin del gobierno del Padre Sotomayor llegó a Santa Fe para morar en la ciudad el Padre Francisco de San Martín, hombre erudito y elocuente, según aseguran sus contemporáneos. Sabía este Padre las lenguas de los indios y era un fervoroso misionero, y en Santa Fe y en su comarca comenzó con fruto y denuedo a recorrer los campos y poblados. Su acción en unión con la del Padre Sotomayor fué grandemente beneficiosa a los indios y a los españoles.

Al Padre Sotomayor sucedió en el gobierno del colegio el Padre Juan de Salas, quien veinte años después volvió a ocupar el

¹ Inéditas aun. El tomo publicado por el Padre Leonhardt sólo abarca las Anuas de 1609-1614.

² *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. ii. p. 796.

mismo cargo en el mismo colegio. Fué durante su primer período de rectorado que visitó el colegio el Padre Francisco Vázquez por orden del Padre Oñate, y el Memorial que dejó al fin de su visita, y que corresponde al año 1620, nos proporciona datos valiosos relativos al estado económico y literario del colegio.¹

Después de recordar la conveniencia de que haya más limpieza en casa, ordena que "el libro de gastos esté en poder del Padre José de Ortega, quien no se ocupará en otra cosa hasta que aprenda la lengua [de los indios] por lo menos para poder confesar en ella". En cuanto a una ordenación que había dado el Padre Torres, en una visita anterior, escribe lo siguiente: "La ordenación 7^a del Padre D. de Torres de que el Padre que aquí estuviere vaya en misión por el Salado a las chacras con un estudiante en sabiendo la lengua, se suspenda hasta que el P.^e Prov.¹ lo ordene de nuevo y se le representen algunos inconvenientes.

"Para que los ministerios, y en especial la doctrina de los indios se alienten, se guarden los medios que se dieron y principalmente en entablar una cofradía, señalando mayordomos y fiscales, y para esto convendrá hablar poco a los indios más ladinos y capaces. Y al Padre Provincial se pedirá ahora que envíe uno de los jubileos concedidos a las cofradías del nombre de Jesús, de los que había en Córdoba, y a los españoles se encarga al Padre Rector que convendrá se predique los sermones entre año de dominicas fuera de las fiestas, según el tiempo diere lugar.

"Con la portería seglar se tenga más cuidado, y convendrá que el niño que tiene la llave de la puerta principal tenga estotra, porque no estará abierta sino mientras se traiga agua por la mañana y tarde, y porque se traiga de una vez se procurará más aliño de vasijas en la cocina." Por lo que toca a la iglesia ordena el Padre Vázquez que "la cera tiene necesidad de irse renovando y la puerta segunda de la iglesia está muy indecente para religión, pues hay que hacer algunas tablas, se haga otra puerta, o se cierre con adobes, pues no es calle por donde acuda vecindad

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1620.

a la iglesia, y sobre la portería principal se ponga umbral y se tape de adobes...”

En cuanto a la estancia ordenó el Padre Vázquez que el Hermano Juan [Sigordia] dispusiera el corral, y que si se hallaba a propósito el recodo del Royo para cerrar allí con seguridad el ganado, se recogieran cuanto antes en ese paraje “porque importa mucho antes que comience la parición, así por ganar las crías, como para que se querencien mejor...” “No duerma el Hermano en la chacra, ni vaya a ella más que tres veces en la semana, y cuando no haya faenas que hacer en ella no será necesario ir tantas veces, sino traer a casa los indios no necesarios en la chacra para ir reparando la casa...” “Los cincuenta y un pesos que quedan para comprar caballos y alquilar indios para hacer corrales no se gasten en otra cosa, y los ciento treinta pesos que quedan en depósito no se llegue a ellos ni se gasten en cosa alguna hasta que avise el Padre Provincial lo que se hará de ellos...”¹

Durante su segundo período de rectorado trabajó grandemente el Padre Salas en ampliar la estancia del colegio, comprando a este fin ciertos terrenos de un tal Álvarez, terrenos que colindaban con los que tenía el colegio. Costaron ochocientos pesos. En los años sucesivos llegó esta estancia a ser considerada como una de las mejores de Santa Fe y por los años de 1635 vendía anualmente más de dos mil vacas, como vemos en ciertos papeles del Padre Pedro Helgueta, procurador durante muchos años del colegio y de sus posesiones.²

Desgraciadamente la estancia fué enteramente asolada pocos años más tarde, en 1638 y 1639, por los indios rebeldes y levantiscos. No quedó piedra sobre piedra. El Padre Ortega que había sucedido al Padre Helgueta en el cargo de procurador, vióse en la forzosa necesidad de abandonar la estancia anterior y buscar un paraje más seguro donde comenzar de nuevo a formar otra. Pocos como este Padre conocían las regiones próximas a la ciudad y aun las distantes, puesto que hacía años que en compañía del

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1620.

² Archivo de Tribunales (Santa Fe), t. lii.

Padre Gaspar García se había dedicado a dar misiones por los pagos y chacras desde el Carcarañá hasta el norte de la ciudad santafesina.

A estos dos Padres aludía, sin duda, el Padre Vázquez Trujillo cuando escribía en 1632 que "en el colegio de Santa Fe está sólo el Padre Rector con otros dos Padres que acuden a todos los ministerios de españoles, indios, negros y estudiantes; ha menester [este colegio] más obreros para acudir a llevar la carga en parte, y que dos veces al año salgan por las estancias del Salado y chácaras a doctrinar la gente de servicio que está necesitadísima de doctrina, y de quien les confiese".¹

Tres años antes de escribirse estas líneas había pasado por Santa Fe el insigne jesuíta belga Justo Van Suerck, y en carta que remitió a su patria con fecha 1º de marzo de 1629, consignó algunas noticias relativas a la ciudad de Garay. "En mi viaje, escribe Van Suerck, a través de las residencias situadas en medio de las indiadas, me fué preciso pasar por Santa Fe, que es otra villa de españoles, situada como cien leguas al norte de Buenos Aires y sobre la ribera del río Paraná. Hay allí cuatro jesuitas, de los cuales tres son sacerdotes y uno coadjutor. ¡Pobre gente! Perecerían de hambre si no se ingeniaran en buscarse algunos bastimentos aunque casi todas nuestras casas son igualmente pobres. Las fundaciones se hacen sin capital alguno o con muy escaso; y las limosnas son muy pocas. Para el servicio de nuestros colegios nos servimos, donde es posible, de los negros y de las negras. A éstos se confía la limpieza del colegio y de la casa de la estancia; ellos hacen el pan, ellos cocinan, ellos lavan la ropa, siembran, plantan, y tienen el cuidado de los rebaños de ganado..."²

Pocos años después de pasar por Santa Fe el insigne misionero Padre Van Suerck, llegó a la misma población otro varón de singulares prendas, el jesuíta francés Hermano Verger, natural de Arrás. Desde 1617 se ocupaba este Hermano en adornar las

¹ Archivo General de Indias (Sevilla): 75-6-7.

² *Notice sur le P. Antoine Van Suerck*, pp. 19/20.

iglesias de las diversas casas que en el Río de la Plata poseían los Padres jesuitas, y aun las de otras comunidades religiosas. Su pericia era grande, y las Anuas de 1643, que consignan su defunción, afirman que su venida a la gobernación del Paraguay fué considerada como una verdadera bendición del cielo.

El Hermano Verger pintó varios cuadros y retablos mientras estuvo en Santa Fe, pero sólo uno ha pasado a la posteridad: el de la Virgen de los Milagros. Pintóse este cuadro en 1634, y se le destinó para adornar la capilla de la congregación de los españoles que desde 1627 existía oficialmente en la iglesia de la Compañía.

Dos años después de haber el Hermano Verger pintado la imagen de la Virgen para el citado altar de la Congregación, acaeció el singularísimo prodigio del milagroso sudor.¹ El día 9 de mayo de 1636 brotaron de la imagen raudales limpidísimos de agua que humedecieron el lienzo en forma tal que la población toda pudo darse cabal cuenta del singular prodigio. Los Padres jesuitas, las autoridades civiles y eclesiásticas, y el pueblo todo fué testigo y nadie hubo que quedara con la menor duda de suceso tan mani-

¹ El historiador Francisco Jarque que pasó muchos años en América hallóse presente a este prodigio y en su libro *Insignes Misioneros*, publicado en Pamplona en 1687, aunque escrito algunos años antes, relata el suceso por estas palabras: "Una imagen, que en el colegio de Santa Fe de la Vera Cruz, se venera con grande afecto, y la pintó allí un Hermano coadjutor, llamado Nicolás Hernacio, sudó en mi presencia un licor precioso, que se recogía con algodones... (pp. 152 y 153). Debió el buen Jarque de confundir, y no es extraño después de casi medio siglo del suceso que relata, al Hermano coadjutor Luis Verger con el Padre Nicolás Hernard. Este jesuita jamás había sido coadjutor e ignoramos en absoluto que poseyera cualidad alguna artística. Techo que le conoció y trató y escribió su biografía nada dice al respecto. Afirma, sin embargo, que "sin acabar los estudios teológicos... no paró hasta que el General Mucio Vitelleschi lo destinó a las misiones de América". (*Historia de la Provincia del Paraguay*, t. v. p. 36.) Tampoco debe confundirse a este jesuita con el célebre Padre Luis Ernot ni con el Padre Nicolás Ignacio que vivía aún en 1655 (PASTELLS, t. ii. p. 406) y que era ya sacerdote cuando vino a América. Tampoco hay base para querer identificar al Hermano Ignacio Sayas con el Padre Nicolás Ignacio (LEONHARDT, *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay*, t. i. p. liii). Después de escritas estas líneas hemos hallado estas otras en Guevara (ed. GROUSSAC, "Anales de la Biblioteca", t. vi. p. 249): "Por ahora me contento con referir un milagroso sudor en la iglesia de la Compañía de Jesús de la ciudad de Santa Fe. Había en el retablo una imagen de la Purísima Concepción, pintura sobre lienzo de singular hermosura, obra del Hermano Luis Verger."

fiesto. El juez eclesiástico, Hernando Arias de Mansilla atestiguó que el sudor fué tal que estuvo él mismo "sin poder acabar de enjugar en grande rato el dicho sudor"; y el juez civil añadía que "aunque mucho limpiaba, más agua salía, de forma que dió muchos algodones mojados en más de una hora de tiempo que allí estuve". El hecho del sudor milagroso es un hecho históricamente cierto, puesto que existen documentos del más grande valor que lo atestiguan, como son las actas levantadas a raíz del suceso y las Cartas Anuas, impresas en 1642, que consagran al mismo todo un capítulo intitulado: *Ex Deiparæ icone sudor prodigiosus emanat*.¹

A aquel primer milagro sucediéronse después tantos y tan señalados que muy en breve era la efigie universalmente conocida con el nombre de la Virgen de los Milagros, no siendo el menor de éstos la general devoción que desde aquella remota época hasta el presente día han profesado los hijos de Santa Fe a la bendita imagen.

La maravilla, acaecida en la iglesia de la Compañía, contribuyó grandemente a aumentar el culto en la misma, y paralelo a este culto aumentó también el celo de los jesuítas así en sus ministerios sacerdotales como en sus tareas escolares. En 1639 eran cuatro los Padres que moraban en el colegio y eran dos los Hermanos coadjutores. Además de la clase de latín y de las clases de primeras letras, habíase fundado la llamada Escuela de Cristo, que no era propiamente una institución docente cuanto espiritual, y lo que es más habíase establecido en Santa Fe la casa de *tercera probación* para los jóvenes jesuítas que habían terminado sus estudios. Esta *escuela de virtud* sólo duró en Santa Fe hasta el año de 1649.

En medio de toda esta prosperidad no faltaron a los jesuítas algunas tribulaciones. La principal fué la que promovió Fray Pedro de Cárdenas, sobrino, según parece, de Fray Bernardino, y

¹ De estas *Litteræ Annuæ* publicadas en "Insulis, 1642", se halla un ejemplar en el Museo Británico, que es el que hemos visto. En el cap. viii. p. 77, se lee que "per horam totam" sudó la imagen.

tan poco afecto a los jesuítas como él. En unión de otro religioso, por nombre Fray Sixto, comenzó Fray Pedro a divulgar en Santa Fe especies calumniosas contra los jesuítas, y hasta se le atribuyó cierto panfleto de catorce a diez y seis hojas, firmado por el Provincial Fray Pedro de Cabrera, en el que se decía y se trataba de comprobar con documentos apócrifos que los Padres de la Compañía habían tratado de ganarse la voluntad del señor Obispo de la Asunción, ofreciéndole la cantidad de veinte mil pesos, para que no enterara al Rey de las irregularidades que estaban cometiendo contra la real hacienda y contra el real patronato. Desde 1645 tuvieron los Padres jesuítas que sufrir estas y otras calumnias análogas, hasta que en 1654 por real cédula del 1º de junio ordenó el Rey que Fray Pedro pasara a la corte a dar cuenta de su conducta.¹

Otra tribulación había que afectaba a los Padres jesuítas al par que a los demás habitantes de la ciudad de Santa Fe, y era la causada por los terribles indios chaqueños que a la continua amenazaban a la indefensa población. En febrero de 1625 habían los calchaquíes llegado hasta la ciudad y cometido graves perjuicios a sus moradores; en 1639 volvieron a invadir en número extraordinario. Fué en 1640 y 1641 que el gobernador La Cueva pasó hasta el Valle Calchaquí para sofrenar a la atrevida indiada, y a este efecto obtuvo de los Padres jesuítas el que le enviaran seiscientos indios armados de los de las reducciones guaraníes, a quienes acompañaron los Padres Alonso Arias y Pedro Romero. Como es obvio no iban los indios al mando de estos Padres, sino tan sólo acompañados por ellos en calidad de capellanes y tutores.² La expedición de La Cueva fué de un resultado nulo, y los indios volvieron en breve a perturbar a la ciudad y en forma más alarmante aun.

En esta época era rector del colegio de Santa Fe el Padre Andrés de Riva, y en gran parte a él se debió el que los pobladores

¹ PASTELLS, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. ii, p. 382. Todos los pormenores que aquí consignamos se hallan en las Anuas de 1645.

² CERVERA, *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, t. i. p. 364.

se pudieran defender contra los ataques de la indiada, gracias a los fieles y valientes indios guaraníes que custodiaban los intereses de la ciudad. En un documento de la época hallamos a este jesuita haciendo grandes compras a un tal Juan González, a fin de estar provisto en caso de verse la ciudad sitiada e incomunicada. Fué durante la época del Padre Riva que estuvo en Santa Fe el santo Padre Lucas Quesa, fervoroso trabajador en la viña del Señor, aunque enfermo y achacoso. El Padre Antonio Machoni en la vida que escribió de aquel buen misionero nos asegura que su popularidad en Santa Fe era tan grande que generalmente era llamado a todos los enfermos y moribundos. Sus sermones y misiones en la época de los famosos temblores en Chile y Mendoza, conmovieron grandemente a la ciudad y contribuyeron no poco a la buena moralidad de la misma.

Los efectos de los temblores nunca llegaron a molestar a los habitantes de Santa Fe, pero hallábanse éstos gravemente acosados por los indios chaqueños y periódicamente inundados sus hogares por las crecientes de los ríos. El traslado de la ciudad se imponía, y se llevó a efecto en los años 1660-1661 con la ayuda "de los indios guaraníes doctrinados por los jesuitas, quienes fundaron la ciudad", como afirma Lozano, aunque el doctor Cervera niega el hecho sin pruebas, a nuestro parecer, satisfactorias.¹

El mismo historiador en el volumen de *Actas del Cabildo Colonial*² de Santa Fe, trae un documento que pone de manifiesto que a lo menos el Cabildo solicitó la ayuda de los indios de las reducciones jesuíticas. En 16 de mayo de 1658 escribía desde Itapúa el Padre Silvio Pastor al "Insigne Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad de Santa Fe" y después de recordar que había quedado resuelto que bajarían indios para aquel efecto, escribía el Padre Pastor: "comencé a disponer los corazones y las cosas tocantes a la bajada de los indios por la mudanza de la ciudad que tanto importa y todos deseamos. Estaban ya dispuestas to-

¹ CERVERA, *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, t. i. p. 391.

² IDEM, *Actas del Cabildo Colonial*, t. i. p. 391. La solicitud del Cabildo de Santa Fe se encuentra en el Archivo de la Asunción (Paraguay). Ass. vol. lxi. n. 17. f. 45.

das las cosas y la gente con buen ánimo para la jornada cuando llegó la nueva del enemigo que dió vista al puerto [de Buenos Aires], y le tenía en mucho peligro, para cuyo socorro dicen que el gobernador sacó de esa ciudad y de los Corrales, mucha gente . . . Sin fuerzas ni personas que puedan competentemente efectuar por ahora la mudación, y por no hacer a ciegas jornada tan molesta y dificultosa exponiéndola a un mal logro . . .” Terminaba Pastor su misiva manifestando su pronta voluntad de ir a ayudar a la traslación cuando le fuera avisado acerca de la misma.

Ciertamente que en junio de 1661 no habían aún los indios guaraníes comenzado a ayudar a la obra de la traslación, puesto que el Padre Simón de Ojeda en carta del 18 de junio de aquel año manifestaba “que se le había sido representado de nuevo la necesidad de ayuda que tiene esa ciudad [de Santa Fe] para que yo dé orden de que los indios de nuestras reducciones trabajen en ella” y agregaba: “el gobernador . . . me dijo no había de intentar cosa en contra, no para la fábrica de aquel nuestro colegio que tanto desea, ni para la de esa ciudad; y que no quería ocasionar inquietud alguna que pueda recelarse de gente afianzada con la real palabra y amparo ni contra ella se les violentase al trabajo”.¹

Todo esto es del Padre Ojeda y sus palabras parecen ciertamente indicar que algunos temían la venida de los indios, o los jesuítas recelaban fueran maltratados de parte de los santafesinos. No creemos fuera lo primero, puesto que pocos años antes, en 1656, habían los moradores de Santa Fe apreciado la noble conducta de los indios, quienes lejos de perturbar a los vecinos habían sido la admiración de todos ellos, como lo manifestó don Pedro Baigorri en carta a su Majestad, fechada desde Buenos Aires en 1º de mayo de 1656.²

La nueva ciudad de Santa Fe quedó emplazada entre los ríos Salado y Santa Fe y al sur de la laguna de Guadalupe. Su fundación oficial data del 16 de mayo de 1651. Desde aquella fecha

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1661.

² Archivo de la Asunción (Paraguay). Ass. vol. lxi. n. 17. fol. 41.

denominóse Santa Fe de la Vera Cruz, en contraposición de Santa Fe *vieja*, o Santa Fe de Cayastá. Según el Padre Salaberry, "El documento más antiguo . . . [que él conoce] es una escritura pública de repartición de tierra que empieza así: "En la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, en veinte días del mes de febrero de 1653 años."¹ Esta escritura fué legalizada en 21 de abril de 1662 a petición del Padre Nicolás Carvajal, procurador del colegio del Nombre de Jesús.

Al tiempo de mudarse la ciudad era rector del colegio el Padre Juan Antonio Manquiano, que pasó después a ser rector del colegio de Santiago del Estero y posteriormente del de La Rioja. A él se debió el que obtuviera el colegio de Santa Fe un lote de terreno análogo al que había ocupado en la ciudad vieja. Obtuvo el terreno que hoy ocupa la iglesia de la Merced y el histórico colegio de la Inmaculada. Sobre la plaza principal y frente a la catedral, al cabildo y a las casas de los vecinos más conspicuos, comenzaron los jesuitas a levantar su nuevo colegio.

La construcción de la iglesia actual data del año 1660, aunque muchos años pasaron antes de que estuviese terminada. El Padre Francisco Molina, que era rector del colegio en 1661 trabajó mucho y consiguió de las misiones algunos guaraníes que trabajaran en la obra, pero éstos y los negros con que contaba el colegio enfermaron de gravedad y muchos fallecieron en una epidemia. En 1684 escribía el Hermano Jorge Suárez que "estando este colegio sin iglesia" era necesario arbitrar fondos para construirlo; y catorce años más tarde lamentaba el Padre Alonso del Castillo, rector que era a la sazón del colegio y sucesor del Padre Tomás Ibáñez, que aun careciera éste de lo que tanto deseaba poseer, cual era un buen templo. Fué sin embargo el Padre Castillo, quien dió mayor empuje a la obra, y es de 1696 una carta del Padre Tirso González, general de la Compañía, felicitándole por los "buenos principios" que habían tenido sus proyectos. Al año escribía el mismo General al Padre Provincial manifestándole la conveniencia de que el Padre Castillo no cesara en el gobierno

¹ *Los Charrúas y Santa Fe*, p. 69.

del colegio de Santa Fe a fin de que llevara adelante la obra de la iglesia.

Del carácter excesivamente bondadoso del Padre Molina, y de su excesiva preocupación por las cosas externas con detrimento de las internas mostrábase algo preocupado el Padre Tirso González, aunque reconocía que "el colegio de Santa Fe está bueno en lo que toca a la observancia y ministerios, y no es poco, viendo de la condición que es su rector..." y agregaba después estas líneas relativas al estado económico: "Quiera Dios mejorar lo temporal de dicho colegio y remediar el daño que ha padecido con la muerte de tantos esclavos."¹

El estado económico del colegio pasó por muchas vicisitudes. A mediados del siglo xvii no era malo, y en la época del traslado de la ciudad era próspero. Dos años después del traslado mejoró aún más la situación económica gracias a una buena área de terreno de labranza que le correspondió al colegio en la repartición general que entonces se hizo. Era un lote extenso sobre la laguna grande de los Saladillos y distante como mil varas del ejido de la ciudad. Estaba lindado al norte por las tierras de Bartolomé Sánchez y al sur por las del maestro de campo Juan Arias de Saavedra. Comprendía el dicho lote una extensión de diez y ocho cuerdas y media, según se lee en el Acta del 20 de febrero de 1653, o sea de tres mil varas de extensión según aparece en el plano de las tierras adjudicadas por el capitán Alonso Fernández Montiel.²

En estas tierras llegaron los jesuítas a poseer un rodeo de veinte mil vacas, cuyos cueros contribuían a aliviar las penurias económicas que de continuo preocupaban a los moradores del colegio del Nombre de Jesús. Las Anuas de 1687 consignaban en forma elocuente la pobreza del colegio y las dificultades económicas del mismo. Al tiempo del traslado de la ciudad era procurador del colegio el buen Padre José Tolo, quien en sus vejece

¹ Estas cartas de los Generales de la Compañía se conservan en el Archivo de la Provincia Argentino-Chilena (Buenos Aires).

² CERVERA, *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, t. i. pp. 384/5.

y después de haber sido misionero de guaraníes durante doce años, se dedicó con afán a mejorar el estado económico del colegio, y mucho fué lo que hizo, gracias a la inteligencia y perspicacia del antes mencionado Hermano Jorge Suárez.

Al Padre Tolo sucedió el Padre Valeriano de Villegas quien en 1682 y 1683 defendió los intereses del colegio y de las misiones guaraníes contra los que se oponían al libre comercio de la yerba mate cuya exportación constituía el principal renglón de entradas con que contaban aquellas misiones. En favor de su conducta y de los intereses del colegio declararon diversos vecinos, entre ellos el capitán Juan de Ávila Salazar, el alférez real Francisco Moreira Calderón, Juan de Aguilera, Domingo Pereiro, Gabriel Arias Montiel, y otros varios caballeros de la ciudad santafesina. Años más tarde volvióse a suscitar esta misma cuestión del libre comercio, y fué el Padre Martín García, que era procurador en 1699, quien apoyado por los vecinos Alonso Delgadillo, Pedro del Casal, Juan de los Ríos Gutiérrez, y Marcelo de Morales, defendió con éxito los intereses del colegio y de las perseguidas misiones.

Más enojoso que ninguno de estos pleitos y pendencies fué el que tuvo que vencer en 1679 el Padre Juan de Torres. El colegio por una parte y el general Jerónimo Luis de Cabrera por otra reclamaban la propiedad de ciertos terrenos de la otra banda del río, cerca de la actual ciudad del Paraná, y que habían sido donados en parte por doña Lucía Rodríguez y en parte habían sido comprados a Juan Rodríguez Bracamonte. Solventóse el litigio cediendo los jesuítas el derecho a ciertos ganados vacunos que poseían en los citados terrenos y cediendo Cabrera, a su vez, el derecho que tenía o creía tener a las citadas tierras.¹

Un insigne sucesor del Padre Torres en el cargo de rector fué el Padre Miguel Ángel Serra. Gran misionero y gran siervo de Dios, supo ganarse las simpatías de la población toda, y supo imprimir al colegio un nuevo rumbo. Era su deseo el convertir el colegio en una especie de universidad, con su cátedra de leyes

¹ TRELLES, "Revista de la biblioteca pública", t. i. pp. 40/9.

y sus títulos académicos. Durante diez años moró este jesuíta en Santa Fe, siete como profesor y operario, y tres como rector. Como operario trabajó grandemente en acrecentar la escuela de Cristo y obtuvo en 1684 que el obispo Monseñor Antonio de Azcona la aprobara y bendijera; fué también él quien trabajó por acrecentar más y más la devoción a la Santísima Virgen de los Milagros.¹

Fué durante su rectorado (1685) que se hizo una suscripción para construir un nuevo altar para el célebre cuadro de la Virgen. A esa suscripción contribuyó el Padre Provincial, Tomás Dombidas, con cincuenta pesos; el Padre Rector de Santa Fe con cien, y el Procurador de las misiones con doscientos. Figuran además en la lista el Rector de Salta y el de Córdoba, y algunos de los pueblos guaranícos de las misiones.

Algunos vecinos de Santa Fe manifestaron también su deseo de enriquecer el altar de la Virgen, y así vemos en 1687 al maestro de campo don Pedro Agustín Fuentes del Arco donar "dos ramos grandes y curiosos, en forma de pirámides, de tres caras" que fueron valuados en cien pesos, además de un candelero grande de siete luces cuyo valor era de doscientos pesos. Doña Elvira de Godoy dió de limosna un dosel de raso carmesí bordado curiosamente de hilo y plata, cuyo valor se estimaba en doscientos pesos. Don Francisco Moreyra mandó en su testamento que fueran entregados a la congregación quinientos pesos para que con ellos se dorara el retablo de la Virgen, y el citado don Pedro Agustín Fuentes legó a la congregación la cantidad de doscientos pesos, además de otras donaciones de menor cuantía. Entre las ilustres bienhechoras de este período debemos contar a las señoras doña Blanca de Godoy y doña María de Jesús, cuya solicitud en cuidar del altar y en adornarlo llegó a ser proverbial en Santa Fe.

Creemos que fué en tiempo del Padre Serra, o poco después, que se cambió la advocación del colegio. Hasta esa época denominábase colegio del Nombre de Jesús, y a fines del siglo xvii hallamos mudado su nombre por el de colegio de San Francisco

¹ MACHONI, *Las siete estrellas de la mano de Jesús*, p. 287.

Javier.¹ No puede negarse que la popularidad del santo apóstol de las Indias había llegado a ser universal, como era universal la devoción y admiración que hacia él se profesaba. En 1650 había la ciudad de la Asunción escogido a Javier por su patrón y por su abogado contra "la continuación de los terremotos"² y en 1718 había la ciudad de Córdoba declarado asimismo por su patrón a Javier.³ En cuanto a Santa Fe tenemos un "Auto proveído por el doctor José Bernardino Cervin, deán y gobernador del obispado del Paraguay, por el que acepta en nombre de su cabildo la rivalidación del juramento que ha hecho la ciudad [de Santa Fe] acerca de tener por su patrón a San Francisco Javier, y hacer la fiesta solemne."⁴ Este documento lleva la fecha de 28 de noviembre de 1692, y creemos que en esta fecha o alrededor de ella se cambió la advocación del colegio.

Años más tarde, al visitar el colegio el Padre Juan Bautista Zea ordenaba en su Memorial del 28 de julio de 1718 que: "Por haber votado el cabildo por su patrón al glorioso apóstol de las Indias San Francisco Xavier..., por cuanto su devoción es celebrar su fiesta votada el día 4 de marzo en nuestro colegio de Santa Fe, a costa de los propios de dicha ciudad y deseando fuese celebrada con toda solemnidad y aparato, ordeno que de parte de nuestro colegio se coopere a dicha solemnidad señalando predicador que en dicho día predique del santo conforme al deseo de dicho cabildo."⁵

El Cabildo escogió a Javier por patrono pero esta elección no

¹ Suponemos que la advocación de la iglesia era la misma que del colegio, aunque en 1670 (Libro de los Milagros, fol. 47 v.) escribía el director de la congregación: "1670. Hizo el Padre Joseph Ximenez... la Dedicación de la iglesia [que] fué 23 de septiembre..." Este dato nos induciría a afirmar que desde esa fecha, y tal vez antes de ella, llevó la iglesia la advocación de San Miguel.

² Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 2 de diciembre de 1650.

³ Carta del Padre Félix Antonio de Villagarcía... sobre la vida y muerte del Padre Jaime de Aguilar, fol. 11 v.

⁴ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1692.

⁵ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — C. de J. — 1718. Sobre la devoción del pueblo argentino al apóstol de las Indias hay preciosos datos en las Anuas de 1735-1743, p. 11. (Archivo de la Provincia Argentino-Chilena.)

fué aprobada por el señor Obispo de Buenos Aires: "... el jurar por patrono al glorioso San Francisco Javier, escribía el prelado en 1719, no sólo yo hallo dificultad sino también la sagrada congregación de Ritos: pues tiene determinado por dos decretos suyos (el uno de 22 de marzo de 1630 y el otro de 23 del mismo mes y año) que no se puede elegir nuevos patronos sin examen y aprobación de dicha Congregación..."¹

El santo apóstol bendijo a manos llenas el colegio, puesto que a fines del siglo xvii y principios del xviii fueron numerosos y escogidos los alumnos del mismo que ingresaron en algunas de las órdenes religiosas entonces existentes en Santa Fe. La Compañía de Jesús no fué la menos beneficiada. El joven José Pascual Echagüe, hijo de una de las mejores familias santafesinas, sólo tenía diez y nueve años de edad cuando obtuvo en 1703 el ingresar en la Compañía. En el transcurso de los años llegó a ser uno de los más distinguidos jesuítas de su época. Fué profesor en Santiago del Estero y Santa Fe durante veintidós años, y rector del colegio de Corrientes. Falleció en 1766.

Es curioso notar que en 1740, cuando el Padre Echagüe era rector de Corrientes tenía entre sus súbditos a dos santafesinos: los Padres Buenaventura Suárez y Francisco Ucedo. El primero había entrado en la Compañía en 1695, y el segundo en 1713. De la personalidad del Padre Suárez, y de su actuación como misionero celoso y como sabio astrónomo, fundador de nuestro primer observatorio y precursor de la ciencia nacional, nos ocuparemos extensamente en las páginas de esta obra. Del Padre Ucedo, que había nacido en Santa Fe en 1698, hemos de recordar en este lugar que fué misionero durante treinta años en las misiones guaraníes, y que fué en el pueblo de San Ignacio Miní que terminó santamente sus días el 14 de septiembre de 1763.

Primo hermano del Padre Francisco Javier Ucedo fué el Padre Tomás Ucedo. Había nacido también en Santa Fe, el día 12 de noviembre de 1701 e ingresado en la Compañía el día 20 de diciembre de 1717. Durante trece años ocupó la cátedra de

¹ *Acuerdos del Cabildo de Santa Fe* (1719), t. i. f. 52.

humanidades y durante quince trabajó celosamente en las misiones de indios guaraníes. Falleció en Faenza el día 25 de marzo de 1769. Anciano venerable y virtuoso dejó al morir un grato recuerdo de su hermoso carácter y de jovial espíritu aun en medio de las mayores privaciones del destierro.

Compañero de Ucedo en la labor misionera, y probablemente también en las aulas santafesinas, fué el Padre José Rivarola. Era hijo del sargento mayor del mismo nombre y apellido, y había nacido en 1696. Ingresó en la Compañía en 1712, y desde 1733 hasta 1767 trabajó abnegadamente en las misiones del río Uruguay. Hallábase en el pueblo de San Miguel cuando sobrevino la expulsión colectiva de 1767. Desterrado a Italia, falleció en Ravena el 27 de agosto de 1777.

También eran santafesinos los Padres Gaspar Troncoso y José Larramendi. El primero había nacido en 1723 y el segundo en 1718, pero ambos habían entrado en religión en 1740. El Padre Troncoso pasó la mayor parte de su vida entre los indios chiquitos, y el Padre Larramendi estuvo durante muchos años trabajando entre los calchaquies. El primero falleció en Roma en 1780 y el segundo en Faenza en 1788. Era asimismo oriundo de Santa Fe el escolar Hermano José Toledo que ingresó en la Compañía en 1724 y falleció cuando cursaba la teología en la universidad de Córdoba. Una tisis minó su débil organismo hasta que plácidamente terminó sus días en 1733. Algunos años antes había terminado los suyos, a la avanzada edad de setenta y cuatro años el santafesino Juan Álvarez. Era coadjutor, y casi toda su vida ocupó el oficio de hortelano, primero en Córdoba y después en Buenos Aires.

Todas estas vocaciones, y otras no pocas que pasamos por alto, como la del insigne historiador, literato y polemista Padre Francisco Javier Iturri, que había nacido en Santa Fe en 1738, ponen de manifiesto el buen espíritu que reinaba entre los alumnos del colegio de San Francisco Javier y el sólido prestigio de que gozaban en la ciudad de Garay los hijos de Loyola. Todo indica que a principios del siglo XVIII había ese colegio adquirido todo el

temple de una verdadera institución docente capaz de proporcionar al Estado y a la Iglesia hombres de carácter y espíritus de fina cultura religiosa y literaria.

No se ocupaban los jesuitas santafesinos de sólo los hijos de europeos. Su acción civilizadora y cultural se extendía también a los indios y negros de servicio, como lo prueban los dos bandos de 1700 y 1709 publicados últimamente por el doctor Cervera. En 25 de septiembre de 1700 ordenaba el capitán de caballos y corazas don José González de Castilla, teniente gobernador, justicia mayor y capitán de guerra, "que los indios, indias, negros, negras y demás gente de esta ciudad, todos los domingos acudan luego que toque la campana a asistir en la iglesia de la Compañía de Jesús, como en las demás que se acostumbra enseñar la doctrina cristiana, para que sean instruídos en los misterios de nuestra santa fe católica, con pena de que no acudiendo a lo susodicho... sean castigados en el rollo de la plaza [con el castigo] de veinticinco azotes".¹ Casi en los mismos términos y con las mismas palabras volvió a dar este bando, nueve años más tarde, el teniente general de gobernador Juan José de Ahumada.²

Era rector del colegio en esta época el Padre Mateo Sánchez. Sobre el estado general del colegio, durante su rectorado, poseemos un valioso documento, el *Memorial del Padre Provincial Blas de Silva para el Padre Rector y Consultores* que dejó el citado superior después de visitar el colegio en el invierno de 1708.

En cuanto a la gente de servicio dejó el Padre Blas de Silva dos ordenaciones. "Ya que por ahora no tiene el colegio modo de hacer ranchería en forma como está ordenado, encargo que se reparen los ranchos que sirven al presente, de suerte que se puedan habitar y no vivan los esclavos en tiempo de agua en tanta humedad. Encargo se ponga cuidado que la gente de nuestro servicio viva con el recato que debe, así por el buen ejemplo que debemos dar a toda la ciudad como por la obligación que tenemos a ello, castigando a los que no vivieran bien conforme a su delito."

¹ *Actas del Cabildo Colonial*, t. i. p. 250.

² *Ibíd.*, t. i. p. 259.

En cuanto al edificio del colegio y su iglesia, ordena el Provincial que "acabada la torre y contrasacristía, se podrá empezar el corredor de la iglesia. Ha parecido necesario el que cuanto antes se trabaje en dicho corredor así por la incomodidad que tienen los sujetos para ir a la iglesia y a los confesonarios como por la seguridad de la pared. Habiéndose de perfeccionar la obra de los almacenes y aposentos, será forzoso el derribar el refectorio que ahora sirve, y porque en la planta aprobada está el refectorio inmediato a los aposentos de misiones queda encargado el Padre Procurador Sebastián Pimentel de procurar levantar y perfeccionar el refectorio acabando la obra que tiene entre manos lo mejor que pudiese y cuanto antes sin atraso de las obras precisas en el colegio".¹

Hemos de consignar en este lugar los valiosos datos que hallamos en otro Memorial escrito diez años más tarde. En 22 de julio de 1718 ordenaba el Padre Juan Bautista Zea las cosas siguientes:

"El cuarto nuevo que mira a la plaza le falta corredor que lo iguale con los demás que caen a la parte anterior.

"La torre que cae al lado de la portería principal le falta mucho todavía y váyase previniendo los materiales al maestro que la ha de proseguir [para que] se pueda acabar más presto y no sea necesario estarse ocioso por falta de materiales.

"Háse juzgado ser conveniente el que se haga una capilla al lado de la iglesia, que cae al patio principal p.^a tener allí las funciones, la congregación y escuela de Cristo de los españoles; intentaráse su fábrica pero cuando se hayan acabado otras obras más precisas.

"Póngase todo empeño en que cuanto antes se ponga puerta al cementerio nuevo que se ha hecho al lado de la iglesia, que cae hacia la calle, pues no es decente el que esté en la forma que hoy está por los grandes inconvenientes que saltan a la vista.

"Pide pronto y eficaz remedio el que se renueve toda la cerca del colegio y huerta por estar muy bajas las paredes y sin borda alguna que sirva de reparo y de defensa a los que con faci-

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1708.

lidad la pueden saltar y entrar y robar lo que hay en ella, y así que por ahora a lo menos se eche una buena borda y bien espinosa sobre dichas paredes, no de tierra como está ahora sino de cal y ladrillo.

"Para tener este colegio alguna ayuda de costa en los muchos gastos que tiene y por dar en qué trabajar a los esclavos, y esclavitas ya crecidas, y porque no vivan con la ociosidad que hasta aquí han vivido, se ha juzgado sea conveniente el que se pongan dos telares de tejer algodón y así se ejecutará, para cuyo efecto doy licencia al Padre Baltasar Guzmán para que vaya a las misiones a solicitar los telares y demás aperos necesarios y indios prácticos."¹

Cuando la visita del Padre Blas de Silva, quedó nombrado procurador del colegio y de las misiones el Padre Sebastián Pimentel, que vivió muchos años en Santa Fe y se le dió además el cargo de consultor y confesor de la casa; el Padre Gregorio Cabral fué nombrado padre espiritual y admonitor; el Padre José López quedó con la dirección de la congregación de españoles y de la escuela de Cristo, y con el cargo de resolutor de casos de moral; el Padre Antonio Jiménez continuó en su labor de catequista en la iglesia, y era el director de la congregación de indios y morenos; y el Padre José Gómez fué designado prefecto de la iglesia, y de la salud, y se le dió el cargo de predicar en la plaza y de visitar las cárceles. Al Padre Rector se le designó prefecto de la escuela y de las clases de gramática.

Al Padre Mateo Sánchez sucedió en el gobierno del colegio el Padre Ignacio de Arteaga. Durante su rectorado, y siendo a la sazón procurador del colegio el Padre Francisco de León, se tuvo un enojoso litigio sobre la propiedad de ciertas tierras del Paraná donadas en 1650 por el licenciado Andrés Garavito de León. El pleito fué fallado en 1714 y fué favorable a los intereses del colegio.² Al Padre Arteaga sucedió como rector el Padre

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — C. de J. — 1718.

² TRELLES, "Revista de la biblioteca pública", t. i. pp. 58/62. Relaciónase con este litigio un cuaderno de Autos (1713) que se conserva en el Archivo de la Nación Argentina, Compañía de Jesús, 1713.

Miguel de Orantia que falleció en 1719, siendo rector del colegio. Le reemplazó el Padre Diego de Garvia (1721-1727). En tiempo de este rector llegó el colegio a tener diez sujetos, de los cuales siete eran sacerdotes. Dos de ellos eran profesores de gramática, además de un Hermano que enseñaba las primeras letras.

En 1714 visitó el colegio el provincial Padre Luis de la Roca y en el *Memorial de la visita* dejó ordenado que "si hubiese medios... se haga en el lienzo de huerta que cae a la plaza, unas tiendas, para que se puedan alquilar, y tener usufructo el colegio para mantenerse, ya que los otros medios están tan caídos" o "se podrán hacer aposentos de paja a la parte que cae hacia el río, para alquilarlos a los barqueros".¹

Como se colige de las frases del Padre Roca el estado económico del colegio era nada halagüeño, y no es de extrañar pues la ciudad entera se hallaba reducida a suma pobreza, privada de sus mejores campos y tierras de labranza que en su casi totalidad habían caído en poder de los indios o eran periódicamente devastados por los mismos. En 1717 manifestaba dolorido el alcalde de segundo voto, don Pedro de Urizar "el lamentable estado en que se halla esta ciudad afligida con la cruel guerra de los fronterizos enemigos, pobreza y demás públicas necesidades", y pedía "se confiriese el remedio de tan irreparables daños". Aun diez años más tarde era no menos crítica la situación de la ciudad de Santa Fe.²

A principios del siglo XVIII era procurador del colegio el Padre Gabriel Patiño, y de él conservamos un documento que lleva la fecha de 1708. Pide licencia para recoger seis mil cabezas de ganado en los campos que median entre los ríos Uruguay y Paraná a fin de poder sustentar a los sujetos que moran en el colegio y a fin de que se pueda proseguir en la fábrica de la iglesia. Obtuvo lo que deseaba, pero limitado el número de ganado a sólo cuatro mil cabezas, por haber disminuído notable-

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1714.

² TRELLES, "Revista del Archivo general", t. i. p. 425; "Revista de la biblioteca pública", t. ii. p. 237.

mente el que había en esas regiones. En 1720 desearon los jesuitas hacer otra recogida, pero en vano. Según parece era este un sistema muy en boga para obtener fondos, si bien las autoridades no siempre accedían a los deseos de los interesados. La congregación provincial, celebrada por los jesuitas en Córdoba en el curso del año de 1717, determinó pedir al Rey una licencia general para levantar ganado "puesto que las reducciones de los indios no pueden conservarse si no es por medio de rebaños de ganados de cuyos productos puedan valerse".¹

Que el colegio se hallaba en difíciles circunstancias económicas es cosa que consta en múltiples documentos de la época. Las Anuas de 1729-1730, compuestas por el Padre Pedro Lozano, afirman que las invasiones de los indios abipones habían causado inmensos daños a las propiedades de los moradores de Santa Fe, y particularmente a las estancias del colegio, cuyos ganados habían sido robados, las casas incendiadas y los campos devastados. Mayores hubieran sido las consecuencias si el Padre Bartolomé Guzmán, jesuita catamarqueño que reemplazó al Padre Patiño en el cargo de procurador, no se hubiera preocupado de poner en salvo cuanto le fué posible. Fué hombre ágil y laborioso hasta que un ataque de apoplejía le dejó inutilizado para toda labor. Falleció en 1721.

Según el mismo Padre Lozano, de quien tomamos estos datos, el estado moral e intelectual del colegio era enteramente satisfactorio, y consigna el dato de que en el decenio 1720-1730 "se aumentó la biblioteca del colegio con muchos libros nuevos, muchos de los cuales fueron traídos de Europa gracias al señor Francisco de Piedrabuena, buen amigo del colegio, quien en su testamento

¹ En la Biblioteca Nacional de Buenos Aires se halla una Real Cédula de 29 de noviembre de 1716, en la que después de exponer, según manifiesta el Procurador de los jesuitas, Padre B. Jiménez, que el colegio de Santa Fe "está poseyendo pacíficamente por tiempo de más de treinta años la acción de vacas, yeguas y otros ganados cimarrones que pastan a la otra banda del río Paraná dentro del distrito de veinte leguas de tierras destinadas y ya mojonadas por la justicia", ordena que "no se permita se le perturbe ni inquiete al dicho colegio en la posesión en que se halla de las tierras que se expresan y que ejecute lo demandado". (Biblioteca Nacional, ms. 0995.)

dejó para este fin la cantidad de mil pesos. Aumentóse también la sacristía con nuevos ornamentos y objetos sagrados. Una de las casullas adquiridas en esta ocasión era valuada en quinientas onzas de plata.¹

La construcción de la iglesia, comenzada por los años de 1660, estaba muy adelantada, si no acabada, a principios del siglo xviii. En una nota del provincial Padre Luis de la Roca, escrita en 1724 y dirigida al Padre Rector de Santa Fe leemos: "Prevénganse materiales para acabar la torre [de la iglesia] hasta que venga el Hermano Prímoli", pero antes de estar ella terminada se colocaron en la misma varias campanas cuyo coste había ascendido a cinco mil maravedises de plata. Afirmamos que aun estaba la torre por terminarse por cuanto que en 1755 escribía el Padre Rector Miguel de Cea que estaba ocupado en acabar de construir la torre de la iglesia (18 de diciembre de 1755).²

La iglesia se había concluído de construir, pero no a satisfacción. Durante medio siglo se quejaban los jesuítas santafesinos del mal estado de la techumbre que permitía la entrada a las aguas en las épocas de lluvia y hasta amenazaba desplomarse. El libro de las *Consultas* de la provincia del Paraguay trae con fecha enero de 1734 estas líneas relativas a Santa Fe: "Pasando a tratar primeramente del temporal del colegio sólo se resolvió que era necesario se atendiese al reparo de la iglesia, que amenaza la ruina en el techo, para lo cual era preciso que viniese de Córdoba el Hermano Blanqui para ver si eran capaces las paredes de echarse bóveda de cal y ladrillo, y en caso de serlo, que el Padre Rector se previniese de materiales para echarla a su tiempo, para lo que volvería otra vez de Córdoba dicho Hermano."³

Ni el Hermano Prímoli ni el Hermano Blanqui pasaron a

¹ Las Anuas de esta época, escritas por el Padre Lozano, existen originales en el Archivo General de la Compañía de Jesús y en copia fotocópica en el Archivo de la Provincia Argentino-Chilena (Buenos Aires).

² Todos estos documentos se encuentran en el Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1724, 1755.

³ Biblioteca Nacional (Buenos Aires), sección manuscritos, ms. 0062, fol. 17 v.

Santa Fe para renovar el techo de la iglesia. En 1740 ordenaba el Padre Provincial Antonio Machoni que en " viniendo el Hermano José Esmid se pondrá todo empeño en que se componga el techo de la iglesia, porque éste no padezca de goteras los daños que padece", pero tampoco este arquitecto pasó por entonces a Santa Fe, puesto que el 10 de octubre de 1748 ordenaba el Padre Querini que cuanto antes se arbitraran medios para asegurar el techo que tanto peligraba. En vano hemos procurado indagar las causas de tanta morosidad. Tal vez deba atribuirse a las múltiples ocupaciones de los citados arquitectos, tal vez al descuido de los rectores en tener prevenido los materiales necesarios, tal vez a las circunstancias críticas por las que tuvo que atravesar la ciudad invadida de continuo y asediada siempre por la indiada rebelde y traidora.

Del buen espíritu que animaba a los Padres y Hermanos del colegio tenemos abundantes pruebas. Las misiones rurales, los ejercicios espirituales a caballeros y matronas, la enseñanza del catecismo en la plaza, los ministerios asiduos en la iglesia, la asistencia a los enfermos y moribundos tenían a los Padres bien atareados y santamente ocupados. En ningún documento de la época encontramos dato alguno que revele falta de armonía entre los profesores y alumnos o entre los operarios y los católicos de Santa Fe, y hallamos abundantes señales de lo contrario. Durante la gripe que diezmo la población en 1726 y durante la peste que la afligió en 1728 fueron los Padres jesuitas quienes trabajaron sin descanso en atender espiritual y corporalmente a los enfermos y atacados. Sobre todo los negros de servicio encontraron en los jesuitas quienes les atendiesen y asistiesen con cariño y amor. Fruto de los ejercicios espirituales fué la singular conversión y santificación de don Manuel de Aguiar. Consagróse por entero a la virtud y llegó a ser un verdadero apóstol seglar. Entre la oración y las obras de beneficencia pasó santamente los últimos años de su vida. A ejemplo de Carlos V hizo celebrar en vida en la iglesia de Santo Domingo nueve misas solemnes de difunto por su alma, como si hubiese ya muerto.

Del estado escolar sólo tenemos una referencia. En 1724 escribía el Padre Provincial al Rector y le decía entre otras cosas: "Célese mucho la exacción y asistencia de los maestros en la clase de gramática, y escuela de niños, que visitará Vuestra Reverencia con frecuencia" y tres años más tarde insistía mucho más y daba la razón de su insistencia: "Celaráse mucho el aprovechamiento de los estudiantes de gramática y maestros de la escuela, porque hay quejas de que no aprovechan y que los niños pierden mucho tiempo jugando."¹ Al frente de esta clase y de esta escuela estaban, durante el primer tercio del siglo XVIII, el Padre Diego de Vargas y el Hermano Tomás de Álzaga, y de ambos se manifestaban enteramente satisfechos así los superiores de la Compañía como los habitantes de la ciudad.

El Hermano Álzaga falleció en marzo de 1726, a la avanzada edad de ochenta y cuatro años. Era navarro, y durante más de medio siglo fué profesor de primeras letras en tres distintos colegios. Grande fué el dolor de los santafesinos al ocurrir el deceso de este benemérito varón. Sus funerales revistieron toda la solemnidad de un duelo general, asistiendo a ellos representaciones de todas las congregaciones religiosas y honrándolos con su presencia los hombres más conspicuos de la población.

Dos años antes del fallecimiento de este buen Hermano estuvo en Santa Fe, aunque sólo durante tres años, el santo mártir de Cristo Padre Julián Lizardi, y es justo que hecho tan honorífico para Santa Fe quede consignado en este lugar y en la memoria de los santafesinos. Mientras esperaba embarcación para el Paraguay "se empleaba el Padre Lizardi en nuestros ministerios —escribe Lozano— y convidaba a suplir en cualquier oficio con su acostumbrada alegría, y en el alivio de todos los sujetos",² y el Padre Arteaga en el Memorial de 9 de enero de 1727 le nombró "maestro de moral, doctrinas en la plaza y resolutor de casos de moral, quien será prefecto de la salud, ministro y consultor".³

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1724.

² *Vida del mártir Padre Julián Lizardi*, p. 144.

³ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — C. de J. — 1727.

Murió este infatigable misionero y mártir de Cristo el día 17 de mayo de 1735.

No fué el Padre Lizardi el único varón insigne que estuvo de pasada en el colegio de Santa Fe. Al ir o al volver de las misiones guaraníes y aun al pasar de Córdoba a Buenos Aires solían detenerse en esa ciudad así los operarios apostólicos de las reducciones como los profesores y estudiantes de la universidad cordobesa. Apenas hubo misionero insigne o maestro conspicuo que no hubiera estado en el histórico colegio de la ciudad de Garay, y justo es recordar los nombres de algunos como los de Martín Urtasún, Pedro Espinosa, José Lorenzana, Ángel Petragrassa, Sebastián y Juan Yegros, Pedro Montenegro, Juan del Castillo, Roque González, Alonso Rodríguez, José Insaurralde, Pablo Restivo, Nicolás del Techo, Antonio Sepp, Diego de Boroa, José Cataldino, Simón Mazzeta, Juan B. Ferrufino y muchos otros no menos ilustres en los anales de nuestra cultura nacional, aunque no menos desconocidos.

Del personal estable del colegio pocas son las noticias que poseemos. Por los diversos memoriales de los Provinciales llegamos a enterarnos de no pocos de ellos y de la tarea que en el colegio les era encomendada. En 1714 era rector y prefecto de estudios el Padre Ignacio de Arteaga; padre espiritual el Padre Anselmo de la Mata; visitador de la cárcel y confesor en la iglesia el Padre Ignacio de Piedrabuena; procurador de la casa y doctrinero en la plaza el Padre Bartolomé Guzmán; prefecto de la congregación de indios y morenos el Padre Ignacio García.

En los cuatro años siguientes hubo varios cambios, puesto que en 1718 el Padre Ramón de Yegros había reemplazado al Padre Mata; el Padre Pedro de Ledesma al Padre Ignacio García, y el Padre Diego de Garvia, que después llegó a ser rector, al Padre Arteaga. El Padre Diego de Vargas y el Hermano Tomás de Álzaga seguían siendo profesores. Seis años más tarde, o sea en 1724, era procurador del colegio el Padre Miguel Benavídez y procurador de las misiones el Padre José de Arteaga. Los Padres Yegros y Ledesma tenían los mismos cargos que en 1718, y

con ellos se encontraba en esta fecha el Padre Pedro Lozano, el insigne historiador del Río de la Plata, el padre y fundador de la historiografía nacional.

La principal ocupación de Lozano era el de recoger materiales para la composición de su magna obra histórica, pero al mismo tiempo ocupóse de otras labores, como distracción y descanso de la tan penosa de escritor. Desde el principio de su llegada a Santa Fe fué designado "prefecto de la iglesia, director de la congregación de indios y morenos, prefecto de la salud y enseñante de la doctrina cristiana en la iglesia". Con leves variantes fueron estas las ocupaciones espirituales de nuestro gran historiador, mientras estuvo en Santa Fe. En 1728 partió para la Asunción, con no poco sentimiento de cuantos habían tenido ocasión de apreciar sus relevantes cualidades y hermoso carácter.

Mientras estuvo Lozano en Santa Fe tuvo por rector al Padre Leandro de Armas y a su sucesor el Padre Diego de Garvia. Poco después de su partida entró a gobernar el colegio el Padre Miguel López. Fué en tiempo del rectorado del Padre Garvia que se llegó a pensar seriamente, por parte de las autoridades civiles, en abandonar la ciudad de Santa Fe, a causa de las continuas irrupciones de los indios comarcanos. El Padre Provincial Luis de la Roca, al visitar el colegio en 1725 ordenó al rector que tuviese "encajonadas las alhajas preciosas de la sacristía, y los ornamentos ricos para despacharlos cuando llegare el caso de desamparar la ciudad". No se llegó a este extremo, pero fueron grandes los sobresaltos de los indefensos pobladores. El peligro era tan continuo y tan amenazador que el cabildo ordenó "a los religiosos de la Compañía de Jesús, los que por la peste de sarampión reinante salían de noche a confesar a los enfermos, el que no lo hicieran a esas horas, por el continuado peligro de sus vidas, ante los ataques nocturnos de los enemigos".¹

Las Anuas de 1730-1735 ponderan el estado de continuo peligro en que se hallaba la ciudad, y lo mucho que el colegio había sufrido y seguía sufriendo a causa de las invasiones de los indí-

¹ CERVERA, *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, t. i. p. 483.

genas. Las invasiones de los abipones y mocobíes el 17 de febrero, 28 de abril y 6 de octubre del año de 1732 llegaron a poner en consternación a la aislada ciudad, cuyos indefensos ciudadanos no veían otra solución que la de abandonarla. La pobreza de los habitantes de Santa Fe llegó a tal extremo que en 1735 y en los años siguientes "hubo de pedirse al colegio de los jesuítas hiciera con sus recursos las fiestas de San Francisco Javier, así como el que trajera todo para las fiestas de San Jerónimo, pues la ciudad no tenía propios para ello".¹

Si la ciudad estaba en malas condiciones económicas, cierto es que el colegio no estaba en muy buenas, por más acertada que hubiese sido en anteriores años la administración de sus bienes. Su fortuna, si así puede llamarse, consistía en algunos campos al sur de la ciudad a los que no llegaban los invasores indios y en haber tenido varios procuradores de singulares dotes económicas. En 1732 perdió el colegio el hombre que más lo había sostenido en lo material, al Padre Miguel Haffer, tirolés. Durante doce años había sido procurador de las misiones en Buenos Aires y en Santa Fe, y aunque no tenía ingerencia directa en los asuntos del colegio, se le consultaba en todo, por ser hombre de muchos conocimientos y grande experiencia.

Cuando al año de su muerte vióse la ciudad de Santa Fe en nuevos y grandes apuros apareció otro hombre providencial en la persona del Hermano José Uriarte, natural de Lequeitio en Vizcaya. Las estancias habían quedado sin ganado alguno y la carne escaseaba grandemente en la ciudad. Por otra parte era casi imposible el traerla desde la estancia del Carcarañá, que por estar tan al sur estaba libre de las invasiones y saqueos de los indios. Algo singular fué lo que ideó el Hermano Uriarte, aunque hoy día nos parece la cosa más natural: sustentarse de la pesca. Con asombro de propios y extraños construyó redes y sacó tanta abundancia de pesca cuanto podía requerirse para las necesidades de la población. Era este Hermano fuerte y vigoroso de cuerpo, y muy devoto. Tenía una singular admiración por San Alonso Rodrí-

¹ CERVERA, *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, t. i. p. 488.

guez cuyas virtudes procuró imitar. Falleció el día 4 de diciembre de 1734, y en su lecho de muerte repetía muy contento estas palabras: "Yo ni deseo vivir, ni temo el morir."¹

Al Padre Miguel López, que representó al colegio en el cabildo del 23 de mayo de 1729 como relata el doctor Cervera,² sucedió en el gobierno del colegio el Padre Miguel Benavídez, paraguayo. Comenzó su rectorado el día 13 de diciembre de 1732, y como su predecesor, tuvo que afrontar las dificultades originadas por las invasiones de los indios, y como su predecesor trabajó sin descanso en los ministerios espirituales de dar misiones y ejercicios.

En esta santa tarea halló el Padre Benavídez una cooperadora eficaz en la persona de doña Blanca de Godoy. Era esta señora de la primera nobleza española, aunque nacida en la entonces mísera villa santafesina. Siendo todavía muy pequeña determinaron sus padres llevarla a España, y al efecto partieron con rumbo a la Península en 1676. La nave naufragó en el mismo río de la Plata, y la familia de doña Blanca volvió a Santa Fe. Durante el primer tercio del siglo fué esa mujer la admiración de los santafesinos, no tanto por su cultura y nobleza cuanto por sus virtudes personales y su espíritu de abnegación. Sus ocios y sus caudales los empleó todos en socorrer a los pobres y menesterosos. Para perpetuar su espíritu fundó la asociación de *Beatas de la Compañía* conforme a las que en Europa había fundado doña Marina de Escobar. Falleció esta mujer singular en diciembre de 1734, y fué una coincidencia el que más de cuarenta jesuítas que se encontraban entonces en Santa Fe, esperando embarcación para Buenos Aires donde debían asistir a la congregación provincial, pudieran dar realce a los funerales y pregonar las virtudes de quien tanto habían apreciado y a quien tanto debían.

Otro instrumento para la gloria de Dios encontraron los jesuítas en general, y el Padre Benavídez en particular, en la persona del insigne general don Francisco de Echagüe y Andía. Pocos santafesinos han dejado tras sí tan gratos recuerdos y tan sólida

¹ Las Anuas de 1734 traen estos datos en su necrología.

² *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, t. i. p. 283.

reputación como este mandatario valiente en el campo de batalla, prudente en el gobierno y profundamente religioso en todas ocasiones. En la época del rectorado del Padre Benavídez encontramos a Echagüe ocupando la presidencia de la congregación noble de españoles, al mismo tiempo que su hija doña María Francisca de Echagüe presidía la congregación correlativa de señoras. Anteriormente habían ocupado la presidencia personas de la primera nobleza de Santa Fe, pero ni el sargento mayor don Andrés López Pintado que fué presidente en 1716, ni Martínez de Monje y su señora doña Dominga Mendieta, elegidos en 1731, ni el sargento mayor don José Troncoso y su señora doña Catalina de Echagüe y Andía, elegidos en 1733, dieron tanto lustre y prestigio a la famosa congregación como el bravo soldado que gobernó a Santa Fe durante diez años sin gratificación alguna y quebró la dureza de la indiada y contribuyó noble y desinteresadamente a la fundación de los pueblos de mocobíes, como después expondremos.

A don Francisco Javier sucedieron en la presidencia de la congregación don Manuel Maciel y su consorte doña Rosa Lacoizqueta (1738), don Martín Iturri y su señora doña Francisca Gaete, progenitores del insigne jesuíta Padre Francisco Javier Iturri, don José Crespo y doña Casilda Carvallo su esposa (1745), don Gabriel Quiroga y su consorte doña María Tomasa Humérez (1747), don Gabriel Lasaga y su señora doña Francisca Ziburru (1749), don Bartolomé Andino y su señora doña Juana Cabral (1752), y el general don Francisco Antonio de Vera Mujica y su señora doña María Buenaventura Pintado (1764).

Esta nómina pone de manifiesto el aprecio que merecía a los santafesinos del siglo XVIII la noble congregación del colegio de San Francisco Javier, y la popularidad que continuaba teniendo la bendita y milagrosa imagen de la Virgen venerada en la iglesia de la Compañía. A mediados de aquel siglo había llegado a ser tan grande esa devoción que se estableció la costumbre de celebrar todos los sábados una misa en el altar de Nuestra Señora; "para la cual se llamaba con la campana que había costado la

congregación, y durante la misa se tocaba el arpa o el órgano”. Todo esto consta en una carta del Padre Provincial Pedro Juan Andreu al Padre Marcos García, que lleva la fecha de 30 de enero de 1765.

El Padre Cosme Agulló que diez años antes era director de la congregación escribió toda una historia de los milagros que había hecho la Virgen del colegio y obtuvo del señor obispo Monseñor Cristóbal Aresti la aprobación de los mismos con el fin de editarlos, pero no llegó a darlos a la publicidad. En un hermoso documento escrito por Agulló al dicho prelado leemos algunas noticias que no dejan de ser muy interesantes. He aquí algunas líneas: “Cosme Agulló de la Compañía de Jesús, como prefecto que soy de la congregación de los señores españoles que hay en el colegio de la Compañía de Santa Fe de la Vera Cruz con la advocación y título de la Inmaculada Concepción de la Serenísima Reina de los Ángeles María Señora Nuestra, en la forma que haya lugar en derecho parezco ante Vuestra Señoría Ilustrísima y digo que por intercesión de la Virgen María y de la milagrosa imagen de la Concepción que con grande y universal devoción de toda la ciudad se venera en una capilla de dicho colegio desde el principio de su fundación, varias personas han conseguido algunos favores, que parecen ser sobre el curso de las causas naturales; cuyas relaciones, autenticadas en cuanto a la verdad del hecho, presento ante Vuestra Señoría Ilustrísima...”

De estas frases se colige cuán grande era la devoción del pueblo de Santa Fe a la veneranda imagen de la Virgen de los Milagros, y cuánto contribuía esta devoción a aumentar la concurrencia de fieles y el culto de la iglesia. Había también otro factor, aunque no tan poderoso ni tan universal. Las Anuas de 1734 afirman que en dicha iglesia fué expuesta a la veneración de los fieles una reliquia que llegó a llevar tras sí la devoción de todos los ciudadanos. Era la reliquia una carta autógrafa de San Ignacio de Loyola. El espíritu varonil y la heroica santidad de aquel hombre singular, tal cual parecía destacarse en el venerando documento, llegó a sojuzgar las voluntades de todos, y apenas había necesi-

dad o enfermedad o peligro para el cual no llegara San Ignacio a ser el santo preferido. No fueron pocos los milagros que obró Dios por intercesión del santo y por medio de su reliquia.

Durante el rectorado del mencionado Padre Benavídez terminó santamente sus días el Padre Francisco Guevara, natural de la ciudad de Córdoba. Durante doce años trabajó incansablemente entre los indios chiriguano, y como se expresan las Anuas de 1733, que refieren su muerte, fué él quien realizó gran parte de las obras hazañosas que Patricio Fernández consignó en su tan celebrada *Historia de los indios chiquitos*. No era el Padre Guevara un hombre de grandes fuerzas físicas, pero en las espirituales era un verdadero titán, y gracias a éstas, más que a aquéllas, recorrió distancias inmensas, cruzó ríos caudalosos, y sufrió toda clase de privaciones.

Al mencionado Padre Benavídez sucedió en el gobierno del colegio de Santa Fe el insigne y benemérito varón Padre Bernardo Nudorffer. Nudorffer sólo tenía cuarenta y ocho años de edad, pero era considerado por propios y extraños como uno de los hombres más inteligentes y más cabales que tenía la Compañía de Jesús en las regiones del Río de la Plata. Su alta y gallarda figura física era un digno marco a su grande inteligencia y noble corazón. Durante su rectorado pasaron a Santa Fe los Padres Ignacio Oyarzábal y Miguel Morales con el fin de dar una grande misión en la ciudad. No salieron fallidas las esperanzas de los misioneros, ni las de los que los habían llamado. El señor cura, que lo era el presbítero Pedro Rodríguez, y el teniente general Francisco de Echagüe y Andía tomaron la misión con todo empeño, y tuvieron la satisfacción de ver en breve a toda la ciudad verdaderamente transformada por la gracia de Dios y por el esfuerzo de los apostólicos sacerdotes.

En 1742 el Padre Tomás de Figueredo dió otra misión, pero no alcanzó el éxito de la de 1738. El fervor de ésta, sin embargo, fué conservada durante algunos años por el fervoroso Padre Lorenzo Balda. Había éste terminado su carrera en 1738, y enviado al colegio de Santa Fe trabajó celosamente hasta que se le des-

tinó a las misiones guaraníes donde pasó la mayor parte de su vida, siendo uno de los jesuitas que tuvieron que intervenir en los enojosos asuntos de la cuestión de límites.

En 1740 visitó el colegio el entonces provincial Padre Antonio Machoni, y al terminar su visita ordenaba que la "escuela de los niños se pondrá en el aposento grande de la esquina, y se le abrirá la puerta que tiene para la calle, y de la escuela que tienen ahora se harán dos aposentos". Como el edificio en la época que Machoni ordenaba lo que antecede, sólo constaba de unos pocos metros sobre la calle que limita con la plaza, no puede haber duda que el aposento grande a que alude era el que estaba junto a la iglesia, puesto que sólo éste tenía entonces puerta a la calle.

En ese mismo memorial del 20 de febrero de 1740 determinaba el Padre Machoni que el Padre Rector, y lo era el mencionado Padre Bernardo Nussdorffer, fuera prefecto de gramática y se encargara de dar los ejercicios espirituales; que el Padre Diego Ruiz tuviera los cargos de confesor y padre espiritual; que el Padre Juan Francisco Aguilar se encargara de la congregación de españoles y el Padre Juan Espet de la de los indios y morenos, y ordenaba además que el Padre Jerónimo Núñez tomara a su cargo el ser prefecto de la iglesia y solventor de los casos de moral.

El Padre Jerónimo Núñez no sólo era un insigne teólogo, sino también un profundo filósofo y un buen escriturario. En la universidad de Córdoba ocupó varias cátedras, y fué siempre considerado como uno de los hombres que más brillo habían dado con su ciencia a aquella célebre casa de la ciencia. Tenía sin embargo sus fallas, debidas en parte a su carácter excéntrico o a su salud que nunca fué buena. Mientras estuvo en Santa Fe compuso un curioso libro en dos gruesos volúmenes, obra que honra ciertamente nuestra cultura colonial, aunque nunca llegó a publicarse. El tomo primero está fechado por su autor "*In Sanctæ Fidei Platensis Fluvii vel a Vera Cruce dictæ. Anno 1738. 7 octobris.*" He aquí la descripción de esta obra peregrina que tal vez sea la de más alientos que se llegó a escribir en Santa Fe durante la época colonial:

✠ | Fasciculus | Concionatorius | Biblico-Historicus
 | seu | Brevis Commentarius | super aliquas Sacrae |
 Scripturae | Historias ad Moralem sensum | directas. |
 (viñeta: IHS, con las palabras: *Laudate Nomen Domini*,
Ps. 112) | Pars Prima - ex Veteri Testamento | In
 Sanctae Fidei Platensis Fluvii | vel a Vera Cruce dictae.
 | Anno 1738. 7 octobris.

✠ | Fasciculus | | Pars secunda - ex Novo
 Testamento. | Cordubae Tucumanorum | Anno 1744.

2 vols. en 8° (76 × 124 mms.).

Parte primera: Port. — v. en bl. — Proemium, 2 pp. s. n. — 1 h. pleg. de cronología. — Texto: pp. 1/464, numeradas. — Series capitum: pp. 465/6. — Al fin de la p. 464 se lee: "2 oct. 1741".

Parte segunda: Port. — v. en bl. — Proemium, 2 pp. s. n. — 2 hs. pleg. con cuadros cronológicos. — Texto: pp. 1/416, numeradas. — Series capitum. — Index verborum praecipuorum: 12 pp. s. n. — Al fin de la p. 416 se lee: "22 Januarii Anni 1744".

Ambos volúmenes, nítidamente escritos y en buen estado de conservación, se hallan en la sección manuscritos de la biblioteca provincial y universitaria de Granada (España) donde tuvimos la suerte de encontrarlos junto con otros manuscritos relativos al Río de la Plata.

Como lo indica el título de los dos volúmenes, y lo indica el autor en el Proemio que precede a la primera parte, fué su intención el ofrecer a los oradores sagrados un repertorio de temas y argumentos bíblicos que pudieran serles de utilidad y ayuda en la predicación de la palabra de Dios. La obra está muy trabajada, y no cabe duda de que su autor empleó muchos años en su composición. Probablemente la remitió a España para ver si conseguía su publicación, y por causas, que nos son desconocidas, nunca salió a luz.

El Padre Núñez volvió a Córdoba en 1742, y diez años más tarde pasó nuevamente a Santa Fe. Algunos años antes de la expulsión de los jesuitas acaecida en 1767 pasó al colegio de San Ignacio de Buenos Aires, y allí le sorprendió la real orden de

Carlos III. Cuando pasó a Santa Fe la segunda vez, o sea en 1752, llevó en su compañía a un joven de singulares dotes y hermosas cualidades, al Padre Manuel Arnal. Desde su arribo se puso este jesuíta al frente de la procuraduría de misiones que antes de él habían desempeñado los Padres Rechberg y Benavídez, y en este cargo perseveró el Padre Arnal hasta que en 1766 fué llamado por sus superiores a Buenos Aires para suplir al Padre Carrio, procurador general de las misiones, que había partido a Europa en compañía de don Pedro de Ceballos.

Era el Padre Arnal un hombre no menos docto que piadoso, y la correspondencia suya, que aun existe en nuestros archivos, prueba cuán apreciado era en Santa Fe por sus egregias dotes sacerdotales.

Este Padre, y el rector del colegio Padre Miguel de Cea, trabajaron sin descanso en aliviar las necesidades de la ciudad que tanto sufría a causa de las invasiones de los indios. No contentos con proveer de víveres en cuanto podían a los que de ellos necesitaban, trataron de poner una valla segura y perdurable a tantas irrupciones y saqueos. Ya en 1742 había el Padre Antonio Machoni tratado este asunto con el teniente Echagüe y Andía, pero fué el Padre Cea quien lo tomó con todo ardor, secundando así los planes del provincial y aprovechando los buenos servicios del gobernador.

La fundación de las misiones de mocobíes y abipones fué la acertada solución del gran problema que durante todo un siglo había tenido en jaque a los pacíficos moradores de Santa Fe. En 1743 fundóse la reducción de San Javier sobre las Barrancas o Balza,¹ como se denominaba el viejo sitio ocupado anteriormente por la ciudad de Santa Fe sobre el río de los Quiloazas. En 1748 se fundó San Jerónimo del Rey, hoy Reconquista; en 1750 fueron fundadas las reducciones de San Fernando y San Francisco de Regis, ambas al norte de la ciudad de Santa Fe y en medio de

¹ En 1744 escribía el Padre Passino: "en julio del año pasado de 743 se fundó un pueblo de nación mocobí en la jurisdicción de la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz llamada S.^a Fee la vieja y hoy se llama la reducción de San Francisco Javier".

las indiadas más enemigas. Los beneméritos jesuitas que fundaron y conservaron estas reducciones, verdaderos baluartes contra la barbarie, salieron en su mayoría del colegio de Santa Fe, al que acudían en todas sus urgencias y necesidades como base de operaciones. Entre los muchos e insignes varones que intervinieron en esta grande empresa debemos los santafesinos recordar con gratitud y cariño los nombres de los provinciales Antonio Machoni y Pedro de Arroyo, el del rector Miguel de Cea, el del gran organizador Francisco Burgés, y el de los Padres Canelas, Klein, Termeyer, Briegniel, Rejón, Bertodano, Lechmann, Bustillo, Pol, Quesada y Paucke.

Cuál fuera el resultado de esas reducciones y cuánto contribuirían a la defensa de la ciudad lo podemos colegir de múltiples documentos que existen al respecto. Dobrizhoffer nos cuenta lo que le acaeció a él cuando llegó a Santa Fe en 1750. "Hallándome yo parado junto a la puerta de nuestra iglesia, paróse junto a mí un noble caballero español, y medio llorando de pura emoción me dijo: ¡Oh Padre! ¡cómo estaban nuestras cosas pocos años hace! Por ley se nos había sido prohibido venir a esta iglesia, si no era armado. Ni a la calle podíamos salir sin peligro de la vida."¹

El Padre Lorenzo Casado que cruzó nuestras pampas santafesinas y estuvo en Santa Fe antes y después de la fundación de las reducciones, escribía a fines del siglo XVIII que "Los indios mocobíes tenían por los años de 30 y 40 de este siglo a la ciudad de Santa Fe tan reducida, que no podían ir al río a lavar ni traer agua, estando... invadidos los campos y sus caminos. Ya estuvieron los pobladores para despoblar la ciudad, la que mantuvo el Padre Benavídez, procurador del colegio, trayendo el ganado de su estancia con escolta, que tenía el colegio en el paraje que llaman el Carcarañal. Caminando yo con cuatro Padres el año de 45 para esa ciudad, para de allí subir al Paraguay, llevamos escolta de indios calchaquíes estando despoblado todo hasta llegar a la ciudad por veinte leguas y sus contornos."

¹ *Historia de Abiponibus*, t. iii. p. 17.

Merecen transcribirse aquí algunas líneas que en 1730 escribió el Padre Ignacio Chomé, después de pasar por Santa Fe en su viaje de Buenos Aires a las misiones guaraníes:

"Había casi un año que me ocupaba en catequizar a los negros de Buenos Aires. Cuando acordé al Padre Provincial la esperanza, que me había dado de dedicarme a la misión de los chiquitos, me llevó consigo, pero sin declararme su voluntad. Llegando a la ciudad de Santa Fe, le pregunté si habíamos de pasar adelante; y me respondió, que el estado deplorable a que los infieles habían reducido la provincia, infestándola por todas partes, no le permitía enviarme a las misiones prometidas; y que no sabía si podría pasar a Córdoba, para continuar su visita. Tenía demasiada razón, porque un número prodigioso de bárbaros, derramados por toda la provincia, ocupaba todos los pasos, y no había seguridad en los caminos. Lo demuestran bastantemente los riesgos que corrimos, yendo de Buenos Aires a Santa Fe.

"El modo con que se camina en estos grandes desiertos, es bastante singular. Se camina en una especie de carro cubierto, en que está la cama, y las provisiones de boca. Es preciso llevar hasta la leña, si no se pasa por los bosques. El agua no falta, porque se encuentran riachuelos, o ríos, en cuyas riberas se detienen los caminantes. Hicimos sesenta leguas casi sin peligro alguno; pero no fué así de las veintidós, que nos quedaban para llegar a Santa Fe. Los bárbaros guaycurúes se han hecho dueños de todo el país: corren continuamente el campo, y más de una vez intentaron sorprender la ciudad de Santa Fe. No dan cuartel a los que caen en sus manos: cortan al instante la cabeza: la despojan de los cabellos, y de la piel y erigen de ellas otros tantos trofeos. Van desnudos enteramente, y se pintan el cuerpo con diferentes colores, sin tocar a la cara: adornan la cabeza con plumas; y sus armas son el arco, las flechas, una lanza y un dardo, que por ambos cabos termina en punta, y tiene de largo cuatro, o cinco varas. Lo arrojan con tanta fuerza, que pasan un hombre de parte a parte: lo atan al puño, para retirarlo después de haberlo echado.

"No son estos bárbaros naturalmente valientes. Se ponen en emboscadas para acometer a sus enemigos; pero antes dan terribles aullidos, que intimidan de tal modo a los que no están acostumbrados, que los más animosos se asustan, y quedan sin defensa: temen los bárbaros sumamente las armas de fuego; y viendo caer muertos algunos de los suyos, todos huyen; pero no es fácil, aun a los más diestros tiradores, alcanzarlos. Nunca están un solo instante a caballo en la misma postura; ya están echados, ya de un lado; ya debajo del vientre del caballo; y atando el freno al dedo grande del pie, y con un látigo de cuatro, o cinco correas torcidas, hacen correr los más malos caballos. Viéndose a los alcances, abandonan sus caballos, y sus armas, y se echan en el río, adonde nadan como peces, o se entran por lo más espeso de los bosques, de los cuales nunca se apartan. Se endurece con el tiempo su piel de tal modo, que llegan a no sentir las picaduras de las espinas, y malezas, corriendo en medio de ellas sin embarazo alguno.

"Nos tuvieron estos infieles por tres noches en continuos sustos; y si no se nos hubiera enviado una escolta, que hacía continuamente la ronda, no hubiéramos escapado de sus manos. Venían de cuando en cuando algunos a ver si estábamos en vela, y en buena disposición; pero en fin llegamos felizmente a Santa Fe." ¹

Esto es del Padre Chomé. Cuatro años más tarde afirmaba el procurador general de Santa Fe, don Juan José de Lacoizqueta que en 1734, fecha en que escribía: "hay que guardar el ganado con escolta. Los indios ocupan las campiñas, ríos, islas y se mueven y asechan con toda impunidad y aprovechan los menores descuidos. Son además poderosos". ²

Después de fundadas las reducciones por los Padres de la Compañía, los santafesinos "han poblado toda la jurisdicción de más de veinte a treinta leguas de todos los contornos; antes no se vendían mulas ni tenían vacas que comer, y al presente venden muchísimo ganado de toda especie; y son más de cuatro mil mulas que venden anualmente a cuatro y cinco pesos. Los diez años

¹ Weltbott, n. 559.

² *Autos diversos*, t. i. f. 18.

antes no vendían nada, o muy poco de tal cual estancia de la otra banda del Paraná y Arroyos en jurisdicción de Buenos Aires: ahora sólo la guata subía a seis mil pesos. En la ciudad en dicho año no había más que un tendejón, que tenía don José Quiroga Gallego, que apenas llegaría a mil pesos; ahora manejaba sólo éste cien mil pesos de caudal, y apenas había esquina en dicha ciudad que no tuviese una tienda de géneros...

"La ciudad la vi reedificada con muchas casas y edificios, muchos de cal y ladrillo. La matriz que era de tierra y arruinada la edificaron de nuevo de tres naves, siendo un ejemplo singular que las señoras iban a llevar los materiales, ellas y sus esclavos. Asistí a su colocación. Nuestro colegio se reedificó, y renovó su iglesia. Todo esto se debe a la paz con los indios, y ésta al celo de los jesuítas."¹

Fué obra casi exclusiva de los Padres de la Compañía de Jesús, así la fundación como el sostenimiento de aquellas reducciones. En vísperas de la expulsión escribía el Padre Arnal al Padre Contucci, visitador de la provincia del Paraguay, estas líneas: "Ya se nos hace preciso pensionar el celo de Vuestra Reverencia en pedirle su paternal providencia para estas pobres reducciones nuevas, cuyas urgentes necesidades son y serán por muchos años grande ejercicio de los superiores. Porque como *male parta male sustentantur*; así también *male fundata, male sustentantur*. Fundáronse sin prevención de finca o estancia permanente, en solas promesas vanas..." En 1767 seguían siendo aquellos pueblos la verdadera defensa de la ciudad y la base de todo su progreso. Con la expulsión de los misioneros se deshicieron las benéficas reducciones, cuyo estado en 1780 no podía ser más desastroso como lo manifestaban en su *exposición sobre el estado de los pueblos de abipones y mocobíes* los señores José Teodoro de Aguilar y Ambrosio Ignacio Caminos.² Los expositores recuerdan cómo en tiempo de los jesuítas "mantuviéronse los mocobíes desde la cuna de su conversión en su pueblo, reconociéndose en ellos

¹ *Relación de las fundaciones*, fols. 93/93 v. y 178.

² Archivo de Tribunales (Santa Fe). — Cédulas reales y provisiones, t. iv.

a los pocos años los admirables efectos y loables progresos de la evangélica predicación y enseñanza, hasta llegar a admirarse en ellos un cristalino espejo de vida tan cristianamente ajustada, que podía servir de ejemplo a nuestras españolas ciudades...".¹

Del estado material y moral del colegio a mediados del siglo XVIII nos proporciona curiosos datos el precioso Memorial que en 18 de abril de 1745 escribió el exrector de Santa Fe y entonces provincial de la Compañía de Jesús, Padre Bernardo Nudorffer. Véanse algunas de las órdenes que transmitía al rector, al terminar su visita al colegio:

"Cederá el colegio el pedazo de tierra de la huerta de que se habló en la consulta hasta la esquina del aposentillo cuando se quisiere edificar los aposentos de que se habló, supuesto que esto cede más en utilidad del colegio que no en útil del oficio de misiones.

"La campana de la torre no se tocará en adelante sino a las dos del reloj que siempre ha sido esta la costumbre, y no a la una y media; para que entren los peones y negros al trabajo basta el abrirles la puerta y tenerlos avisados.

"Hágase diligencia para comprar el corral de doña María Suárez y lo que a él está pegado para poder hacer un día casa de ejercicios ahí para señoras.

"Téngase mayor cuidado de la sacristía, y si no sirve el negrito que para sacristán se compró, aplíquese otro para este oficio que es necesario. Límpiase y se haga componer la plata labrada que está indecentemente tratada. Háganse manteles nuevos y tantos que se pueda guardar la rúbrica en el número de ellos en cada altar.

¹ No obstante toda esta información verídica ha habido quien, escribiendo un *Ensayo sobre la historia de Santa Fe* (Buenos Aires, 1910), haya escrito con todo aplomo que: "Hubo es cierto, hacia el trópico y fuera de los límites de Santa Fe, un ensayo de colonización religiosa..." Dentro de los límites de Santa Fe nunca hubo para este escritor colonización alguna religiosa, error que puede permitirse a un extraño pero no a quien pretende escribir la historia misma de Santa Fe. Para él no ha existido otra tentativa de colonización que la denominada *misiones guaraníticas* y aun ésa en medio de "las eternas querellas entre los frailes" "fué simplemente un *trust* de la yerba mate". Apena que personas cultas caigan en errores tan estafalarios.

"La oficina de carretas no es para el patio nuestro, ni los pavos. Cultívese otra vez la huerta y viña, y téngase una chacarita como antes para el alivio del refectorio.

"Asístase a nuestros esclavos con la ropa acostumbrada cada año. Y no se les quite nada de las dos reses que se matan para ellos pues no tienen otra cosa de chácara.

"Asimismo asístase con caridad y religioso decoro a los sujetos del colegio y estancia.

"Empléese alguna plata en aumentar el ganado vacuno y procúrese que el Oficio de Buenos Aires dé la que prometió y se le pagaron y procúrese también tener buenas sementeras en San Lorenzo y entabladas las crías porque importan tanto al colegio.

"Procúrese tener las mil fanegas de cal prontas para el pueblo de la Trinidad, pues casi ya están pagadas con la yerba que dió.

"El cuarto de la casa comenzado se proseguirá hasta acabarlo con los lugares, que se pondrán en mejor forma, de suerte que la puerta de ellos puede estar cerrada.

"Tiene el colegio obligación de hacer y edificar un rancho a la viuda mujer pobre de Moreira; empléese luego alguna gente más para que este año sin falta esté formado el rancho, y el colegio libre de esta obligación."

Tales fueron las órdenes que en 1745 dejó el Padre Nussdorffer. Tres años más tarde pasó a Santa Fe el Padre Manuel Querini, que sucedió a Nussdorffer en el cargo de provincial en 1747, y después de estar en el colegio durante algunas semanas dejó un Memorial no menos interesante que el que acabamos de transcribir. En él ordenaba en primer lugar que "en los domingos del jubileo del mes se descubriera por la mañana el Santísimo Sacramento, como se acostumbra en los demás colegios de la provincia", y en cuanto a las misiones que se solían dar en los pagos vecinos, y se llamaban misiones de partido, ordenaba el Padre Querini "que se hicieran todos los años para que la gente del campo, que está destituida de pasto espiritual, logre a lo menos el fruto de la misión".

Relativas al colegio hallamos tres prescripciones de singular interés:

"Se tomará con todo empeño el componer el techo de la iglesia, que se cubrirá con tejas, y se empezará luego esta obra para lograr el tiempo del verano, que es más a propósito para trabajar. Asimismo compuesto el techo de la iglesia se hará lo que falta a la torre de la iglesia para que no se maltraten las campanas expuestas a las inclemencias de las aguas y soles.

"En acabando la obra de la iglesia se compondrá el corredor que corresponde a la viña, y se hará con la anchura que ahora tiene para que los vientos y lluvias no ofendan las paredes de los aposentos.

"Aunque mi antecesor ha ordenado que la casa de San Miguel se mudará a San Lorenzo, con todo eso, atendiendo a lo mucho que está trabajado en San Miguel y a la falta de medios que tiene el colegio para edificar nueva vivienda en San Lorenzo, se procurará de aquí en adelante construir la estancia de San Miguel componiendo nuestra casa y los ranchos para la gente de servicio y levantando el cerco de la huerta que por muchas partes está caído."

Estos datos se refieren a la famosa estancia que en San Lorenzo, sobre el río Carcarañá, poseían los jesuítas desde hacía más de medio siglo, estancia que después pasó a poder de la propaganda y fué ocupada por los Padres franciscanos. Fué en esos terrenos donde el general San Martín ganó la insigne victoria del 3 de febrero de 1813. Los jesuítas compraron estos terrenos a don Antonio de Vera Mujica junto con otros que se denominaron de las Tunas.

La estancia del Carcarañá llegó a ser una de las mejores que había en las provincias del Río de la Plata y de sus productos se sostenía el colegio. Por estar más al sur, y en un rincón bastante resguardado, apenas sufrió de las invasiones indígenas. Entre los estancieros más célebres del Carcarañá, debemos contar al Hermano Carlos Pínola, al Hermano Miguel Ponce, al Padre Sebastián Garáu y al Padre Tomás Falkner. Este misionero jesuíta

estuvo al frente de la estancia desde 1752 hasta 1756, y sacó el líquido de 18.419 pesos. En esos campos descubrió Falkner los restos del primer megaterio hallado en territorio argentino.

En elogio del antes citado Padre Garáu son estas frases que en carta fechada en Santa Fe a 28 de marzo de 1760 le escribía su rector el Padre Gutiérrez: "Recibo la de Vuestra Reverencia alegrándome mucho lo pase bien, y de que haya empleado su salud y fuerzas en el provecho espiritual de esos pobres; lo que se demuestra por la frecuencia de sacramentos, que se ve en esa estancia. Nuestro Señor les dé perseverancia en el bien comenzado." ¹

Por lo que respecta al personal del colegio pocas fueron las innovaciones en el período que corre entre 1740 y 1767. Durante el primer rectorado del Padre Cea (1740-1746) eran siete los sacerdotes, y tres los Hermanos coadjutores y había tan sólo un estudiante jesuita. Los sacerdotes eran entonces los Padres Carlos Rechberg, tirolés; José Gaete, riojano; José Benavídez, paraguayo, y los españoles Jerónimo Núñez, que había vuelto de Córdoba en julio de 1752, Andrés Botelre y Juan Francisco Aguilar. El escolar se llamaba Luis Díaz, y era oriundo de Santiago del Estero. Los tres Hermanos coadjutores tenían a su cuidado las diversas oficinas de la casa, siendo portero el Hermano Ambrosio Carrillo; sacristán y enfermero el Hermano Agustín Almedina y estanciero el Hermano Domingo Funes. Pertenecía también a la comunidad de Santa Fe el Padre Sebastián Garáu que durante muchos años gobernó la estancia del Carcarañá.

En 1745 el Padre Aguilar fué nombrado padre espiritual, y como resolutor de los casos de moral hallamos al Padre Juan de Barrera, y como prefecto de la congregación de morenos hallamos al Padre José Cardiel, célebre misionero y prolífico escritor. También encontramos en Santa Fe, y en este período, a otro famoso misionero: el Padre Tomás González. En 1745 aparece con el cargo de consultor y prefecto de la iglesia. Tres años más

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Compañía de Jesús. — 1760.

tarde había partido el Padre Cardiel a las misiones de los mocobíes y el Padre González había pasado a las de los indios lules. Al primero sustituyó el Padre José Rosa y al segundo el Padre José Sato. El Padre Miguel de Cea entró a ocupar el cargo de procurador de las misiones. Hallábase también en el colegio de Santa Fe el Padre Francisco Burgés, aunque sólo de pasada como lo advierte el mismo Padre Provincial en el Memorial.

Al Padre Cea sucedió en el gobierno el Padre Diego Horbego que tan grande impulso dió a la fundación y tanto ayudó a la conservación y aumento de las misiones de los indios mocobíes. De la vida santafesina a mediados del siglo XVIII da idea una carta de este Padre dirigida en 16 de abril de 1751 a don Antonio Candioti. He aquí su texto:

Sr. D. Antonio Candioti:

Muy señor mío: a treinta de marzo recibí la estimada carta de usted de 24 del mismo, a la que prevengo respuesta para cuando se ofreciere oportunidad de despacharla.

Agradezco a usted la cesión hecha por vía de limosna a favor de la reducción de San Jerónimo, del dinero que tenía o pudiese tener, al valor de los veinticuatro cueros, sacados de toros orejanos en nuestro puesto de las Tunas.

Dícenme que se hallaba en esa ciudad, pocos días ha, Banegas. Supongo que ya habrá llevado los cueros, y así estimaré que usted le cobre el valor de los cuatrocientos y doce toros que mató en nuestros puestos del Rincón y Tunas, rebajándole 59 pesos, 1 ½ reales, que me pagó en sebo, o el valor de los doce (digo veinticuatro) toros orejanos, que usted y yo cedemos al pueblo de San Jerónimo, el cual suplico a usted lo entregue, junto con los demás restantes al Padre Procurador Passino o al amigo don Julián de Eguía.

Tal es la carta del rector de Santa Fe a don Antonio Candioti, carta que nada tiene de novedoso, puesto que de ese tipo son casi todas las que se hallan en los archivos, cartas de negocios los más singulares y peregrinos, si los juzgamos con el criterio moderno tan diverso del de antaño. La monotonía de la pequeña ciudad santafesina apenas ofrecía tema para una carta. En 27 de febrero de 1754 escribía el Padre Cea al Padre Garáu, y le

manifestaba que carecía en absoluto de noticias y que las únicas que podía darle eran que "los mosquitos, la seca y el calor es mucho" y agregaba: "Nuestro Señor se compadezca de nosotros, y me dé a Vuestra Reverencia con salud." El mismo rector en carta al Hermano Pínola le decía con fecha 21 de noviembre de 1756: "La novedad que por acá hay es que antes de ayer recibí carta de su Reverencia el Padre Provincial y en ella me dice que despache al Padre Baur a Buenos Aires y que en llegando el Padre Aráoz, que se restituya al colegio el Padre Garáu. También participo a mi hermano cómo (gracias a Dios) se han hecho las amistades con el teniente Miguel y su hija; concurrieron juntos en mi aposento para cocer mate y se fueron juntos a su casa, y el pueblo está contento. No sé si estaba aquí cuando vino la noticia de haber muerto los mataguayos al Padre Francisco Ugalde..."

El Padre Brigniel, que se encontraba en Santa Fe en 1754, escribía en este año al Padre Garáu, residente en la estancia del colegio, y le decía: "Recibo la de Vuestra Reverencia en que me da la noticia de que escasea allá el pescado. Lo mismo se experimenta en toda esta costa cuando el río es muy crecido, y hoy nos dieron empanadas sin nada de pescado ni por ante ni por porción, y no sé que nadie lo haya extrañado. En acabando la cuaresma ya no ha de faltar."¹

En la correspondencia del Padre Garáu, y en la dirigida a él desde Buenos Aires y desde Santa Fe, hallamos frecuentes alusiones a la ciudad del Rosario, insignificante villorrio a mediados del siglo XVIII y hoy la segunda ciudad de la República. En 1754 escribía el Padre Cea al Padre Garáu,² que residía en San Miguel

¹ En 1765 cuando Brigniel era rector del Colegio escribía con fecha 26 de febrero de 1765 al Padre Garáu que partía a Buenos Aires: "En fin Vuestra Reverencia va a mejorar de puesto; y yo aun estoy esperando que me digan donde habré de ir a dejar mis huesos, ya que no podemos abrazarnos, ruego a Vuestra Reverencia me perdone mis faltas y desatenciones, y no se olvide de este guaycurú en sus santos sacrificios y me mande lo que se ofreciere."

² Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1754. Al dorso de esta carta escribió el Padre Garáu estos versos: "Vaya de fiesta, quando se apresta — A Jhs niño la solemnidad — Pues tu cariño, quiso ser niño — con gusto acepta nuestra cortedad."

de Carcarañá, y le ordenaba que pasara a los Arroyos y diera allí una misión en compañía del Padre Cosme Agulló, y como es sabido los antiguos historiadores conocían con el nombre de pago de los Arroyos a la actual ciudad rosarina. En 1761 siendo rector el Padre Antonio Gutiérrez volvió el Padre Garáu a dar una segunda misión en los Arroyos y otra en San Miguel. Al partir para la misma remitióle el rector algunas cositas de devoción que podría repartir a la gente, como rosarios, medallas, etcétera y en la carta que con esta ocasión le remitía, escribía: "El Padre Procurador parece que es muy poco lo que le ha dado. Yo, si tuviera, le diera más de estas cosillas, pero no tengo, porque este año fué poco lo que me enviaron de Misiones."

Para algunos lo mismo era Carcarañá que Rosario. Así el Padre Juan de Montenegro escribía desde Buenos Aires con fecha 10 de agosto de 1751 y en el sobrescrito ponía las dos localidades como si fueran una sola, puesto que decía así: "Carcarañá o Rosario". Otros documentos parecen indicar que los jesuitas de San Lorenzo eran capellanes de la capilla del Rosario en 1752-1754. En marzo 18 de 1752 escribía el Padre Cea al Padre Garáu y le habla de la capellanía del Rosario que le había sido entonces encomendada. El mismo Padre Garáu en carta al rector alude a lo mismo cuando escribe: "sobre la carga que tengo, diéronme la colación en la capilla del Rosario adonde fuí". Tal vez estas palabras deban tan sólo referirse a la colación canónica para la capilla del Carcarañá que le fué conferida en la del Rosario, aunque las palabras del rector parecen indicar algo más.

El Padre Antonio Gutiérrez, que sucedió en el rectorado al Padre Cea, era tucumano y gobernó el colegio desde 1757 hasta 1761. A juzgar por lo que escribía en 21 de abril de 1760 en carta al Padre Brigniel eran pocos y achacosos los jesuitas que a la sazón moraban en Santa Fe. "Le he escrito [al Rdo. Padre Provincial] repetidas veces —afirmaba Gutiérrez— que necesito de dos Padres que puedan trabajar, uno que sea maestro de gramática y otro operario, que salga a misión por el partido porque

los que al presente están son enfermos y viejos que apenas pueden trabajar o tienen empleos de cuidar de lo temporal; sólo están el Padre Rosa y el Padre Salis, los que actualmente están en misión en el Paraná, y yéndose éstos ni queda sujeto que confiese a los hombres ni bastantes para dar abasto a las muchas confesiones de la iglesia y afuera para los enfermos, y aunque también el año pasado despaché hasta el Rosario misioneros, también al Paraná, siempre fué haciendo mucha falta en el colegio; y sólo por el bien de las almas tomé sobre mí este trabajo.”¹

Pocos días después de escribir Gutiérrez estas líneas había el colegio perdido a uno de sus mejores miembros, el Padre José Rosa. Era este Padre natural de Córdoba del Tucumán, como solía entonces decirse, y había entrado en la Compañía en marzo de 1736. En 1749 hizo sus votos solemnes en la iglesia del colegio de Santa Fe, y aunque en diversas etapas y épocas se ausentó del mismo, yendo unas veces a los abipones y estando otras dando misiones de partido en Córdoba y Tucumán, fué Santa Fe su principal residencia, y en ella pasó los últimos años de su vida. Falleció en 6 de mayo de 1760, y las Anuas² de ese año afirman que “mientras estuvo en Santa Fe trabajó con grande fruto de sus alumnos, de los fieles en general y de los infieles. Sabía tratar a todos de una manera noble y cariñosa, conquistando así a todos para Cristo”. “*Sanctæ Fidei civitas, agregan las Anuas, ipsum agnoscit sui reformatorem, solatium, asylum, ducem, pauperum patrem, devotionis erga B. Virginis . . . et amabilissimum Jesu Cor propagatorem*”; elogio precioso que es sin duda el más grande que se ha tributado a jesuíta alguno de la antigua Santa Fe: “La ciudad de Santa Fe lo reconoce por su reformador, su solaz, su asilo en las necesidades, su director; lo reconoce por padre de los pobres y propagador de la devoción a la Santísima Virgen y al amabilísimo Corazón de Jesús.”³

Otro de los celosos operarios que en Santa Fe había en esta

¹ Todos estos documentos se hallan en el Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1751, 1752, 1760.

² Archivo de la Provincia Argentino-Chilena.

³ Anuas de 1756, 1762, fol. 6 v

época fué el Padre José Lehmann, aunque sólo en períodos breves y como descanso a su labor misionera. Fué en 1758 que pasó a Santa Fe con el fin de bautizar al célebre cacique Benavídez, el que hasta pocos años antes había sido el terror de los santafesinos. El Padre Lehmann le había asistido en una grave enfermedad y supo de tal suerte conquistarse la voluntad del terrible caudillo abipón que él mismo pidió ser bautizado. "Para mayor celebridad, escribía en 1766 el Padre Domingo Muriel, se lo administró en Santa Fe el mismo Padre Lehmann a 11 de abril de 1758 siendo su padrino el teniente de gobernador don Francisco Antonio de Vera, con muchas lágrimas de ternura, cantándose el Te Déum con asistencia de la clerecía, del cabildo secular, de las comunidades religiosas, y de todo el pueblo, con repiques de todas las iglesias."¹

El Padre Gutiérrez se encontraba con pocos hombres aptos para las fatigas del apostolado y de la enseñanza, pero trabajó sin cesar, y su rectorado fué bien beneficioso para el colegio cuyos destinos dirigió durante unos cuatro años. De su carácter dan muestra estas líneas que copiamos de una carta suya dirigida al Padre Cecilio Sánchez, procurador en Buenos Aires. "Este año, escribe Gutiérrez, fué escasísimo en pejerreyes y por muchas diligencias que hice apenas pude lograr unos pocos para el colegio, ni fué posible el hallarlos para cumplir con varios encargos que tenía de ellos; por tanto no puedo servir a Vuestra Reverencia con las docenas que me pide; mas porque Vuestra Reverencia conozca mi buena voluntad, de los pocos que tenía guardados para los sujetos del colegio, remito en esta ocasión por el señor Ignacio Riquelme, piloto del barco de Nuestra Señora de Fe, cuatro docenas de pejerreyes para que Vuestra Reverencia tenga con qué regalar tal cual día de la cuaresma a la comunidad..."

En tiempo del Padre Gutiérrez pasó a Santa Fe con el cargo de procurador el Padre Joaquín del Po, natural de la Asunción del Paraguay, y de él escribía en 1762 el Padre Pedro José González que era "el padre y la madre de todos los sujetos", y agre-

¹ Noticia de las Misiones, Biblioteca Nacional (Madrid), ms. 20119.

gaba: "tiene bellísimas entrañas y obra en él la honradez y su noble sangre. Yo conocí su casa y parentela, y nació en buenos pañales como decimos por allá". Su solicitud como procurador llegó a ser proverbial, y a él se debió el que abundara en el colegio de Santa Fe el "polvillo bueno" de Sevilla que hizo traer en abundancia y no sin grandes dificultades. En carta del 23 de mayo de 1765 escribía el Padre Po al Padre Nicolás Contucci estas líneas: "Cuando vine aquí la primera vez, parecía [este colegio de Santa Fe] una ranchería descuaríngada, y ahora está que puede lucir de colegio. Fuera de esto, estoy haciendo a este colegio una finca que mejor en la materia no lo tiene ningún colegio, y es un potrero capaz de ocho o nueve mil mulas..."¹ Solícito fué el Padre Po como procurador mientras estuvo en Santa Fe, pero como consignaremos más adelante fué infiel a su vocación después del destierro y fué causa de que otros fueran asimismo infieles a sus deberes más sagrados.

Al Padre Gutiérrez sucedió en el gobierno el Padre José Brigniel, y a éste el Padre Manuel García, último rector del colegio de Santa Fe. La personalidad del Padre Brigniel es bien conocida desde que el doctor don Samuel Lafone dedicó todo un volumen al estudio de sus escritos de lingüística. Era un hombre verdaderamente infatigable en el trabajo, músico y matemático de conocimientos nada vulgares, erudito en el conocimiento de las literaturas inglesa, francesa, alemana, italiana y española, cuyos idiomas sabía y hablaba. Como misionero entre los indios guaraníes, abipones y mocobíes conservamos de Brigniel testimonios elocuentísimos de su múltiple y santa actuación. Era natural de Klagenfurt de Austria, y había venido al Río de la Plata en 1728.

Hombre no inferior a Brigniel fué su sucesor el antes mencionado Padre Manuel García. Era catalán y había venido a nuestro país en 1734. En la época en que era estudiante en Córdoba fué amanuense del Padre Lozano, y llegó posteriormente a ser profesor de filosofía y teología moral en Buenos Aires, procurador de la provincia, rector del colegio de Belén y del colegio Grande

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires).—C. de J.—1765.

o de San Ignacio, y finalmente del de Santa Fe. Las voluminosas y populares obras ascéticas del Padre Scaramelli fueron traducidas por él al castellano y editadas por el Padre José Peramás. Compuso además una historia del colegio de Santa Fe, según afirman sus bibliógrafos, pero desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros escrito de tanto interés.

En el último año de su rectorado y en víspera de la expulsión colectiva de 1767 empezó el Padre García la construcción de una casa de ejercicios para señoras, pero apenas pudo ver abiertos los cimientos de la misma. Tenía además el pensamiento de agrandar la huerta y viña, y tenía varios otros proyectos en ciernes, pero todos ellos se esfumaron al sobrevenir la repentina sorpresa y expulsión. Ésta acaeció el 16 de julio, y un mes antes el 16 de junio escribía el buen rector al Padre Arnal estas curiosas líneas: "Ya se va acercando la fiesta de Nuestro Santo Padre, y aunque no tengo ánimo de hacer mucha bulla, ni el colegio con nueve mil pesos de deuda está para eso; sin embargo es preciso hacer algo; y así estimaré a Vuestra Reverencia que en la primera ocasión me remita doce libras de pólvora fina, porque [pólvora] basta [u ordinaria] ya tengo; y también unas seis libras de salitre. No se olvide Vuestra Reverencia de enviarme también el barril de vino de España que le pedí, y también la botijuela de aceite de linaza cuando se hallare con conveniencia... Ya camina el Padre Canelas a su superiorato del Valle. Ya ve Vuestra Reverencia como quedamos, y más estando yo aun enclenque con los fríos, que no me dejan trabajar."

Anteriormente a esta carta había el Padre García remitido al citado Padre Arnal, que era el procurador de la Compañía en Buenos Aires, una *Memoria de lo que se ha de comprar* para la fiesta de San Ignacio y para otras necesidades del colegio. He aquí el texto de esta memoria:

Aceite, tres o cuatro botijuelas.

Un barril de vino de España bueno.

Media docena de sartenes para la cocina.

Platillos de postre, dos docenas.

Polvillo colorado, dos libras, si no ha comprado el Hermano Esteban.
Porotos y lentejas, si están baratas tres fanegas por todo.

Fideos, dos arrobas y tres de arroz, si no está muy caro.

Chocolate, una arroba, si no ha comprado el Hermano Esteban.

Frenos, seis docenas.

Seda negra, una libra por mano del Hermano Esteban.

Vidrios de ventana, un cajón.

Sillitas de paja, una docena.

Alambre para rejas de vidrieras, unas ocho libras para componer
la reja de la ventana del crucero, que por estar rala, pasan las
piedras que tiran los muchachos.

Toda esta lista está escrita de letra del Padre García. Del Padre Arnal sólo son tres palabras que se hallan escritas a continuación del segundo renglón: "Un barril de vino de España bueno" había escrito el Padre García, y Arnal puso al margen: "No le hay".

Cuán ajeno estaba el buen rector a lo que debía acaecer pocos días antes de la fiesta de San Ignacio. "El día 16 de julio de 1767 a las cuatro de la mañana recibieron los soldados de la guarnición de Santa Fe la orden de cercar con todo sigilo el colegio de la Compañía de Jesús de dicha ciudad. Ejecutado esto, presentáronse algunos oficiales a la puerta principal del colegio, tocaron la campanilla, y pidieron con urgencia que viniera el Padre Rector para prestar sus auxilios a un enfermo de gravedad. El Rdo. Padre Rector acudió apresuradamente al llamado, pero apenas se hubo abierto la puerta, tanto él como el portero fueron arrestados por los dichos oficiales, quienes acto continuo, penetraron en el colegio y colocando un centinela en cada una de las puertas interiores, se precipitaron a las habitaciones de los Padres. Todos fueron conducidos y encerrados en el refectorio, mientras los comisarios se entregaban al saqueo de los aposentos llevándose consigo cuanto hallaron en ellos.

"La noticia de este inaudito atropello cundió pronto por toda la ciudad y atrajo alrededor del colegio una gran muchedumbre profundamente conmovida; los unos clamaban, los otros rompían en llanto y por todas partes oíanse las más duras imprecaciones

para con los autores de tan inicuo atentado. Al caer de la tarde, los Padres fueron conducidos en carruajes a las afueras de la ciudad; cada uno llevaba su crucifijo colgado al cuello, y su breviario bajo el brazo; entretanto en plena plaza fueron abiertos sus baúles y su contenido minuciosamente registrado, sustrayéndoles todo cuanto encerraban con excepción de la ropa blanca. Asimismo el colegio quedó enteramente allanado en el mismo día. Se les hizo permanecer veinticuatro horas a campo raso, y después fueron conducidos en diferentes vehículos hacia Buenos Aires, llevando apostados un centinela por cada dos carruajes a fin de evitar la libre comunicación con cualesquiera personas.”¹

Todo esto es del célebre Padre Florián Paucke, que se halló en aquella ocasión muy cerca de los sucesos y estuvo en Santa Fe después de la expulsión de los jesuitas que moraban en el colegio. Los que en aquella ocasión sufrieron los rigores del ostracismo eran: el Padre Pedro Morales, natural de Pica en el Perú; el Padre Joaquín Javier del Po, natural de la Asunción; el Padre Marcos García, natural de Manzanares en Castilla la Nueva; el Padre Juan de Rojas, natural de la Asunción; el Padre José Ignacio Sotelo, natural de la misma ciudad de Santa Fe; el escolar Rafael Sans, natural de Segovia en España, y los Hermanos coadjutores Agustín Almedina, natural de Montilla en Andalucía, Jaime Icart, natural de Tarragona, Mateo González, natural de Marsella del Páramo en León de Francia, según se lee en los registros de embarcación, Francisco Lervil, natural de Lagarde en Francia, Manuel Osquiguilea, natural de Madrid, y Miguel Martínez, natural de Puebla de Santa María o Valverde.²

Este Hermano y el Padre Rector, Manuel García, no partieron a Buenos Aires con los demás miembros de la comunidad. El primero como procurador que era del colegio, aunque hacía apenas tres meses que había ocupado el cargo, quedó en Santa Fe para hacer los inventarios y dar cuenta de las propiedades y te-

¹ *Memorias* (Buenos Aires, 1900), p. 119.

² Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 17 de septiembre de 1767.

soros del adeudado colegio. El rector quedó en la ciudad a causa de su mala salud que le impedía el poder levantarse del lecho. Según atestiguaba después el médico de la ciudad, Marcial Cambo, estuvo él atendiendo al Padre García desde el 14 de julio de 1767 hasta el 6 de febrero de 1768. Parece que la noticia del inopinado suceso contribuyó a agravar el mal estado de la salud del sexagenario rector.

Estando en su lecho pudo informarse de las vicisitudes que sufría su antes tan querido colegio. Debió de ser como una pesadilla terrible cuanto vió y supo durante los seis meses que duró su mal. Uno de los mejores amigos del colegio y exalumno del mismo el señor Joaquín Maciel era el instrumento de que se había valido Bucarelli. Meses antes había éste ganado a Maciel, y en 1º de junio de 1767 escribía el Hermano Osquiguilea al Hermano Margañón y al fin de la carta añadía estas significativas frases: "Le estimaré dé al Padre Arnal mis memorias y que le diga que don Joaquín Maciel va haciendo de las suyas..." Había comenzado a mostrarse desafecto a los jesuítas.

Fué desafecto a los jesuítas, pero no a los bienes de los jesuítas que lapidó en forma vergonzosa. Su pronta muerte impidió que se le formara causa formal, aunque existen entre los papeles de Temporalidades documentos que empañan su memoria que en vano procuró rehabilitar su esposa doña Isidora Fernández Valdivieso. Si hemos de dar crédito a los datos que nos ofrece un escrito del marqués de Loreto, don Juan Francisco de la Riva Herrera comprobó que los bienes de los jesuítas habían producido 97.900 pesos y no 74.000 como decía Maciel ocultando parte de los bienes secuestrados.¹

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Colonia. — Temporalidades. — Santa Fe. — 1771 y 1781. En este legajo se halla una tasación de los bienes incautados a los jesuítas de Santa Fe:

| | | | |
|--------------------------------|--------|---|--------|
| La librería | 1.231 | Terreno de la iglesia. | 36.000 |
| Muebles | 903 | Campanas y otras cosas. | 10.747 |
| Terreno y edificio | 30.000 | Estancia de San Miguel | 39.502 |
| Los esclavos. | 10.767 | » » Santo Tomé | 4.941 |
| La ranchería | 5.000 | Chacarita | 800 |
| Ornamentos y alhajas | 6.516 | » de doña Blanca. | 255 |
| Altars y retablos | 12.282 | Los 3 pueblos de mocob. y abip. | 18.000 |

Justo es anotar sin embargo que no fué Maciel el único que se incautó de los bienes de los jesuítas. Basta recordar que muchos libros de la biblioteca desaparecieron antes y después de hacerse el inventario,¹ y que en el número de los esclavos del colegio hubo ocultación, y hasta el reloj de mesa que tenía el Padre García mientras estuvo enfermo desapareció, por más que constaba en los inventarios. Según opinaba el franciscano Padre Francisco Gutiérrez que había visto el reloj cuando visitaba al Padre García durante su enfermedad, habíalo sustraído el negrito Pedro.

La iglesia, el colegio y las tierras de labranza del mismo fueron objeto de las más variadas y singulares ambiciones. Unos pedían la iglesia porque era buena y la suya estaba en ruinas o arruinada, y los de las Temporalidades la negaban porque la iglesia de los jesuítas estaba en ruinas y la que los suplicantes tenían estaba en buenas condiciones. El cura de la ciudad quería que a ella se trasladara la Matriz, pero los demás clérigos casi unánimemente se opusieron a este proyecto; y el Provincial de los mercedarios, cuya iglesia parece que efectivamente estaba en ruinas y no podía remediarse, según él declaraba, movía cielos y tierra para ocupar el templo de los jesuítas.

Tanto se dijo por algunos del estado ruinoso del mismo que la Junta de Temporalidades hizo que fuera examinado. Del extenso informe escrito por el maestro Vicente Troncoso, y otros varios asesores, copiamos estas líneas de interés: "Aunque la iglesia del colegio parece de mayor permanencia [que la Matriz] por ser las murallas de cal y piedra, pero la sacristía y antesacristía son de media agua que su altura llega a media muralla de dicha iglesia y el golpe de las aguas del tejado principal de ella que cae sobre éstas tiene destruídos y siempre con goteras que nunca

¹ El catálogo de los libros se encuentra en el Archivo de la Nación Argentina y comprende 23 folios. Un documento adjunto advierte que se emplearon "trece días de trabajo" en hacer el Catálogo. (Temporalidades, 1772.) Don Pedro Mihura, familiar del Santo Oficio, alcalde ordinario de primer voto, comisionado por el eclesiástico y regidor, en un mamotreto de 252 folios pone los reparos a las cuentas de don Joaquín Maciel. (Col. — Temporalidades. — 1777.)

pudieron atajarlas por cuya razón la bovedilla de la sacristía está amenazando ruina y la antesacristía lo mismo. La torre siendo así que por dentro corresponde la subida al coro, está sin escala, y aquél muy maltratado, y la bóveda o cielo raso de la iglesia que es de entablado no tiene mayor lucimiento y en parte está roto por un rayo que cayó sobre él y aunque los retablos parecen mejores, solamente el del altar mayor es bueno, aunque está ya bien empañado y los demás muy deteriorados.”

Esto se escribía en 1774, siete años después de la expulsión de los jesuitas y tres años después que la iglesia había sido entregada por la Junta Municipal al clero de la Matriz para que en ella se celebrara el santo sacrificio de la Misa. Con este motivo y por razón de estar en ruinas la iglesia de San Roque, parroquial de naturales, fué prestada al cura de los mismos, el doctor don Pedro de Crespo. A raíz del informe antes citado de Troncoso se gastaron 168 pesos en restaurar algunas partes del templo.

Desde 1774 hasta 1794 fué la iglesia el objeto de todas las ambiciones y según parece todos los objetos del culto fueron desapareciendo en una u otra forma. En 1790 escribía un tal Juan Crisóstomo Pérez a la Junta de Temporalidades y pedía se le concedieran “unas campanas que aun quedan, una efigie de Nuestra Señora, un crucifijo y tres casullas que aun hoy existen”.¹ En apoyo de su petición recuerda que los bienes de esta iglesia “han sido repartidos a la Matriz de esta ciudad [de Santa Fe], a la de Paraná, a la de Coronda, a la capilla de Guadalupe, a la del pueblo de Cayastá, a la del pueblo de San Pedro, a la de San Javier, a la del pueblo del Rey, a la del Rosario en los Arroyos dejando en la iglesia de este colegio aquello preciso para el servicio de ella”.

Quien más se aprovechó de las alhajas de la iglesia fué el cura de naturales Francisco Vera Mujica, sucesor de don Pedro de Crespo. Él mismo declaró en 26 de mayo de 1794 al retirarse de la iglesia que se había llevado “un cuadro del Descendimiento que

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 7 de junio de 1790.

colocó en el segundo cuerpo del altar mayor de la Matriz". Manifestaba además que había llevado "un cuadro de la Concepción en cuyo lugar tienen otro colocado los Padres mercedarios en su retablo a San Serapio, santo de su Orden, sin que se reconozca la más leve falta por el cuadro que se quitó. Coloqué esta imagen en una capilla de la Matriz que a este efecto ordené donde todos los sábados se dice su particular Misa allí con no poco concurso del pueblo".

Es indudable que el cuadro a que aluden estas líneas es el célebrimo de la Virgen de los Milagros. En otro documento se dice expresamente que el cuadro llevado por Vera Mujica "es uno de más de siete cuartas de alto y más de cinco de ancho y es de la Purísima Concepción, que es la Virgen de los Milagros en un cuadro dorado, llano, con un listón de madera en el cual están embutidos cinco espejos de un Xeme en cuadro, y sirve al pie de dicho cuadro con su vidriera de quita y pon, y un marco mayor de madera dorada y azulado, que sirve para asegurarla".

Vera Mujica se negó a devolver el cuadro por él llevado sin autorización alguna de la Junta de Temporalidades y contra la voluntad del pueblo que sintió el que imagen tan veneranda fuera trasladada a otra parte. Como el señor cura apoyara sus pretensiones con el argumento de que la imagen no pertenecía a la iglesia de los jesuitas sino a la cofradía de los naturales, y debía estar ahora en la Matriz por estar allí la mencionada cofradía, formóse todo un proceso a este respecto, proceso que no favoreció al señor Vera Mujica pero nos ha favorecido con datos muy interesantes sobre la devoción del pueblo santafesino a la bendita imagen de la Virgen de los Milagros.¹

En 7 de julio de 1797 declaró don Gabriel Lassaga y juró: "Que ciertamente la Virgen del Milagro tenía el particular altar

¹ Gervasio Posadas, como notario, hace constar la reclamación de don Benito de la Mata Linares, regente de la Real Audiencia contra el Padre Vera que "con obstinación perjudicial [ha desatendido] las reiteradas providencias dirigidas a la restitución del despojo inferido en alhajas, imágenes y otras especies". 19 de junio de 1797. (Archivo de la Nación Argentina. — Col. — Temporalidades. — 1797.)

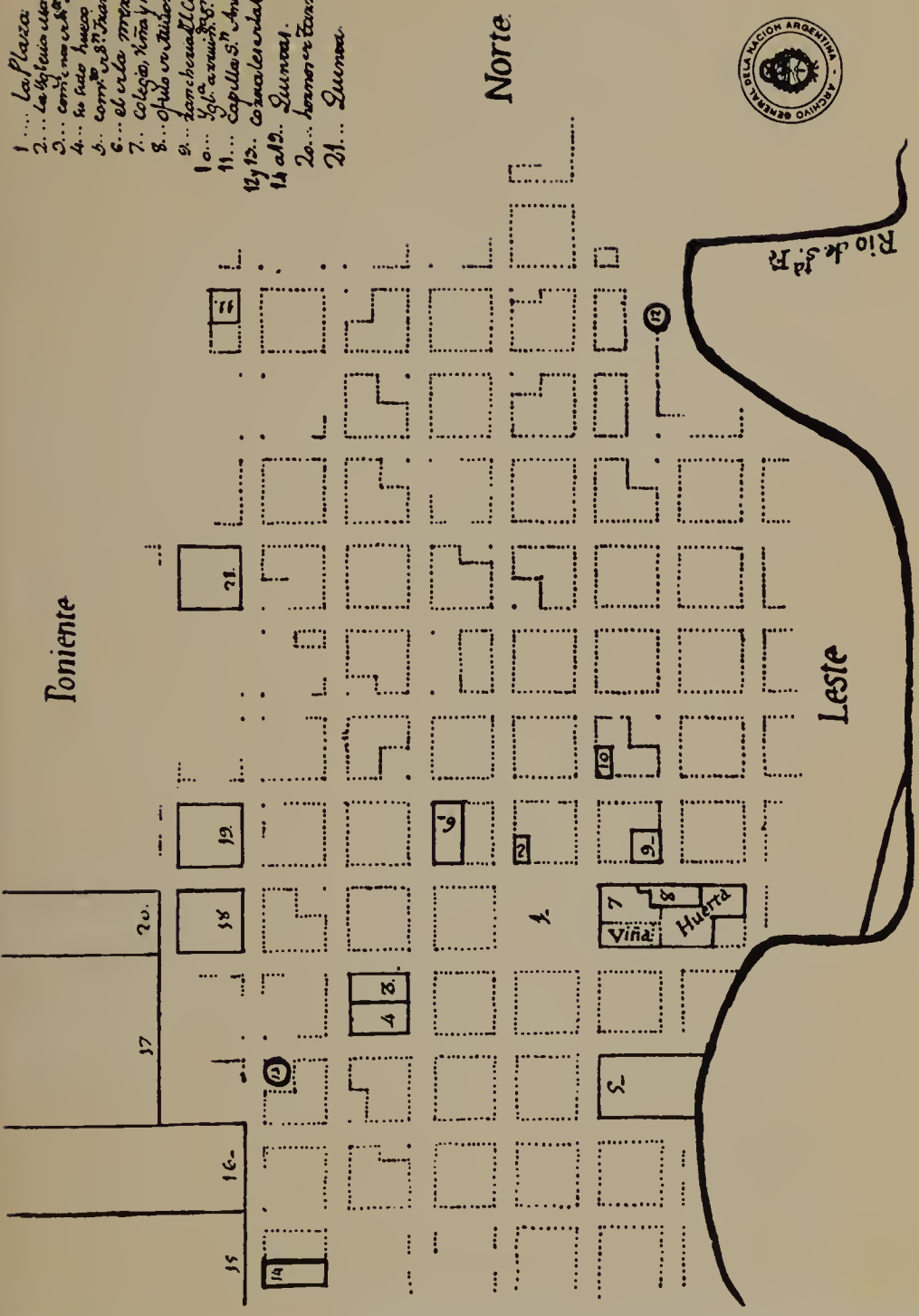
en la capilla de mano derecha entrando a la iglesia de los exjesuitas en la capilla intitulada con el de los Milagros, cuya imagen tiene noticia que fué trasladada del pueblo viejo a ésta, y que los vecinos, entre ellos el que declara, hacían la fiesta correspondiente a expensas propias, adornándola conforme sus facultades les proporcionaban.” Julián Miers declaraba como el anterior “y que ha oído decir vulgarmente que los congregantes han sido los que han costado los adornos de aquella imagen”. Otro testigo Francisco Ortiz juraba “que ciertamente la imagen de Milagros tenía altar propio como titular de su correspondiente cofradía, de la cual era uno el declarante y como tal sabe que los congregantes daban cada año dos pesos para costo de cera y demás adornos”. Fermín de Echagüe y Andía asegura “que desde sus tiernos años conoció entablada la cofradía de Milagros y a la imagen de este título por su patrón y que con separación y sin intervención del colegio, los congregantes costeaban la fiesta y composición del altar propio que dicha imagen tenía: que la vidriera que cubre el dicho cuadro fué costada íntegramente por solos los congregantes”. Más interesante es el extenso testimonio de doña María Barrenechea. Dice así: “Que la imagen del Milagro de que se trata tenía su propio altar y era celebrada con dos grandes funciones una por Pascua de Pentecostés y otra por el mes de diciembre; que jamás se descubría aquella sagrada imagen sin que ardiesen delante ocho velas y que tenía campanillas e incensario propios y que los congregantes a porfía se esmeraban en la composición del altar y costeo de la función, menos el sermón que dicen lo predicaban sin estipendio. Que habiendo el Padre José Brigniel exhortado a los congregantes a que contribuyesen para comprar la vidriera que cubría la imagen del Milagro, se prataron dichos congregantes y con sus dineros costearon dicho cristal... Que don Ignacio de Monje dió doscientos pesos para las alhajas de la cofradía y don Juan de Lacoizqueta cien pesos para el mismo fin; y que al teniente coronel don Melchor de Echagüe ha oído más, a saber, que él mismo ha dado con su apunte o relación escrita que asegura lo mismo que la referida tradición...”

El edificio del colegio corría fortuna no desigual que la de la iglesia. Al tiempo de la expulsión poseían los jesuitas toda la manzana al oriente de la plaza con 269 $\frac{1}{2}$ varas de fondo hacia el este, y lindando al norte y sur con calle real. La parte construída al frente con edificios y aposentos comprendía 68 varas. Había dos patios en el interior del colegio: el primero de los cuales constaba de quince piezas y el segundo de sólo nueve. En la parte de la fachada que estaba baldía comenzaba la viña que se extendía paralela a la iglesia, aunque separada de ella por el colegio y casa de los Padres.

En 22 de febrero de 1774 dispuso el cabildo que en el colegio se estableciera una escuela de latinidad y aritmética; la iglesia se destinó ese mismo año a iglesia matriz, trasladando a ella la parroquia de naturales; y de las habitaciones, el primer cuarto al lado de la portería para sacristía y el cuarto de la esquina para el maestro; dos al zaguán y tres más que seguían al este para hospital y habitación del mayordomo y médico; el refectorio para enfermos convalecientes y la huerta principal para sembrar verduras y yerbas medicinales; las tres piezas que dividían el patio, para el cura y teniente, y los dos cuartos del costado de la iglesia para sirvientes y el corralito de la sacristía para oficinas; los cuartos edificadas y a cubrir entre la puerta falsa y la iglesia para el hospital, en arriendo; y dice el cabildo: "Que siendo una fealdad para la plaza la viña que corresponde al colegio, que la Junta venda este pedazo de tierra con el fondo de diez y siete varas aplicando su valor al hospital y el resto de ese pedazo de terreno se destine para diversión de niños y de maestros; la esquina de rancherías y corralitos, se alquile y el resto se venda en beneficio del hospital como también se aplique el horno de quemar, galpón y apero; y el sitio parroquial de naturales se aplique al hospital, conservándose en la chacarilla ovejas y otras cosas necesarias al mismo hospital. La librería se destinó a biblioteca común prohibiéndose sacar los libros y de cuya conservación respondía el maestro."¹

¹ CERVERA, *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, t. i. p. 543.

- 1... La Plaza
- 2... la Iglesia Mayor
- 3... concha en el S. Domingo
- 4... la casa de la casa
- 5... concha en el S. Juan
- 6... el alto muelle
- 7... Colegio, Santa y Huerta
- 8... Plaza de Armas
- 9... la casa de la casa
- 10... la casa de la casa
- 11... Capilla de S. Antonio
- 12... la casa de la casa
- 13... la casa de la casa
- 14... la casa de la casa
- 15... la casa de la casa
- 16... la casa de la casa
- 17... la casa de la casa
- 18... la casa de la casa
- 19... la casa de la casa
- 20... la casa de la casa
- 21... la casa de la casa



PLANO DE SANTA FE EN 1771

Todo esto es del doctor Manuel Cervera quien lo ha extractado de los voluminosos infolios de las Temporalidades. Queremos agregar que según se lee en los mismos se ordenó posteriormente "que el cura y maestro de gramática ocupen sólo dos patios donde están sus aposentos, sirviéndose del interior, atendiendo a que tiene un parral, naranjos y algunos frutales, para su recreo, dejando libre el paso a los dependientes del hospital". Como se colige de este y de otros documentos existían en tiempo de los jesuitas los tan célebres naranjos del colegio de Santa Fe. Un documento de 1794 nos da el dato de que los Padres mercedarios sólo pidieron al principio la iglesia, después pidieron el colegio, después las alhajas y los ornamentos, y finalmente la escuela con los dos cuartos contiguos, la casa de ejercicios y otros tres de alquiler y los dos huertos "de abundancia de árboles frutales de casi una cuadra de largo, en que tienen no pocos naranjos".¹

No sabemos si llegaron los Padres mercedarios a ocupar la casa que había sido donada a los jesuitas para casa de ejercicios, pero sabemos que en 1780 estaba alquilada por un tal Clemente Ríos quien había establecido allí una zapatería. Pagaba veintiún pesos mensuales de alquiler, mientras un tal Francisco Aguayo que ocupaba dos cuartos pagaba diez y seis pesos y un tal Silverio López que había arrendado el cuarto de la esquina pagaba por el mismo seis pesos. Los cuartos que al principio se destinaron a hospital pasaron después a ser ocupados por la factoría de tabacos que los utilizó durante un período de nueve años, desde 1779 hasta 1787. Además de los cuartos ocupó varias otras piezas, un patio, un jardín y un corral. Cuando se trató de que la factoría de tabacos arrendara parte del colegio, fué un tal José M. Villanueva quien dió su dictamen de que se instalara en aquella localidad. Según él escribía "he visto el colegio o casa de los jesuitas, donde a más de los sitios destinados para las públicas escuelas y habitaciones de sus maestros hallo bastante

¹ El Hermano Lerbeil en carta al Hermano Pínola —junio 8 de 1767—, le comunicaba el "envío de naranjas", de las que parece abundaba el jardín del colegio.

capacidad para la colocación de las oficinas y dependencias que son indispensables a servir la administración y factoría de las rentas que debe quedar en esta ciudad". La citada factoría se aprovechó del local durante nueve años, pero no llegó a pagar ni un solo año el correspondiente abono de arrendamiento, según se colige del proceso que en noviembre de 1810 se formó a la compañía de tabacos.

No menores fueron las vicisitudes del colegio de primeras letras. Según se desprende de documentos que hemos podido ver estaba la escuela clausurada en 1799 por falta de alumnos, según aseguraban los maestros y por falta de maestros según aseveraban los alumnos. Sea cual fuere la causa lo cierto es que la enseñanza fué decayendo de día en día y los mismos santafesinos eran los primeros en lamentar la expulsión de los jesuitas que tan grande trastorno había causado en la educación de la juventud. En 1799 un tal Juan N. Cañete, clérigo de la ciudad, se ofreció a abrir clase de latinidad "para hacerme benemérito del público", como él decía, comprometiéndose a "enseñar a unos a leer y escribir, a otros la gramática con un moderado estipendio". El procurador síndico, en el informe que dió sobre la petición de Cañete, hacía notar "el trastorno que han padecido las escuelas" desde la expulsión de los Padres de la Compañía, puesto que la escuela de la Merced estaba suprimida, la de don Juan Francisco Ortiz iba muy mal y la de San Francisco no podía admitir más niños de los que tenía. A la sazón tenía ochenta niños de la pobrería de Santa Fe.

A esta época pertenece la curiosa exposición que en 12 de diciembre de 1799 elevó al virrey Avilés el ciudadano y vecino de Santa Fe don Rafael Martínez. "Me rodean nueve hijos, escribía Martínez, ocho del fuerte sexo en un país en que por no haber escuelas públicas, toca ya su perdición... Como padre que los ama con la mayor ternura temo que con la falta de principios sean unos zánganos sin ocupación, viviendo a costa de las fatigas de su prójimo..." "Por el extrañamiento de los Regulares de la Compañía de Jesús... quedó la enseñanza de la juventud a cargo

de un digno patricio presbítero y de otro secular; de poco tiempo a esta parte se han separado por la supresión de sus respectivas congruas... y desde entonces, según oigo, todo es disgusto y trastorno a los padres [de familia] porque prevén el mal aspecto que a la posteridad presenta esta falta de principios..."

En vano se empeñó el buen Martínez en que las escuelas fueran restablecidas. En 7 de enero de 1803 volvió a insistir ante el virrey y merecen ser aquí transcritas algunas de las afirmaciones del solícito ciudadano. Después de ponderar el mal estado de la juventud desde que la ciudad ha perdido a los jesuítas, escribe Martínez: "El comprobante nos lo presenta la multitud de muchachos de todas clases y sexos desde ocho a doce años con el cigarro en la boca, algunos con cuchillos, otros en la pulpería con el vaso de aguardiente y los más expresándose con palabras torpes y descompuestas; siendo lo peor que yo los he visto, y los ha mirado todo el pueblo, disparando sus descargas cerradas de cascotes y cáscaras de sandía a las luminarias que en candilejas ponen los vecinos en sus puertas y ventanas al tiempo de pasar las procesiones..." Como lo prueban los documentos existentes no era Martínez el único que se lamentaba del estado de perversión en que yacía la juventud de Santa Fe. En 3 de marzo de 1802 y en 12 de diciembre de 1804 lamentaba el ministro contador de las Cajas reales el que los desmanes de la juventud "crecen con una rapidez y progreso indecibles".

Se trató de poner remedio al mal, y así lo prueba un informe fiscal fechado en Buenos Aires en 27 de enero de 1806 en el que se afirma que "el ilustre Cabildo de Santa Fe asegura que a pesar de tanto esfuerzo yace olvidada la enseñanza pública, amenazando a aquella ciudad los horribles males de la ignorancia" por lo que es de obligación del dicho Cabildo urgir seriamente al prelado de la religión mercedaria que cumpla con lo pactado al recibirse del edificio del colegio de los jesuítas. El Cabildo presentó sus quejas al Padre Jorge Aparicio, provincial de la Merced, y éste con fecha 7 de febrero de 1806 manifestaba al virrey Sobremonte que "Desde que la religión de la Merced tomó el cole-

gio de los regulares expulsos de la ciudad de Santa Fe ha procurado siempre con particular esmero y cuidado propender a la instrucción y adelanto de los jóvenes de dicha ciudad, colocando en el ministerio de maestros de primeras letras y latinidad sujetos capaces de desempeñar el ministerio sin que comúnmente hayan faltado; y si en alguna ocasión han faltado, ha sido porque no han tenido con quienes practicar su ministerio; lo que viendo los prelados, se han valido de ellos para otros ministerios. El abandono en que se halla, Señor Excmo., la educación pública en la ciudad proviene de los mismos individuos de ella; pues hay muchos, según me han informado, que no sólo no quieren poner a sus hijos sino que aconsejan a otros a que no los pongan en el convento, conociendo en esto la refinada malicia con que proceden.”

El fiscal Villota consideró inatendibles las razones del Provincial de la Merced, y aunque la ciudad volvió reiteradas veces a quejarse nada consiguió y las cosas quedaron en el mismo lamentable estado hasta que en 1862 volvieron los jesuitas a ocupar aquel mismo colegio del que habían sido expulsados en 1767. ¡Cuán grande fué el vacío que en la ciudad de Santa Fe dejaron los Padres jesuitas! El robo de sus bienes, el saqueo de su biblioteca, la corrupción de las costumbres, el descuido en lo espiritual y la ruina completa de la educación fueron los opimos frutos que produjo la real provisión de Carlos III, apoyada por sus volterianos ministros y regalistas consejeros.

Se procuró suplir la acción espiritual y educacional de los expulsos, pero el éxito no coronó tales esfuerzos. Pocos meses después de expulsados los jesuitas de Santa Fe, celebróse en el convento de San Pablo en la misma ciudad un capítulo general, y en 3 de noviembre de aquel mismo año de 1767 se resolvió que:

“Por cuanto con la ocasión de la expulsión de los Padres ha resultado mayor concurso y asistencia en nuestras iglesias, multiplicándose las confesiones: por tanto, *porque no se conozca la falta* que dichos Padres podían haber hecho, por no haber en

nuestras iglesias aquella distribución de misas y asistencia debida al confesonario, mandamos *sub præcepto formali obedientiæ* a los Rdos. Padres Piores y Superiores de nuestra provincia tengan gran cuidado y celo que las misas se digan de una en una, para lo que no se pondrá en la sacristía más que un cáliz . . . como también . . . que, todos los domingos del año, haciendo señal con la campana, mande que uno de los religiosos explique en la iglesia a la tarde, después de completas, un punto de la doctrina cristiana catequéticamente . . .”¹

Cqn el mismo fin de que no se conociera la falta que hacían los jesuitas, se ocupó el gobernador Bucarelli de que vinieran de España mayor número de religiosos. El mencionado capítulo, celebrado en Santa Fe, se opuso a esta decisión del funcionario bonaerense y se negó a recibirlos si venían.² El maestro general de la Orden, Fray Juan Tomás de Boxador les afeó, tres años más tarde, su proceder en este punto. “Ciertamente —les decía— lo que deberíais haber recordado era que os halláis en los dominios del Serenísimo Rey de las Españas, y esto (si ya es que no os preocupaba el estado de la provincia o utilidad de los pueblos) os debió contener para no meteros —con pretexto de respecto hacia nosotros— a examinar nuestras deliberaciones y explicar inútilmente vuestra disposición de no obedecer.”³

Mientras el histórico colegio caía en manos mercenarias, sufrían las amarguras del ostracismo en tierra extraña los que hasta 1767 habían consagrado sus mejores energías a la educación de la juventud santafesina y a la santificación del pueblo de Santa Fe. El buen Padre García, último rector del colegio, pasó los años del destierro “con el mayor retiramiento, interpolando la oración con la lección y escritura de materias espirituales” como escribía un contemporáneo, el abate Hervás,⁴ traduciendo del italiano los valiosos tomos de Scaramelli, y componiendo una Relación sobre los indios pampas y otra sobre la ciudad y jurisdicción

¹ CARRASCO, *Ensayo histórico sobre la Orden dominica argentina*, t. i. pp. 355/356.

² IDEM, *ibid.*, pp. 342/3.

³ IDEM, *ibid.*, p. 359.

⁴ *Biblioteca de escritores*, t. i. p. 61.

de Santa Fe. Falleció en Faenza el día 27 de octubre de 1782. En el mismo año y en la misma ciudad terminó su carrera mortal el Padre Marcos García que también se hallaba en el colegio de Santa Fe cuando la expulsión.

El Padre Pedro Morales, peruano, unióse al llegar a Italia con los demás jesuitas de la provincia del Perú, y sólo sabemos que en 1780 se hallaba de residencia en la ciudad de Génova. El Padre Juan de Rojas pasó los años de su vida en Faenza y llegó a ser cura de la parroquia de San Agustín, cargo que desempeñaba en 1794 cuando terminó sus días. El Padre Po, paraguayo, abandonó la religión que tanto había amado y por causa de la cual tanto había sufrido, y no sólo la abandonó sino que se esforzó en que otros le acompañaran en la deserción. Su proceder llena una de las páginas más tristes de la historia de la Compañía de Jesús. Este infortunado religioso falleció en Voltri, ribera de Génova, y un piadoso preste genovés le enterró de limosna.

Del jesuita santafesino José Sotelo poco es lo que hemos podido averiguar. Había nacido en Santa Fe el 6 de junio de 1736 y entrado en la Compañía el 21 de octubre de 1751. Ordenado de sacerdote en 1758 o 1759 estaba en plena labor cuando le sorprendió el decreto de extrañamiento. Desterrado a Italia se radicó en Ravena donde hizo la profesión el 15 de agosto de 1769 y después de la extinción de la Compañía llegó a ser capellán de cierto orfanotrofio. Falleció en Ravena el 18 de febrero de 1812. Otros jesuitas oriundos de Santa Fe terminaron asimismo sus días en la hospitalaria Italia, y uno de ellos en la convulsionada España. El Padre Francisco Echagüe que era cura de Santa Ana en 1767 falleció en Roma el 13 de mayo de 1799; el Padre Francisco Oroño que había nacido en Santa Fe el 20 de julio de 1733 y entrado en la Compañía el 12 de octubre de 1750, hizo la profesión el 15 de agosto de 1767 y se encontraba en la reducción de San Ignacio de los indios tobas en 1767. Por su porte gallardo y su buen prestigio llegó a ser capellán de la guardia pontificia del Vaticano. Falleció en Civitavecchia el 4 de septiembre de 1804. El Padre Francisco Barrenechea, nacido en 1735 y admitido en la

Compañía en 1758, trabajaba entre los indios chiquitos y en la reducción de San Estanislao, cuando sobrevino la expulsión. Profesó el 2 de febrero de 1770 y falleció en Ravena el 3 de agosto de 1777. De él conservamos una Relación histórica sobre las tribus indígenas del Chaco, entre las que había estado trabajando. El Padre Gaspar Troncoso que falleció en Roma el 11 de octubre de 1780 y había nacido en Santa Fe el 21 de febrero de 1723, estaba en el pueblo de San Ignacio de indios chiquitos cuando el extrañamiento; el Padre José Ignacio Humeres nació el 1º de agosto de 1724, entró en la Compañía el 7 de febrero de 1747; estaba en San Miguel de Guaraníes en 1767 y falleció en Ravena el 17 de julio de 1797; el Padre José Rivarola terminó su mortal carrera en 1777 en Ravena; el Padre José Larramendi que había nacido el 25 de noviembre de 1718, falleció en Faenza el 14 de mayo de 1788 y el Padre Juan Francisco Gaete que había nacido el 27 de mayo de 1738 terminó sus días en fecha desconocida para nosotros, puesto que como el Padre Po abandonó la religión antes de ser ésta abolida en 1773.

El escolar Francisco Martínez, también oriundo de Santa Fe donde nació el 25 de febrero de 1744, ingresó en la Compañía el 7 de septiembre de 1763; estudiaba la filosofía en la universidad de Córdoba cuando la expulsión. Desterrado a Italia y abolida la Compañía pasó a Roma, contrajo matrimonio y llegó a ser uno de los hombres más providenciales que deparó Dios a los infortunados expulsos de 1767. El Papa Pío VI antes de ser elevado al solio pontificio y cuando era aún arzobispo de Ímola tomó a Martínez por su mayordomo de palacio y después de su elevación al trono siguió dispensándole el mayor afecto y las más inequívocas muestras de aprecio y de cariño. El buen Martínez que era tan jesuíta, como antes de 1773, se valió de esta protección para ayudar a sus hermanos de religión en repetidas ocasiones.

Uno de los santafesinos que pudieron valerse de los buenos servicios de Martínez fué el más ilustre de los jesuitas oriundos de Santa Fe que tuvieron que partir al destierro en 1767: el Pa-

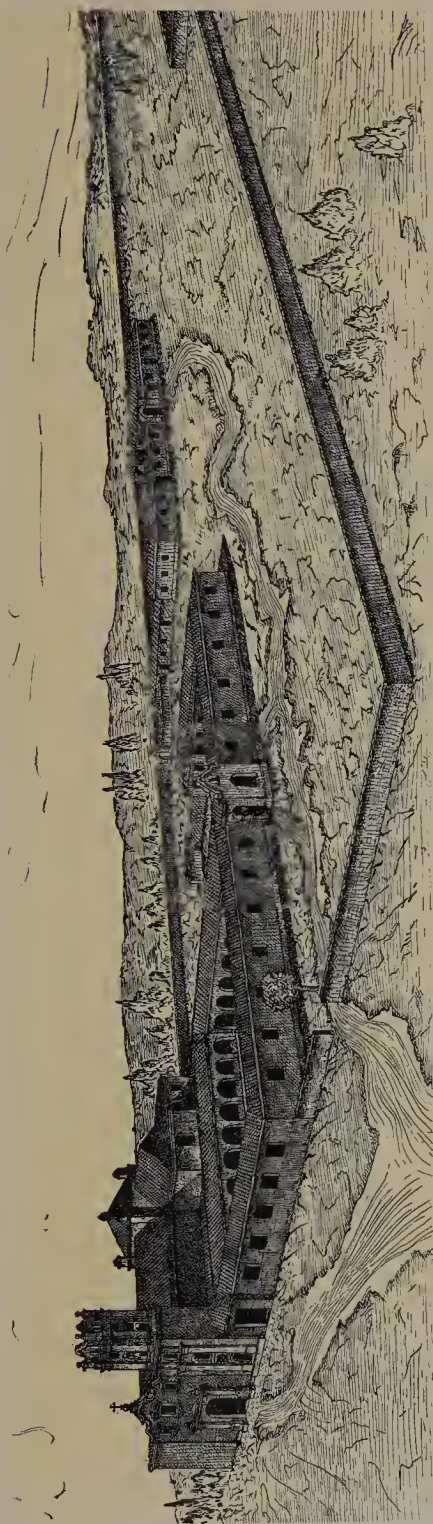
dre Francisco Javier Iturri, figura verdaderamente conspicua en los fastos del pueblo santafesino y aun en los anales culturales del pueblo argentino que jamás pondrá en olvido la ciencia profunda, la indefesa laboriosidad y el entrañable amor que a estas regiones del Río de la Plata profesó, defendiéndolas de las viles calumnias y gratuitas aseveraciones del último y mal informado cosmógrafo de Indias. Aunque nació este benemérito varón en la colonia, murió doce años después de los gloriosos sucesos de mayo de 1810 y no cabe dudar que seguiría con avidez, y contemplaría con verdadero entusiasmo el surgimiento de la nueva y gloriosa Nación argentina.

Los jesuitas desaparecieron de Santa Fe en 1767-1768 pero no su recuerdo. En todas partes gozaba la Compañía de Jesús de buena reputación "pero en estas tres provincias [del Tucumán, Paraguay y Buenos Aires] —escribía el marqués de Valdelirios al ministro Wall, en 12 de abril de 1755—, no sólo gozan esta estimación con ventaja sino que por la copia de colegios que tienen en ellas y por la posesión de las misiones logran de una cierta autoridad que todos generalmente la respetan..."¹ y el Obispo de Tucumán escribía en 1768 en carta al Rey que "los entendimientos del Tucumán estaban tan sujetos a la Compañía que por milagro había quien no discurriese en su favor".²

El transcurso de más de medio siglo no bastó para hacer desaparecer el afecto que Santa Fe había profesado en todos tiempos a los jesuitas. Aquella venerable iglesia y aquel vetusto e histórico colegio de la plaza recordaban sin cesar a aquellos beneméritos varones que tan violenta e inicua mente habían sido expul-

¹ Archivo de Simancas (España), leg. 296. En este mismo legajo hállase una carta del Obispo del Paraguay al señor Ricardo Wall (Buenos Aires y agosto 30 de 1757) en la que leemos que "los prelados eclesiásticos, como los prebendados y curas todos, son suyos [de los jesuitas se entiende]; porque creyéndose por aquí que los Padres son o han sido despóticos de mitras, prebendas y curatos, han procurado su escuela de tal suerte, que solamente tengo noticia se halla tomista, en esta tierra el doctor Leiva, cura de Santa Fe, hallándose cerrada la escuela de Santo Tomás...".

² BRAVO, *Expulsión de los jesuitas de la República Argentina*, p. 133.



EL COLEGIO DE SANTA FE EN 1767 Y EN 1927

sados contra la voluntad unánime de la población y con inmenso detrimento espiritual e intelectual de la misma.

En 1814 volvió a renacer la Compañía de Jesús, y fueron santafesinos los primeros que trataron de reingresar en ella. El venerable Iturri escribía en 1804: "La Compañía de Jesús está restablecida en Nápoles con Breve Pontificio... y a instancias de los reyes de Nápoles y Sicilia, quienes la llaman a sus Estados para la educación de la juventud y para instruir sus vasallos en la sana doctrina como dice el Breve... ¡Qué triunfo de la virtud, qué justicia la de los incomparables soberanos!"

Desde el restablecimiento universal de la Compañía de Jesús en 1814 y el regreso de los jesuitas a Santa Fe, pasaron cincuenta años y es justo consignar que en todo ese intervalo de tiempo la ciudad solicitó en repetidas oportunidades la vuelta de los Padres, como el general Echagüe quien en 1842 "envió a Buenos Aires al presbítero Amenábar para conseguir de Rosas seis u ocho jesuitas con el objeto de plantear un colegio; como el Excmo. señor José M. Cullen que en 1855 negoció con el Rdo. Padre Superior de los jesuitas el mismo asunto; como el Excmo. señor presidente doctor Santiago Derqui que en 1860 escribía al inmortal Pontífice Pío IX y al Muy Rdo. Padre General Pedro Beck solicitando Padres de la Compañía que se dedicasen a la educación de la juventud; como el entusiasta y emprendedor don Esteban Rams quien firmó en la idea de civilizar a los indios del Chaco escribía al mismo Padre General y le proponía como aliciente la hermosa perspectiva del colegio de Santa Fe; como el gobernador de la provincia don Pascual Rosas que en la ciudad del Rosario sentó con el Padre Superior Joaquín M. Suárez las bases fundamentales del futuro contrato sobre que había de descansar el futuro colegio de la Inmaculada."¹

Fue el gobernador don Patricio Cullen quien tuvo la satisfacción de ver refundado el histórico colegio de los Padres jesuitas en la ciudad de Santa Fe. La inauguración oficial tuvo lugar el día 9 de noviembre de 1862.

¹ CANUDAS, *Discurso*, p. 33.

Pocos meses después, el 3 de mayo de 1863, pudo el mismo don Patricio anunciar a las cámaras provinciales en el mensaje de apertura, su noble labor: "La enseñanza pública se encontraba, como sabéis, tan atrasada y en tanto abandono, que puede decirse bien que no existía, procediendo de ahí principalmente las desgracias sin cuento que ha sufrido esta provincia en su marcha política y social. Era necesario remediar el mal: y aunque después de un período de agitación nos faltaban los elementos de vida y era tan exigua la renta, se ha podido fundar en esta capital, bajo la dirección de los Padres jesuítas un colegio de enseñanza superior y primaria . . . , colegio que es el honor y la esperanza de la provincia y que augura a cuantos lo ven un porvenir, que pocas veces se refleja en los primeros pasos que da al nacer un establecimiento de este orden. Desde que está a nuestra vista este plantel modelo, dejo a vuestro criterio la apreciación de sus ventajas."

DE la fortuna y azares del benemérito colegio desde aquella fecha hasta el presente no nos hemos de ocupar en estas líneas. Nuestro objeto, al trazar las que preceden, ha sido tan sólo el de esbozar la historia de aquel célebre instituto educacional en la época que frecuentaron sus aulas los tres insignes varones cuyas biografías presentamos hoy al pueblo santafesino.

Fueron alumnos de aquel venerable establecimiento científico y literario, y de sus aulas salieron para ingresar en la Orden religiosa que tanto supieron honrar y la que, a su vez, recuerda sus nombres con cariño y amor. Ingresaron en la Compañía de Jesús e ingresados en ella la ilustraron con su saber y su virtud, pero es justo el agregar que al propio tiempo hiciéronse acreedores de la admiración y gratitud de la ciudad que los vió nacer y en cuyo seno pasaron los alegres días de su juventud.

Buenaventura Suárez, Francisco Javier Iturri y Cristóbal Altamirano encabezan la larga y honrosa lista de ilustres santafesinos y distinguidos exalumnos de la más histórica de nuestras instituciones docentes.

BUENAVENTURA SUÁREZ

(1679-1750)

"Cuando se conozcan mejor que hoy los hechos que honran a los americanos, se colocará a Suárez al lado de Franklyn."

(GUTIÉRREZ.)

HERMOSA y sugestiva, aunque poco conocida aún, es la figura de aquel jesuíta santafesino que, durante la primera mitad del siglo XVIII y en medio de las incultas y solitarias selvas, levantó el primer observatorio astronómico que hubo en tierra americana, después de fabricar por sus propias manos la mayor parte de los variados y delicados instrumentos de ciencia que habían de revelarles los misterios pitagóricos de su patrio suelo.

Bien podemos afirmar, sin temor de incurrir en hipérbole, que entre los hombres de ciencia que han existido en las regiones del nuevo mundo ocupa el Padre Buenaventura Suárez una indiscutible prioridad y le corresponde una altísima gloria; prioridad y gloria tanto mayor cuanto que el astrónomo era americano, el observatorio se erigió en América y los medios científicos de que se valió, eran en su casi totalidad de origen americano.

Acertada y justicieramente escribió en 1874 el señor Juan María Gutiérrez que cuando se conocieran mejor los hechos que honran a los americanos "se colocará a Suárez

al lado de Franklyn, entre aquellos que por un amor innato a la naturaleza y una propensión imperiosa del espíritu hacia la investigación de sus leyes, cultivaron las ciencias exactas sin maestros y sin más auxilio que la inspiración propia”.

Grande gloria americana es Suárez, pero los argentinos tenemos especiales títulos para apropiárnosla, puesto que el Padre Buenaventura Suárez era hijo de una de nuestras históricas ciudades, fué misionero incansable y celoso en nuestras selvas misioneras, y fueron productos argentinos los que utilizó para la construcción de aquel primitivo observatorio desde el que escrutaba el paso de los astros y los enigmas del cielo, sin más testigos que los intrigados indios que le habían auxiliado en la confección y ubicación de sus ingeniosos instrumentos.

Un escritor moderno ha escrito, y muy acertada y donosamente, que “en las instituciones modernas que allá en Córdoba, donde él enseñó, se erigieron en tiempo de Gould y Sarmiento, el nombre del santafesino Suárez no podía ser olvidado. Doscientos años después de su nacimiento, las oficinas astronómicas y metereológicas se han difundido en nuestro país, al amparo del gobierno, de la fortuna, de la industria y de la cultura universales, pero nada de esto es comparable en belleza de espíritu a la espontánea vocación augural de aquel solitario que, en la selva misionera o chaqueña, barajaba sus números pitagóricos como un poeta de la ciencia viendo brillar las pléyades — para el indio sagradas — sobre las densas aguas del Paraná”.¹

¹ ROJAS, *Historia de la literatura argentina*, t. ii. p. 243.

Buena Ventura Suarez.

1736
Arch. Nac.

Buena Ventura Suarez.

1730
Bibl. Nac.
ms. 6537.

Buena Ventura Suarez

1736
Arch. Nac.

FACSIMIL DE LAS FIRMAS DEL PADRE BUENAVENTURA SUÁREZ,
CORRESPONDIENTES A LOS AÑOS 1730 Y 1736

DATOS BIOGRÁFICOS

EL Padre Buenaventura Suárez nació en la ciudad de Santa Fe el día 14 de julio de 1679, como consta en todos los catálogos de la antigua provincia del Paraguay con excepción del de 1742 que señala el año de 1678. Cuando en 1919 publicamos nuestro primer trabajo sobre Suárez dudábamos mucho sobre la fecha de su nacimiento, pero la partida de bautismo ha sido hallada y publicada¹ por el Padre Salaberry, y, como advierte este historiador, el doctor Lassaga la había publicado anteriormente. He aquí el texto de este documento:

“En 8 de enero de 1682 el Rdo. Padre Juan de Aracta del orden de San Francisco puso óleo y crisma a Buenaventura, hijo legítimo del teniente Antonio Suárez Altamirano y doña María de Garay. Bautizó este niño su paternidad el día que nació, a 14 de julio de 1679. Fueron padrinos el maestro de campo Antonio de Vera Mujica y doña Jerónima Rodríguez de Ataíde. Halléme presente y lo firmé. [Firmado] Diego Fernández de Ocaña.”²

Sus progenitores se llamaban Antonio Suárez Altamirano y María de Garay. Al ser cristianado hicieron de padrinos el maestro de campo Antonio de Vera Mujica y doña Jerónima Rodríguez de Ataíde.

¹ “Nueva Época”, 18 de septiembre de 1919.

² Catedral de Santa Fe. Archivo parroquial, año 1682, p. 72. En vista de estos documentos no puede dudarse de que Suárez naciera en Santa Fe. El señor B. Olachea y Alcorta incurrió en manifiesto error al hacerle santiagueño y considerarle como uno de los “intelectuales más salientes, hijos de esta tierra de nuestros afectos”. (*Crónica y geografía de Santiago del Estero* (segunda edición), p. 75.)

La genealogía de Suárez por la vía materna no podía ser más distinguida, puesto que su madre doña María de Garay era hija del capitán Metero de Lencinas y de doña María de Garay, y ésta, a su vez, era hija de don Juan de Garay, el mozo, y de doña Juana de Sanabria. El citado Garay era hijo de don Juan de Garay, fundador de Buenos Aires y de Santa Fe, y de doña Isabel Becerra de Mendoza.

El padre de nuestro Suárez era hijo del capitán del mismo nombre y apellido, Antonio Suárez, y de doña Jerónima de Arce. Era, por ende, nieto del capitán Diego Suárez, cuyo consorte doña Ana era hija de don Cristóbal Matute de Altamirano, uno de los primeros pobladores de Santa Fe.

Nuestro Buenaventura Suárez nació en la calle conocida en la actualidad con el nombre de General López, entre San Martín y Rivadavia, y muy probablemente en la esquina de San Martín. "El primer dato — escribe el Padre Salaberry — consta del testamento de su padre, pues dice terminantemente "que su casa linda por la parte del sur, calle por medio, con los Padres de la Compañía de Jesús". El segundo dato, que nació en la esquina de San Martín, lo deduce el mismo historiador del hecho de que en aquel tiempo estaba la ciudad muy reducida y pegada a la plaza, donde tenían sus moradas las familias de más abolengo, entre las que se contaba la familia Suárez. Tan cercana al colegio de los jesuitas estaba la casa Suárez que a mediados del siglo XVIII ordenó el provincial Padre Nussdorffer que se hicieran "diligencias para comprar el corral de doña María Suárez que está pegado [a nuestro colegio]

para poder hacer un día una casa de ejercicios ahí para señoras”.

El capitán Antonio Suárez Altamirano dedicó su hijo a la Iglesia, y comenzó éste la carrera eclesiástica en su ciudad natal y bajo la dirección de los jesuitas. Sólo contaba trece años de edad cuando comenzó sus estudios, puesto que en 1691 escribía Suárez en su testamento estas cláusulas: “a mi hijo Ventura Suárez Altamirano, a quien tengo dedicado para la Iglesia, quien está hoy al presente en los estudios, y para ayuda de que pueda ser sacerdote clérigo...” “No he podido averiguar, escribe el Padre Salaberry, si el Padre Suárez fué alumno del colegio del Nombre de Jesús, hoy colegio de la Inmaculada Concepción, pero es muy natural y probable que lo fuese. La familia Suárez fué de las primitivas de Santa Fe.”

Buenaventura Suárez no llegó a ser clérigo como deseaba su padre, pues abandonó los estudios y pidió ser admitido en la Compañía de Jesús, como lo fué a 4 de abril de 1695 cuando sólo contaba diez y seis años de edad. El Padre Salaberry opina que Suárez era sacerdote cuando ingresó en la Compañía, pero esto no es exacto. Recuérdese que sólo tenía a la sazón diez y seis años de edad, no veintiséis como erradamente escribe el distinguido historiador. El que en la Compañía sólo estudiara un año de moral y uno de filosofía no prueba que hubiese anteriormente cursado estas asignaturas.

En 1729 hacía su testamento la madre de nuestro jesuita, y entre sus hijos menciona a “Bentura Suárez Altamirano, que ahora es religioso de la Compañía de Jesús. Ítem declaro que habiendo el dicho mi hijo Bentura Suárez

Altamirano entrado religioso de la Compañía de Jesús, por no haber dispuesto a tiempo competente de las legítimas, que le pertenecían, recayó en mí, como a su madre, el derecho de ellas, en cuya fe he gozado de este beneficio . . .”

Suárez ingresó en la Compañía y pasó a Córdoba donde se hallaba el célebre noviciado de la provincia del Paraguay. Transcurridos los dos años de noviciado, y hechos los primeros votos (1697), repasaría las humanidades que había comenzado a estudiar en las aulas santafesinas. En 1698 y 1699 estudió un curso de filosofía y otro de teología.

No nos consta si fué durante esos años (1698-1699) o en los subsiguientes, que enseñó gramática, aunque consta que por espacio de dos años fué profesor de humanidades. El señor Juan M. Gutiérrez y el doctor Ricardo Rojas afirman que enseñó en la universidad de Córdoba; no tenemos pruebas de este aserto, pero lo creemos muy verosímil.

Era ciertamente muy joven cuando se ordenó de sacerdote. El Padre Lozano¹ afirma que fué Suárez quien en 1701 trasladó el pueblo de San Cosme desde la banda sur del Paraná hasta la banda septentrional, dato que creemos errado, en cuanto a la fecha, pero que a ser cierto demostraría que en aquella fecha era ya sacerdote, aunque sólo contara a la sazón veintidós años de edad. El mismo Suárez parece confirmar esta fecha al escribir en 1736 o 1737 que hacía treinta y cuatro años que estaba en las misiones.

Cierto es que en 1706 era ya sacerdote y se hallaba de

¹ *Historia de la Conquista del Paraguay* (edición Lamas), t. i. p. 52.

residencia en el pueblo de San Cosme y San Damián, y según testimonio del mismo Suárez había comenzado a observar los astros y pronosticar el tiempo. En abril de 1708 se le propuso, en tercer término, para cura del pueblo de Nuestra Señora de Fe, pero no fué elegido para este cargo. Un año más tarde, el día 30 de junio de 1709, según el Catálogo manuscrito de 1729, y el día 3 del mismo mes y año, según el de 1735, hizo el Padre Suárez la profesión de tres votos.¹ El Padre General, Ángel Tamburini, con fecha 24 de noviembre de 1708 escribía al Provincial del Paraguay autorizándole para conceder a Suárez los últimos votos “una vez avisado de sus faltas”.²

Debió de residir en San Cosme hasta el año 1714, fecha en la que pasó a Itapúa como compañero del cura de dicho pueblo que lo era a la sazón el Padre Ignacio Astudillo. Ocho años más tarde fué nuestro misionero escogido por el Padre José Aguirre, después de su visita a los pueblos de las misiones, para que en compañía del Padre Sebastián Pimentel “reconozca si las tierras en que se han poblado los [indios] de San Ignacio Miní son las mismas que por convenio cedieron al pueblo de Loreto”.³

A los dos años visitó las reducciones el provincial Padre Luis de la Roca, y el 17 de abril de 1724, nombró al Padre Suárez para cura del pueblo de San Cosme y le señaló por compañero al Padre Manuel González. Pocos años después, sin dejar de ser el encargado de este pueblo, suplió

¹ Los citados Catálogos se hallan en el Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1729, 1735.

² Archivo de la Provincia Argentino-Chilena (Buenos Aires).

³ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. 1722.

en el oficio de cura de San Ignacio Guazú, por tener que acudir a la Congregación Provincial el cura de dicho pueblo. Así lo ordenó el Padre Rillo al Superior de las misiones en 21 de mayo de 1728.

De la época en que estuvo en San Ignacio es una carta de Suárez que ha llegado hasta nosotros y por ella nos enteramos que su salud no era del todo satisfactoria. Con fecha 29 de marzo de 1730 escribía al Procurador general estas líneas, entre otras: "Hoy he recibido la de Vuestra Reverencia de 22 del corriente, alegrándome de la salud de Vuestra Reverencia. Yo me hallo mucho mejor de salud desde que se aminoraron los calores y dejé de sudar, y espero que con el fresco me ha de ir mejor, como el año pasado, que lo mismo me sucedió aquí en el estío y desde abril me fué bien hasta fines de noviembre, en que volvió el calor a apretar."¹

En 1732 hallábase Suárez otra vez en el pueblo de San Cosme, según consta en un memorial de la visita que a dicho pueblo hizo el Padre Antonio Machoni el 8 de abril de ese año. Era cura de dicha reducción y tenía de ayudante al Padre Lucas Rodríguez. Notaremos aquí que en este año de 1732 y con fecha 8 de abril fué Suárez elegido consultor del Vicesuperior de las reducciones, siendo los otros tres consultores los Padres Francisco Robles, Pablo Benítez y Bernardo Nusdorffer.²

A su labor misionera y astronómica agregó Suárez en esta época otra nueva y de singular utilidad para las misio-

¹ Biblioteca Nacional (Buenos Aires), ms. 6537.

² Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires): Compañía de Jesús, Nómina de los misioneros. 1732.

nes: comenzó a hacer campanas en una fundición por él ingeniada y hasta parece que pensó en escalas con campanas o timbres de diferentes tamaños. Llegó a trabajar con éxito en esta línea de labor. En marzo de 1733 escribía el Hermano Francisco Leoni que: "En San Cosme ha puesto el Padre Ventura oficina de campanas, y ya tiene fundida una para sí. Dice que quiere hacer campanas de solfa. ¿Qué tal?"¹ Es curioso lo que agregaba Leoni: "El otro día convidó al Padre Pablo mostrándole sus cosas y *curiosidades*, y después de haber el Padre Pablo Benítez visto y oído todo le dijo: Hay muchas cosas, pero no hay casa para la vivienda ni para los indios. ¿Qué tal?"

Cuatro años más tarde, en 1737, seguía Suárez su labor de campanero pues el 13 de septiembre de ese año le ordenaba el superior Padre Aguilar que: "el metal fundido en campanas . . . no pasará de 12 R.^s libra, los cinco por la materia y los siete por la forma".²

A esta y otras habilidades de Suárez aluden las Anuas de 1750, al consignar su biografía: "Hizo órganos y espejos, perfeccionó mucho el arte de fundir campanas enseñando a sus indios a dorar cálices en el fuego; supo algo de medicina, dirigió pintores y estatuarios sólo con su aplicación y curiosidad."³

Sabemos además que se dedicó Suárez a la fabricación de un chocolate de su invención. El santiagueño Juárez al ocuparse en sus *Observaciones fitológicas* del uso del cho-

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. 1733.

² Biblioteca Nacional (Buenos Aires), ms. 8156.

³ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. 1737.

colate en el Río de la Plata, escribe que “anche nel Paraguai, done non è molto comune l’uso del cioccolate, perche hanno un’equivalente nel mate, ch’è una bevanda dell’erba del Paraguai falta ad uso di thé, fabbricava col mani un buon cioccolate il celebre matematico, e missionario dei guarani Padre Bonaventura Suárez americano”.¹

La peste que en 1733 hizo estragos en todas las reducciones no dejó de afligir al buen cura de San Cosme, aunque no tanto como la de 1736-1737. Durante la primera de estas pestes fallecieron en las reducciones 18.773 personas mientras que en la segunda ascendió el número a 30.000 según nos informa el Padre Peramás.

Cuando sobrevino esta segunda peste no se hallaba Suárez en San Cosme sino en Santa María la Mayor donde residía hacía ya un año, después de haber pasado otro en Candelaria. Desde Santa María escribió una carta al Padre Feliciano Villagarcía, con fecha 14 de junio de 1736, contando lo acaecido en la época de la peste. “Confieso a la verdad — escribe Suárez — que en los treinta y cuatro años que llevo en misiones en estas doctrinas, jamás me vi tan abrumado por los trabajos como en este pueblo de Santa María durante estos cinco meses. La peste que este período ha hecho tan grande estrago entre mis indios, no me ha dejado un rato de descanso. Un día y otro he tenido siempre la misma distribución: cumplía los ejercicios espirituales, rezaba la misa y el breviario, salía diariamente a visitar a los enfermos gastando en esto todo el día. Me levanto dos horas antes de la aurora y a las nueve de la mañana y a las cinco de la tarde proveo de alimento a los

¹ *Osservazioni Fittologiche*, t. i. p. 37.

pobres apestados, a cada uno de ellos según sus necesidades, ni permito que les falte azúcar, ni vituallas, ni vestidos. Suministro asimismo las medicinas, y otras cosas necesarias o convenientes. A las dos de la tarde, en medio de los excesivos calores que Vuestra Reverencia conoce, administro el Viático y la Extremaunción a veinte y muchas veces *hasta treinta* enfermos. A toda esta labor se añade el oficio de cocinero que me ha impuesto la necesidad para bien de los sanos y enfermos, varones y mujeres, niños y niñas que esperan alimentos a la puerta de mi cuarto. A fin de que todo proceda bien y ordenadamente y los pobres se queden satisfechos les reparto por mi propia mano carne condimentada con sal, habas cuanto les cabe en el cucharón y zapallos en cuanto es posible.

”He notado que para la comida lo mismo que para la misa los días de domingo, se presentan al momento que nombro a cada uno. Los Padres Juan Anaya y José Guinet me han ayudado con gran fervor. Han trabajado sin descanso oyendo confesiones así de los sanos como de los enfermos, administrando también el sacramento de la Eucaristía y la Extremaunción. En todo este tiempo de la peste he tenido el placer de ver que mis indios, así varones como mujeres, tan pronto como conocían que estaban atacados de la peste, hacían sus listas en las que hacían constar sus haberes y vestidos, y pequeñas alhajas a fin de que constaran en el inventario en caso de que la muerte les arrebatase la vida. Ellos mismos me traían esas listas. Por eso puede Vuestra Reverencia colegir cuál es el amor que une a estas pobres ovejas con su pastor.”

Todo esto escribió Suárez y reprodujo el autor de las

Anuas de aquel año, quien agregó a continuación: "esto es del Padre Buenaventura, cuya parroquia se encuentra entre aquellas que han sido más azotadas por la peste, pero ha sido también la mejor librada de la prueba". Con sobrada razón escribió el autor de las Cartas Anuas de 1750 al sintetizar los rasgos biográficos de Suárez que: "ordenado de sacerdote empleó lo más del tiempo de su vida entre estos indios guaraníes, asistiéndoles ya de cura, ya de compañero, en varias epidemias con mucha religión, celo y amor, ajustado en su porte a las reglas de la Compañía y sus obligaciones".¹

De Santa María pasó nuestro misionero a Itapúa donde estuvo poco tiempo, y de donde pasó a su querido San Cosme a mediados de 1738, aunque con el oficio de compañero del Padre Lorenzo Ovando, paraguayo de nacimiento.²

En 1740 le encontramos en el colegio de la Asunción con el cargo de consultor y confesor de la casa. El hallarse retirado de las misiones y con tan aligeradas ocupaciones nos inclina a creer que no debía de ser muy satisfactoria su salud.

De la Asunción pasó al colegio de Corrientes, y el Catálogo de 1742 además de proporcionarnos este dato, nos ofrece otros varios de no escaso valor para la biografía de Suárez: "Colegio de las 7 Corrientes . . . Padre Buenaventura Suárez. — Consultor, admonitor. — Patria: Santa Fe.

¹ Biblioteca Nacional (Buenos Aires), ms. 8156.

² *Catálogo de las Reducciones*, publicado junto con la *Carta* del Padre Ladislao Orosz del 28 de julio de 1738, en el *Weltbott*, núm. 640 (Viena, 1760?).

Nació: el 3 de septiembre de 1678. — Fuerzas corporales: medianas. — Ingresó en la Compañía: el 4 de abril de 1695. — Estudios: un año de filosofía y de moral. — Ministerios: profesor de gramática durante dos años; en las misiones de los indios durante treinta años; operario durante treinta y cuatro años. Grado: coadjutor formado desde el 30 de junio de 1709.”

Treinta años de labor en las misiones debieron de agotar las fuerzas físicas del insigne misionero, aunque según el mencionado Catálogo eran aún “medianas”. Con ellas, aunque no con el entusiasmo de otros tiempos, siguió Suárez sus faenas apostólicas en el campo de las misiones. En febrero de 1745 le hallamos en el pueblo de Apóstoles, como compañero del Padre Juan Marqueseti que era el cura. Dos años más tarde aparece en Santa María la Mayor en calidad de segundo compañero del Padre Lorenzo Balda. Era primer compañero el Padre Calderón.

En 1749, y siendo cura del pueblo el Padre Ramón de Toledo que sucedió al Padre Balda, pasó Suárez a San Carlos y volvió a ocupar el oficio de segundo compañero del Padre Pedro Sanna. El Padre José Más era el primer compañero. En junio de 1750, y por encargo del Padre Superior de las misiones pasó Suárez nuevamente al pueblo de Santa María para conferir, como confirió en 15 de junio de dicho año, el curato al Padre Toledo nombrado cura meses antes pero que carecía aún de la colación canónica. De este pueblo pasó al de Mártires donde confirió el curato al Padre José Iberaquer.

El que fuera el Padre Suárez elegido para la colación de los curatos parece indicar la confianza que en él tenían

depositada sus superiores y en particular el Padre Manuel Querini, quien a la sazón era el superior de las misiones. Este mismo Padre, al hacer en 1749 el nombramiento de los cargos de misiones incluyó entre los confesores ordinarios al Padre Suárez y entre los confesores *ad reservata* volvió a incluirle.

Suárez acababa de volver del pueblo de Mártires cuando cayó enfermo de gravedad. Desgraciadamente ignoramos los pormenores de su fallecimiento. Sólo sabemos que el día 24 de agosto de 1750 terminó santamente sus días en el pueblo de Santa María la Mayor.¹ Las Anuas sólo dicen que falleció en 1749 pero el Padre Diego González en su excelente *Catálogo de la Provincia del Paraguay* trae la fecha que hemos consignado y que creemos más exacta. Más adelante reproduciremos el elogio que hacen de Suárez las citadas Anuas; consignemos aquí el que veinte años antes de su muerte escribió de él uno de sus superiores. En 1730 compuso el Padre Jerónimo Herrán el llamado *Catalogus secretus* y al ocuparse de Suárez estampó estas líneas elocuentes: "Ingenio, bueno. Juicio, suficiente. Experiencia, mucha. Aprovechamiento en el estudio, bueno. Compleción natural, templada. Talento para los ministerios de indios, de españoles y apto para gobernar."²

¹ Yerra el señor Martiniano Leguizamón cuando en forma categórica afirma que "hoy sabemos que el Padre Suárez pasó casi toda su vida entre las selvas de misiones, donde murió en 1794 (?) ... (*Hombres y cosas que pasaron*, p. 92.)

² Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. 1730. La clave de este Catálogo secreto se halla en el legajo correspondiente a 1734.

SAN COSME Y SAN DAMIÁN

LA reducción de San Cosme y San Damián, en la que Suárez levantó su observatorio y en la que llevó a efecto sus observaciones de los astros fué fundada en 25 de enero de 1634 por el Padre Adrián Formoso, aunque algunos autores afirman que la fundación tuvo lugar en 1635 y otros, como el Padre Querini señalan el año 1632. Cier- to es que los bautismos en dicho pueblo comenzaron a registrarse desde el 24 de enero de dicho año, como leemos en las Anuas del mismo.

En medio de las selvas de la sierra de Tape, en Ybyty- miní, actualmente territorio de Río Grande do Sul, en 28° 48' de latitud, reunió Formoso a los dispersos indígenas, levantó sus modestísimas moradas y erigió la capilla de la reducción que puso bajo la advocación de los santos her- manos San Cosme y San Damián.

En 1638, y a causa de las continuas y terribles invasiones de los mamelucos, emigró este pueblo hacia el sur, cruzó el Paraná y se ubicó en territorio actualmente argentino. Si- tuóse entre el río Aguapey y el pueblo de Candelaria al que se consideró incorporado.

El Padre Lozano escribe que, la reducción de San Cos- me estuvo unida a la de Candelaria "hasta el año 1701, en que la separó el Padre Ventura Suárez".¹ En vano hemos procurado confirmar esta noticia con documentos de la épo- ca. Todos están en desacuerdo con la fecha señalada por el gran historiador por lo que nos parece que se trata de

¹ *Historia de la Conquista del Paraguay*, t. i. p. 55.

una mera errata de imprenta, no de una afirmación de Lozano.

Cierto es que el pueblo de San Cosme fué trasladado en 1718, y fué el Padre Suárez quien realizó la traslación. Se separó de Candelaria y fué a ubicarse como a una legua más al este de aquel pueblo. En esta ubicación estuvo por consiguiente desde 1718 hasta 1740, período que coincide con el de su mayor esplendor astronómico.

En 1740 pasó al norte del Paraná y se ubicó como a tres cuartos de legua de Itapúa, ubicación que conservó hasta 1760, fecha en que se trasladó al sitio que actualmente ocupa el pueblo paraguayo de San Cosme.

Cuando don Jacinto de Lariz visitó las reducciones en 1647¹, tenía la de San Cosme una población de 1.075 almas y eran 352 los hombres de armas tomar². En 1682 escribiendo el Padre Alejandro Balda al señor Obispo Azcona manifestaba que San Cosme era el pueblo más pequeño, pues su población era de sólo 297 familias con 1.283 almas. Candelaria que tenía entonces 1.868 almas; Santa Ana que tenía 1.415 y Mártires cuya población sólo as-

¹ Archivo General de Indias (Sevilla): 74-6-29.

² Es curioso el hecho de que fuera cura de San Cosme, cuando Lariz lo visitó, un jesuíta natural de Santa Fe llamado Diego Suárez, pariente tal vez del Padre Buenaventura. Diego Suárez "criollo de la ciudad de Santa Fe con once años de asistencia" en San Cosme (Lariz en TRELLES, "Revista del Archivo general", t. ii. p. 76), llegó a ser superior de las doctrinas del Paraguay y Uruguay, cura de Concepción y rector del colegio de la Asunción (TRELLES, "Revista patriótica del pasado argentino", t. v. p. 337). No solamente Azara, en quien el tropezar es hábito, pero aun el meticuloso Padre Pastells confunde a los dos Suárez cuando escribe que fué en San Cosme "donde hizo el Padre Diego Suárez observaciones astronómicas". (*Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. ii. p. 307 n.)

cendía a 1.980, eran con San Cosme los pueblos más reducidos.

En 1733 la población había subido a 2.145, cifra que tres años más tarde disminuyó a 1.236, y en 1738 sólo llegaba a 1.225. De esta cifra global 204 eran casados, 183 solteros, 243 jóvenes, 198 los niños y 119 las niñas.

Lleva la fecha de 1739 una *Memoria de lo que necesita este pueblo de San Cosme*, escrito al parecer por el Padre Suárez y que lleva el visto bueno del superior de las misiones Padre Jaime Passino. Su texto es como sigue:

Fierro, y acero, palas y azadas.

Ítem ropa de la tierra.

- » cuchillos y algunos rescates.
- » instrumentos de carpintería.
- » ropa blanca con algunos encajes.
- » para sacristía y unos misales nuevos.
- » un tacho amarillo, y unos calentadores que uno, si quiera, no tiene el pueblo.
- » dos tachos grandes, tres ollas de fierro.
- » añil y alumbre.
- » gravillos y sempiternas para sotanillas.

Concedo lo arriba expresado que se le puede enviar porque todo falta. S. Cosme y Nov. 21 de 39. Jaime Passino.

Alonso Fernández:

Ítem dos docenas de vasos grandes.

- » dos tijeras para
- » algo de hilo de oro y plata.
- » alumbre.

Este escrito es el último que poseemos sobre la existencia de San Cosme en tierra argentina. Al año fué trasladado dicho pueblo a la orilla septentrional del Paraná ubicándose

en territorio actualmente paraguayo. Tampoco el sitio escogido en esta ocasión fué el más acertado. Prueba de ello es que el Padre Antonio Machoni, siendo provincial, trató en 1742 de buscar nueva ubicación "por lo enfermizo del terreno y esterilidad de sus tierras". A este efecto ordenó que "se trasladase a distancia de pocas leguas en sitio muy acomodado por su temperamento y su fertilidad" pero los indios pusieron tenaz resistencia y nada pudo hacerse hasta veinte años más tarde.¹

Aunque no nos interesa mayormente la historia de San Cosme, después de su traspaso a tierra paraguaya, anotaremos sin embargo que en 1747 ordenaba el Padre Nussdorffer, provincial a la sazón, que el pueblo utilizara la fabricación de cal quemando al efecto caracoles, como anteriormente se había hecho "en un hornito" que tenía el pueblo, y se proveyera además de piedra de cal "en la otra banda del Aguapey. Ya antiguamente se probó y salió bien".

Según se desprende de este mismo documento los yerbales del pueblo crecían bien y eran la satisfacción de todos.²

De unas estadísticas de 1748 sabemos que el número de habitantes era de 1.432 almas, divididas en 387 familias, cifras que aumentaron en el siguiente curso a 1.449 y 407 respectivamente.

Cuando Suárez gobernaba el pueblo había, como dijimos, fundición de campanas. No parece que sus sucesores tuvieran interés en proseguir esta labor, aunque había en

¹ TESCHAUER, *Historia do Rio Grande do Sul*, t. iii. p. 152.

² Memorial del 12 de mayo de 1747. (Archivo de la Nación Argentina, Buenos Aires.)



PUEBLO DE SAN COSME Y DAMIÁN (1929)

PUERTA DE ENTRADA AL PATIO CENTRAL CON ESCULTURAS EN PIEDRA

Fotografía de Liborio Justo

el pueblo algunos indios adiestrados anteriormente por Suárez. El provincial Padre Querini ordenaba en 24 de agosto de 1749 que "supuesto que en este pueblo hay quien sepa hacer campanas, procúrese entablar esta oficina, que será de mucho emolumento para este pueblo".

Este mismo Provincial y en esta misma ocasión ordenaba además que se pusiera "la oficina de tejas, pues sin ellas no se podrá hacer nuestra casa, ni las casas de los indios", y "acabadas las paredes de los aposentos del segundo patio se empezará a rebajar el primer patio de nuestra casa y el suelo de los aposentos se levantarán . . .", órdenes y datos que ponen de manifiesto que todavía en 1749 el pueblo de San Cosme no había llegado a establecerse definitivamente en su nuevo local.

La población de San Cosme en 1750 era de 406 familias con 1.461 almas.¹ En los años sucesivos hasta 1767 fué grande su aumento puesto que en este año era de 3.346. En tiempo de Azara (1796) la población sólo llegaba a 1.036 y Moussy en 1856 daba al pueblo una población de sólo 900 almas.²

Como hemos advertido antes el pueblo de San Cosme fué trasladado a su actual sede en 1760. Azara que visitó el pueblo en 1767 escribió que "dista poco del Paraná y lo domina por estar colocado sobre una suavísima colina. Puede decirse que [el pueblo] está sólo principiado, pero de lo que hay hecho se infiere que hubiera sido de los mejores y muy bien ejecutado si se hubiese practicado el plan

¹ Informe del Provincial de la Compañía de Jesús al Rey. Agosto 15 de 1750. (Biblioteca Nacional (Chile), mss. sj. t. cclxxxi, n. 262.)

² *Mémoire*, p. 46.

de los jesuítas. El colegio, que está concluído, es de los mejores, como dos islas de casas. La iglesia es un gran galpón o cuadra; la que debía serlo está en cimientos. El resto de las casas son rancherías de paja”.¹

El dato referente a la iglesia lo hallamos confirmado por el Padre Muriel quien atestigua que “era lo más pobre de las Misiones” pero advierte que no obstante “había en ella más abundancia de objetos y ornamentos de plata que en la catedral de la Asunción”.²

El Padre Hernández que visitó a San Cosme a principios de este siglo escribía en 1903:

“San Cosme fué doctrina por muchos años unida con Candelaria, al sur del Paraná, aunque con separación de unos y otros vecinos; separóse y se volvió a juntar, y, por fin, la separó la última vez en 1718 el Padre Buenaventura Suárez, natural de Santa Fe de la Vera Cruz, astrónomo de nota, que fué cura en aquel pueblo y en él hizo sus observaciones astronómicas. El pueblo era el menos numeroso de los treinta. A pesar de ello, se encuentra un carácter nuevo en los edificios por haberse podido emplear ya piedra como material. Las paredes de la iglesia son de piedra; las columnas del pórtico del colegio también de piedra, formando prismas rectos cuadrados de una sola pieza de dos y medio metros (los hay de tres y medio) de altura, por cuarenta a cuarenta y cinco centímetros de lado; y, cosa singular, las columnas de la iglesia son de madera. En el pueblo puede haber 300 personas. El censo de 1899 da para todo el partido 4.120 almas.

¹ *Viajes inéditos*, n. 149, en “Revista del Río de la Plata”, t. iv. p. 376.

² CHARLEVOIX-MURIEL, t. ii. p. 79.

”Consérvase la plaza, pero sin la forma de los antiguos edificios, en lugar de los cuales se van construyendo casitas al estilo moderno. Dura también el primer patio del colegio con toda la hilera de habitaciones que daban frente a la puerta, que están ocupadas por varias familias. El lienzo de pared en que caía la puerta del colegio está por tierra, y sólo queda en el centro de él en pie la puerta, que es de piedra, con el monograma de JHS y algunas labores. A la mitad del patio se halla un cuadrante solar horizontal, grabado en una piedra de 74 centímetros de lado, con su estilo y en actual uso. La iglesia se quemó el año de 1899. Quemóse el altar mayor y una tercera parte de la iglesia; lo restante hasta la puerta se conserva, y los vecinos están en restaurarla. Llamóme en gran manera la atención una capilla singular colocada en el lado de la epístola detrás de la iglesia, pero, al parecer, sin comunicación con ella. Sus dimensiones son 12 x 8 x 5 metros. Es de bóveda toda de piedra, como la iglesia, y tiene cripta. La puerta estaba en el lienzo opuesto a la fachada de la iglesia; su hueco está trabajado en piedra con esmero, y lleva en lo alto el monograma de Jesús con adornos; teniendo, además, un pórtico sostenido por cuatro columnas de piedra, que son monolitos de los más altos. Comunica con una puerta lateral con el colegio, y tiene algunos nichos para estatuas. Nadie me supo decir para qué servía, ni yo me lo he podido fácilmente explicar. También vi una hermosa pileta trabajada en mármol blanco, que por todas las señales me pareció un lavabo para una sacristía.”¹

Actualmente existe la capilla que conserva sus altares,

¹ “Razón y Fe”, t. vii. pp. 236/7.

coro e imágenes tallados en madera; existen las columnas que sostenían una de las galerías y está aún en pie la hermosa puerta de entrada al patio central, esculpida en piedra.¹

EL OBSERVATORIO Y SUS APARATOS

Si bien es verdad que Suárez hizo sus observaciones en el pueblo de San Cosme, no debemos con todo olvidar que en aquel entonces (1706-1740) hallábase ese pueblo incorporado al de Candelaria, aunque con separación de vecinos.

Si existe aún alguna parte de la torre que utilizó Suárez para observatorio lo hemos de hallar entre las actuales y numerosas ruinas de Candelaria. Éstas sin embargo se hallan tan destrozadas que es inútil toda búsqueda, aunque es indudable que el pueblo de San Cosme y el de Candelaria tuvieran su torre. El Padre Jaime Oliver escribía en 1770 que todas las iglesias tienen al lado de la fachada, que viene a caer dentro de la casa del Padre, la torre. Son buenas —agrega el mismo historiador—, aunque comúnmente son de madera, pero están bien hechas, y proporcionadas con muy grandes campanas, fabricadas en aquellas misiones . . .”²

Existe en la tradición santafesina un recuerdo de Suárez relativo a sus estudios astronómicos. Lo cita vagamente el señor Agustín Zapata Gollán en un libro publicado en 1912 y lo refiere más circunstanciadamente el doctor Ra-

¹ “La Nación”, sección ilustrada, número del 31 de marzo de 1929.

² Archivo de Loyola (Azpeitia).

món J. Lassaga en carta al Padre Juan Salaberry: "Mi tío Pedro Lassaga, diputado que fué por Santa Fe me dió este dato: conversando en Buenos Aires con el erudito doctor Juan M. Gutiérrez le dijo éste que él sabía que el Padre Suárez cuando hacía sus observaciones estelares desde la torre de la iglesia de la Asunción,¹ lo hacía acostado sobre una mesa cepillada, habiendo adquirido tal habilidad para conocer el nivel que algunos de sus compañeros poniendo a veces ya un pedacito de papel, un alfiler o un objeto cualquiera, cuando el Padre Suárez se acostaba y empuñaba sus instrumentos notaba el desnivel al momento; y, con toda calma se bajaba, retiraba el estorbo y volvía a tomar su posición anterior."

Fué Azara quien en el pueblo de Candelaria halló en 1796 algunos restos de la labor de Suárez. "Además de la pequeña librería — escribe Azara — que cada cura tenía en su pueblo, había aquí una *mayor que poco ha pasó a Buenos Aires*. También hay una sala con los retratos de todos los generales de la Compañía, y entre muchos trastornos vi un juego de globos podridos con varios tubos de anteojos comunes y astronómicos, todos con vidrios: igualmente hallé *un cuarto de un círculo astronómico de catorce pulgadas de radio de madera y fabricado por el Padre Diego Suárez tan groseramente que no es posible hacer medianas observaciones de latitud con él.*"²

Si del observatorio de Suárez no tenemos noticias, las

¹ Sin duda quiso decir San Cosme.

² "Revista del Río de la Plata", t. iv. p. 380. Azara yerra al llamar Diego al Padre Suárez, error en que ha incurrido también el Padre Pastells.

tenemos ciertamente de los aparatos que poseyó y de los medios que tuvo para hacer sus observaciones astronómicas.

Cuando en 1919 publicamos nuestra primera monografía sobre Suárez lamentábamos (p. 7) tener muy pocos datos sobre los instrumentos que poseyó para hacer sus observaciones y sólo pudimos aducir la reseña que de ellos hizo su poseedor en 1739 y Azara en 1790. Felizmente podemos hoy proporcionar muchos otros datos de singular interés.

Debemos ante todo distinguir dos etapas en la vida astronómica de Suárez: la que corre de 1701 (?) a 1739 fecha en que compuso su *Lunario* y la transcurrida desde 1739 hasta el fin de su vida ocurrido en 1750.

En la primera época no contó con otra ayuda que la de sus fuerzas y las de sus indios, aunque apoyado indudablemente por sus superiores, si bien es posible que éstos no se dieran cabal cuenta de los talentos del misionero hasta que conocieron su obra impresa.

En la segunda etapa contó Suárez con aparatos traídos *ex professo* de Europa, y no puede dudarse de que los superiores apoyaron los esfuerzos del sabio y lo hicieron en forma singularmente benemérita.

De los instrumentos que inventó y fabricó nuestro primer astrónomo nacional, poco es lo que podemos consignar. Las Anuas de 1750 que consignan su necrología nos dicen que: "Fué el Padre Bentura de genio amable, prudencia y juicio asentado, habilísimo para cualquier cosa a que se aplicase, [y] alcanzó su instrucción y con sola su capacidad, genio y aplicación, muchas materias matemáticas, in-

cansable en las observaciones, hizo instrumentos matemáticos, anteojos de larga vista, relojes de péndulo largo, imitando a los ingleses sólo por haberlos visto y registrado, para sus observaciones.”¹

El mismo Suárez en la introducción a su *Lunario* nos proporciona algunos otros detalles: “No pudiera haber hecho tales observaciones —escribe— por falta de instrumentos (que no se traen de Europa a estas provincias, por no florecer en ellas el estudio de las ciencias matemáticas) a no haber fabricado por mis manos los instrumentos necesarios para dichas observaciones, cuales son reloj de péndula con los índices de minutos primeros y segundos; cuadrante astronómico para reducir, igualar y ajustar el reloj a la hora verdadera del Sol, dividido cada grado de minuto en minuto; telescopios, o anteojos de larga vista de solos dos vidrios convexos, de varias graduaciones desde ocho hasta veintitrés pies. De los menores de 8, y 10 pies usé en las observaciones de los eclipses de Sol y Luna, y de los mayores de 13, 14, 16, 18, 20, y 23 pies en las inmersiones de los cuatro satélites de Júpiter, que observé por espacio de trece años en el pueblo de San Cosme, y llegaron a ciento y cuarenta y siete las más exactas.”

De lo que hemos transcrito se colige que tenía Suárez:

1) Varios telescopios o anteojos astronómicos de dos lentes convexos desde dos metros veinte centímetros de distancia focal (ocho pies) hasta seis metros y medio (veintitrés pies).

2) Un péndulo astronómico con índice de minutos y segundos.

¹ Biblioteca Nacional (Buenos Aires), ms. 8156.

3) Un cuadrante astronómico con los grados divididos de minuto en minuto.

El mérito de haber construído estos aparatos, aunque toscos y de poca precisión, es singularmente grande y merece todo el aplauso de la posteridad. Si careciéramos de los testimonios que acerca de la ciencia de Suárez dieron sus contemporáneos, y si careciéramos de sus escritos, bastaría a la verdad el poder consignar las líneas transcritas para que Suárez fuera contado entre los grandes *pioneers* de la ciencia argentina y americana.

Suárez construyó esos aparatos, incluso los lentes. Este dato nos lo ofrece un contemporáneo de Suárez, el Padre José Sánchez Labrador. Al ocuparse éste en su grande e inédito libro *El Paraguay Natural* de los cristales y sus usos escribe que "cuando los cristales de roca son de buena agua, o claros, y sin manchas, pueden servir para hacer lentes de anteojos. Efectivamente el Padre Buenaventura Suárez, misionero de los indios guaraníes, y célebre matemático, los labró muy buenos y hizo algunos anteojos muy claros".¹

Con estos escasos elementos compuso Suárez su célebre *Lunario*, que tanta fama le granjeó en América y en Europa, y del que después nos ocuparemos.

Fué en enero de 1739 que partieron de Buenos Aires los Padres Procuradores Diego Garvia y José Rico llevando consigo los manuscritos de esta obra astronómica de Suárez para hacerla imprimir en Europa. La imprimieron efectivamente, pero hicieron algo más y mucho más signi-

¹ *El Paraguay Natural*, t. i. p. 174. (Archivo de la Provincia Argentino-Chilena.)

ficativo a favor del sabio astrónomo argentino: consiguieron comprar varios aparatos astronómicos de que carecía.

Hemos hallado algunos curiosos antecedentes de esta compra. Al llegar a Madrid el Padre Rico ocupóse en conseguir lo que Suárez deseaba; pero en vano. Escribió entonces al procurador de Lisboa Padre Manuel Campos interesándole en la búsqueda de los aparatos.¹

Con fecha 7 de marzo de 1744 respondía Campos desde Lisboa: "Pasemos ahora al otro punto de los instrumentos matemáticos. Padre mío, estas chucherías inglesas no se hallan aquí en Lisboa sino muy a caza; porque nosotros los portugueses no somos muy dados a la matemática, y la facilidad de poder venir de Inglaterra cualquiera cosa hace que los ingleses no las traigan sino encomendadas. Los relojes los tenemos en abundancia; los estuches también. Unos son de Alemania, de Francia los más ordinarios; algún raro y exquisito se halla a caza como digo: ese Padre misionero, si quiere con eficacia ser servido, debe decir cuánto puede esperar; y si quiere que le remitamos de aquí sus instrumentos en derecho a Buenos Aires o si quiere solamente los relojes: y finalmente que regulándose por la lista inclusa diga cómo le puedo servir, porque estoy pronto."

Cuatro días más tarde, el 11 de marzo, escribía el mismo Padre Campos que: "Cuanto a la comisión del Padre matemático tengo ajustados dos telescopios de desempeño, el uno de 16 pies con combinación nocturna y diaria; el otro 8 pies; como estos laborantes piden escudo por palmo en semejantes anteojos grandes, y de toda satisfacción vienen

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. 1744.

a costar los dos anteojos 36 portugueses, que hacen 450 reales de plata; cuando sean tan perfectos como los encomendé, y espero que saldrán, quedará el Rdo. misionero satisfecho: cuanto a los relojes digo que están a la prueba dos del *Martiron* famoso lavorante inglés: estos son los de que usan todos los príncipes y señores de esta corte por fidedignos; cuanto salgan bien del examen, no espero más, porque otro autor moderno no tiene más de bueno que ser más caro: Ambos a dos costan [sic] 13 monedas que hacen 13 veces 60 reales de plata, éstas 780. Lo más que podré sacar del mercader es poner a las dos cubiertas de afuera, las que entiendo dará. Me desplace no tener tiempo para mandar a ese Padre todo lo que pide, porque sólo yo con tiempo le puedo servir por ser de mi profesión, pero para el desempeño se quiere tiempo y paciencia: donde si él puede esperar más, yo le serviré con toda puntualidad...”

No cabe dudar que estos aparatos se compraron y el mismo Padre Rico los trajo consigo. Con él llegaron a Buenos Aires en julio de 1745. En la lista de objetos traídos por Rico hallamos estos rubros elocuentes:

| | |
|---|--------------------|
| Ítem de dos relojes de Inglaterra de Martiron | 62.400 |
| » por dos telescopios, el uno de 12 y el otro de 24 palmos. | 36.000 |
| » por el cajón en que vienen todos | 4.800 ¹ |

Esto leemos en el ajuste de cuentas y en las listas de lo que contenían los cajones.²

¹ Ajuste de cuentas, 26 de agosto de 1744. Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. — 1744.

² Además trajo Rico desde Italia: “2 scatoletta con due bussole per viaggiare in mare, e in terra”, según se lee en un inventario hecho por las autoridades aduaneras italianas.

Ignoramos en absoluto el paradero que después de 1767 tuvieron estos aparatos que llegaron a Buenos Aires en 1745 y que pasaron al uso de Suárez. Los inventarios publicados por Bravo nada dicen al efecto. Leemos sin embargo que cuando la expulsión se hallaron en Candelaria y en la biblioteca de la misma "un anillo solar grande con su aguja y nivel, un anteojo o tubo bueno y tres globos de madera ¹ los cuales objetos fueron sin duda los que veinte años más tarde tuvo ocasión de ver y despreciar el señor Azara: "entre muchos trastornos vi un juego de globos podridos con varios tubos de anteojos comunes y astronómicos, todos con vidrios: igualmente hallé un cuarto de un círculo astronómico de catorce pulgadas de radio . . ."

Azara, como enemigo declarado de los jesuítas y volteriano de corazón se burló de aquellas venerandas reliquias, y ha sido un "Azara moderno" quien se ha burlado de la burla de aquel terrible enemigo de los jesuítas.²

LA FAMA DEL ASTRÓNOMO

LA solicitud de los superiores de la Compañía en proporcionar a Suárez aparatos tan costosos y de tan difícil consecución en aquellos tiempos prueba abundantemente la omnímoda falsedad de aquellas gratuitas e injuriosas frases de Gutiérrez quien afirma de Suárez que pasó su vida "oscuro y desdeñado de los suyos".³

¹ BRAVO, *Inventarios de los bienes hallados a la expulsión de los Jesuítas*, p. 272.

² GROUSSAC, "Anales de la Biblioteca", t. v. p. 93.

³ "Revista del Río de la Plata", t. ix. p. 311.

Esta afirmación es enteramente inexacta en cuanto a los superiores de Suárez, y lo es también en cuanto a los demás misioneros del Paraguay, sus colegas en la labor misionera y sus admiradores incondicionales. Quiroga, Chomé, Sánchez Labrador, y Jolís hablan de él con elogio y hasta con entusiasmo. Ni uno sólo hemos hallado que despreciara su labor o aminorara su valer.

Sánchez Labrador, el gran naturalista del siglo XVIII, escribe que "el Padre Buenaventura Suárez, por espacio de cinco y más años, sacó puntualmente la longitud del pueblo de San Cosme y San Damián de las misiones guaraníes, como ya dijimos. Después de sus observaciones de las inmersiones y emersiones de los satélites de Júpiter, y de las que al mismo tiempo en Petrópolis hizo el señor Nicolás de la Isle, concluyó que la longitud del dicho pueblo desde la isla de Fierro es la que pusimos, esto es de 321 grados, 45 minutos".¹

Estas observaciones las hizo Suárez antes del año 1738 fecha en que terminó su *Lunario* y cuando no había aún recibido los aparatos astronómicos remitidos desde Europa.

El mismo Sánchez Labrador parece aludir a sus trabajos posteriores y más perfectos, cuando copia unas *Tablas* de Suárez y las precede de estas líneas: "Las más recientes observaciones hizo el Padre Suárez los años de 1746 y 47 por los cuales está sacada la tabla siguiente . . ."

En otra parte escribe Sánchez que "para poder por las tablas regular las horas, habremos de añadir otra curiosa. Pónela el Padre Buenaventura Suárez, *insigne astrónomo*

¹ *El Paraguay Natural*, t. i. p. 473.

y misionero de la provincia del Paraguay en su *Lunario* de un siglo.¹

Lozano en su celebrada *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay* escribe que la ciudad de Santiago de Chile está "situada en el amenísimo valle de Mapocho en 34 grados de altura, según dice el Padre Ovalle; aunque el Padre Ventura Suárez, *insigne matemático* de esta nuestra provincia del Paraguay, observando allá el Sol, halló sólo 32 grados justos."²

Al Padre Domingo Muriel, último provincial de la provincia del Paraguay y egregio polígrafo, como lo demuestran sus voluminosos escritos, debemos uno de los testimonios más elocuentes que poseemos acerca de Suárez y de su labor. En su preciosa obra intitulada *Rudimenta Juris Naturæ* publicada en lengua latina en 1791 y traducida y publicada en lengua castellana por la universidad de La Plata en 1911, leemos un triple elogio de los méritos de Suárez como astrónomo. Copiamos a continuación el texto en latín y en castellano:

"Quid possit pertinax inter literatos studium remuneratione et præmiis stimulatam, conficit exemplum, quod inter barbaros, et citra remunerationem contigit, relatum in *Memoriis Encyclopedicis Bononiensibus* (*Mem. Encycl.*, 1781, n. 18) his verbis: "Quante persone private entro le anguste mura della lor casa han superato gli sforzi, e l'os-

"El siguiente ejemplo de trabajo asiduo realizado en medio de los bárbaros, sin aliciente ninguno de remuneración, prueba cuán fecundo ha de ser en las naciones civilizadas el estudio arduo que fomentan los premios y recompensas. Extractamos dicho ejemplo de las *Memorias Enciclopédicas* de Boloña: ¡Cuántas personas priva-

¹ *El Paraguay Natural*, t. i. p. 454.

² T. i. p. 155.

servazione de 'più famosi speculatori academici! Gli atti della Società d'Upsal nella Svezia a gli anni 1741, e 42, ce ne presentano un fresco esempio. Il celeberrimo astronomo Vargentin fra le ottocento osservazioni fatte da vari mattematici in diverse parti del mondo, delle immersioni e le emersioni de gli satelliti di Giove, delle quali egli poi si servì per former il *systhema*, e le *tabole* de 'periodi di quei satelliti, nomina le osservazioni fatte da Bonaventura Suarez Missionario Spagnolo nel picciolo paese o popolazione (chiamata Isola per isbaglio dal Vargentin) de SS. Cosma e Damian sul fiume Uruguay; ed antipone in genere di esateza a tute l'osservazioni de gli astronomi di Parigi, Londra, Pietroburgo, di Pekin, e di altre parti quelle fatte dal Suarez nel Paraguay, col solo ajuto de 'telescopi, de 'quadranti, e de gli orologi oscillatori, composti e laborati da lui medesimo nella sua missione. "Ipse Vargentin ait (*Varg. anno 1742. p. 5.*) *Eclipses intimi syderis medicei, quas P. Suarez*

das, dentro de las paredes de su casa han superado los esfuerzos y las observaciones de los académicos más famosos! Las actas de la sociedad de Upsala en Suecia, correspondientes a los años 1741 y 1742 nos ofrecen un ejemplo reciente. El celeberrimo astrónomo Vargentin después de dar las ochocientas observaciones hechas por varios matemáticos en diversas partes del mundo sobre la inmersión y emersión de los satélites de Júpiter y de las cuales se ha servido para formar el sistema y las tablas de los períodos de estos satélites, cita las observaciones hechas por el misionero Buenaventura Suárez en el pequeño país o población de San Cosme y San Damián situada sobre el río Uruguay (población llamada Irola por error de Vargentin),¹ y prefiere por su exactitud a todas las observaciones de los astrónomos de París, Londres, Petersburgo y Pekín las que hizo Suárez en el Paraguay con la sola ayuda de los telescopios, cuadrantes y relojes oscilatorios ideados y fabricados por él mismo en su mi-

¹ El traductor trabaça aquí las palabras. El texto original no dice Irola sino Isola, "Isla".

in Paraquaria, et quidem in Reductione S. Cosmæ a se visas adnotavit, eo libentius attuli, quod non tantum egregiæ sint, sibi que pulcre consentientes, sed et nunquam, quod sciam, publici juris factæ: Mihi enim earum dedit copiam sæpe laudatus Celsius ex manuscripto, quod inter peregrinandum exquisiverat. Suarezianis observationibus pretium addit raritas, imo singularitas illac locorum, ubi nec instrumenta unquam visa sunt, nisi quæ Suarez ipse ad proprios usus proprio Marte sine paradygmate, et sine magistro elaboravit. Natus erat in Sanctæ Fidei de Vera Cruce illius Americæ Australis oppido. Ex quo didicerit Juacurtius Encyclopiæ articulator, quid possint per Americam Hispanorum ingenia, nec typis nota, nec munere aut præmio stimulatæ. Si quis tamen Suarii observationes ad trutinam revocandi curiosus in posterum sit, animadvertat necesse est, factas in S. Cosmæ oppido non novo, quod ad dextram Paranæ oram deinceps fuit conditum, sed quo erat tunc, et cujus rudera extant inter Paranam et Uruguaïm sub gradu 322. min. 25.

sión.” (*Mem. Encycl.*, 1781, v. 18.) El mismo Vargentin dice: “Los eclipses del Sol que el Padre Suárez observó y anotó en el Paraguay en la reducción de San Cosme, las cito con muchísimo placer: no solamente porque son hermosas y concuerdan entre sí maravillosamente, sino también porque no se han publicado: a mí me dió una copia de ellos el citado Celso que los sacó de un manuscrito que se había procurado en sus peregrinaciones.” (*Varg.* anno 1742, p. 5.) A las observaciones de Suárez agregan precio su escasez y la particularidad de los sitios donde las hizo y en los cuales jamás hubo otros aparatos que los confeccionados por Suárez con su propio talento, sin muestra y sin maestro. Suárez había nacido en Santa Fe de la Vera Cruz ciudad de aquella América del Sud. Con esto Jaucurt el articulista de la Enciclopedia se dará cuenta de lo que puede en América el ingenio de los españoles sin ser estimulado por la publicidad y las recompensas. No obstante si alguien desea rectificar las observaciones de Suárez, no debe ignorar que se han hecho,

ab Insula Ferri, ut constat ex iteratis observationibus immersionum satellitum Jovis uno eodemque tempore a Cl. D. del' Isle Petropoli, et in veteri oppido S. Cosmæ a Suarez ipso per quinque annos utrobique institutis: et differentiam meridianam inter observatorium regium Parisiense, et præfatum oppidum S. Cosmæ, esse horarum 3. min. 52. sec. 20: minutorum præcise 53, si longitudo occidentalis prorogetur ad Itapuan usque sive Incarnationis oppidum medium inter utramque Cosmopolim veterem et novam.”¹

no en el nuevo San Cosme que fué edificado en la orilla derecha del Paraná, pero sí en el que existía entonces cuyas ruinas² se ven entre el Paraná y el Uruguay, bajo el grado 322, min. 25, de la isla de *Hierro*, como consta de las repetidas observaciones de las inmersiones y emersiones de los satélites de Júpiter hechas al mismo tiempo, durante cinco años en Petrópolis por Cl. D. de l'Isle y en el viejo San Cosme por Suárez. La diferencia meridiana entre el observatorio real de París y el pueblo de San Cosme es de 3 horas, 52 minutos, 20 segundos; y de 3 horas, 53 minutos si se prorroga la longitud occidental hasta Itapúa³ o Encarnación, población situada entre la ciudad vieja y la nueva.”⁴

¹ *Rudimenta juris naturæ et gentium*, pp. 312/3.

Jolís cita las líneas de Vargentin y las publicadas por las “Memorias Enciclopédicas de Bolonia” y agrega: “Ma io non ho potuto trovare nei tomi di questo astronomo la preferenza delle osservazione del P. Bonaventura Suarez a quelle degli altri astronomi, quantumque in Bologna abbia registrato i suoi tomi.” (*Saggio sulla storia naturale del Gran Chaco*, p. 553.)

² El traductor escribe *minas* (?).

³ El traductor escribe *Stapua*, pero es error manifiesto.

⁴ *Elementos de Derecho natural y de gentes*, por... CYRIACO MORELLI [Domingo Muriel], traducción de Luciano Abeille (Buenos Aires, 1911), pp. 358/9.

Este triple elogio de las observaciones astronómicas de Suárez bastaría para considerar al jesuíta santafesino como una alta gloria nacional aunque careciéramos de su *Lunario* e ignoráramos sus múltiples y meritorios trabajos de astronomía. ¡Feliz astrónomo el que mereció los elogios de Vargentin y de Celsio, del fundador del observatorio de Upsala, del colega de Maupertuis y de Clairaut, del autor de los grandes trabajos sobre la intensidad de la luz y sobre los satélites de Júpiter, del iniciador feliz de la graduación centígrada en los termómetros!

No puede dudarse que los estudios astronómicos de Suárez le granjearon fama en América, en Europa y aun en el Asia. Como hace notar el señor Alvear en su *Relación de Misiones*: “conservó familiar y honrosa correspondencia con los astrónomos de varias cortes y pueblos principales que le comunicaban sus observaciones y recibían las suyas con toda aceptación”.

El mismo Suárez alude a su correspondencia con los sabios de su tiempo cuando escribe en la introducción anteriormente citada:¹ “despaché a Europa al Padre Nicasio Grammatici de la Compañía de Jesús, quien me comunicó sus propias observaciones hechas en el Colegio Imperial de Madrid, y en Amberga del Palatinado, y las copiosas y exactas observaciones de don Nicolás de l’Isle hechas en Petersburgo, y las del Padre Ignacio Koegler hechas en

¹ “The observatory of San Cosme was directed during 30 years by Father Suarez, who has left 147 observations of Jupiter’s sathelites, besides correspondance with Delisle at St. Petersburg, Koegler at Pekin and other astronomers down to the year 1741 when he died”, escribe Mulhall en “The Month” (Londres, 1885), t. liv. p. 527.

la corte de Pekín en nada inferiores a las de Petersburgo, con las cuales, y con las que también me comunicó el doctor don Pedro de Peralta hechas en Lima, conferí las mías”.

Las Cartas Anuas de 1750 que consignan su necrología nos informan que: “Ha tenido comunicación con los matemáticos de Lima, Ingolstadt, Brasil y Londres adonde se estimaban sus observaciones de los eclipses, emersiones e inmersiones de los satélites y de los cometas, etc.”

Además de su correspondencia con los astrónomos de su tiempo, tenía Suárez otra y tal vez más íntima y frecuente con los que fueron y cuyas obras tenía en su poder. Por las citas que aduce se colige que tenía en su biblioteca, o conocía, algunas obras de Hiparco, Copérnico, Reinoldo, Mulerio, Petavio, Billi, de l’Isle y Filipo de la Hire.

EL LUNARIO DE UN SIGLO

“**L**UNARIO de un siglo que comienza en enero del año de 1740, y acaba en diciembre del año 1841 en que se comprenden ciento y un años cumplidos. Contiene los aspectos principales de Sol y Luna, esto es las conjunciones, oposiciones y cuartos de la Luna con el Sol, según sus movimientos verdaderos: y la noticia de los eclipses de ambos luminares que serán visibles por todo el siglo en estas misiones de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay . . . Dánse al fin de él algunas reglas para . . . formar de estos lunarios de un siglo los de los años siguientes desde el 1842 hasta el de 1903.”

Este es el título abreviado ¹ de la célebre obra de Suárez, publicada en 1744 (?) y reeditada en 1748 por primera vez, en 1751 por segunda y finalmente en 1856. Pocos libros científicos argentinos han tenido un éxito tan lisonjero.

En 1919 afirmábamos que la primera edición del *Lunario* se hizo el año 1748, pero incurrimos entonces en un manifiesto error. La primera edición, de la que no existe, que sepamos, ejemplar alguno debió de publicarse en 1743 o 1744. El Padre Juan J. Rico que partió de Buenos Aires a Europa en enero de 1739 y regresó a Buenos Aires en julio de 1745, habiéndose embarcado al efecto en Cádiz el 23 de marzo de ese año, publicó en Europa, no sabemos si en España, Portugal o Italia, el libro de Suárez, puesto que entre los cajones que consigo trajo a la vuelta se hallaban dos, cuyo contenido se describe así:

“Los cajones n.º 52 y 61 de hechura semejante, contienen 600 Lunarios del Padre Ventura, y todos pertenecen al Padre Rector Manuel Querini y son de mi cuenta.”

En presencia de este dato no puede negarse que el libro de Suárez se publicó antes de 1745, y se colige además que fué el Padre Rector de Córdoba, Manuel Querini, quien sufragó, en parte a lo menos, los gastos de la impresión.

No tenemos ejemplar alguno de la edición primera, pero sí de la segunda, tercera y cuarta. He aquí la descripción de la edición de 1748.

¹ Lugones habla del *Semanario de un siglo* compuesto por Suárez, aunque en otra parte (p. 170, n.) le da su verdadero título y lo califica de “notable obra cosmográfica, cuya dedicatoria a la Compañía, y cuya introducción, revelan por otra parte un literato y un hombre de ciencia nada común. (*El imperio jesuítico*, p. 172.)

I²) Lunario | de un siglo | Que comienza en Enero del año de 1740., y acaba en Diziembre del año de 1841. en que se comprehen- | den ciento y un años cumplidos. | Contiene los aspectos principa- | les de Sol, y Luna, esto es las Conjunciones, Oposiciones, y | Quartos de la Luna con el Sol, segun sus movimien- | to ver- | daderos: y la noticia de los Eclipses de ambos Luminares, | que seran visibles por todo el Siglo en estas Misiones | de la Compañia de Jesus en la Provincia | del Paraguay. | Regulada, y aligada la hora de | los Aspectos, y Eclipses al Meridiano del Pueblo de | los esclarecidos Martyres | San Cosme, y San Damian, | Y estendido su uso a otros Meridianos por medio de la | Tabla de las diferencias meridianas, que se pone | al principio de el Lunario. | Danse al fin de el algunas reglas faciles, | para que qualquiera, sin Mathematica, ni Arithmetica, pueda formar de estos Lunarios de un siglo los de los | años siguientes, desde el de 1842. hasta el de 1903. | Por el Padre | Buenaventura Suarez, | de la Compañia de Jesus | ✕ | En Lisboa. | En la Imprenta de Francisco da Silva. | Con todas las licencias necesarias. Año de 1748.

8º (109 × 168 mms.).—E. v.: Bibl. Nac. Bs. As.: 20935.

2 hs. mss.—Port.—v. en bl.—Dedic. 2 hs. s. f.—Introducción: 6 pp. s. n.—Tabla: 3 pp. s. n.—Abreviaturas: 1 p. s. n.—Advertencia: 1 p. s. n.—Texto: pp. 2/189.—1 p. en bl.—Méthodo facil: pp. 191/204.

Cuatro ejemplares conocemos de esta edición: el de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, el del Museo Mitre, el que pertenece al señor A. Beltrán Morrogh Bernard y el de la biblioteca del señor Enrique Peña (Buenos Aires).

LUNARIO DE UN SIGLO

Que comienza en Enero del año de 1740. , y acaba en
Diziembre del año de 1841. en que se comprehen-
den ciento y un años cumplidos.

CONTIENE LOS ASPECTOS PRINCIPA-
les de Sol, y Luna, esto es las Conjunciones , Oposiciones , y
Quartos de la Luna con el Sol, segun sus movimientos ver-
daderos: y la noticia de los Eclipses de ambos Luminares,
que seran visibles por todo el Siglo en estas Misiones
de la Compañia de Jesus en la Provincia
del Paraguay.

REGULADA; Y ALIGADA LA HORA DE
los Aspectos y Eclipses al Meridiano del Pueblo de
los esclarecidos Martyres

SAN COSME, Y SAN DAMIAN,
Y estendido su uso a otros Meridianos por medio de la
Tabla de las diferencias meridianas , que se pone
al principio de el Lunario.

DANSE AL FIN DE EL REGLAS FACILES,
para que qualquiera, sin Mathematica, ni Arithmetica,
pueda formar de estos Lunarios de un siglo los de los
años siguientes, desde el de 1^o 42. hasta el de 1903.

BUENAVENTURA SUAREZ,
POR EL PADRE
de la Compañia de Jesus.

EN LISBOA:

En la Imprenta de FRANCISCO DA SILVA.
Con todas las licencias necesarias Año de 1748.

PORTADA DE LA SEGUNDA EDICIÓN DEL LUNARIO (REDUCIDA)

Ejemplar del señor Enrique Peña

El que se halla en el Museo Mitre (17-2-31; Cat. 326) perteneció a "B. V. Pico" primero y después a "Araujo" según se desprende de las firmas que borronean la portada.

El ejemplar de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires es singularmente interesante. En la primera de las hojas que preceden a la portada se leen, de puño y letra de Suárez, estas palabras: "Este Lunario está todo revisto, corregido, y fiel. Febr. 8 de 1750. Buenav. Suárez."

A continuación, y escritas por el mismo autor y corrector, hállanse algunas "Erratas de poca monta, que se dejaron de corregir" y a continuación la corta lista de las mismas, escritas de puño del mismo Suárez.

En la segunda hoja, y llenándola toda, se halla un "Modo para saber quantas horas de Luna | hai en cada Día del Año: esto es, cada noche." Es probable que sea de Suárez este escrito, aunque no es suya la letra.

La tercera edición lleva la portada algo modificada:

I³) Lunario | de un siglo, | Que comenzava en su Original por Enero del año de | 1740., y acaba en Diciembre del año de 1841. en que se | comprehenden ciento y un años cumplidos. | Contiene los aspectos principales | de Sol, y Luna, esto es, las Conjunciones, Oposiciones, y Quar- | tos de la Luna con el Sol, segun sus movimientos verdaderos: y la noticia de los Eclipses de ambos Luminares, que serán | visibles por todo el Siglo en estas Misiones de la | Compañia de Jesus en la Provincia del | Paraguay. | Regulada, y aligada la hora de | los Aspectos, y Eclipses al Meridiano del Pueblo | de los esclarecidos Martyres | San Cosme, y San Damian | y estendido su uso à

otros Meridianos por medio de la | Tabla de las
diferencias meridianas, que se pone | al principio de
el Lunario. | Danse al fin de el reglas faciles, | para
que qualquiera, sin Mathematica, ni Arithmetica, |
pueda formar de estos Lunarios de un siglo los de
los | años siguientes, desde el de 1842. hasta el de
1903. | Por el Padre | Buenaventura Suarez, | de la
Compañía de Jesus. | (filete) | Barcelona: Por Pablo
Nadal Impressor.

8° (112 × 165 mms.). — E. v.: Bibl. Nac. Bs. As.: 22601.

Port.: v. en bl. — Introd.: 6 pp. s. n. — Dedic.: 4 pp. s. n. — Tabla: pp. 3 s. n. — Abreviaturas: 1 p. s. n. — Advertencia: 1 p. s. n. — Texto: pp. 2/181. — 1 p. en bl. — “Methodo facil...”: pp. 183/96.

De esta edición conocemos, además del ejemplar de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, que perteneció a Carranza, el que se conserva en la biblioteca del Colegio del Salvador. Como anota Rojas¹ “el catálogo de la Biblioteca Americana de don Pedro de Angelis . . . consigna un ejemplar” (hoja 45) que posiblemente se halle en la Biblioteca de Río de Janeiro. En el Observatorio de La Plata consérvese un ejemplar donado al mismo por el doctor Joaquín V. González”. Según el señor Olaechea (p. 76) los Padres de Santo Domingo de Santiago del Estero poseen también un ejemplar.

Esta segunda edición ¿se hizo con la anuencia de Suárez? Creemos que no. Publicóse en 1752 según se colige

¹ *Historia de la literatura argentina*, t. ii. p. 243. La librería de Cecilio Gasca puso a la venta (Catálogo 17, p. 83) un ejemplar del Lunario de 1748 al precio de cuatrocientas pesetas.

de la *Advertencia*,¹ o sea cuando hacía ya dos años que su autor había fallecido. No nos cabe dudar de que el librero barcelonés, por su cuenta y riesgo, hizo esta edición, basándose en la segunda sin otra modificación que la supresión de lo relativo a los años 1739-1751, supresión justificada pero que disminuyó la extensión del libro en más de veinte páginas.

La forma en que el editor de 1748 redactó la "Advertencia" parecía implicar que la obra no se había publicado hasta ese año; y el editor de 1752 contentóse con modificar sólo accidentalmente el texto de su predecesor, induciendo así en evidente error:

"Advertencia. Adviértese al benévolo lector, que el autor de este *Lunario* quiso darlo a luz el año de 1739, y lo tuvo hecho para los ciento y un años, como dice el título. Pero habiéndose pasado algunos años, pareció casi inútil gasto imprimir sus tablas. Y por tanto se dejaron hasta el año presente de 1748 [*y en la edición tercera: "hasta el año presente de 1752"*] sin que por esto se mude el título, o cualquiera otra cosa en el libro."

Esta advertencia en ninguna de las dos ediciones es de Suárez. Erró el editor de 1748, pero más aún el de 1752 al ocuparse del libro como si fuera inédito. La edición de 1752 reproduce hasta los errores de la edición segunda, como puede verse comparando los dos ejemplares de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, donde se halla el de 1748 con las correcciones manuscritas de Suárez.

La cuarta edición del *Lunario* apareció cuando hacía ya más de un siglo que había fallecido su sabio autor.

¹ "... se dejaron hasta el año presente de 1752 ..."

I⁴) **Lunario** | que principia en Enero de 1855 y acaba en Diciembre de 1903 | y | contiene | la noticia de los eclipses de sol y luna visibles en la capital de la | Provincia de Corrientes, según las reglas establecidas por el | R. P. Buenaventura Suarez, | estendido su uso a otras [sic] meridianos, | arreglado | por Dionisio Arce | Antiguo oficial 1° del Departamento de Policía | (viñeta) | Corrientes | Imprenta del Comercio | 1856.

8° (116 × 165 mms.). — E. v.: Bibl. Nac. Bs. As.: 4522.

1 fol. en bl. — Port. — v. en bl. — Carta del P. Alegre. — v. en bl. — Advertencia. — v. en bl. — Tabla de las diferencias: pp. 5/6. — 1 p. en bl. — Texto: pp. 8/105. — p. en bl.

En la "Advertencia" leemos: "Hasta el año de 1841 solamente alcanzaba el largo período (un siglo) del célebre *Lunario* del científico Padre Suárez, pero el autor nos ha dejado reglas seguras para la continuación de ese mismo *Lunario* hasta el de 1903: reglas que por su sencillez y claridad están al alcance del que se fija en ellas con mediana curiosidad y atención. He aquí la razón que me ha alentado para consagrar desde luego los ratos de ocio, que mis ocupaciones me dejaban, a la formación de este *Lunario*, pero como el antiguo estaba regulado por el meridiano de San Cosme y Damián, pueblo extinguido de las Misiones (hoy territorio argentino), el presente lo he arreglado al meridiano de esta capital que se halla a tres grados nueve minutos de longitud occidental de aquél..."

Arce dispuso esta edición o derivación del *Lunario* de Suárez y lo ofreció al gobierno de Corrientes para su publicación oficial. El gobernador don Juan Pujol remitió

el manuscrito al erudito franciscano Padre Juan N. Alegre para su dictamen y éste escribía desde Itatí con fecha 3 de enero de 1855:

“De orden de Vuestra Excelencia he leído un *Lunario* secular continuado hasta el año de 1903 por don Dionisio Arce, según y conforme las reglas precisivas demarcadas por el Padre Buenaventura Suárez en su *Lunario* de un siglo vencido ya el año 1841.

”Siendo pues tan útil y necesaria esta obra, es digna de alabanza la aplicación con que nuestro compatriota la ha hecho familiar y propia para Corrientes, y otros muchos pueblos de la confederación. Este es el dictamen, Excmo. señor, del humilde capellán de Vuestra Reverencia. — Fray Juan N. Alegre.

Aunque, como advertimos antes, esta obra no es estrictamente hablando una reedición del *Lunario* de Suárez, es sin embargo una derivación del mismo y debemos considerar a Suárez como autor primario del mismo pues todo él está trabajado sobre las reglas consignadas por él en el “Método fácil...” y es una imitación en cuanto a la forma, de las ediciones anteriores.

LOS PRELIMINARES DEL LUNARIO

La dedicatoria del autor “A mi siempre venerada y amada madre la Compañía de Jesús” es tan extensa (4 págs.) y de tan mal gusto literario que difícilmente puede uno resignarse a leerlo en toda su integridad.

La razón de dedicar su obra a la Compañía de Jesús fué por celebrar ésta en el año 1740 el segundo siglo de su existencia.

Así lo indica Suárez cuando escribe que: "hice este Lunario, útil para la agricultura, y la medicina, a expensas de los celestiales influjos de los divinos médicos, y prodigiosos mártires de Cristo San Cosme y San Damián, en pueblo de indios guaraníes pertenecientes al gran río Paraná, y dedicado a estas dos olivas fructíferas, y medicinales de todo el orbe cristiano, regulado al tiempo aparente en su meridiano, y conforme a su altura de Polo. Y comenzado éste, al coronarse mi amada madre la Compañía de Jesús con doscientos años de gloriosos triunfos, que en todo tiempo dió a la Iglesia, y al principiar el tercero siglo de sus mayores glorias, la misma razón dictaba, que a sus pies pusiese yo este mi Lunario centenar, obra para todo su tercer siglo y algo más . . ."

El último párrafo dice así: "A ti pues, o ínclita Madre! siempre fecunda de innumerables santos, y varones ilustrísimos en santidad, y letras, a ti dedica, a ti consagra, y a tus pies pone mi afecto, y justo reconocimiento a tus innumerables beneficios esta mi obra, y Lunario de un siglo; que siendo, como lo es, parto de las luces de tu sabiduría, espero servirá de matizada sombra a los futuros lustros de tus mayores esplendores. Recíbela pues benigna: y si ella por sí no lo merece, merézcalo el afecto, y rendida voluntad, con que la ofrece. El menor de tus hijos, y siervos. — Buenaventura Suárez."

De la "Introducción" hemos extractado varios párrafos en este trabajo, pues ella nos proporciona muchos de los más apreciables datos que conocemos acerca de Suárez, de sus escritos y de sus relaciones con los sabios de su época. A continuación reproducimos algunas líneas de singular interés:

“Después de haber comunicado a los curiosos los lunarios anuales por espacio de treinta y tres años, determiné dar a luz este Lunario continuado por espacio de un siglo, guardando el mismo método, y forma que en los pasados: calculando todos los movimientos de las conjunciones, oposiciones, y cuartos de la Luna con el Sol, y las anomalías de entrambos luminares, con cuyas igualaciones se redujeron los aspectos medios a los verdaderos, y aparentes, que son los que se contienen en este Lunario. He usado para este fin entre otras Tablas astronómicas las de Philipo de la Hire, que se dieron a luz en París el año de 1702 y son las mejores de estos tiempos; aunque en la suputación de los eclipses de Sol, y de Luna me aparte algo de ellas, arreglándome a las observaciones propias, que tengo hechas desde el año de 1706, hasta el de 1739.

”No pudiera haber hecho tales observaciones por falta de instrumentos (que no se traen de Europa a estas provincias, por no florecer en ellas el estudio de las ciencias matemáticas) a no haber fabricado por mis manos los instrumentos necesarios para dichas observaciones, cuales son reloj de péndula con los índices de minutos primeros, y segundos: cuadrante astronómico para reducir, igualar, y ajustar el reloj a la hora verdadera del Sol, dividido cada grado de minuto en minuto: telescopios o anteojos de larga vista de solos dos vidrios convexos, de varias graduaciones desde ocho hasta veintitrés pies. De los menores de ocho, y diez pies usé en las observaciones de los eclipses de Sol, y Luna, y de los mayores de 13, 14, 16, 18, 20 y 23 pies en las inmersiones, y emersiones de los cuatro satélites de Júpiter, que observé por espacio de trece años en el pueblo

de San Cosme, y llegaron a ciento cuarenta y siete las más exactas, que con otras observaciones así de los mismos satélites, como de los eclipses de Sol, y Luna, despaché a Europa al Padre Nicasio Grammatici de la Compañía de Jesús, quien me comunicó sus propias observaciones hechas en el Colegio Imperial de Madrid, y en Amberga del Palatinado, y las copiosas, y exactas observaciones de don Nicolás del Isle hechas en Petersburgo, y las del Padre Ignacio Kogler hechas en la corte de Pekín, en nada inferiores a las de Petersburgo, con las cuales, y con las que también me comunicó el doctor don Pedro de Peralta hechas en Lima, conferí las mías y vine en conocimiento de la verdadera longitud del meridiano de San Cosme, que es de 321 grados, y 45 minutos numerados desde la isla Ferro en Canarias.

”Con esta noticia de la verdadera longitud de San Cosme compuse la Tabla siguiente de las diferencias meridianas entre San Cosme, y varios lugares orientales, y occidentales a San Cosme; para que añadida la diferencia de tiempo, o quitada de la hora de San Cosme, se sepa en aquel lugar la hora de cada aspecto, y de cada eclipse de Luna, y pueda ser universal el uso de este Lunario en otro cualquier lugar con la misma puntualidad que en San Cosme.”

De la “Introducción” se colige que Suárez compuso su libro para utilidad de los americanos primordialmente, pero lo destinó igualmente para los europeos, y es justo notar que el libro tuvo efectivamente mayor éxito en Europa que en América. Para dirección de los madrileños que usen el *Lunario* consigna Suárez algunas particulares reglas, las

LUNARIO DE UN SIGLO,

Que comenzava en su Original por Enero del año de 1740., y acaba en Diziembre del año de 1841. en que se comprehenden ciento y un años cumplidos.

CONTIENE LOS ASPECTOS PRINCIPALES de Sol, y Luna, esto es, las Conjurciones, Oposiciones, y Quartos de la Luna con el Sol, segun sus movimientos verdaderos. y la noticia de los Eclipses de ambos Luminares, que serán visibiles por todo el Siglo en estas Misiones de la Compañia de Jesus en la Provincia del Paraguay.

REGULADA, Y ALIGADA LA HORA DE los Aspectos, y Eclipses al Meridiano del Pueblo de los esclarecidos Martyres

SAN COSME, Y SAN DAMIAN

Y estendido su uso à otros Meridianos por medio de Tabla de las diferencias meridianas, que se pone al principio de el Lunario.

DANSE AL FIN DE EL REGLAS FACILES, para que qualquiera, sin Mathematica, ni Arithmetica, pueda formar de estos Lunarios de un siglo los de los años siguientes, desde el de 1842. hasta el de 1903.

POR EL PADRE
BUENAVENTURA SUAREZ,
de la Compañia de Jesus.

Barcelona: Por PABLO NADAL Impressor.

FACSÍMIL REDUCIDO DE LA PORTADA DE LA EDICIÓN DE 1752

Ejemplar del Colegio del Salvador

cuales con leves modificaciones serán igualmente útiles a los moradores de otras ciudades españolas. "El año que viene de 1740 habrá eclipse de Luna el día 13 de enero, cuyo principio será en San Cosme a horas 4, minutos 46 de la tarde. Para saber a qué hora, v. gr. comenzará este eclipse en Madrid, buscaré en la tabla siguiente la diferencia meridiana entre San Cosme y Madrid, y la hallaré de horas 3, minutos 28... Asimismo el fin de este eclipse será en San Cosme a horas 8, minutos 43, a que añadida la misma diferencia meridiana, saldrá el fin del eclipse en Madrid a horas 12, minutos 11, de la noche."

La "Tabla de la diferencia de tiempo entre el meridiano de San Cosme y de algunos lugares principales, especialmente de la Europa y de la América, y de sus alturas de Polo" comprende la diferencia de meridiano y altitud de polo de setenta ciudades o regiones, entre ellas Amsterdam, Asunción, Berlín, Cabo de Buena Esperanza, Córdoba de Tucumán, Edimburgo, Gante, Habana, Cantón, Lima, Londres, Martinica (isla), Méjico, Olinda (Brasil), París, Pekín, Roma, Siam, Stokholmo, Varsovia, etc. Copiamos las cinco primeras líneas:

| NOMBRE DE LOS LUGARES | DIF. MER. | | | APLIC. | ALTITUD DE POLO | | | |
|-----------------------|-----------|------|----|--------|-----------------|----|----|---|
| | H. | M. | S. | | G. | M. | S. | |
| Alejandro de Egipto | 5 | 44 | 0 | añade | 31 | 11 | 20 | B |
| Amsterdam | 4 | 2 | 0 | añade | 52 | 22 | 45 | B |
| Antverpia | 4 | 0,4 | 0 | añade | 51 | 13 | 30 | B |
| Asunción del Parag. | 0 | ó | 0 | quita | 25 | 14 | 0 | A |
| Atenas | 5 | 18,3 | 0 | añade | 37 | 40 | 0 | B |

La H. quiere decir *horas*, la M. *minutos*, la S. *segundos*, la G. *grados*, la B *altura boreal*, y la A *altura austral*.

EL CONTENIDO DEL LUNARIO

Por "Lunario" se entendía en la época de Suárez lo que hoy día llamamos calendario o almanaque astronómico que contenga la distribución del tiempo en períodos con determinación de "todos los movimientos medios de las conjunciones, oposiciones y cuartos de la Luna con el Sol, y las anomalías de entrambos luminares", como se expresa el mismo Suárez.

Obras de esta índole abundaban en toda Europa, aunque eran en general escasas de datos científicos, y útiles para sólo un año o período de muy pocos años. En la Biblioteca Nacional de Barcelona hemos visto y examinado el *Lunari e repertori del temps* publicado en Barcelona por Juan Rosembach en 1514, y en la Colombina de Sevilla hemos visto el *Lunario en romence de la coiuntion y opposition de la Luna desde el año de 1489 hasta el de 1509, asimismo para saber en que signo está cada día la Luna, y otro Lunario breue, en la lengua española, de mano, para saber cuantos son de Luna y la letra dominical, y el aureo número y las fiestas movibles*. Ambos escritos pertenecieron a don Fernando Colón.

Aun en América tuvo Suárez un precursor, o a lo menos un emulador. El sabio limeño doctor Pedro de Peralta (1663-1743), de quien afirmó el dominico fray Juan de Gacitúa que era "varón tan comprensivo de todas facultades que sabiéndolo todo sólo una cosa no sabe que es decir sin elegancia y escribir sin acierto" y de quien afirmó el jesuita Padre Tomás Torrejón que era "tan difícil numerar lo que sabe como descubrir lo que ignora", dedicóse a publi-

car durante varios años unos *Pronósticos* a los que hace referencia en varias de sus obras literarias, y compuso además un *Almanaque* calculado por él para el meridiano de la ciudad de Lima. En su *Pronóstico* de 1719 publicó una descripción y cálculos de un eclipse de Sol que tuvo lugar el 15 de agosto de 1719, y fué total en Lima a las 11 h. y 49 m. El eclipse, según los cálculos de Peralta debió ser total desde la altura de 17 gr. 29 m. para las tierras del Paraguay y para el litoral marítimo y del Río de la Plata por la latitud de 40 gr. 13 m. Es probable que para estos datos se valiera de la información recibida de Suárez. Sabemos que hacía ya quince años que Suárez se dedicaba a la astronomía y sabemos además que Peralta y Suárez tenían correspondencia entre sí, y muy íntima según parece.

No nos consta que Suárez conociera o tratara de imitar esos Lunarios o los que posteriormente se publicaron como las *Tabulae historiarum omnium temporum et sæculorum* de P. Monzón (Valladolid, 1719), y los tratados *De emendatione temporum* que en 1583 dió a luz Scaligero, pero sabemos por el mismo Suárez que se valió de los trabajos astronómicos y metereológicos más notables de su época, cuales eran las *Tablas astronómicas de Filipo de la Hire* y el tratado *De doctrina temporum* que publicó Petavio en 1630. Cita además a Copérnico, Reinoldo, Mulerio y Billi.

Para que el lector se forme una idea del libro de Suárez, reproducimos todo lo relativo al año 1811 y que comprende las páginas 120 y 121. La primera columna de la

¹ "Revista del Río de la Plata", t. ix. pp. 311/2.

página 121 comprende los meses; la segunda los aspectos (q. c., cuarto creciente, ll., luna llena; q. m., cuarto menguante; N., luna nueva); la tercera los días (D.), horas (H.) y minutos (M.), y la última columna el tiempo (T.) o sea la mañana (m.), tarde (t.) o noche siguiente (n. s.).

Sintetizando el contenido histórico del *Lunario* podemos decir que se desprende del mismo:

1° Que el Padre Suárez por espacio de treinta y tres años, o sea desde 1706 hasta 1739, había comunicado cada año las observaciones meteorológicas y los aspectos de la Luna para el siguiente año a los que se interesaban en esta clase de trabajos.

2° Que para hacer sus observaciones se había fabricado él mismo los instrumentos necesarios: a) telescopios o anteojos astronómicos de dos lentes convexos, desde dos metros veinte centímetros de distancia focal (ocho pies) hasta seis metros y medio (veintitrés pies); b) un péndulo astronómico con índice de minutos y segundos; c) cuadrante astronómico con los grados divididos de minuto en minuto.

3° Que tenía correspondencia científica con el Padre jesuíta Nicolás Grammatici, quien le envió sus observaciones astronómicas hechas en Madrid y en Amberga del Palatinado (Amberg en Baviera), las de don Nicolás de l'Isle en San Petersburgo y las del jesuíta Padre Ignacio Koegler en Pekín.

4° Que tenía correspondencia directa y mutua con don Pedro de Peralta, residente en Lima.

5° Que el Padre Suárez envió a sus corresponsales sus observaciones de eclipses de Sol y de Luna y las de inner-

Para el año de 1811. regulado al Meridiano del Pueblo de San Cosme en las Misiones del Paraguay de la Compañía de Jesús.

Notas vulgares.

| | | | |
|------------------------|-------------|--------------|--------------|
| Autore número | 7. | Septuagésima | 10. Febrero. |
| Epaeta | 6. | Ceniza | 27. Febrero. |
| Letra Dominical | E. | Paquia | 14. Abril. |
| Letra del Martyrologio | E. | Ascension | 23. Mayo. |
| <i>Temporas.</i> | | Pentecostes | 2. Junio. |
| Marzo | 6. 8. 9. | Corpus | 13. Junio. |
| Junio | 5. 7. 8. | Adviento | 1. Diciemb. |
| Septiembre | 18. 20. 21. | | |
| Diciembre | 18. 20. 21. | | |

Fiestas movibles.

Eclipses.

Tres Eclipses serán visibles en estas Misiones. Dos de Luna, y uno de Sol. El primero será de Luna à 10. de Marzo por la mañ.

Principio del Eclipse

hor. 1. m. 34.

Medio del Eclipse

hor. 2. m. 51.

Fin del Eclipse

hor. 4. m. 8.

Durará horas 2. min. 34. Se eclipsarán ázia el Norte digitos

5. min. 13. al medio del Eclipse.

El segundo Eclipse será de Sol à 24. de Marzo por la mañana.

Principio del Eclipse

hor. 8. m. 28.

Medio del Eclipse

hor. 9. m. 29.

Fin del Eclipse

hor. 10. m. 34.

Durará hor. 2. min. 6. Los digitos del Sol eclipsados ázia el

Sur serán 4. m. 3.

El tercero Eclipse será de Luna à 2. de Septiembre por la

tarde. Saldrá la Luna en San Cosme hor. 5. m. 41. de la tarde,

y poco despues comenzará el Eclipse.

Principio del Eclipse

hor. 5. m. 53.

Medio del Eclipse

hor. 7. m. 10.

Fin del Eclipse

hor. 8. m. 28.

La duracion del Eclipse será de hor. 2. min. 35.

Los digitos de la Luna eclipsados ázia el Sur al medio del

Eclipse serán 7. m. 12. que es poco mas de media Luna.

| Meses. | Asp. | D. H. M. | T. | Meses. | Asp. | D. H. M. | T. |
|---------|-------|-------------------|----|-----------|-------|-------------------|----|
| | q. c. | 1. 7. 51. t. | | | ll. | 6. 4. 11. m. | |
| | ll. | 9. 12. 53. dia. | | | q. m. | 12. 7. 41. t. | |
| Enero. | q. m. | 17. 5. 17. t. | | Julio. | N. | 20. 7. 43. m. | |
| | N. | 24. 2. 53. t. | | | q. c. | 28. 11. 38. m. | |
| | q. c. | 31. 8. 0. m. | | | | | |
| | ll. | 8. 8. 11. m. | | | ll. | 4. 11. 52. m. | |
| Febrer. | q. m. | 16. 8. 3. m. | | Agosto. | q. m. | 11. 3. 4. t. | |
| | N. | 22. 12. 53. m. f. | | | N. | 18. 10. 42. t. | |
| | q. c. | | | | q. c. | 26. 12. 42. m. f. | |
| | ll. | | | | ll. | 2. 7. 4. t. | |
| | q. c. | 1. 10. 36. t. | | | q. m. | 9. 1. 25. t. | |
| | ll. | 10. 2. 43. m. | | Septiemb. | N. | 17. 3. 0. t. | |
| Marzo. | q. m. | 17. 7. 2. t. | | | q. c. | 25. 11. 50. m. | |
| | N. | 24. 10. 36. m. | | | ll. | 2. 3. 32. m. | |
| | q. c. | 31. 3. 15. t. | | | q. m. | 9. 3. 26. m. | |
| | ll. | 8. 7. 3. t. | | Octubr. | N. | 17. 7. 58. m. | |
| Abril. | q. m. | 16. 3. 0. m. | | | q. c. | 24. 9. 21. t. | |
| | N. | 22. 8. 15. t. | | | ll. | 31. 1. 20. t. | |
| | q. c. | 30. 9. 13. m. | | | q. m. | 7. 9. 28. t. | |
| | ll. | 8. 8. 33. m. | | Noviemb. | N. | 15. 12. 30. m. f. | |
| Mayo. | q. m. | 15. 8. 56. m. | | | q. c. | 23. 5. 54. m. | |
| | N. | 22. 6. 41. m. | | | ll. | 30. 1. 18. m. | |
| | q. c. | 30. 3. 15. m. | | | q. m. | 7. 6. 31. t. | |
| | ll. | 6. 7. 21. t. | | Diciemb. | N. | 15. 3. 52. t. | |
| Junio. | q. m. | 13. 2. 3. t. | | | q. c. | 22. 2. 11. t. | |
| | N. | 20. 6. 23. t. | | | ll. | 29. 3. 49. t. | |
| | q. c. | 27. 8. 20. t. | | | | | |

siones y emersiones de los cuatro satélites de Júpiter entre las cuales ciento cuarenta y siete eran particularmente exactas.

6° Que por espacio de trece años hizo en San Cosme observaciones de los satélites de Júpiter.

7° Que la comparación de sus resultados con los de sus corresponsales fué la que le hizo fijar la longitud exacta de San Cosme en $321^{\circ} 45'$, de la isla de Hierro.

8° Que arregló una tabla comparativa de longitudes tomando a San Cosme por primer meridiano.

9° Que hizo una tabla de longitudes y latitudes de los treinta pueblos de Misiones.

VALOR CIENTÍFICO DEL LUNARIO

Nuestra completa incompetencia para juzgar el valor científico del libro del Padre Suárez, nos decidió a solicitar un juicio sobre el mismo al Rdo. Padre José Ubach, cuya competencia ventajosamente conocida ha venido a comprobar los varios trabajos astronómicos (*El cometa Halley, El eclipse de 1918, La teoría de la relatividad en la física moderna: Lorentz, Minkowski, Einstein, etc.*) de que es autor, no menos que la delegación que le confirió el observatorio del Ebro para el estudio del eclipse de 1918, Transcribo íntegras sus palabras:

“El Padre Suárez da la predicción de tres clases de fenómenos para cada año desde 1740 a 1841, ambos inclusive:

- ”a) El áureo número, epacta, letra dominical, etc.
- ”b) Los eclipses de Luna y de Sol.
- ”c) Las fases de la Luna.

"a) y b) Son trabajos de alguna paciencia, pero que astronómicamente nada especial ofrecen ni aun relativamente a los tiempos del Padre Suárez, pues las mismas fases de la Luna no debía serle difícil obtenerlas, disponiendo, como afirma en la introducción de su libro, de las Tablas de La Hire.

"c) Este trabajo me llama poderosamente la atención y supone en su autor conocimientos astronómicos muy profundos e indudablemente muy raros, más raros todavía entonces que en nuestros tiempos, pues la teoría de los eclipses de Sol por su extraordinaria complejidad y desmesurada extensión, constituía entonces y constituye todavía hoy el problema más difícil y elevado de la astronomía esférica.

"Predecir en general un eclipse de Sol para tal día y año no le sería difícil a cualquier profesor de cosmografía, y aun predecirlo para una localidad determinada con la indecisión de media hora, podría hacerlo si tuviera talento y supiera darse buena maña. Pero predecir, como lo hace el Padre Suárez, las circunstancias del principio, máximo, fin y magnitud para un determinado lugar con la aproximación teórica ¹ del minuto, no puede hacerse sin recurrir a procedimientos muy complicados.² Es cierto que el Padre Suárez no hace ninguna indicación al respecto; sólo dice

¹ Teórica, pues prácticamente las Tablas de La Hire habían de dar discrepancias de algunos minutos con relación a la realidad.

² Ciertamente que comparando la predicción de los eclipses de Luna para 1903, del Padre Suárez, p. 195, con la de la "Connaissance des Temps" para dicho año, se halla una discrepancia bastante notable, pero puede atribuirse parte a la imperfección de las Tablas de La Hire y parte al movimiento de nuestro satélite durante el transcurso de dos siglos.

que se sirvió de las *Tablas* de La Hire. Pero de las tablas solamente podría sacar los elementos generales del eclipse, debiendo recurrir luego a prolijos procedimientos para indagar las circunstancias detalladas y precisas relativas a un lugar particular. Y cualquiera que fuese ese procedimiento, fuese gráfico o geométrico pues de éstos se conocían ya entonces varios,¹ siempre supone en su autor conocimientos muy vastos y profundos de astronomía.

"Por lo demás, extender tales predicciones a todo un siglo ciertamente no sería hoy día tan admirable, cuando ya disponemos de los datos generales consignados por ejemplo en el "Kanon der Finsternisse" de Oppolzer y otros métodos relativamente expeditos. Pero hacer lo mismo partiendo directamente de las Tablas, no hay duda que es tarea de una prolijidad enorme."

Esto es del Padre Ubach. Otro astrónomo moderno, el Padre Juan Salaberry, exdirector del observatorio del colegio de la Inmaculada (Santa Fe) al comentar las líneas precedentes agrega acertadamente que "el predecir por un siglo las fases de la Luna, áureo número, epactas, letra dominical, etc., es obra de gran prolijidad y paciencia, pero no arguye, como nota el Padre José Ubach, s. J., extraordinaria ciencia astronómica. Lo que acredita a nuestro Suárez como astrónomo de primer orden es la predicción y fijación matemática de los eclipses de Sol, con aproximación teórica al minuto, con las circunstancias de magnitud, principio, medio y fin".

Terminaremos estas líneas con las elogiosas de Juan M.

¹ Véanse en la *Astronomía de Lalande* (París, 1791), vol. ii. pp. 441 a 571.

Gutiérrez, no sin antes advertir que incurre en manifiesto error al afirmar que los jesuitas no admiraron ni estimularon al sabio astrónomo. Los documentos prueban todo lo contrario. "Buenaventura Suárez, escribe Gutiérrez, adquirió por sí mismo en los claustros de Córdoba y en los bosques silenciosos del Paraguay, conocimientos profundos de las ciencias matemáticas aplicadas a la astronomía, dejando pruebas prácticas de su capacidad en los gnómones solares con que decoró los patios del colegio en donde pasó — oscuro y desdeñado de los suyos — la mayor parte de su vida manteniendo comunicación epistolar con afamados astrónomos de su tiempo.

"Cuando se conozcan mejor que hoy los hechos que honran a los americanos, se colocará a Suárez al lado de Franklyn, entre aquellos que por un amor innato a la naturaleza y una propensión imperiosa del espíritu hacia la investigación de sus leyes, cultivaron las ciencias exactas sin maestros y sin más auxilio que la inspiración propia. El astrónomo del pueblo de San Cosme, no mereció estímulo ni ayuda de ninguna especie de parte de la comunidad que ilustraba con sus tareas. Vióse en la necesidad de construir los instrumentos de observación con sus propias manos, empleando las maderas tersas y consistentes de los bosques vírgenes, en aquellas piezas que requerían bronce o platina para recibir las delicadas graduaciones con que se miden las distancias entre los astros y se señalan sus pasos por el meridiano." ¹

¹ "Revista del Río de la Plata", t. ix. pp. 311/2.

OTROS ESCRITOS DE SUÁREZ

LA fama tan sólida y duradera que se granjeó Suárez entre sus contemporáneos y perduró muchos años, aun después de su deceso, nos impulsa a afirmar que debieron de ser muchos los trabajos, extensos o breves que llegó a publicar, además de su *Lunario*.

El Padre Antonio Sepp, que estuvo en Misiones por espacio de más de cuarenta años, escribía en 1714 que el Padre Serrano había conseguido montar una imprenta en las reducciones y "ha impreso ya algunos trataditos en español y en guaraní; e igualmente otro Padre, llamado Buenaventura Suárez, dispuso con acierto sus libritos de efemérides, calendarios, tablas astronómicas, anuarios, curso de los planetas . . . mudanzas del tiempo, todo con arreglo a la altura del polo en estos países, y *los ha impreso*: habiéndose difundido sus papeles hasta el Perú".

Infortunadamente, se han extraviado tantos trabajitos astronómicos, debidos a la pluma de Suárez. Sólo existen algunos suyos, y de otros sólo tenemos algunas referencias. Nuestras investigaciones, aun escasas, nos autorizan sin embargo a atribuir al astrónomo santafesino los escritos siguientes:

- II) Carta del P. B. Suárez sobre la Epacta, escrita al Rdo. Padre Procurador General. San Ignacio, 29 de marzo de 1730.

4° — 3 pp. + 1 en bl.

Autógrafo; sección manuscritos de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires: 6537.

Publicamos esta carta en la revista "Estudios", t. xvii. pp. 175/8, y en nuestra monografía *El primer astrónomo*, pp. 21/4.

Dicha carta está dirigida al Procurador General y en ella responde Suárez a tres preguntas del mismo relativas a la epacta, o sea el cálculo del número de días en que el año solar excede al lunar.

III) **Ihs. | Tavla | de las horas y minutos en que el sol sale y se pone, | para esta ciudad de Santa Fé | Su autor, | el P. Buenaventura Suáres, de la Compañía de Jesús, na- | tural de esta ciudad de Santa Fé de la Vera Cruz.**

1 h. — Archivo de la Prov. Arg.-Chil. (Bs. As.) — Copia.

Publicamos esta tabla en "Estudios", t. xvii. pp. 179/80 y en *El primer astrónomo*, pp. 25/6.

IV) **Tabla perpetua | Para hallar las horas que un reloj debe señalar el medio | día en un cuadrante circular.**

1 h. — Archivo de la Prov. Arg.-Chil. (Bs. As.) — B.-VI-51. — Copia.

Publicamos este escrito en 1919 en "Estudios", t. xvii. p. 181, y en *El primer astrónomo*, p. 27.

Como advertíamos en 1919 esta Tabla, aunque anónima, se atribuye al Padre Suárez, y es muy posible que sea obra suya, pues nadie hubo en la colonia tan dedicado a todo lo concerniente a cuadrantes solares como el jesuita santafesino. A la *Tabla perpetua* sigue otra *Tabla formada por los jesuitas para Buenos Aires, de las alteraciones del tiempo en el Río de la Plata. Luna nueva, creciente, llena y menguante*. Tal vez sea esta tabla otro escrito del astrónomo colonial.

V) **Carta [o fragmento de carta] escrita al P. Félix Villagarcía en junio 14 de 1742 (?).**

Hállase transcrita en las *Litteræ Annuæ* de 1735-1743, fols. 293/4.

Publicóse en "Estudios", t. xvii. pp. 183/4.

VI) La altura de Polo y distancias de las leguas que hay de los 30 pueblos de Misiones de Indios Guaranís en el Uruguay y Paraná, respective unos de otros.

1 h. — Copia de fines del siglo xviii.

Publicó parte de este trabajo el Padre Pablo Hernández en la revista "Razón y Fe", t. vi. p. 233, y el brigadier Alvear lo intercaló íntegramente en su *Tabla corográfica de los treinta pueblos de Misiones* publicada al fin de su *Relación geográfica e histórica de la Provincia de Misiones*; en Angelis, *Colección*, t. iv.

En la leyenda de la *Tabla corográfica* se lee: "Las latitudes y longitudes son arregladas a las observaciones practicadas por el señor don Diego de Alvear, comisario de la segunda subdivisión de límites española y por el astrónomo portugués, Joaquín Félix de Fonseca: estas últimas contadas por el meridiano que pasa por la punta occidental de la isla de Fierro. Ambas están conformes con las que observó el célebre Padre jesuíta Buenaventura Suárez..."

Este escrito de Suárez fué compuesto antes de 1719 pues fué en este año y con fecha 9 de noviembre que el Padre Antonio Betschon remitió una copia a Alemania que actualmente se conserva en el Archivo Real de Munich: jes., in genere, n. 283.

En una adjunta carta escribió Betschon: "adjicio nostrarum reductionum latitudinem poli australis ut sciri possit ubinam locorum sumus: ...juxta observationes Parisiis et a P. Bonaventura Suárez hic apud nos factas".

El Padre José Sánchez Labrador en dos ocasiones co-

menta y transcribe este escrito de Suárez en su *Paraguay Natural*, t. i. pp. v/vi y 456. En el primer punto ("Introducción", pp. v/vi) escribe: "Aquí se demarcan sus longitudes y latitudes atendidas las observaciones, no que están divulgadas en cartas geográficas extranjeras, que hierran mucho, sino las hechas en América, y en el Paraguay por el Padre Buenaventura Suárez y por los Padres Ignacio Chomé y Joseph Quiroga, insignes matemáticos jesuítas y misioneros de infatigable celo. .Donde faltan las observaciones de éstos, se suplen con las de otros misioneros, sus hermanos en la profesión de un mismo Instituto y inteligentes en la astronomía . . ." En la página 456 escribe que: "En la tabla siguiente omito algunos lugares de los que pone el Padre Suárez, pues para curiosidad bastarán algunos de los más conocidos . . ." En la página 473 reproduce toda la "Tabla", aunque hallamos que discrepa en muchos puntos de la copiada por Betschon.

De esta discrepancia existente entre diversas copias que corrían de este escrito en los pueblos guaraníes habla el Padre Diego González en sus notas al mapa de Cardiel (Archivo de Loyola: 2-2-30; 4-4), pero parece indicar que todas o la mayor parte de dichas copias eran obra de Suárez, a excepción de una que compuso el Padre Quiroga. "No obstante, agrega González, es menester advertir una cosa y confesar otra. Se ha de confesar que en los dichos apuntes puede haber yerro o equivocación en el que los trasladó. Lo que se ha de advertir es que cuando el Padre Buenaventura Suárez compuso su *Lunario*, el pueblo de San Cosme estaba en la banda oriental del Paraná, y después se mudó a la septentrional, más al oriente."

VII) Índice alfabético-histórico médico, de las raíces, árboles y plantas medicinales que se encuentran en estas provincias.

Pp. 74/7 de: *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* escrita por el Padre José Guevara, con una introducción por Andrés Lamas. T. i. [y único], Buenos Aires, 1882.

8° — xl + 431 pp.

A propósito de este escrito de Suárez escribe Guevara lo siguiente: “porque referir uno a uno cada árbol, planta y raíz, sería dilatarme mucho, ingeriré aquí un índice alfabético-histórico médico, de las raíces, árboles y plantas medicinales que se encuentran en estas provincias. Me lo comunicó el Padre Bernardo Nussdorffer, sujeto curioso, antiguo y diligente en observar los prodigios de la naturaleza. Su autor el Padre Ventura Suárez, tan puntual en sus cálculos astronómicos, como curioso y diligente en las noticias de buen gusto, y en seguir el curso de la naturaleza en sus delicadas y prolijas reflexiones” (p. 73).

Este índice ha sido reeditado por Groussac en la edición de Guevara que publicó en los “Anales de la Biblioteca”, (t. v. pp. 92/7). Groussac opina, y acertadamente, que este escrito de Suárez no prueba, ni aun inclina a hacer creer, que haya sido él un insigne herborista. “Fuera de esta lista nada se sabe respecto de los trabajos botánicos del Padre Suárez, más conocido . . . como astrónomo . . . No existe, pues, fundamento alguno para pensar, con el doctor Arata (“Biblioteca”, núm. 22, p. 448) que Montenegro no fuera sino el “adicionador” de Suárez tanto menos cuanto que, a todas luces, éste herborizó después de aquél, como que tenía

terminado su herbario (1710) antes que el joven santafesino, a los treinta años, abandonara el magisterio por la vida de misionero" (p. 97, n. 1).

A pesar de la exactitud histórica de estas palabras de Groussac que deshacen las gratuitas aseveraciones de Arata, ha habido un reciente historiador que las ha repetido en toda su integridad "llegando a la conclusión de que: el manuscrito primitivo [del Herbario] fué confeccionado por el Padre Ventura Suárez y que recibió adiciones y modificaciones de Montenegro, Falkner y todos los que lo han copiado y usado sucesivamente, incluso el legendario Padre Segismundo Aperger, que es quien ha usufructuado más que todos la gloria que podría caber por este célebre herbario de Misiones". Aunque tenemos interés, como el que más, en la glorificación de Suárez, no podemos en manera alguna atribuirle el célebre Herbario como, aun después del estudio de Groussac, se lo atribuye el doctor Domínguez.¹

Entre los escritos existentes e inéditos de Suárez debemos citar dos de escasa importancia.

- A) **Canónica Institución del P. Domingo Terren para Nuestra Señora de la Encarnación de Itapúa. Itapúa, 23 de septiembre de 1736.**

1 fol. — Orig. y autógrafo.

Arch. Gen. de la Nación (Bs. As.), leg. Jesuítas, s. f.

- B) **Juramento canónico de los PP. Toledo e Iberaquer.**

2 fols. — Firmados por Suárez.

Arch. Gen. de la Nación (Bs. As.), leg. Jesuítas, s. f.

¹ JUAN A. DOMÍNGUEZ, *Contribuciones a la materia médica argentina* (Buenos Aires), pp. 35/6.

El brigadier Diego de Alvear, en su *Relación geográfica e histórica de la Provincia de Misiones* (p. 60), alude a una carta latina de Suárez, de la que ningún otro dato poseemos. Sus palabras son éstas: "en las notas históricas de una carta latina de Misiones, anónima y no mal trabajada, que existe en el pueblo de Candelaria, y que algunos presumen que sea del Padre Buenaventura Suárez se refiere que la Asunción del Acaraguá se transfirió por . . . causa de las hostilidades de los portugueses . . ."

Las Cartas Anuas de 1750 refieren varias traducciones hechas por Suárez del portugués y del latín. "Tradujo en lengua española del portugués la

a) **Apología en favor del P. Vieyra**

antes que viniese traducida e impresa de España; tradujo del latín en español la

b) **Vida de San Juan Nepomuceno**

y la

c) **Vida del Venerable sacerdote Juan Sacander**

de cuya canonización se trata en Roma. Tradujo asimismo del portugués al castellano el libro de la

d) **Teoría verdadera de las mareas**

según el sistema del célebre matemático inglés Isaac Newton, impreso en Londres, del doctor Jacobo de Castro Sarmiento.

"La lástima es, agrega el autor en las citadas Anuas, que los más de sus escritos y apuntes y observaciones quedan sin pies ni manos, por faltarles los títulos y los más en pa-

peles sueltos. Habláronle varias veces que pusiese en orden sus apuntes y observaciones para el uso de otros y bien común, pero nunca se pudo reducir a esto su genio por lo que tenía de filósofo.”¹

ESTOS son los escasos escritos del Padre Buenaventura Suárez que conocemos. Pocos en número, pero harto pregoneros de su labor como astrónomo y de su amor a las ciencias exactas.

Ellos y los datos biográficos que hemos podido consignar en estas páginas podrán ayudar a que sea mejor conocida y más apreciada la persona del ilustre hijo de Santa Fe, del primer astrónomo de la tierra argentina y del que justicieramente puede ser considerado como uno de los *pioneers* de la ciencia en el continente americano.

Con razón pregonó la gloria de Suárez el doctor Ramón J. Lassaga cuando expresóse en los conocidos versos de su popular *Canto a Santa Fe*:

Fué un hijo tuyo, Suárez
Quien estudió paciente
Los astros que circundan
La zona refulgente
Do brilla entre fulgores
La bella cruz del sur,
Y orló tu frente pura
De fúlgidas estrellas
Queriendo que tú fueses
La bella entre las bellas
Rodeándote de un nimbo
De inextinguible luz.

¹ Biblioteca Nacional (Buenos Aires), ms. 8156.

FRANCISCO JAVIER ITURRI

(1738-1822)

Si la nombradía universal fuera compañera inseparable del mérito eminente y positivo, pocos escritores coloniales serían más conocidos y más apreciados que el Padre Francisco Javier Iturri, "oriundo de Santa Fe de la Vera Cruz" como él mismo, con cierto orgullo, solía poner en sus escritos, autor de nuestra primera Historia civil, defensor enérgico de la tierra americana contra las falsedades del último cosmógrafo de Indias, religioso intachable y vínculo de unión entre la antigua y la nueva Compañía de Jesús, cuya extinción lloró y cuyo resurgimiento contempló con júbilo y satisfacción.

Hace apenas diez años que dimos a la publicidad algunos datos acerca de la vida y escritos de este preclaro hijo de la provincia y ciudad de Santa Fe, y no obstante el corto lapso de tiempo transcurrido desde entonces, podemos hoy quintuplicar aquellas noticias biobibliográficas con otras muchas que no poco han de contribuir a avivar la fisonomía altamente simpática del Padre Iturri, y a fijar su gran personalidad literaria e histórica.

El sabio hijo de Santa Fe que valerosamente "abatió"

el orgullo científico de Muñoz,¹ último cosmógrafo indiano; el estudioso y paciente investigador que fué el primero en componer una Historia civil del Río de la Plata, como, lo recuerda el mismo Deán Funes;² el erudito jesuíta a quien cabe la gloria de haber sido el primero de los bibliógrafos argentinos, según lo comprueba la *Bibliotheca Nicolai de Azara*, merece ser conocido y apreciado por todos los argentinos, pero muy particularmente por sus comprovincianos. Bien pueden éstos ufanarse de los nombres de Baltasar Maciel, Cristóbal Altamirano, Buenaventura Suárez y Francisco Javier Iturri.

Los relevantes méritos de este último reclaman particularmente nuestra gratitud y es de esperar que en día no lejano podremos contar con una edición de sus escritos póstumos y una reedición de los publicados, pedestal el más airoso para elevar ante la Nación argentina al que es una de sus mayores glorias, al precursor de Funes, a nuestro primer historiador nacional. En este modesto y sencillo trabajo nos limitamos a esbozar su grande figura, con el deseo de que pluma más afortunada que la nuestra le levante el monumento que sus virtudes, sus talentos y sus escritos reclaman.

¹ GUTIÉRREZ, "Revista del Río de la Plata", t. viii. p. 482.

² "Tenía ya muy avanzado mi trabajo cuando leí en Hervás y Panduro, que el señor abate don Francisco Javier de Iturri había concluido su historia de esta parte de América. Esta noticia me hizo caer la pluma de la mano, y estuve a punto de renunciar mi empresa, viendo empeñado en el mismo asunto a un literato tan acreditado." (*Ensayo de la historia civil*, t. i. p. vi.)

DATOS BIOGRÁFICOS

NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS. SUS PADRES Y HERMANOS. PRIMEROS ESTUDIOS. EN SANTA FE Y CÓRDOBA DE TUCUMÁN

LA moderna Santa Fe, comercial y opulenta no constituía sino un grupo de míseros ranchos cuando nació en su seno el que había de ser con el transcurso de los años el autor de nuestra primera Historia civil, el triunfante impugnador del último cosmógrafo de Indias y el elocuente defensor de los americanos contra los pseudohistoriadores europeos.

El Padre Francisco Javier Iturri¹ nació el día 10 de octubre de 1738 y, una semana más tarde, fué cristianado en la iglesia catedral por el maestro Pedro Rodríguez, siendo padrinos de bautizo don Esteban Marcos de Mendoza y doña Juana de Gaete.²

Fueron sus padres don Martín de Iturri y doña Fran-

¹ María Isabel de Iturri, hermana de Francisco, se firma siempre Iturria, y en el Catálogo de la provincia del Paraguay de 1752 el apellido del Padre Iturri aparece también escrito del mismo modo, y él así se firma en "la renuncia de mis bienes" cuyo original se conserva en el Archivo de Tribunales (Córdoba), escr. 1^ª, prot. leg. 144, f. 246. Notaremos, sin embargo, que en los documentos posteriores a 1767 siempre aparece su apellido sin la *a* final. A fines del siglo XVIII había en Buenos Aires familias de ambos apellidos: un José Iturria contrajo enlace con Juana Larrazábal en 1753 y un Pedro Iturri se casó con María Almonateygui en 1798. (Libro de casamientos, fol. 80 (l. 23) y fol. 16 (l. 90): Curia Eclesiástica de Buenos Aires.)

² Catedral de Santa Fe: Bautismos, 1733-1762, fol. 26 v. En la fe de bautismo se lee "José Francisco Iturria", pero entonces como ahora era común el poner a muchos el nombre de *José*, por la especial devoción a San José, aunque después había de ser conocido con el segundo nombre, y no con el primero.

cisca Gaete¹ oriundos ambos de antiguas familias vascongadas y "nobles de condición" según atestigua Diosdado Caballero. Doña Francisca enviudó algunos años después de nacer su hijo Francisco Javier, y a 23 de enero de 1753 contrajo matrimonio con don Francisco de la Mota Botella. Este caballero era portugués, natural de Évora, y debió de venir a América por los años de 1740 a 1750. Existe en el archivo de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires una copia de un "Expediente seguido en el Consejo de las Indias con motivo de haber solicitado carta de naturaleza en Indias el portugués don Francisco de la Mota Botella, vecino de Santa Fe, en el Río de la Plata, casado con doña Francisca Gaete, natural de Buenos Aires."²

Entre los hijos que tuvo doña Francisca en primeras nupcias se tiene noticias de sólo tres: María Isabel, Pedro y Francisco Javier. María Isabel llegó a ser en Santa Fe, donde siempre vivió, una matrona no menos opulenta que virtuosa. En su testamento, firmado en 1819, cuando ya era octogenaria, sólo dice que era hija de don Martín de Iturri y de doña Francisca Gaete, que todos sus hijos habían muerto y que de sus descendientes sólo vivían ocho nietos "hijos de mi hijo Juan Bautista y doña Ana de Asúa".

El doctor Lassaga afirma que tuvo el Padre Iturri un hermano por nombre Pedro. Ingresó en la religión de San Francisco, en la que tomó al profesar el nombre de

¹ Un sobrino de la madre del Padre Iturri y primo de éste el Padre Francisco Gaete entró en la Compañía en 1754.

² Biblioteca Nacional (Buenos Aires), sección manuscritos, mss. 76-2-4; cat. 2-11. La fecha del expediente es 1752.

CARTA CRÍTICA
SOERE
LA HISTORIA DE AMERICA
DEL
Sr. Dⁿ. JUAN BAUTISTA MUÑOZ.
ESCRITA EN ROMA
POR
DON FRANCISCO ITURRI.



—♦♦—
IMPRESA EN MADRID, AÑO 1797.
REIMPRESA
EN
BUENOS-AYRES:
EN LA IMPRENTA DE LA INDEPENDENCIA.

—
1818

FACSIMIL DE LA SEGUNDA EDICIÓN DE LA CARTA CRÍTICA

Ejemplar de la Biblioteca del Colegio del Salvador

Pedro Nolasco. Era hombre talentoso y siendo provincial de su Orden ordenó a sus religiosos que agregaran en sus oraciones de la misa la oración *pro Patria*. Según el señor Udaondo ocupó el rectorado de la Tercera Orden de San Francisco desde 1800 hasta 1812 y de él afirma el doctor Lassaga que cayó, como tantos otros, bajo la crítica acerba del Padre Castañeda, de aquel terrible fustigador de vicios y de viciados.¹

De los trece primeros años de la vida de Francisco Javier no poseemos noticia alguna, aunque consta que estudió las primeras letras en las célebres aulas del colegio que en Santa Fe tenían los Padres jesuitas. En los registros de la Congregación de la Virgen de los Milagros que se conservan aún en el archivo del histórico colegio de la Inmaculada hallamos que en las elecciones habidas en 19 de diciembre de 1751 bajo la dirección del Padre Juan Francisco de Aguilar, fueron nombrados: prefecto, don Bartolomé Andino; asistentes: Juan José de Lacoizqueta y Esteban Marcos; consiliarios: Pedro Arismendi y José Márquez; secretario: José Antonio Troncoso; y sacristanes: Francisco Gaete, Rafael Mendieta y Francisco Iturri. En 1752 fué reelegido el joven Iturri para el mismo cargo.

Al siguiente año pasó Iturri a Córdoba para terminar sus estudios en el célebre colegio de Montserrat, al que solían acudir los jóvenes santafesinos lo mismo que los

¹ Ignoramos si un tal Juan Iturri, mercedario, era o no pariente del jesuita santafesino. Fugó a Montevideo y fué preso por orden de Andonaegui, según cuenta éste en carta del 20 de noviembre de 1746. (Archivo General de Indias, 124-1-10.)

porteños, tucumanos y mendocinos. El jesuíta Diego L. Villafañe en carta del 2 de octubre de 1817 escribía desde Tucumán a don Ambrosio Funes y le decía: "Mucho me ha regocijado la carta de usted con el traslado de la carta del Padre Iturri. Hacía años que deseaba grandemente saber, si vivía este mi condiscípulo, o no." Si Iturri fué condiscípulo de Villafañe, debió de cursar todos o parte de sus estudios en el célebre colegio montserrratense de Córdoba donde cursó los suyos el ilustrado jesuíta tucumano.

ENTRA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

ESTUDIA CON ÉXITO LAS CIENCIAS ECLESIASTICAS Y PROFANAS.

RENUNCIA A SUS BIENES. VIAJE A LA ASUNCIÓN

Iturri frisaba en los quince años de edad cuando pidió y obtuvo ser admitido en la Compañía de Jesús, como lo realizó ingresando en ella el 28 de octubre de 1753. Juntamente con Iturri ingresó en la Orden otro joven santafesino por nombre Rafael Mendieta.

En los años 1754 y 1755, hizo Iturri su probación religiosa y, según parece, a satisfacción de sus superiores pues el 28 de octubre de 1755 hizo los votos religiosos, ligándose así para siempre con el Instituto que dos años antes había abrazado. Durante su noviciado tuvo entre otros compañeros a Diego González, a Francisco Guevara, natural de San Juan, a José Urrejola, natural de Santiago del Estero, al boliviano Nicolás Morales, al salteño Pedro Nogal y a otros varios jóvenes de las mejores familias americanas.

Terminado el período de probación, comenzó en Cór-

daba sus estudios y, según todos los datos que hemos podido conseguir, fué un distinguido estudiante. En 1771 escribió el Padre Calatayud en su *Tratado sobre las persecuciones*¹ que Iturri le había enviado una *Relación prolija y sólidamente fundada* y advierte que era Iturri un hombre: "hábil, bien instruído en las cosas del Paraguay y que defendió toda la teología en acto público en la dicha Universidad de Córdoba del Tucumán".

Diosdado Caballero, refiriéndose a esta misma época de la vida de Iturri, nos dice que "studiis Philosophicis, ac Theologicis Iturrius adjunxit plurimam Botanicarum rerum doctrinam, et eximiam historiarum Americanarum cognitionem",² "a los estudios de filosofía y de teología añadió un gran conocimiento de botánica y una pasmosa erudición de la historia americana".

No consta, pero parece casi cierto, que fué en 1761 que recibió las órdenes sagradas. Un año antes, siendo testigos Antonio de Ayola, Fermín Galán y León de Ojeda, hizo renuncia formal de todos sus bienes temporales a favor de su señora madre, autorizado al efecto por el visitador Padre Nicolás Contucci. El documento lleva la fecha 15 de septiembre de 1760 y en él se dice que el "hermano Francisco Iturria natural de Santa Fe de la Vera Cruz hijo legítimo de don Martín Ithurria difunto y de doña Francisca Gaete . . . hace renuncia de todos sus bienes, derechos y acciones y de otras cualquier futuras sucesiones, que le tocan, y tocar puedan, así de legítima paterna y materna, como de otras dirigidas acciones de sucesión,

¹ Archivo de Loyola.

² *Bibliothecæ Soc. Jesu Suppl. alterum*, t. i. p. 48.

en la ya dicha su madre doña Francisca Gaette; para que los haga, aperciba y cobre, goce y posea como cosa suya propia de ella, y sus herederos para siempre jamás.”

Durante los años 1761 a 1763, enseñó gramática en las aulas de la universidad de Córdoba, y entre sus alumnos contó al después Deán Funes, según afirmaba este mismo en agosto de 1802.¹ Parece que el historiador cordobés apreciaba al historiador santafesino y sabemos que en 1790 le remitió una limosna de 80 pesos² y años después al publicar su *Historia Civil* volvió a recordar a su antiguo profesor de gramática.

En 1764 fué destinado el Padre Iturri al colegio de la Asunción del Paraguay y se le confió la cátedra de filosofía. Así lo afirma el Padre Hervás³ quien conoció y trató a Iturri en Roma. Hallábase en el colegio de dicha ciudad dedicado a la enseñanza aristotélica y a la búsqueda de documentos para su labor histórica cuando el extrañamiento de los jesuitas ordenado sigilosamente por Carlos III y escrupulosamente observado por sus gobernadores en América vino a sorprender a Iturri y a paralizar sus investigaciones históricas.

¹ Biblioteca Nacional (sección manuscritos), ms. 6258. En su primera biografía, inédita aun, se gloria el Deán de haber tenido por profesor a Iturri.

² JUÁREZ, t. i. p. 263.

³ *Biblioteca*, t. i. p. 267. No podemos concordar con esta afirmación un dato que hallamos en una carta del Padre Antonio Castillo al Padre Arnal, escrita desde Córdoba a 23 de noviembre de 1766, en la que parece indicarse que en este año o el anterior, pasó por Córdoba el Padre Iturri, pues se consigna en el haber del Procurador “82 pesos por lo que trajo el Padre Iturri”. (Archivo de la Nación Argentina, Buenos Aires. — C. de J. — 1766.)

El día 30 de julio de 1767 se les intimó la orden de prisión y arresto, pero desde el primer momento hasta el último fueron los jesuitas de la Asunción noble y caballerosamente tratados por el señor Morfi, gobernador de la provincia. El mismo Iturri nos relata en una de sus memorias el sentimiento y dolor que produjo en todos los pacíficos moradores de la Asunción la prisión de los jesuitas: "Los niños de la escuela que pasaban de 400, escribe Iturri, habían acudido al salir el sol, como era allí de costumbre, y encontrándolo todo ocupado de soldados, cerrada la escuela, aprisionados los Padres, se volvían apresurados a dar el aviso a sus padres y era el más tierno espectáculo por todas las calles a cuantos los veían deshechos en lágrimas. Entrar estos inocentes mensajeros de aquella triste nueva, y entrar con ellos a las casas más retiradas los lamentos, todo era uno . . .; en los gramáticos y demás estudiantes nuestros se veía lo mismo. Hasta los soldados que, mal de su grado, rodeaban y guardaban el colegio, manifestaban el dolor que les causaba nuestra prisión."¹

Todo esto es de Iturri. Él mismo cuenta la salida de los jesuitas de la Asunción, su descenso por el río Paraná y sus padecimientos en la Bajada del Paraná. Hasta este punto fueron los jesuitas tratados con benignidad, y hasta se les había permitido llevar consigo sus manuscritos y algunos libros, pero al llegar a la Bajada cayeron bajo la intransigente y despótica férula de los destemplados y ásperos emisarios de Bucarelli.

Como veremos más adelante fué Iturri despojado de todos sus manuscritos por las autoridades del Paraná y entre

¹ Diario del arresto. (Archivo de la Provincia de Toledo, ms. 646.)

ellos de un *Tratado* que tenía compuesto *acerca de los males que España ha sufrido por el exceso de oro proveniente de América y acerca de las fábricas y compañías de comercio de España*. Bucarelli y sus adláteres en nada repararon, ni en la función de los expulsos entre los que iban maestros y escritores, ni en la nación de cada uno de ellos, entre los que iban varios hijos de nuestras propias provincias.

CAMINO DEL DESTIERRO. COMPAÑEROS DE INFORTUNIO.
SE ESTABLECE EN FAENZA. HACE LA PROFESIÓN. VA A ROMA

A principios del año de 1768 se hallaba Iturri en Buenos Aires esperando el buque que debía conducirle al destierro. En su compañía se hallaban hombres tan conspicuos como Martín Dobrizhoffer, José Gil, Francisco J. Miranda, José Brigniel, Francisco Burgés, Florián Paucke, Tomás Borrego, José Sánchez Labrador, y José Jolís, todos ellos escritores de nota y cultores de nuestra historia nacional.

Fué a principios de abril de aquel mismo año de 1768 que partió de Buenos Aires la fragata de guerra, nombrada *La Esmeralda*, al mando del comandante don Mateo Collado Nieto. En ella iba Iturri. No tenemos noticias del viaje, y sólo sabemos que en agosto del mismo año se hallaba ya ubicado en Faenza y vivía en compañía de Peramás, Cardiel, Juárez, Borrego y los hermanos Villafañe. Estuvo algunos años adscrito a la iglesia de San Vidal, en la que solía ejercer los sagrados ministerios.

El 2 de febrero de 1772 hizo nuestro jesuíta su profesión solemne, ligándose más que nunca con sus hermanos

de religión, principalmente con aquellos en quienes al dolor de la fe ultrajada pudo mezclarse la nostalgia de la patria distante. Diego Villafañe, Francisco Ocampo, Joaquín Camaño, y sobre todo el santiagueño Gaspar Juárez fueron sus íntimos amigos así en los infortunios como en la labor intelectual. La correspondencia de Juárez con don Ambrosio Funes nos proporciona algunos de los más interesantes datos acerca de Iturri y de sus trabajos literarios.

Suprimida la Compañía de Jesús por el Breve de Clemente XIV el 21 de junio de 1773, pasó Iturri a Roma con algunos otros compañeros de infortunio. Como medio de subsistir consagróse a la enseñanza de la latinidad y de la filosofía que impartía a varios jóvenes agregados a la embajada española, entre ellos a los hijos de don Antonio Vargas Laguna, delegado español ante la Santa Sede.

Pero su principal ocupación fué el estudio de la Historia americana. Ya en Faenza había comenzado su grande obra sobre la Historia natural, eclesiástica y civil del virreinato de Buenos Aires, en cuya composición sólo cesó durante algunas temporadas, sobre todo en los últimos años del siglo XVIII cuando comenzó su campaña contra el cosmógrafo de Indias Muñoz. Sus amigos residentes en América le enviaban con frecuencia algunas cantidades de dinero, gracias al cual así Iturri como los otros ilustres expulsos de 1767 pudieron prolongar sus días sin caer en la indigencia absoluta. Así hallamos a Ambrosio Funes que con fecha 22 de junio de 1790 envía al jesuita santafesino 80 pesos fuertes para su socorro, y debemos advertir que lo hacía en nombre propio y en nombre de su hermano Gregorio.

Sabemos además que el doctor Zoloaga desde Buenos Aires y el doctor Maciel desde Santa Fe se acordaban del noble desterrado y le socorrían pecuniariamente. Por desgracia perdió bien pronto el auxilio y la amistad del célebre canónigo de Santa Fe. Poseemos un fragmento de una carta que escribió Iturri cuando supo la noticia de su fallecimiento. Dice así en carta fechada a 16 de julio de 1788:

“Con razón se persuadió usted que me sería sensibilísimo el motivo de su apreciable correspondencia, pues de toda América no podía venirme noticia más infausta que la muerte de mi venerado y amado paisano, el doctor Maciel... Su muerte ha sido una pérdida pública en ese virreinato, donde deja un vacío que no podrá llenarse. Yo con la carta de usted en la mano y oprimido del más vehemente dolor entré en la iglesia de San Carlos, donde tributé a su memoria, oraciones, lágrimas y cuanto es natural a una separación tan dolorosa, eterna, de un amigo que yo amaba tiernísimamente, que apreciaba por sus grandes méritos, y cuyo destierro nos igualó en la suerte y que finalmente pierdo para siempre.”¹

En 1798, cuando un decreto del gobierno español abrió las puertas de la Península a los miembros de la extinguida Compañía, salió Iturri de Roma con rumbo a España a fin “de pasar de allí a América” como escribía Juárez con fecha 24 de junio del mismo año.

Durante su estadía en España no cejó Iturri en sus

¹ El doctor Arturo Reynal O'Connor publicó este elogio de Iturri en su monografía sobre *Juan Baltasar Maciel* (Buenos Aires, 1893), p. 10.

propósitos de volver al Río de la Plata. Con este objeto acudió a la Corte por medio de sus amigos y solicitó que le fuera ratificada la licencia que ya en 1798 se le había concedido de volver a América. Una nota elevada con este fin decía así:

"El Padre Francisco Iturri, exjesuíta del Paraguay, obtuvo licencia para pasar a su patria Santa Fe, de la diócesis de Buenos Aires, comunicada el 26 de septiembre de 1798 por el gobernador de Barcelona con referencia y copia textual del despacho de 25 de septiembre, al capitán general, quien lo participó de orden de su majestad. Diósele pasaporte fecha en San Lorenzo a 2 de noviembre de 1798. Mas fué expulsado nuevamente de España. Pide al Rey se le conceda esta gracia." A tan razonable petición se respondió conforme a esta minuta, puesta al principio del memorial: "que no ha lugar, que su majestad ha revocado estas gracias; dígasele para que no insista".¹

Así se correspondía al talento y a la abnegación de quien, pocos meses antes, acababa de dar a luz la *Carta Crítica*, saliendo por los fueros de la verdad y en defensa de la historia y de las glorias españolas. Hemos de reconocer, sin embargo, que a petición del interesado le fué otorgado a Iturri en 11 de diciembre de 1807 una doble pensión por el mérito de sus escritos históricos. En el Archivo de Simancas existe el documento del interesado y al margen se lee: "S. M. ha condescendido."²

¹ Papeles del Ministerio (Madrid), 1ª sección: América. Se relaciona con este documento o aluden al mismo varios otros documentos que se hallan en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 18572).

² Archivo de Simancas (España), Estado, leg. 5065.

UNA CARTA DE ITURRI.
EXPULSADO NUEVAMENTE DE ESPAÑA. REGRESA A ITALIA.
FRASES DE ITURRI. SUS OCUPACIONES EN ROMA

Durante su residencia en España, 1797-1802, escribió Iturri una carta al célebre políglota y padre de la filología moderna, abate Hervás y Panduro. Dicha carta lleva la fecha 12 de diciembre de 1799. En ella recomienda una persona a Hervás, lamenta la enfermedad de éste, recuérdale las grandes esperanzas que existen de que sea restablecida la Compañía de Jesús, duélese de la muerte del gran artista Arteaga y se ofrece a Hervás para servirle en lo que pueda. Dice así el texto de esta carta de nuestro insigne historiador, cuyo texto original no conocemos pero que vertida al francés vió la luz en 1885:

Barcelona y diciembre 12 de 1799.

Muy señor mío estimadísimo:

Yo ignoro el valor de mi recomendación. Uno que la juzga ventajosa, la implora con instancia, a que no puedo resistir. Si él se engaña, saldrá de un error. Si acierta, logrará el apoyo más favorable a su pretensión. Yo no hago más que acompañar el incluso memorial con las expresiones más vivas y enérgicas, que puede dictar la beneficencia, y la singular opinión que formé del noble corazón de usted, desde el momento que tuve el honor y dicha de tratarlo. El suplicante es digno de compasión; y ese motivo es el más poderoso, que puede alegrarse al señor don Lorenzo Hervás, en quien se disputan el primer lugar los más extendidos y profundos conocimientos, y los deseos más ardientes de beneficiar a los más desvalidos de la sociedad. Bastará una palabra suya a favor del suplicante; pues

sabemos su valimiento con el Excmo. señor duque de Híjar, patrón de la capellanía. Así lograrán los barceloneses un monumento de su beneficencia, que ocupará lugar muy distinguido entre los muchos, y sobresalientes, que usted dejó; y durarán para siempre en su incomparable literatura. *Dar y perdonar*, según el sabio abad de Saint-Pierre, es la divisa del literato virtuoso. ¿Qué ocasión más oportuna, para demostrarlo? *Dar* al catalán suplicante, y *perdonar* al indiscreto americano, son las dos acciones heroicas, que yo espero del señor don Lorenzo, y que darán nuevo realce a la celebridad de su nombre. Todo lo prometo de su humanidad.

¡En qué sobresalto me puso su enfermedad! Mas no renovemos las llagas. No ha pasado correo alguno en que no me hayan informado de su restablecimiento, que he oído con el más sincero y vivo regocijo. Su persona es necesaria en todos tiempos, pero mucho más en el momento, en que raya nueva luz sobre nuestro horizonte. Ya sabrá usted las novedades de Italia: Colorno, Plasencia y Cremona parecen destinados a los movimientos vitales de nuestra resurrección. Bayoazábal, por orden de Panisoni, pasó a leer filosofía a Plasencia. Ocho jesuítas mantenidos por la ciudad enseñan en Cremona. Se abre un colegio en Colorno. Pancanari trata de veras con el vicario de la Rusia la reunión, que se acepta en parte, de los más hábiles y capaces de habilitarse para nuestros ministerios de cátedra, púlpitos, confesonarios, etc. En una palabra: la Italia suspira por los jesuítas. Quién sabe si usted será en la Corte nuestro Causino, nuestro Cotón, o nuestro de la Caise. Yo creo que la Providencia sacó a usted de la Italia para ejecutar sus planes ocultos y quiméricos a los ojos humanos. Espero con ansias el momento en que principien tan importantes operaciones. Sabrá también usted la muerte de Arteaga en París. El Excmo. Azara le pagó el viaje hacia Venecia, adonde Arteaga resolvió volver, cuando oyó de la

boca de su mecenas que *no lo necesitaba en adelante*. Se cree que lo mató el sentimiento.

Yo finalmente tuve carta de mi casa, con la cual me proveen para el viaje que me insinúan por Lisboa como el más pronto y seguro en las circunstancias actuales. Aun no tengo respuesta del encargado y procuro entretanto disponerme al abandono de la culta pero malvada e irreligiosa Europa. Avisaré con tiempo a usted para que pueda mandar en cuanto me crea hábil a servirlo en el Nuevo Mundo, tan necesitado de instrucción. Entretanto espero sus órdenes, lleno del respeto y veneración con que soy sinceramente ¹

De Ud.

Affmo. y obsequioso servidor

Francisco Iturri.

Esto escribía Iturri a fines del año 1799. Medio año más tarde fué expulsado de España y en la forma más dolorosa. Esta segunda expulsión, según cuenta Juárez,² comprendió a todos los jesuítas que entonces se hallaban en la península "sin excepción alguna de impotencia, ni de vejez, ni de grave enfermedad, sino de la extrema que estén postrados en la cama e imposibilitados a juicio del médico". Iturri fué uno de los muchos y venerables ancianos que moraban en España esperando coyuntura de volver a América, y que tuvieron que pasar por esta nueva y terrible prueba.

En carta a Villafañe se desahogaba nuestro Iturri relatando a su amigo las crueles decepciones que había tenido y entre otras cosas le decía lo siguiente que no debemos omitir: "Amigo: Faltaba a los anales de los hombres este

¹ Archivo de la Provincia de Toledo (Madrid), ms. 1530.

² *Correspondencia*, t. i. p. 282.

original de inhumanidad, en que se persiguen los viejos como se habían perseguido los Santos Inocentes. Ya está cumplido el cuadro histórico de todas las edades de hombres en trabajo. Seiscientos exjesuítas, calvos, arrugados, rengos y casi decrépitos han formado el color, con que se ha dado al cuadro esta terrífica pincelada.”¹

“Me acuerdo —añade Iturri— que en nuestra primera expatriación los jóvenes compadecíamos a nuestros viejos; y éstos, si hubieran sido profetas tenían más razón de mirarnos con lástima. Ánimo, pues, y morir gustosos bajo la cruz que en treinta y cuatro años no ha hecho más que aumentar su peso. Ya costeamos el abismo de la eternidad. Dispersos en diferentes climas por la violencia de la borrasca ofrecemos a los pueblos el triste espectáculo de las ruinas del más célebre edificio que se ha erigido la religión.” Hasta aquí Iturri.

¡Pobres desterrados los de 1768! La historia los recuerda con dolor, a la vez que, los admira y se honra con sus glorias. Fueron grandes en la adversidad, como lo habían sido en la prosperidad, tan grandes y esforzados en las selvas del Chaco, en los bosques del Paraguay, en las pampas argentinas, como en las hospitalarias ciudades de Italia y en las turbulentas de la península española.

Volvió Iturri a Roma en 1780² y volvió a sus antiguas

¹ A la sazón (1802) tenía Iturri sesenta y cuatro años de edad. Los sucesos a que alude habían tenido lugar pocos años antes.

² En octubre de 1780 se encontraba Iturri en Faenza y recibió por pensión la cantidad de 337 reales, según consta en un documento de la época (Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 18620) y en el mismo se escribe al fin que “Don Francisco Iturri sacerdote, n.º 37, ha pasado al departamento de Roma.”

ocupaciones que no eran otras, según escribía Juárez en 1788, que el estudio de la historia americana. Muchos años hacía que había emprendido y que realizaba de acuerdo y en consorcio con el santiagueño Juárez, la composición de su *Historia natural, eclesiástica y civil del virreinato de Buenos Aires*, obra magna que Iturri y Juárez deseaban ofrendar a la patria lejana pero querida.

ITURRI Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

LA OCUPACIÓN DE ROMA POR BONAPARTE. IDEAS DE ITURRI.
PATRIOTISMO

En 1800 se hallaba Iturri en el pueblo de Velletri y vivía en una misma casa con los Padres Rospigliosi, Ocampo, Gorostiza, y otros, según informaba Villafañe en carta de julio de aquel mismo año. Dos años después volvió a Roma y residió en esta ciudad hasta fines de 1818 o principios de 1819.

En los primeros años creyó poder volver a América, pero sus esperanzas salieron fallidas.

Villafañe escribía a Funes con fecha 10 de febrero de 1804 que “a Iturri le esperan en Buenos Aires, adonde ha escrito a un su confidente que en todo este año le esperen”.

El confidente bonaerense de Iturri no era otro sino el doctor Félix Zoloaga, quien, como después veremos, fué quien editó en Buenos Aires la célebre *Carta Crítica* del jesuíta santafesino.

En carta del 18 de enero de 1802 manifestaba Villafañe la esperanza que tenía de volver a América: “Yo no desespero de volver a la patria —le escribía— y en el pró-

ximo correo espero resultado del Príncipe de la Paz, a quien representé mis razones.”

Esta misma carta, publicada en 1873 por el señor Gordillo, nos manifiesta cuáles eran a principios del siglo XIX las ocupaciones de Iturri. “Ahora estoy trabajando una obra sobre la América, en la cual... vuelvo por el honor de ese infeliz país expuesto a las sátiras y calumnias...; si Dios provee saldrá luego. Me hace esperar buenas results mi Carta Crítica.

”Si usted me despacha alguna relación larga, o el mapa de Azara o de Miller... puede entregarlo a Rivadavia, para que lo entregue a un patrón [capitán de navío] catalán, el cual lo entregará en Barcelona a don Lorenzo Carvallo de Ledesma muy conocido mío; y en tal caso haga cuenta que está en mis manos. Desearía asimismo algunas semillas de los árboles americanos, que podrían venir por el mismo canal.

”En Barcelona estudié la Botánica y hablaré de ella en mi presente obra... Ya tengo clasificado el piquillín de Córdoba, del cual no han podido hablar otros botánicos.

”Escríbame usted y deme noticias de todos los pueblos de Tucumán y sus confines.”

Son curiosas las frases que cuatro años más tarde escribió Iturri a Villafañe, que moraba en Tucumán, y que éste transcribió en carta a Ambrosio Funes:

”Sepa usted que el mayor retractor y que me echó a los pies millares de quintales de plomo, para caminar lentamente hacia la patria, fué el conocimiento, que yo tenía del peligro, a que me expondría a lidiar con doctores de solas borlas y párrafos, como lo son generalmente en el

día. ¡Infeliz juventud americana! No tenéis abierta una sola puerta a la ciencia. Lo que aprendéis en tantos años de inútiles estudios no merece el nombre.”¹

Los doctores de “solas borlas y párrafos” a quienes alude Iturri eran los doctores Pino y Velazco con quienes hubo de lidiar el Padre Villafañe sobre puntos de dogma y moral y de quienes, afirmaba Villafañe, que estaban faltos de ciencia como llenos de vanidad.

Las cartas de Iturri dirigidas al doctor Zoloaga versan principalmente sobre un asunto por el que uno y otro se interesaban y era de vital interés para entrambos: el deseado restablecimiento de la Compañía de Jesús. Sobre este tema y con fecha 31 de agosto de 1804 escribió Iturri una sensible carta a su amigo, carta que revela la grande alma del historiador santafesino. Copiamos a continuación algunas líneas de la misma:

Dextera Domini fecit potentiam. —Muy señor mío estimadísimo: Sin prólogo esta carta, es la más importante de cuantas le tengo escritas. La Compañía de Jesús está restablecida en Nápoles con Breve Pontificio, en data de 30 de julio y a instancia de los religiosísimos, sabios y políticos Reyes de Nápoles y Sicilia, quienes la llaman a sus Estados “para la buena educación de la juventud y para instruir sus vasallos en la sana doctrina”, como lo dice el Breve que le incluyo. ¡Qué triunfo de la virtud, qué justicia la de los incomparables soberanos! No perdamos tiempo en reflexiones que saldrán a los ojos. El día de San Ignacio se despachó el Breve a Nápoles, después de cinco meses de contraste con las mayores dificultades. Cuál haya sido el júbilo de aquellos soberanos y de toda la capital, lo

¹ Carta del 30 de mayo de 1806.

verá usted por las cartas siguientes que traduzco fielmente al castellano.

A continuación copia Iturri varias cartas (cuatro páginas en folio) relativas a la alegría de los Reyes y del pueblo de Nápoles por el regreso de los jesuítas. Entre otras cosas declara y con cierto regocijo que "desde la mañana hasta la noche se nos presentan en tropel los jóvenes que desean ser admitidos en la Compañía. Jóvenes de media edad, nobles, ciudadanos y plebeyos, estudiantes, sacerdotes y obispos y los mismos frailes de otras órdenes, pero hasta ahora ignorándose la entrada fija, ni estando aún dispuestos los colegios no puede ser recibido ninguno. Con todo eso para satisfacer de algún modo a tantas instancias, se han escrito los nombres de algunos para aquietarlos y son ya setenta los inscritos."

Aunque no hubiese otros muchos indicios, bastarían estos fragmentos de la correspondencia de Iturri para poner de manifiesto el amor y cariño que profesó siempre a la Orden religiosa de que era miembro, a la Compañía de Jesús. Mucho había sufrido por ella, y el dolor engendra el amor.

La tranquilidad de Iturri y de Juárez fué bastante efímera en la Ciudad Eterna. El 7 de enero de 1808 entraron los franceses en Roma y seis meses más tarde, habiendo sido José Bonaparte proclamado rey de España, exigieron los invasores que Iturri, lo mismo que los demás españoles, prestase el juramento de fidelidad al nuevo monarca. Iturri se negó a ello y su negativa dió ocasión a que fuera preso y encarcelado por espacio de cinco meses. Ignoramos los fundamentos de su actuación y nos desorienta,

y no poco, la extraña ambigüedad de sentimientos en el ilustre desterrado de 1767.¹

En 1806² escribió Iturri una carta a Villafañe, carta verdaderamente notable por su contenido y que conservamos copiada por el jesuíta tucumano en carta dirigida a Funes, el 1° de diciembre de 1808. Escribe Villafañe: "Estando escribiendo esta carta antes de llegado el correo ordinario, he dado con una carta del Padre Iturri que recibí aquí [en Tucumán] por junio del año pasado; su fecha es de 31 de mayo de 1806.

"Parecen profecías o predicciones de lo que sucede en el día y que por eso le quiero copiar aquí sus palabras.

"Va refiriendo las pretensiones de Bonaparte, de que el Papa se retire a Aviñón y sigue Iturri: "Vea usted allanado el plan antiguo y puesto en ejecución el pretexto más inicuo... Aun manda el Papa en el Estado y en Roma. Pero si Dios no trastorna las ideas de este Nabuco [Bonaparte], el Papa será despojado de su Estado. Amigo, esta es la persecución más terrible y peligrosa que ha sufrido la Iglesia; con la máscara del buen orden se da por el pie a todos los fundamentos del catolicismo que quiere arruinar. La religión ha perdido sus apoyos en los soberanos católicos que han sido destronizados [sic]. No queda uno que tenga fuerzas para protegerle.

"Observe usted que estos romanos católicos han ido abajo. De este modo el Papa y la religión no tienen huma-

¹ Tomamos estas noticias de una carta que con fecha 3 de enero de 1818 escribió a don Ambrosio Funes el Padre Villafañe. (Archivo de la Provincia Argentino-Chilena.)

² Estaba entonces "algo enfermo y cegatón". Cf. Villafañe, agosto 8 de 1807.

na protección y por este medio se persuaden los hipócritas de acabar con el Evangelio que miran como obra humana. Ojalá que yo me engañe. Nos consuela solamente la eterna solidez de la piedra que la sirve de cimiento.

"La oprimirán pero no la aniquilarán. Los ilusionados son los apóstoles de la incredulidad. Ellos ocupan los sitios más oportunos para promover su infernal proyecto. Las guerras presentes no son de cañón sino de saeta.

"¿Y España? Pronto cogerá los amargos frutos de sus trabajos." Hasta aquí los pronósticos del Padre Iturri. ¿Qué tal?"

Todo esto es de la carta de Villafañe. Las frases de Iturri que ella nos conserva manifiestan la clarividencia del jesuíta santafesino y su profundo conocimiento de los hombres y de las cosas. Es de lamentar que no poseamos más cartas suyas sobre los acontecimientos que se realizaban en Europa durante la primera década del siglo, y más aun es de lamentar que no tengamos ni una sola línea que manifieste su opinión acerca de la revolución de mayo y de los sucesos trascendentales que ocurrían en su propia patria.

No cabe dudar del espíritu patriótico que siempre animó al escritor santafesino. Cierta fragmento de una de sus cartas a Maciel, a propósito de un inicuo plan de enseñanza que en esa época se trataba de confeccionar para los americanos, nos dice cómo pensaba Iturri. El citado fragmento dice así: "No ha sido aprobado el plan de literatura americana que, como se escribió, se presentó al soberano. Este plan contenía tres facultades a que debía limitarse la instrucción de los criollos y establecerse sobre la ruina de todas las universidades americanas. Las facultades eran: leer, escribir y contar."

No sin razón ha podido afirmar el doctor Lassaga, aludiendo a Iturri, que "su largo destierro no aminoró, en manera alguna, su amor a la tierra que le vió nacer". Recuérdense además aquellas frases que en 1787 escribía Juárez a Funes en nombre propio y en nombre de sus compañeros, entre los que ocupaba Iturri el primer lugar: "Agradecemos juntamente las otras noticias tanto patrióticas cuanto eclesiásticas que nos participa, pues no obstante nuestra larga ausencia y la gran distancia en que nos hallamos, mantenemos el amor patriótico." Recuérdense también aquellas frases que estampaba en carta a Villaña: "Mi objeto principal en regresar [a América], no es otro que instruir algunos jóvenes hábiles y abrirles las puertas de las ciencias, que no han llegado ni llegarán a esos países, mientras faltan maestros y guías que los alumbrén . . ." ¹

VUELVE ITURRI A ESPAÑA.

INGRESA NUEVAMENTE EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

SUS OCUPACIONES EN MANRESA.

ES NUEVAMENTE EXPULSADO DE ESPAÑA. SU MUERTE

El 7 de agosto de 1814 promulgóse la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum* por la que Su Santidad Pío VII restablecía en toda la universal Iglesia el oprimido instituto de la Compañía de Jesús. Un año más tarde, el 15 de mayo de 1815, anuló Fernando VII el decreto de expulsión de 1767 e invitó a los jesuitas a que volvieran a sus dominios. La invitación no fué desatendida. En el curso del año 1817 llegaron a España procedentes de Italia 112

¹ GORDILLO, *Los Jesuitas según las fuentes más puras de la historia*, p. 334.

sacerdotes y 10 hermanos legos, restos únicos pero venerables de la antigua Compañía de Jesús.

Iturri volvió a España, pero no fué sin alguna dificultad de su parte. Hubiera él deseado permanecer en Roma y seguir disfrutando, como hasta entonces, de la doble pensión que recibía. A este fin escribió al Rey a mediados de 1817, y el secretario de éste José Pizarro, pasó la instancia al entonces Comisario General de la Compañía de Jesús en España.

Véase la contestación de éste, firmada en el Colegio Imperial a 19 de noviembre de 1817:

Excmo. señor:

A debido y respetuoso cumplimiento de cuanto Vuestra Excelencia se ha servido de ordenarme con fecha 5 del corriente relativamente a la instancia, que devuelvo, del exjesuíta don Francisco Iturri, digo:

que la Real junta de Restablecimiento de nuestra Compañía en virtud de orden del Rey Nuestro Señor (q. D. g.) ha suprimido por medida el pago de todas las pensiones de gracia, que gozaban varios jesuitas y exjesuitas, como también otros seglares, y aun aquí mismo en España;

que en rigor de tal orden no pocos jesuitas de los que han venido a España quedaron privados de las pensiones dobles que antes tenían, y aun de la alimentación luego que fueron destinados a algún colegio;

que congruentemente a esta disposición el señor Ministro en Roma la ha circulado a todos los individuos residentes en Italia, y debe haberse así ejecutado.

Bajo estos preliminares, descendiendo en particular a la instancia del exjesuíta don Francisco Iturri, digo:

que no puedo ocultar a Vuestra Excelencia, dos cosas que no sé fácilmente explicar. La primera es, que en las

listas remitidas por el señor Ministro en Roma a la Real Junta no se halla el nombre del suplicante entre los que gozaban pensión doble de gracia, si bien se halla entre los que tenían la sola alimentaria. La segunda cosa es, que en una de dichas listas se lee su nombre entre aquellos que ofrecían de volver a España. Lo primero ha podido ser una omisión involuntaria en quien escribió las listas; y lo segundo habría sido una variedad de resolución.

Por lo demás, los motivos que produce para ser privilegiado entre tantos otros excluidos de tal privilegio, son comunes a muchos. Ni la edad de 86 [sic] años, ni los achaques, y ni aun la ceguedad han impedido a otros el venir a la Compañía para servir a su Soberano tan benéfico, y a su patria. Líbreme Dios de la idea de desear, que esto mismo haga el suplicante, acerca del cual yo no hablaría, si Vuestra Excelencia no me lo hubiese mandado, porque él no me pertenece.

Cuanto al haber impreso obras de no vulgar mérito, viven aún en Italia, y acá más de treinta sujetos que han sido autores.

En orden a las cárceles que expone haber sufrido por tan honrosa y justa causa, nada puedo decir porque en aquellos tiempos yo demoraba en Sicilia; pero si por cárcel entiende el arresto en la Casa Profesa del Jesús en Roma, ese mismo arresto y por la misma causa lo han sufrido otros, y aun cuatro o cinco veces, y más lo sufrieron tantos otros que despojados de todo fueron llevados al encierro de Mantua, los cuales no pocos han venido a España, y nada piden por lo que han sufrido, contentos con el sistema de alimento y vestuario que da en las circunstancias nuestra vida religiosa.

Basado en este informe debió la Corte de rechazar la petición de Iturri, y vióse éste en la precisión de regresar a la Península, si quería tener con qué pasar los postreros

años de su vida sin caer en la absoluta indigencia. Recuérdese que tenía a la sazón sus ochenta años de edad, estaba lleno de achaques y atribulado por la ceguera.

A la última época de su estadía en Roma pertenece una carta de Iturri fechada a 6 de octubre de 1818. La letra indecisa y requebrada manifiesta que su autor además de cegatón, sufría de los achaques inherentes a la vejez. El espíritu de la carta parece comprobar el decaimiento mental del insigne historiador. Transcribimos a continuación este escrito, aunque ignoramos quién fuera el destinatario:

Amigo y estimadísimo: Como Martínez Francisco ha exagerado tanto el mantenimiento gratuito, que él dice, haberme dado, he creído conveniente poner todo en claro, para que se sepa la verdad.

Yo llegué a Roma el día 25 de julio de 1780. Hasta el 1798 yo no recibí de Martínez ni tan siquiera una narigada de tabaco. En 1798 volví a España por orden real, y dejé mis muebles, y algunos libros al dicho Martínez sin interés ninguno.

Después que volví de España en 1801 yo no recibí cosa alguna de Martínez; pues cuando me convidó, para ir a Tívoli para la fiesta de Santa Sinforosa a costa mía, la buena mano que dejé a la criada, compensó el golpe de dos días, que me hicieron detener.

Hasta el 1804 yo jamás comí, ni lavé en casa Martínez. Éste me convidó una o dos veces a comer, llevando yo mi pastel de macarrones. El 1805 me rogaron e instaron para comer diariamente en casa con él pero con hacer escuela a su hijo, y sin paga ninguna. Así continuó hasta que vinieron los franceses en 1808.

Cuando murió don Francisco Legal en 1809 di todos sus

muebles a Martínez, cargándome de las miras correspondientes sin interés ninguno.

Cuando los franceses pusieron guardia a la casa Martínez, yo pagué los ocho franciscones que costó la ejecución.

Varias veces entre año ordené pasteles de macarrones y timbales, como lo atestiguará el confitero de San Carlos al Corso.

Yo pagué dos años al servidor. Los más de los días yo compraba frutos diariamente, 19, 21, 24, y 30 bayocos al día, y después de todo ¿me ha mantenido gratis Martínez? Yo jamás les he pedido ni comida, ni cena, y he sido un servidor en cuanto se les ofrecía.

Esto bastará para deshinchar los flatos de generosidad de este buen hombre glorioso.

Lo fío a usted que es amigo, para mirar por mí, que he concurrido simplemente a la vanagloria.

Tuus ex corde

*Francisco Iturri.*¹

Esta carta nos revela algunas particularidades de la vida de Iturri en Roma, y su amistad con un comprovinciano suyo el exjesuita Francisco Martínez.

Debió ser a principios del año 1819 que pasó Iturri a España, aunque hacía ya un año que tenía deseos de realizar este viaje. Con fecha 9 de enero de 1818 escribía el Padre Diego León Villafañe, desde Tucumán, a don Ambrosio Funes: "El P. Iturri, si es que vive, lo hago en Barcelona. Tengo recibida una cartita suya escrita en Roma a 3 de mayo del año próximo pasado avisándome del estado de mis intereses que dejé pendientes en Roma. En esa cartita me dice que iba a España, el mes siguiente, a vestir la sotana [de la Compañía de Jesús]."

¹ Archivo de la Provincia de Toledo (Madrid), ms. 484⁷.

Iturri volvió a España, y gloria suya, y muy grande es la de haber sido uno de los antiguos jesuitas que refundaron la Compañía de Jesús en la patria de San Ignacio y de San Francisco de Javier a favor de la pasajera reacción dinástica de Fernando VII. En compañía de Iturri regresaron a la Península los Padres Francisco Regis Ruiz, de la antigua provincia del Paraguay y que frisaba a la sazón en los setenta y seis de edad, y el Padre Ignacio Duchesme, natural de Santa Fe de Bogotá y que a la sazón tenía setenta y cuatro años. Iturri era, sin embargo, el más viejo, y tal vez el más venerable de aquellos venerables jesuitas.

Cuando Iturri pasó a España era ya jesuita. Ocho años antes había ingresado oficialmente en la Compañía de Jesús y hecho su solemne profesión el 2 de febrero de 1812.¹ El primer catálogo oficial en que hallamos a Iturri es el publicado en 1820. Según este documento estaba nuestro jesuita ubicado en Manresa y ejercía los cargos de ministro o ecónomo, socio del maestro de novicios, procurador, consultor en segundo año, confesor de la casa, de la iglesia y prefecto de la salud.”²

Poco tiempo, pudieron gozar los manresanos de la presencia de los jesuitas, a quienes habían recibido con tanto entusiasmo. Estalló la revolución de 1820, y por decreto del 14 de agosto del mismo año, fueron nuevamente ex-

¹ VIVIER, ALEJANDRO: *Vita functi in Societate Jesu* (París, 1897), p. 28, n. 330.

² Don Francisco Iturri, Min. Soc. Mag. Novit. Proc. Cons. ann. 2, Conf. Dom. et in Temp. Præp. Sanit. *Catalogus... ineunte anno MDCCCXX*, p. 14. Según se colige del dato “Cons. ann. 2” hacía ya más de un año que el Padre Iturri estaba en Manresa.

pulsados del reino los que pocos años antes acababan de inmigrar al patrio suelo. En vano acudieron al Rey los habitantes de Manresa, implorando la suspensión del decreto.¹ Todo fué inútil; la Compañía fué disuelta en 1820 en toda la Península, y disuelta permaneció durante el trienio de 1820-1823.

Era esta la cuarta vez que le tocaba a Iturri experimentar los sinsabores del destierro, pero sus años y sus fatigas acabaron con su vida en vísperas de la expulsión. Llegó a Barcelona y permaneció con otros varios jesuítas en una casita que poseían los mismos en la calle del Gobernador. Su residencia semiclandestina en la capital de Cataluña coincidió con la terrible peste que diezmo la población desde mediados de 1821 hasta mediados del año siguiente.

Fué en esta época aciaga que terminó el Padre Francisco Javier Iturri su larga vida de 84 años, entregando el alma a su Creador el 8 de enero de 1822. Después de muchas pesquisas en los archivos parroquiales de Barcelona, tuvimos la satisfacción de hallar su partida de defunción. Consérvase en la iglesia del Pino y se reduce a las siguientes lacónicas líneas: Al margen "Iturri" y en el texto a continuación: "Día 9 [de enero de 1822] sepultura general de un día de concierto completo al cuerpo de don Francisco Javier Iturri, Padre jesuíta de Santa Fe en América. Murió a la edad de 85 años. Vivía en la calle del Gobernador."²

¹ Puede verse la solicitud de los manresanos en *La cueva de San Ignacio en Manresa* (Manresa, 1918), por el Padre Jaime Nonell, pp. 160/5.

² Archivo de la iglesia del Pino (Barcelona): Defunciones, 1822, fol. iv.

Estas frases consuelan, pues manifiestan que el anciano jesuíta no murió desamparado a pesar de los aciagos tiempos que corrían, antes bien debió morir rodeado de sus hermanos de religión, su cadáver fué religiosamente sepultado y su alma no se vió privada de los auxilios de nuestra santa religión. En los registros del "Cementerio viejo" no consta el entierro de Iturri, porque a causa de la peste era tan grande el número de los difuntos que no fué posible anotarlos en el decurso de diez meses. Tampoco hemos podido hallar noticia alguna de la tumba del jesuíta santafesino, aunque es incuestionable que sus restos mortales se hallan en algún rincón del viejo cementerio barcelonés.

Tales son los datos biográficos que poseemos acerca del gran historiógrafo argentino. Como muy bien nota el señor Ricardo Rojas, "la vida de Iturri se confunde con todas las vicisitudes que agitaron a la Compañía de Jesús desde fines del siglo XVIII hasta principios del XIX". El venerable octogenario había pasado 55 años en el destierro, y murió en él, lejos de la tierra que le vió nacer y lejos de sus amigos y de sus deudos.

La luz de la verdad histórica alumbra su hermosa figura y la gratitud provincial y nacional no puede menos de señalarle un puesto de honor en el templo de los próceres argentinos. Dueño de una inteligencia rica y de un corazón grande, puso a disposición de la patria lejana pero querida, su talento de historiador, y su amor de patriota, y aunque nacido en la colonia tuvo la dicha de saludar el Sol de Mayo desde las hospitalarias playas del Lacio.

DIVERSOS ESCRITOS

LA PRIMERA "CARTA CRÍTICA".

JUAN B. MUÑOZ Y SU "HISTORIA DEL NUEVO MUNDO".

PRINCIPIO DE LA CONTROVERSIA

EN 1770, poco después de arribar Iturri a Italia, fué nombrado cosmógrafo mayor de Indias el valenciano Juan Bautista Muñoz, y pocos años más tarde se le encargó que escribiera una historia completa de la conquista y colonización de América. Aunque fué el mismo Carlos III quien escogió a Muñoz para esta tarea, protestó contra semejante nombramiento la entonces tan autorizada Academia de la Historia por considerar al nuevo cronista incapaz de llevar a cabo obra tan difícil.

No iban errados los señores académicos, aunque Muñoz y todos los palaciegos del rey esperaban del mismo una obra sin rival. Uno de ellos el señor Sempere y Guarinos escribía en 1785 que "la obra que más acreditará al señor Muñoz será la Historia de América, que está trabajando. En cinco años que ha estado en Simancas, Sevilla, Lisboa y otras partes, recogiendo materiales para aquella obra, ha juntado una porción de documentos originales, cual no la tuvieron Herrera, ni Solís, y mucho menos Roberston, ni el bullicioso Raynal. De su buen modo de pensar, y de la facilidad y soltura de su estilo, ha dado bastantes muestras. Con que es de creer que nos dé una Historia completa en todas sus partes".¹

Esto escribía Sempere en 1785, y ocho años más tarde

¹ Biblioteca española, t. iv. p. 142.

tenía Muñoz escrito el primer volumen de su Historia y, aunque la Academia se opuso a su publicación,¹ quiso Carlos IV que se diera a luz. Así apareció en 1793 la

**Historia del Nuevo-Mundo | Escribála | D. Juan
Baut. Muñoz | Tomo 1. | En Madrid | Por la Viuda
de Ibarra | M DCC XCIII.**

4º — 4 pp. s. f. + xxx. pp. + 364 pp.

Tit. — v. en bl. — Dedic. al Rey: 1 f. s. n. — Prólogo:
pp. i/xxx. — Texto: pp. 1/342. — Sumario de los libros:
pp. 343/64.

Este primer volumen, único que llegó Muñoz a publicar, comprende seis libros y abarca los años 1492-1500.

La prensa, ligera en sus juicios, recibió la obra de Muñoz con elogio y aun con entusiasmo. Hasta en Alemania y en Inglaterra se llegó a considerar la Historia de Muñoz como obra la más cabal y perfecta. Un tal W. Sprengel la tradujo al alemán y la editó en Weimar (1795), y un desconocido inglés, la tradujo y editó en Londres en 1797.

Sólo algún que otro hombre erudito en historia americana levantó la voz contra aquel engendro novelesco, contra las imposturas, deficiencias y grotescos plagios del cosmógrafo valenciano y es justo y exacto el afirmar que nadie como Iturri supo impugnar y descalificar ante la

¹ Sería conveniente que los modernos panegiristas de Muñoz, como el señor Jacobo de la Pezuela ("Boletín de la Academia de la Historia", Madrid, 1921, t. lxxix, pp. 74/9) no sólo tuvieran presente la Carta Crítica de Iturri, sino los juicios acertados que contra la obra de Muñoz expidieron los mismos jueces nombrados por la misma Academia de la Historia, y que se conservan actualmente en el Archivo de Indias (Sevilla), 146-4-29.

opinión pública y ante el veredicto de la historia la presuntuosa obra de Muñoz.

Nuestro historiador santafesino, aunque lejos de la Península española, bien pronto se enteró de la producción histórica de Muñoz y escribió refutando sus errores una "Carta Crítica" tan breve en palabras como nutrida en argumentos.

I¹) Carta Critica | sobre | la Historia de America | del Señor | D. Juan Bautista Muñoz | escrita en Roma | por D. Francisco Iturri. (bigote: 28) | con Licencia. | Madrid año de 1798.

8° (65 × 124 mms.). — Ejs. vistos: Bibl. Nac. (París) Q. 7736; Bibl. Acad. Historia (Madrid): 4/411; Bibl. Univ. Deusto: Est. 88. P. I.; Arús (Barcelona): 27-5-13; British Museum: 9603 a 17; Bibl. del Sr. Enrique Udaondo. Port. — v. en bl. — Texto: pp. [3]/120.

Al fin de la carta se lee: "Roma y Agosto 20 de 1797."

Villafañe en carta a Ambrosio Funes escribía en 1807 lo que sigue: "Me alegro de que haya llegado a sus manos la Carta Crítica de nuestro Iturri contra el valenciano Muñoz, nuevo historiador de las Américas. En Roma, cuando vivíamos juntos con Iturri en el Lugar Real de San Carlos al Corso, de concapellanes de dicha iglesia, trabajó ese papel y me lo mostró. Después me avisó que se lo habían impreso en Madrid, a solicitud de la persona a quien despachó esa su crítica."¹

La persona madrileña a quien alude Villafañe no fué otra sino el sabio Campomanes. A petición suya escribió Iturri su Carta y a expensas del mismo se imprimió. Veinte

¹ Archivo de la Provincia Argentino-Chilena (Buenos Aires).

años más tarde reimprimióse en Buenos Aires esta Carta del historiador santafesino:

I²) Carta Critica | sobre | la Historia de America | del | Sr. Dⁿ. Juan Bautista Muñoz | escrita en Roma | por | don Francisco Iturri. | (viñeta) | (bigote) | Impresa en Madrid, año 1797. [sic] | Reimpresa | en | Buenos-Ayres: | en la imprenta de la Independencia | (filete corto) | 1818.

8º (92 × 136 mms.). — Ejs. vistos: Bibl. Col. Salvador (Bs. As.): 109 - G; Bibl. del Dr. N. Fresco (Bs. As.): 56; British Museum: 1197 h. II; Bibl. del Sr. Enr. Peña: s. s.; Bibl. del Sr. E. Udaondo: s. s.

Port. — v. en bl. — Texto: pp. 3/111. — 1 p. en bl.

El doctor Félix Zoloaga fué quien costeo esta edición bonaerense según se colige de una hoja manuscrita que se halla al frente del ejemplar del señor Enrique Peña y es como sigue:

"Executoria del Suelo Americano y Héroes Incas.

"El escritor, natural de Santa Fe de la Vera Cruz, obispado de Buenos Aires, e hijo de la Compañía de Jesús.

"Por tan aplaudida en la Sociedad del Sabio Campomanes, se imprimió sin noticia del autor, su resultado fué prohibir a Muñoz continuarla.

"No hubo más pluma en la formación de dicha carta que la del americano; lo acreditó por un manifiesto contra los críticos opinantes.

"En obsequio de la Familia Americana, y grata memoria del autor, se reimprime a costa del que suscribe, su íntimo corresponsal. — Dr. Soloaga.

"Recoleta de San Pedro."

En el ejemplar que poseen los Padres dominicos de la ciudad de Córdoba se lee esta nota manuscrita del mismo editor: "Executoria Americana. El Autor, jesuíta nat.¹ de S.^{ta} Feé de la Vera Cruz. Al D.^r Albarracin. — Soloaga."

A la edición bonaerense siguió otra, aparecida en Puebla de Méjico:

I³) Carta Critica | sobre | la historia de America | del señor | D. Juan Bautista Muñoz | escrita en Roma | por D. Francisco Iturri | (viñeta) | Año de 1820 | (bigote) | Impreso en Madrid y por su original en Puebla en la | Oficina del Gobierno.

8° (110 × 155 mms.). — Ej. visto: British Museum: 9772 bb. 11.

Port. — v. en bl. — Texto: pp. [1]/67. — 1 p. en bl.

Hemos comparado esta edición con las dos anteriores y no hemos hallado variante alguna. De ella sólo conocemos el ejemplar del Museo Británico, ejemplar que adquirió éste el 8 de febrero de 1871.

Los ejemplares de las ediciones de 1798 y 1818 son bastante escasos. Ni Hiersemann, ni Maggs, ni los libreros antiguos como Leclerc y Quichart llegaron a poseer ejemplar alguno. Sólo Vindel en su Catálogo de "Obras en su mayoría raras y curiosas" (Madrid, 1913), puso a la venta un ejemplar de la edición de 1798, ejemplar que fué adquirido por un tal Huete. El que conserva la Biblioteca de la Universidad de Bilbao perteneció a don Francisco Bero.

EL CONTENIDO DE LA "CARTA CRÍTICA".
RAZONAMIENTO Y ARGUMENTACIÓN DE ITURRI.
ELOCUENCIA Y RASGOS HUMORÍSTICOS

Comienza Iturri su célebre Carta con estas líneas: "Muy señor mío: he leído en estos días el primer tomo de su Historia del nuevo mundo. Mi atención ha sido igual a mi curiosidad. Y sin más preámbulo que la protesta sincera de mi respeto, le hago presente dos reflexiones.

"La primera es: que si algo vale la crítica que usted hace en el prólogo, de los escritores de América, su historia es la peor de cuantas han salido al público. A creer a usted sobre su palabra, los castellanos en tres siglos no han escrito una historia, que merezca el nombre. Mas pesando con fiel contraste sus razones, usted sin esperanzas de mejor historia, nos quiere despojar de las buenas que teníamos.

"Segunda: que toda la novedad de su historia se reduce a traducir servilmente a Roberston y al mentiroso Pau. La duda en que usted se puso sobre cuanto se había publicado en esta materia, imitando a los filósofos restauradores, fué local a la España. Con esta restricción dejó usted lugar al sistema, con que de medio siglo a esta parte se han regalado ingeniosa y elegantemente a la Europa solemnes falsedades, y con el cual restaura la verdad, que no se halla en nuestros archivos."

A continuación (pp. 4/9) pone de manifiesto su mala inteligencia de los escritos de Fernando Colón y de Herrera y, de pasada, observa que cuando Muñoz se aparta de ellos apártase también de la exactitud y aun de la verdad

histórica, como lo prueba citando los errores de Muñoz en lo relativo al reino vegetal.

"Señor cosmógrafo estimadísimo, continúa Iturri (p. 9), estos errores nos ponen en la mayor desconfianza de sus conocimientos americanos. ¿Quien conoce tan mal el reino vegetal del nuevo mundo, conocerá mejor el animal y el mineral? ¿Quien altera y trastorna la idea de las cosas más obvias y vulgares, hablará con mayor tino en puntos más difíciles? . . . Que un simple o un lerdo se alucine, leyendo la vida del Almirante, es desgracia muy frecuente y de ninguna consecuencia; más que un cosmógrafo tan lince, como usted, tan sagaz, tan crítico, y que lleva por la mano a sus lectores para que no tropiecen, caiga en el mismo lugar donde más se exagera el peligro, esta desgracia, señor mío, es muy fatal a sus luces, y justifica toda mi aprensión."

Hasta la página 30 defiende atinadamente a Herrera y a sus Décadas, y pone de relieve toda la osadía de Muñoz, quien después de criticar a ese historiador le copia sin citarle y hasta le copia en sus errores (pp. 16/7). Al fin de esta parte (p. 30) tiene Iturri un humorismo que no dejaría de zaherir al improvisado historiador valenciano: "y para no dejar títere con cabeza, nos asegura usted que la polilla se comió las relaciones de los descubridores, de los eclesiásticos y de los testigos oculares. Insectos de buen gusto, y modelos perfectos de la crítica con que usted ha trabajado en la ruina de tan malos escritores.

"Si los historiadores españoles, los Gomaras, Oviedos, Pínelos, Riols, Sepúlvedas, nada valen ni pueden servir de

guía, y las relaciones originales de los descubridores no existen, ¿cómo pudo Muñoz escribir su historia? Oigamos a Iturri, quien comienza a desarrollar la segunda proposición de su réplica" (p. 32).

"Desembarazado así el campo de la historia, queda usted gallo solo en tan vasto y dilatado gallinero. Al fin del tercer siglo se han reunido finalmente en su persona todos los talentos históricos. Pero viene usted algo tarde, pues nos asegura usted mismo, que ya no existen muchos documentos . . . y que la polilla se comió las relaciones originales . . . ¿Cómo suple este defecto? ¿Con cuáles documentos llena usted este vacío? ¿Con la imaginación? ¿Con el tono de oráculo? No, señor cosmógrafo, lo llena usted con Roberston y con Pau, traduciendo servilmente la historia de un inglés y las indagaciones de un prusiano, en lo cual consiste toda la novedad de su historia . . ."

Fácil le fué a Iturri poner en toda su vergüenza el plagiarío espíritu de Muñoz, citando y parangonando (pp. 33/9) los errores geográficos de Roberston con los del último cosmógrafo español.

A veces resume en pocas líneas y rebate con elocuencia y con pruebas irresistibles los ingentes errores y gratuitas afirmaciones del último cosmógrafo de Indias.

Véase, por ejemplo, el fragmento siguiente: "Los peruanos y mejicanos no tenían Ética, mas castigaban los vicios y premiaban las virtudes. No tenían Jurisprudencia, mas administraban justicia sus magistrados y sentenciaban por las leyes. No tenían Retórica, mas la elocuencia abría la puerta a los empleos más luminosos. No tenían

Poesía, mas tenían teatros, máscaras, dramas y poetas superiores a Tespis y Cherilo. No tenían Geografía, y presentaron a Cortés en un paño la costa del golfo mejicano. No tenían Cronología, mas habían formado cuatro calendarios, y un ciclo tan exacto, que exceptuando a los griegos, ninguna nación europea puede contarle entre las invenciones más célebres de su ingenio. No tenían Historia, mas, con pinturas y quipos habían perpetuado la memoria de su origen, de su emigración, de su establecimiento, de su gobierno y de cuantos hechos forman la historia de todas las naciones. No tenían Arquitectura, mas tenían edificios más suntuosos que los de España (Cortés, Carta 1). No tenían Pintura, mas sus pinturas fueron admiradas en Europa. No tenían Escultura, mas tenían estatuas. No tenían Medicina, mas un americano sanó al virrey don Francisco de Toledo, desahuciado por los médicos europeos. En mi obra se pasarán en revista todos los objetos de las ciencias humanas y verá usted la verdad con que don Gregorio Mayans afirmó que los americanos estaban tan bien instruídos en las ciencias naturales como cualquiera de las naciones de la Gentilidad.”¹

Otras veces usa Iturri del sarcasmo como cuando confiesa a Muñoz que su Historia es un excelente extracto de las obras de Pau y Roberston sobre el suelo americano, y a veces traza pinceladas humorísticas como ésta: “La tierra nueva, dice usted, generalmente informe y bruta, su suelo ingrato, confuso y pobre. Esta pincelada, que es la última del cuadro del suelo americano, la tira usted con un aire

¹ Pp. 115/6 de la edición de 1798.

de seguridad y certeza, como si retratase la puerta del Sol de Madrid” y a continuación recuerda a Muñoz que en otra parte de su libro (p. 288) aseguró que “era tal la amenidad del terreno, el temple suave y fragante del continente americano que Colón se creyó a las puertas del paraíso terrenal”.

En las páginas siguientes desarrolla con mayor acopio de citas paralelas la erudición contradictoria de Muñoz, probando que “pasará por un historiador problemático, que niega y afirma los mismos hechos, sin otra variedad que la distancia de las páginas” (p. 48). Parangona además los errados juicios y afirmaciones gratuitas de Pau, Roberston y Muñoz con los juicios y afirmaciones de historiadores que vivieron en América y conocieron su suelo y su historia y añade: “de textos semejantes le podría yo formar un tomo, si los agregados no sobrasen para desacreditar a un millón de Paus, de Roberstons, de sus traductores y copistas”.

Hasta la página 107 hace resaltar la ignorancia de Muñoz tanto en lo relativo al clima, suelo y accidentes geográficos de América, como en lo que toca a su botánica, zoología y etnografía, y no sólo en lo concerniente a América, sino también por lo que a Europa respecta. Esta parte del libro es interesantísima y nos manifiesta cuán vastos, sólidos y depurados eran los conocimientos de Iturri sobre la historia de nuestro continente.

Termina nuestro historiador su larga carta con estas líneas: “Señor mío, he concluído mi carta. En ella ha visto usted que si algo vale su crítica, su Historia es la peor de

cuantas han salido al público. Ha visto asimismo que usted traduce servilmente a Roberston y a Pau, en aquellas noticias que pueden parecer nuevas a los simples . . . Debía usted saber que Pau tuvo gran interés en mentir, y que las memorias le fueron de país distante, y no fueron fruto de su trabajo, como él lo confiesa: "Ce qui a sans doute induit en erreur l'auteur des Mémoires manuscrites, qui m'ont été communiquées." Él sólo añadió el lenguaje y el heroísmo en mentir. Se fió usted demasiado . . . Hizo usted muy acertadamente cuando nos advierte en su prólogo que el gobierno no le insinuó el modo de escribirla. Este modo es todo suyo, y por lo tanto me tomé la libertad de hacerle presente mis dos reflexiones por razones que usted sabrá después. Entretanto soy con el mayor respeto

"De usted afectísimo servidor,

"*Francisco Iturri.*"

MÉRITO DE LA CARTA DE ITURRI Y JUICIO QUE DE ELLA
HAN EMITIDO R. ROJAS Y M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

MUÑOZ Y LA CRÍTICA MODERNA.

LA CARTA DE ITURRI Y EL DEÁN FUNES

La *Carta* de Iturri fué un ariete que abrió brecha y derribó la artificiosa obra del último cosmógrafo. El Padre Villafañe en carta a don Ambrosio Funes (9 de julio de 1803) le escribía que "la *Carta Crítica* se leyó en Madrid con el mayor aplauso en la tertulia del señor Campomanes; y que con ella ha causado Iturri tal estrago en la Historia del Nuevo Mundo que el Rey prohibió la impresión de los siguientes tomos que su autor Muñoz tenía

concluídos y prestos para la imprenta. Y además de eso el Rey suprimió por entonces el empleo de cosmógrafo de Indias; y mandó que ningún académico de la Historia la continuase en los mismos principios”.

El mismo Iturri relata el éxito de su Carta y el fracaso de Muñoz, en carta escrita en 1803 y que Seguro la conservaba entre sus valiosos documentos. Dice así:

Extraño que haya llegado a Buenos Aires un solo ejemplar¹ de mi Carta Crítica contra Muñoz. Yo me he quedado sin ejemplar alguno, sin embargo de haberme ofrecido a tomar la impresión. Sepa Vuestra Reverencia que esa mi Carta surtió todo el efecto que yo me propuse en su impresión. El tomo de la Historia quedó enteramente desacreditado y se prohibió la impresión de los otros dos tomos que él tenía prestos para la imprenta.

Era un escarnio a la Nación que un cosmógrafo de Indias copiase a Roberston y al fabuloso Pau, autorizando con nuestra imprenta los desatinos, ficciones y patentes mentiras de esos escritores cuya elocuencia podía alucinar al vulgo, mas no a un cosmógrafo de Indias que por su empleo debía tener un caudal de conocimientos americanos suficientes para discernir las imposturas y no dejarse deslumbrar de las bellas frases y estilo de los autores extranjeros.

Al principio se atribuyó mi Carta al señor Campomanes y la tomaron como obra trabajada por toda su tertulia literaria, dando por supuesto [fingido] mi nombre y apelli-

¹ Villafañe en carta a Funes (10 de febrero de 1804) escribía lo siguiente: “en los días pasados me trajeron la Carta Crítica de Iturri, y se la agradezco a usted mucho. Luego que la hayan copiado, con la primera ocasión segura se la devolveré”. Este caso y el anterior ponen de manifiesto que escaseaban los ejemplares de la Carta en la patria del autor.

do. No creyeron que uno solo fuese el autor, y nombraron al clarísimo Ruiz,¹ botánico eminente de la expedición al Perú, como uno de los autores que había trabajado la parte botánica. Así lo publicaron en un librote miserable que opusieron a mi Carta Crítica y al cual respondí con un cuaderno tan decisivo y humillante que no se imprimió por compasión a la memoria de Muñoz que había muerto repentinamente. Un grande de España había aceptado la Dedicatoria. El original queda en su poder en Madrid y saldrá cuando lo crean oportuno.²

Algunos notan la acrimonia de mi estilo. Yo también lo confieso. Pero habiendo escrito mi Carta en los primeros momentos de la indignación contra un cosmógrafo que trata con tanto desprecio a nuestros mejores autores, no creí que desdecía mi energía porque yo respondía en el mismo tono con que él abatía a los Padres de nuestra historia, despachándolos por ignorantes copistas, precipitados, rudos, incapaces, equivocados, negligentes, al mismo tiempo que él incorporaba en la historia las fábulas de Pau y las imaginaciones de Roberston.

Sea como se quiera, el hecho es que la Historia de Muñoz con mi Carta cayó a tierra, perdido su crédito y no podrá levantarse.³ Ahora en la obra que trabajo, añado lo que no publiqué en mi Carta y así conocerá el público que con el título de Historia el señor Muñoz quería imprimir una sátira de América. Yo supe casualmente la intriga y manejo y con este fin leí el dicho tomo y conocí el plagio

¹ Ruiz y Pavón, colaborador del Padre Gaspar Juárez, en sus trabajos fitológicos y autor de *La flora del Perú y Chile*.

² Alude Iturri a la *Carta segunda*... de que después hablaremos.

³ Angel M. Gordillo que pudo ver y transcribir una carta de Iturri, escrita en 18 de enero de 1802, trae substancialmente los datos que aquí reproducimos. Agrega sin embargo, que el Rey "mandó que ningún académico de la Historia continuase [la Historia de Muñoz] con los mismos principios..."

descomunal de trescientas noventa páginas robadas a Robertson y el resumen de toda la obra de Pau en el primero y segundo libros.

Un amigo de Muñoz me dijo haber oído excusarse con la indecorosa razón de que solamente había leído a Robertson, a Pau y a Reynal, cuando escribió los dichos primero y segundo libros, debiendo haber leído de antemano a nuestros autores y nuestros archivos que son los mejores y más claros manantiales de nuestra historia. El Rey prohibió que se continúe la Historia de Muñoz con el mismo orden y crea Vuestra Paternidad que este primer tomo es la producción más pobre y pueril que podría salir de las manos de un cosmógrafo.¹

Tal fué el éxito que tuvo la célebre *Carta Crítica* del preclaro historiador santafesino. Acerca del mérito literario de ese escrito mucho pudiéramos decir, pero nos contentaremos con citar el acertado juicio del doctor Ricardo Rojas² quien afirma que Iturri en su respuesta a Muñoz "le rectifica sus errores, le replica sus juicios, le denuncia su parcialidad: advirtiéndose a la vez en todo ello sentimientos que son de amor a América y de lealtad a España. Su información es precisa, su juicio perentorio, su frase clara". Podemos añadir a este juicio el de Menéndez y Pelayo,³ quien nos habla de la "áspera y no siempre justa" Carta de Iturri, y es justo reconocer que el mismo

¹ No obstante la verdad que entrañan estas frases, hay autores mal informados que elogian la mísera producción de Muñoz. El artículo Muñoz J. B. de la *Enciclopedia Espasa* hace poco honor a esa magna obra, puesto que copia, casi al pie de la letra, el disparatado artículo de la *Enciclopedia de Montaner*, verdadero pandemonio histórico.

² *Historia de la literatura argentina*, t. ii. p. 346.

³ *Historia de la poesía hispano-americana* (edición de 1913), t. ii. p. 390.

historiador argentino reconoció después su exceso y su extralimitación. La pasión ofusca aún cuando la verdad alumbra.

Es curioso notar que el juicio de Iturri acerca de la obra de Muñoz coincide totalmente con el que ha emitido la crítica moderna. Menéndez y Pelayo al estudiarla en su interesante monografía "De los historiadores de Colón" asegura que "como obra histórica [la Historia de Muñoz] tiene el inconveniente, no sólo de estar muy incompleta, sino de carecer de todo género de documentos y notas justificativas"¹ (p. 291); "reconozco de buen grado, añade el crítico español, que Muñoz procede muy rápidamente y exige mucha atención para ser bien comprendido; que en la introducción o libro primero, que contiene el resumen de la antigua geografía... sigue demasiado servilmente las huellas de Roberston, y hubiera podido ser menos superficial sin detrimento de la elegancia..." (p. 272); Muñoz "después de haber formado la portentosa colección que lleva su nombre en la Academia de la Historia prefirió dar, en vez de una historia erudita y documentada con pruebas e ilustraciones, un hermoso trozo de composición retórica en que los dichos aparecen artificialmente agrupados para el efecto" (p. 211).²

¹ "De los historiadores de Colón", pp. 203/31, de: *Estudios de Crítica literaria*, por M. MENÉNDEZ Y PELAYO. Segunda serie (Madrid, 1912).

De sus ideas harto heterodoxas nada dice Menéndez y Pelayo en su conocida obra, antes por el contrario la menciona con cierto elogio. Véase *Historia de los Heterodoxos* (Madrid, 1881), t. iii. p. 343.

² En la Biblioteca Colombina (85-4) existe una *Razón de la Historia de Indias cometida a D. Juan B. Muñoz*, que va fechada a 16 de noviembre de 1785 y consta de 6 folios. Es una defensa del último cosmógrafo de Indias.

Del efecto que la Carta de Iturri produjo en el ánimo de Muñoz, y de sus adláteres, nos ocuparemos más adelante. Aquí sólo recordaremos que en América tuvo admiradores, como el Deán Funes, e impugnadores como un tal Fray Elías del Carmen Pereira.

Desde Tucumán escribía Villafañe a don Ambrosio Funes y le decía que: "el que me ha servido de amanuense, está muy prendado por aquellas cartas miras y célebres que ha visto, y desea mucho, si es dable, leer aquella Carta Crítica impresa contra el historiador de América, Muñoz. Si usted la tiene, y no le es duro el comunicarla, podría con tantos como de ahí vienen enviármela, y yo con otra ocasión de semejantes personas seguras se la devolveré." ¹

Ambrosio Funes tenía noticia de la célebre Carta, y la tenía también su erudito hermano el Deán Gregorio Funes. Josef A. Araujo escribía en 26 de julio de 1802 al Deán y le decía: "Dígame a vuelta de correo si tiene la Crítica del célebre exjesuíta Iturri contra el cronista Muñoz para hacérsela copiar, para lo cual estamos de acuerdo con Perdriel." ²

A esto contestó el Deán Funes en 15 de agosto por estas palabras: ³

"Hermano Ambrosio tiene una copia de la Carta de

¹ Carta del 9 de agosto de 1803.

² Biblioteca Nacional (Buenos Aires), ms. 546.

³ Biblioteca Nacional (Buenos Aires), ms. 3698. El párrafo que sigue al transcrito versa también sobre una Carta Crítica y puede inducir a error el lenguaje del Deán. Alude a una escrita por él con ese mismo título, aunque sobre diverso asunto, y publicado en el *Telégrafo Argentino*, n. iv. t. iii.

Iturri; la que he leído con toda la complacencia que pide una pieza tan acabada. Si viniesen ejemplares impresos se servirá usted remitirme uno. Iturri fué mi maestro de gramática; y de cuando en cuando nos escribimos. Conocí en Madrid a Muñoz, que es a quien impugna: estaba reputado por hombre sabio, y así lo da a entender la Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III. Con especial curiosidad hace poco, que pregunté a Madrid si se había vindicado, lo que me respondieron avisar a usted.”

LA “SEGUNDA CARTA”. ¿ES ITURRI SU AUTOR?
MUÑOZ Y SU “SATISFACCIÓN A LA CARTA CRÍTICA”

Muñoz contestó a la Carta Crítica de Iturri con dos panfletos iracundos, e Iturri, a su vez, volvió a la carga y hubiese proseguido en la lucha a no haber fallecido repentinamente, en 1799, el desgraciado cosmógrafo, sucesor indigno de Oviedo y de Herrera y último historiador de Indias.

Los dos escritos del historiador valenciano aparecieron el mismo año de 1798 y tenían por título: *Satisfacción a la Carta Crítica sobre la Historia del Nuevo Mundo* (Valencia, 1798) y *Carta segunda de don Antonio Alemán en que se descubre el mérito de la segunda seudocrítica sobre la Historia del señor don Juan Bautista Muñoz* (Valencia, 1798). Esta segunda publicación era obra del mismo Muñoz, aunque iba encubierta con el seudónimo.

A la *Satisfacción a la Carta Crítica sobre la Historia del*

*Nuevo Mundo*¹ contestóse publicando un libro que tenía por título: "*Carta segunda en que se continúa la crítica de la Historia del Nuevo Mundo de don Juan Bautista Muñoz, cosmógrafo mayor de las Indias*. Por M. A. R. F. Con licencia. Madrid, año de 1798." Constituye un tomo en 8º, de 98 páginas.

¿Es Iturri el autor de esta *Carta segunda*? En 1920 adjunimos múltiples pruebas para probar que era él su autor, pero al presente afirmamos sin género de duda que no es él quien escribió la tal "*Carta*". Nuestra antigua opinión se fundaba:

¹ En la Academia de la Historia (Madrid) y con la asignatura 4/41 se halla un volumen que contiene: a) La *Carta Crítica* de Iturri, edición de 1798. b) La *Satisfacción / a la Carta Crítica / sobre la Historia / del Nuevo Mundo*, pp. 1/20. c) Un fragmento impreso tomado de la *Magasin Encyclopedique / IV. Année. Tome I.* (pp. 127 y 128). Entre otras se leen estas afirmaciones del revistero francés alusivas a Muñoz: "Mais ils ne seront pas assez heureux pour détourner ce savant de ses travaux utiles; il achevera avec succès et remplira la tache pénible et glorieuse qu'il s'est imposé." d) *Carta / de D. Antonio Alemán / Madrid 29 de junio de 1798* (pp. 1/20). Al fin se lee: *En Valencia / por Joseph de Orga / Año MDCCXCVIII / Con las licencias necesarias*. En la p. 1 leemos: "Tengo entendido que el señor Juan B. Muñoz ha resuelto abandonar a juicio de los literatos el libelo publicado en Madrid, no contra su Historia, cuanto contra su persona. Sin duda lo ha creído, como lo es, indigno de su atención, bien empleada en continuar sus utilísimas tareas." "Por fin se ha convencido usted"; leemos en la p. 10 "de que el libelo de Turriburri sólo merecía un desprecio. No puede engañar sino a tal cual idiota incapaz de discernir *quid distent æra lupinis*. Los sabios y aun los medianamente instruídos hacen justicia: todos los amantes de la patria y de las letras esperan y desean que el señor Muñoz, pues ha recobrado en gran parte la salud, después de padecer cinco años, atienda únicamente a su importante obra. Así lo hace, riéndose a carcajada suelta del exgachupín padre menor del susodicho engendro, y de la turbamulta de compadres a quienes conoce *intus et in cute*".

1) En el testimonio del Padre Silva, coetáneo y amigo de Iturri, quien escribió de su puño y letra las siguientes líneas al frente del ejemplar de la Carta Crítica que se conserva en el colegio de Valladolid (España): "El don Padre Francisco Iturri, natural de Buenos Aires, a quien yo conocí en Italia y de vuelta a España me la dió como recuerdo de nuestro viaje a Barcelona, donde él quedó y creo que aun reside. También escribió otra carta sobre el mismo asunto de ésta, pero supreso el nombre a la frente, por ciertos reparos que hubo para la impresión como él me lo dijo. Me consta además tiene muchos otros trabajos, parte acabados y parte por acabar sobre cosas de América que sería bueno no se perdiesen a su muerte que ya es viejo."

2) En unas frases del mismo Iturri que parecían comprobar nuestra tesis. Escribiendo al Padre Juan de Osuna le decía:

"De Madrid me anuncian que se ha disgustado sobremanera nuestro cosmógrafo mayor de Indias con las dos cartas en respuesta a las mías con nombre de don Antonio Alemán. Dícenme que me las enviarán en uno de estos correos. Recibidas veré si merecen contestación, aunque presumo que haya de ser absolutamente inútil lo que yo le diere, y hacer poca impresión en un ánimo, como el suyo, imbuído en falsas filosofías, como colijo de la lectura de su Historia." Esta carta de Iturri se conserva en el Archivo de Loyola y lleva la fecha de 13 de julio de 1799.

3) En el hecho de haber atribuído a Iturri esta Carta no sólo los amigos o parciales del jesuíta argentino, sino

también sus enemigos y aun el mismo Muñoz. Éste en su "*Carta segunda de don Antonio Alemán . . .*" antes citada, afirma que "conoció [Muñoz] al instante a su autor principal, que no es Manolo [don Manuel Antonio Rodríguez y Fernández], como se quiere dar a entender, sino Farruco [Francisco Iturri] *putidissimum caput*. Aunque parece indudable que le han ayudado algunos, señaladamente el caporal Perucho".¹ Ignoramos, escribe el Padre Uriarte, quién pueda ser el don Pedro a quien alude el señor Muñoz con el apodo de Perucho. Con el de Manolo quiso nombrar a don Manuel Antonio Rodríguez y Fernández, envuelto en las iniciales de esta Carta segunda, así como con el de Farruco, a nuestro Francisco Iturri.

Pero prosigue el embozado Alemán, y añade que "otras muestras podría ofrecer dignas del cajón de Perucho. De sus retales y otros pocos que buscó Manolo en el portal de mauleros, hizo Farruco dos capas de pobre para envolver a su expósito, quiero decir los principios y fines de su seudocrítica".² "Verdad es que no todo es ajeno . . . Farruco [Iturri] ha recortado y acomodado los retales: suyas son las puntadas, los cintajos y otras preciosuras, muy suya la invención de ciertas doctrinas, consecuencias y contradicciones que él sólo ve en la Historia del Nuevo Mundo."³

4) En la autoridad de un bibliógrafo tan reposado y exacto como el Padre Eugenio de Uriarte quien en su *Catálogo razonado*⁴ no dudó en atribuir a Iturri la *Carta segunda . . .* "Llámase esta "Carta segunda" escribe Uriar-

¹ P. 2.

² Pp. 3/4.

³ Pp. 4/5.

⁴ *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas*, t. i. p. 112.

te, por ser continuación de la primera Carta Crítica . . . impresa poco antes con el nombre explícito de don "Francisco Iturri" . . . , y aunque salió con las iniciales "M. A. R. F.", parece evidente que la redactó el mismo autor de la primera. Además de que, para convencerse de ello, basta cotejar la una con la otra . . ."

Estas eran las pruebas que aducíamos en 1920 para atribuir a Iturri la *Carta segunda*, pero todas ellas fallan y nada prueban ante el hecho cierto de que la *Carta segunda* que escribió el Padre Iturri, y que es enteramente diversa de la "Carta segunda de M. A. R. F.", se conserva inédita en los archivos de Madrid junto con diversos antecedentes acerca de su proyectada pero fracasada publicación.

Aunque este documento basta y sobra para probar que no es Iturri el autor de la *Carta segunda* . . . , bueno es recordar que al frente de un ejemplar de la misma que hemos visto en la biblioteca de la Residencia de Jesús del Gran Poder (Sevilla), escribió un contemporáneo el nombre de su verdadero autor: "Manuel Antonio Rodríguez Fernández", a quien corresponden las iniciales M. A. R. F.

LA SEGUNDA CARTA

No bien publicó Iturri su primera Carta, publicó Muñoz una *Satisfacción* a la misma, satisfacción que estuvo muy lejos de satisfacer al historiador santafesino. Por esa razón compuso éste una segunda carta más corta, pero no menos acertada, que la primera.

La segunda carta que contra Muñoz escribió Iturri lleva el título siguiente:

A) ✕ | Vicios | De la satisfacción a la Carta Crítica
 | sobre | La Historia del Nuevo Mundo | Por | D.ⁿ
 Francisco Iturri | (filete) | Nec causæ debita tempora
 convitiando conterimus; gaudebimusque si hoc adver-
 sarius facit. Quint. Hist. Orat. lib. 6. — No perdere-
 mos en personalidades el tiempo debido a la causa;
 y nos reiremos, si lo pierde el adversario.

4º (15 × 19 cms.). — 30 fols. nums. — Manuscrito exis-
 tente en la Academia de la Historia (Madrid): 11-11-3/67.

El texto todo es autógrafo de Iturri, como asimismo las adjun-
 tas cartas.

Transcribiremos algunas cláusulas de esta segunda car-
 ta, puesto que manifiestan las circunstancias en que Iturri
 volvió por su buen nombre contra los libelistas madrileños
 y valencianos, y las ideas que impulsaban al americano a
 defender los intereses de la historia contra los pseudohisto-
 riadores de la época:

“No responder al caso, fué siempre el vicio caracterís-
 tico de toda mala satisfacción. Por esto Verres satisfizo
 mal, cuando para rebatir el crimen que se objetaba, de no-
 torio peculiado, alegó su denuedo en la defensa de Sicilia
 contra de los piratas... Su valor dejaba en pie toda su
 rapacidad. Podía Verres ser ladrón y valeroso; y así no
 respondía al caso, y daba mala satisfacción; a la cual sólo
 recurren los que defienden causas perdidas” (p. 1).

“Cuatro escritores se han encuadrado en un librete
 para dar al público una *Satisfacción a la Carta Crítica so-
 bre la Historia del Nuevo Mundo*. ¿Será verriana esta sa-
 tisfacción? ¿Dejará en pie todo el plagio, y su crítica in-
 consecuente? ¿Vendrá al caso? ¿Tendrá vicios más hu-
 millantes? No puede sentenciarlo el público, sin enterarse
 de la causa: oigámosla.

"Sin buscarlo llegó en Roma a mis manos el primer tomo de la Historia del Nuevo Mundo, regalado por su autor el doctor Juan Bautista Muñoz, pues por otro camino era desconocido en Italia. Por noticias que yo tenía lo leí tres veces, y conocí el artificio con que repetía una época mil veces historiada abatiendo los autores más clásicos y coetáneos para darle un aire de novedad con ingeniosas y elegantes falsedades traducidas de Roberston y del fabuloso Pau. Creí pues necesaria una carta crítica, la cual restituyendo a cada uno lo que es suyo, y separando los arreos que engalanan, sin promover la verdad, señalase a dicha Historia el lugar que le corresponde que ya inundan el orbe literario... Despaché a Madrid una copia de mi original, y vió luego la luz pública. De las infinitas reflexiones que saltaron a los ojos, propuse en ella dos solas que hacían al intento" (p. 2).

"La primera que si algo vale la crítica que el señor Muñoz hace en el prólogo de los escritores de América, su Historia es la peor de cuantas han salido al público... La segunda es que toda la novedad de su Historia se reduce a traducir servilmente a Roberston y al mentiroso Pau, como lo demuestro desde la página 37 hasta la 41 y en la página 78."

"Tal es la genealogía auténtica de la Carta Crítica. Tales son las objeciones que yo propongo y demuestro. ¿Responden a ella los escritores del librete? Hecho humillante. Ni tan siquiera una cláusula han formado al caso. Calumnias, dicterios, falsedades e imposturas, y fantasías son todo el fondo de la satisfacción. Echando por el lado opuesto las objeciones, llaman a otra parte la atención, declaman, triunfan y con insultante vocerío se desvían pomposamente de los principios más obvios del raciocinio. Estuve perplejo, si contestaría. Mas el público, la verdad y el buen nombre intiman una respuesta decisiva" (p. 3).

"Que la dicha Carta se haya publicado contra la persona

del señor Muñoz, es solemnísima calumnia. Yo lo respeto, cuanto exigen sus talentos y su empleo. Si yo escribí contra su Historia, él mismo me sugirió la idea, cuando en la Vida de Nebrija nos amaestra (p. 42) que limar los escritos de los grandes hombres es un oficio que intiman la piedad y la utilidad común, doble objeto de mis reflexiones" (p. 6).

Como Alemán hubiese escrito que la Carta de Iturri sólo podría engañar a tal cual idiota, responde que "antes de salir de Roma supe por cartas de un amigo, que las recibió de Madrid, el general aplauso con que se había leído, desengañando a muchos, y renovando en otros el disgusto con que se descubren tantos padres putativos en la República de las letras" (p. 5).

"Nos asegura Alemán, escribe Iturri en la página 16, que Muñoz despreció la Carta Crítica, riéndose a carcajada suelta del exgachupín y de la turbamulta de los componedores. Yo celebro la carcajada, siendo ella una prueba de que no los atormentan crueles fluxiones a la cabeza y garganta. Pero es un error de Alemán que se ría del exgachupín. Para no errar debía haber dicho exmaturrango; porque la otra es voz de reino distantísimo de mi patria" (p. 16).

Como Alemán zahería a Iturri echándole en cara que tenía sangre indígena, él lejos de considerarlo una ofensa lo proclama como único título de nobleza, y como americano y como indígena comienza desde la página 17 a poner de manifiesto el plagio cometido por Muñoz y su absoluta ignorancia de la cultura indígena.

Tal vez las páginas que dedica Iturri a las lenguas in-

dígenas, y su singular belleza y su riqueza de léxico, sean las más interesantes de su interesantísima Carta.

Al remitir Iturri esta Carta a Madrid para su publicación, quiso dedicarla al duque de San Carlos, y a este efecto púsolo en conocimiento de su mecenas. La carta que le escribió lleva la fecha de "Barcelona, 15 de mayo de 1799", y comienza con estas líneas:

"Excmo. señor: Cuando no fuese tan antiguo el estilo de consagrar sus obras a los sabios y capaces de juzgar con acierto, debería yo ahora principiar por Vuestra Excelencia. Nació Vuestra Excelencia en uno de los puntos más felices de América donde el Plinio español observó cuanto habían fingido los poetas de los campos elíseos..."

Consigna después cuanto traen los historiadores antiguos sobre el clima americano y el carácter de los nacidos en el nuevo mundo. "Mas a pesar de hechos tan constantes, escribe Iturri, la manía del sistema y la ambición de sobresalir, disfrazada con la máscara de crítica y filosofía, de medio siglo a esta parte, fijaron en América la imaginación acalorada de varios extranjeros, los cuales sin haberla jamás visto leyendo sus historias menos con la idea de instruirse que de hallar fenómenos favorables a sus anticipadas teorías, se creyeron en estado de poder sabiamente desmentir a todos los historiadores españoles, y percibir desde sus gabinetes a millares de leguas, la humedad, los fríos, los aires impuros y malsanos que de polo a polo la dominan, de calcular los pantanos, los desiertos y arenales, que la esterilizan sobre todas las regiones del mundo, de experimentar la general ponzoña de sus vegetales, y la degeneración de los trasplantados de Europa, de observar la

irregularidad nunca oída de sus vientos, estaciones y sabandijas y finalmente de reconocer a sus habitantes por los más estúpidos y degradados de toda la especie humana en todas las épocas y lugares de su existencia.”

No se extraña Iturri de que Buffón inaugurara ese método de juzgar las cosas americanas estampando en sus escritos “admirables contradicciones”, ni que Roberston “con suposiciones y conjeturas arbitrarias juzgara en igual forma de lo que muy imperfectamente conocía”, pero cree intolerable el que autores españoles, sin “otros documentos que el plagio y la servil traducción y el tono de magisterio”, propaguen errores y falsedades de toda índole contra América y los americanos.

Tal es, Excmo. señor, el caso de que yo escribo y consagro a Vuestra Excelencia mis endebles conatos de defensa de la patria. El cuadro horroroso del cielo y del suelo y habitantes de América colocado en el primer tomo de la Historia del Nuevo Mundo impresa en Madrid el año 1793 no es otra cosa que un plagio y una copia servil del que habían trabajado Roberston en Londres y Pau en Berlín contra los hechos más notorios, contra la autoridad más irrefragable y contra la experiencia de tres siglos.

Son tan fatales las resultas de este histórico artificio [de escribir prescindiendo de los historiadores españoles] que yo he creído hacer a la patria un importante servicio levantándola a la alta consideración de Vuestra Excelencia a fin de truncar este abuso en sus principios, y obtener que en la historia de América trabajen sólo la vasta y sólida erudición que prepare los hechos, la severa crítica que los verifique, el fino gusto y cautela que los ordene con recíproca armonía, la sagaz política y la genuina filosofía que conozca a la naturaleza y a los hombres, y dé a cada cosa

el valor que realmente merezca. No hay hechos en cuya narración puedan emplearse tan grandes requisitos con mayores ventajas y lucimiento.

La carta que parcialmente hemos transcrito lleva la fecha de 15 de mayo de 1799 y está firmada por el mismo Iturri. Esta carta y la escrita contra Muñoz con el título de *Vicios de la Satisfacción* fueron puestas en manos del señor duque por intermedio del señor don Francisco Martínez Villamil, y fué precisamente cuando se trataba de imprimir la obra de Iturri, y cuando se hallaba ésta en poder del duque de San Carlos, que falleció en 1799 el último cosmógrafo de Indias.

Poco después de este suceso, el 19 de agosto de 1799, escribía el duque de San Carlos al señor Francisco Martínez Villamil: "Muy señor mío: He leído con mucho gusto la respuesta a la Satisfacción a la Carta Crítica sobre la Historia del Nuevo Mundo, y me parece que convencen sus argumentos; pero sobre todo contiene tanta erudición que sólo estando en tan buenas manos podría caber en un papel tan pequeño . . ."

Juzga sin embargo que no debe publicarse puesto que la "desgraciada muerte del autor de la Historia, la que ha causado tanta compasión en el público que lo considero dispuesto a creer que nos ensangrentamos con gusto contra los muertos.

"Esta reflexión tan obvia no puede desvanecerse con la advertencia que usted me incluye en su última, porque el público dejando a un lado los nombres que juzga supuestos, lo endereza todo contra los autores que conoce y el ser yo patricio, que es el fundamento de la Dedicatoria y

la tardanza en publicarse la respuesta, le confirmaría en su juicio por errado que fuese . . .

”Aseguro a usted que tengo un verdadero disgusto en negarme a un obsequio que se me quiere hacer sin mérito alguno de mi parte . . .”

Esto escribió el señor duque, y su negativa, prudente sin duda y caritativa, fué causa de que la contestación no se publicara entonces cuando ardían aún las contiendas entre los defensores e impugnadores de Muñoz.

La “Advertencia”, a que alude el señor duque, se halla en una carta que Iturri escribió a Villamil.

”Aprecio mucho los pasos dados con el Excmo. señor duque y tengo sumo honor, que su Excelencia se digne fijar su alta consideración en mis escritos. Si Dios me conserva la vida, tengo otros de importancia y que serán menos indignos de su grandeza. Amigo, si se hacía luego la impresión no nos halláramos en el presente embarazo y tuviéramos la satisfacción de haber publicado mi respuesta, cuando el señor Muñoz podía replicar o callar. Pero siempre viene a tiempo; porque el librete no salió en nombre de don Juan Muñoz y no nos consta que haya muerto alguno de la cuadrilla, la cual da a entender que Muñoz despreció la Carta Crítica como lo dicen el primer anónimo y A. Alemán. Sobre este supuesto puede concluirse la portada en estos términos, u otros equivalentes después de la dedicatoria y antes de empezar la carta:

”ADVERTENCIA AL PÚBLICO

”Es notorio en Barcelona y en Madrid que esta respuesta a la Satisfacción de la Carta Crítica sobre la His-

toria del Nuevo Mundo estaba concluída por mayo del corriente año de 1799, y que debía luego imprimirse. Mas lo impidieron algunas dificultades no previstas y que no pendían de su autor, el cual obligado a salir de la Italia con la precipitación que intimaban las circunstancias, no tuvo hasta Barcelona noticia alguna de la sobredicha Satisfacción. Al instante en que llegó a sus manos el librete en que se habían encuadrado los cuatro escritores convenidos en dar al público la satisfacción de la Carta Crítica tomó la pluma don Francisco Iturri para demostrar los vicios y defectos de la Satisfacción, como lo hace en esta respuesta, trabajada con todas las incomodidades y distracciones inseparables de un viajante, y no pudo concluirla antes del tiempo sobredicho.”¹

No obstante estas salvedades no llegóse a publicar esta segunda Carta Crítica de nuestro Iturri, cuyo autógrafo yace al presente en el fondo de manuscritos de la Real Academia de la Historia (Madrid), donde tuvimos la fortuna de hallarla. Más corta que la primera, no es menos erudita, ni menos científica que ésta y constituía a la verdad una espléndida refutación de la Satisfacción y de sus temerarios desatinos y soberbias volaterías.

PUBLICACIONES VARIAS

OTRA obra de Iturri enteramente desconocida a cuantos bibliógrafos se han ocupado de sus escritos es la intitulada:

¹ Academia de la Historia (Madrid), ms. 11-11-3/67.

II) Bibliotheca | excellentissimi D. D. | Nicolai Josephi | de Azara | ordine alphabetico | descripta | ab H. P. | D. Francisco Iturri et D. Salvatore Ferran | Aestimata | a Mariano de Romanis | (filete) | Romæ | Apud Aloysium Perego Salvioni | MDCCCVI | (filete) | Superiorum permissu.

8° (83 × 145 mms.). — Ej. visto: Bibl. Nationale (París): Q. 7. 736.

Port.—v. en bl.—Monitum: pp. 3/4.—Texto: pp. 5/334.

En el *Monitum* se lee: "Hæc a nobis Bibliothecam celebrandi animo, neutiquam memoratæ esse arbitrabitur, quicumque prænoscat; illam nonnullis ditari Principibus editionibus, plurimas sæculi xv, Aldinis, Plantinianis, Elzeviriiis, Comelinianis, Foulilianis, Cominis, Didotiis . . .

Redúcese esta obra a un extenso catálogo de las obras que en su rica biblioteca poseía Azara, agrupadas en secciones por materias y con ligeras anotaciones bibliográficas. No es un manual de bibliografía, pero tiende a serlo y en sus líneas generales puede sufrir parangón con la biblioteca de Nicolás Antonio, aunque mucho más modesto en cuanto a su extensión. Es singular el aprecio que manifiesta por las ediciones de valor bibliográfico.

III) Carta del P. Francisco Javier Iturri al P. Diego L. Villafañe. — 18 de enero de 1802.

Pp. 323/5.

de: *Los Jesuitas según las fuentes más puras de la historia*, por Ángel M. Gordillo. Serie de artículos de colaboración publicados en "La Razón". Tucumán. 1783.

"... Mediante una carta original del Padre Iturri al jesuita Villafañe, de esta ciudad, que un miembro de la familia ha tenido a bien facilitarnos para esta publicación ..." (p. 322).

IV) Lettre au P. Hervas, de Barcelone, 12 décembre 1799.

Pp. 311/2.

de: *Lettres des Scolastiques d'Uclès* (Uclès, 1885).

Esta carta es la que, traducida nuevamente al castellano, publicamos en las pp. 154/6.

V) Carta del P. Francisco Javier Iturri. Roma, 16 de julio de 1788.

Pp. 673 y 703.

de: *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la Enseñanza pública superior en Buenos Aires...* por Juan María Gutiérrez (Buenos Aires, 1868); (edición de 1915, pp. 457 y 478).

Gutiérrez sólo publica dos fragmentos pero dice poseer "copia íntegra" de la carta.¹

VI) Carta a Roma, 6 de octubre de 1818.

Publicamos esta carta en las pp. 167/8 de esta obra.

Entre los escritos de Iturri que aun se conservan pero que no han sido todavía editados, debemos mencionar además de la mencionada *Carta sobre los vicios de la Satisfacción* (A):

B) Diario del arresto, que hizo D.ⁿ Carlos Morfi | Gov.^r del Paraguay en el Colegio de la | Asunción a 30 de julio de | 1767.

Fol. — 13 pp. nums. — 1 en bl.

Arch. Prov. Toledo: ms. 646.

¹ Funes insertó uno de los fragmentos en su *Ensayo de la historia civil*, t. iii. p. 361, fragmento reproducido posteriormente por Arturo Reynal O'Connor en *Juan Baltasar Maciel*, p. 10.

Además del ejemplar existente en este Archivo, existe otro, de mano asimismo del Padre Iturri, en el Archivo General de la Compañía de Jesús.¹ Existen algunas leves variantes entre una y otra copia. Hemos examinado detenidamente la copia madrileña, y no cabe dudar que es Iturri quien la escribió y quien la compuso.

Además consta positivamente que escribió dicha relación, aunque no es menos cierto que el Padre Antonio Gutiérrez, que era entonces (1767) rector de la Asunción, escribió otra, según relata y extracta el Padre Casado. Que el presente diario no es el que escribió Gutiérrez se colige por el contexto del mismo: "Respondió por todos el Padre Rector que obedecía gustoso y repetimos todos lo mismo"; "el aposento del Rector; nuestros aposentos". Si fuera éste el perdido diario del Padre Gutiérrez, no aparecerían frases de esta índole que ponen de manifiesto que su autor no era rector a la sazón del colegio. Hay además afirmaciones y datos diversos en el manuscrito de Iturri y en el del Padre Gutiérrez, extractado por Casado. Así por ejemplo, según Iturri, el gobernador Morfi pidió dos religiosos para los mbayas, mientras que Gutiérrez conforme al extracto de Casado, pidió uno para los mbayas y otro para los abipones.

C) Descripción del Paraguay.

4º — 38 folios.

Archivo del Colegio de Loyola.

No poseemos el autógrafo de este escrito de Iturri pero existe su texto mechado en las páginas del:

¹ *Paraq. Hist.*, 1710-1767, t. iii.

Tratado sobre la Provincia de la Comp.^a de Jesús de | el Paraguay; las persecuciones padecidas; la protección y autho | rizados informes de el Rey, Obispos y sujetos graves que volvieron por la conducta y ministerios sagrados de los Jesuítas de | aquella Prov.^a; y sobre las cartas injuriosas a la Comp.^a de los S.^{tes} Obispos | Ayllana de Tucuman y Fr. Basilio de Sta. Justa Arz^{bo} de Manila: con el decreto de Phe V y cartas de varios obispos en favor de la | Comp.^a de JHS.

4º (16 × 22 cms.). — 13 + 25 + 282 + 3 pp.

Como se lee en una nota, al principio del texto, compuso esta obra en "Bolonía, diciembre 8 de 1771, el Padre Pedro Calatayud."

Para la composición de la misma pidió y obtuvo el Padre Calatayud la ayuda de los Padres José Guevara, Lorenzo Casado, José Quiroga, Francisco Burgés, Ramón Arto, Juan N. Aráoz, Francisco Valdés, Joaquín Camaño, Francisco Iturri y otros varios.

En folio 3 de la introducción cita sus "instructores sobre este tratado" y en cuarto lugar nombra a "Francisco Iturri": "hábil, bien instruído en las cosas del Paraguay, que defendió en la universidad toda la Teología en acto público. Su relación prolija y sólidamente fundada es de 38 hojas".

En el capítulo II rotulado "Descripción del Paraguay" transcribe una del Padre José Quiroga y agrega (fol. 13 v.): "A esta bien fundada me ha parecido añadir otra del Padre Francisco Iturri por cuanto expresa en particular e individualmente algunos puntos comprendidos generalmente en la antecedente y parte de la instrucción del Padre Lorenzo Casado." En el capítulo III vuelve a ex-

tractar o copiar la "Descripción del Padre Francisco Iturri y otros sobre los tres gobiernos de Buenos Aires, Paraguay y Tucumán", pero es muy difícil señalar dónde comienza y dónde termina lo tomado de Iturri.

Guiándonos por algunos datos y principalmente por el estilo de Iturri hemos extractado más de quince folios de texto que creemos poder atribuir al historiador argentino. El Padre Casado, por ejemplo, alude a la Relación compuesta por Iturri y remitida a Calatayud, cuando nos habla de la "Relación del Padre Francisco Javier Iturri del colegio del Paraguay en la que se ocupa de los dos pueblos fundados el año de 1743 en el Taruma, hacia el oriente del Paraguay en el camino del Curuguatí, en uno de sus montes..." (fol. 113).

D) Sobre promiscuar pescado con carne en días de abstinencia.

1 fol. — Arch. Prov. Arg.-Chil., leg. "Villafañe".

Copia de Villafañe. Lleva este escrito la fecha de 30 de mayo de 1806 y fué remitida por su autor al Padre Diego Villafañe residente en Tucumán a cuyo poder llegó el 9 de junio de 1807. Éste sacó copia que remitió a Ambrosio Funes con el fin de que se diera a luz. No creemos se llegara a publicar.

E) Carta al señor D. Francisco Martínez Villamil. — Barcelona y mayo 15 de 1799.

4º (15 × 19 cms.). — 7 pp. — 1 en bl.

Autógrafo: Acad. de la Historia (Madrid): 11-11-3/67.

F) Carta al señor D. Francisco Martínez Villamil. — Barcelona y septiembre de 1799.

4º (10 × 20 cms.). — 3 pp. — 1 en bl.

Autógrafo: Acad. de la Historia (Madrid): 11-11-3/67.

G) Fragmento de una carta a un amigo. — 1803.

8° (9 × 13 cms.). — 5 pp. — 1 en bl.

Autógrafo: Bibl. Nac. (Río de Janeiro): V-191.

Comienza: "Extraño que no haya llegado..." Termina: "... salir de las manos de un cosmógrafo." El amigo a quien escribe estaba radicado en el Río de la Plata.

H) Carta al P. Diego L. Villafañe. — Roma y 15 de enero de 1803.

Arch. Prov. Arg.-Chil. (Bs. As.).

Villafañe reproduce el texto de esta carta en una suya escrita a Ambrosio Funes en 9 de julio de 1803.

I) Fragmentos de una carta de Iturri. — 1803 (?).

Arch. Prov. Arg.-Chil. (Bs. As.).

Reprodúcelos Villafañe en carta del 12 de octubre de 1803.

J) Fragmento de carta. — 1803.

Arch. Prov. Arg.-Chil. (Bs. As.).

Reprodúcelo Villafañe en carta del 12 de agosto de 1804.

K) Extracto de una carta del 16 de marzo de 1803.

Reprodúcelo Villafañe en carta del 12 de agosto de 1804.

L) Carta al Dr. Zoloaga. — 16 de marzo de 1804.

Citada por Villafañe en 9 de octubre de 1804.

M) Carta a Villafañe. — Roma y 30 de agosto de 1805.

Copiada por Villafañe en mss. s. f. Versa sobre el promiscuar pescado. Véase (D).

N) Carta al Dr. Zoloaga. — Nápoles y 11 de agosto de 1804.

Arch. Prov. Arg.-Chil. (Bs. As.).

Intercalada en una carta del Padre Carlos Budandi y de la que existe copia hecha por el doctor Domingo Caviedes.

O) Carta a Villafañe. — Roma y agosto de 1805.

Parcialmente reproducida por Villafañe en carta del 12 de marzo de 1806. El fragmento de Iturri versa sobre Pío VII y los jesuitas, y su carta, según Villafañe, transcribía un discurso del Papa y "una lista de los sujetos agregados a la Compañía de Jesús existente en el reino de Nápoles".

P) Cartas del 31 de marzo, 30 de mayo, 16 y 30 de septiembre de 1806.

Citadas por Villafañe y levemente extractadas en cartas a Funes, 9 de junio, 8 de agosto, 10 de diciembre de 1808.

Q) Carta al Sr. D.ⁿ Josef Manuel Villa Señor.

1 fol. — Arch. de la Curia (Bs. As.): Asuntos de Roma, 1562-1856.

Autógrafo: s. f.

Notifica Iturri al señor Villa Señor residente en "Santa Fe del Río de la Plata" que por intermedio del señor Juan Francisco de Veá Murguía le remite la deseada dispensa matrimonial. "Si Umd. es capaz de apreciar y avaluar esta condescendencia del Santo Padre, debe ser ilimitado su reconocimiento..."

Es muy probable que la correspondencia de Iturri, que aun se conserva, aunque en desconocidas manos, pueda formar un buen volumen de útil y amena lectura, pues a juzgar por los pocos fragmentos que hemos podido hallar tuvo correspondencia constante con Diego León Villafañe, con Gregorio y Ambrosio Funes, con Gaspar Juárez, con su comprovinciano Baltasar Maciel, con el doctor Félix Zoologa, residente en Buenos Aires, con el gran filólogo Hervás y Panduro, con el cartógrafo riojano Joaquín Camaño y con otras personas eruditas de su época.

LA "HISTORIA NATURAL, ECLESIASTICA Y CIVIL
DEL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA".
SU COMPOSICIÓN Y EXISTENCIA

Aunque a Iturri le bastara su Carta Crítica para hacer inmortal su nombre, no fué esa su grande obra cultural ni será el pedestal de su sempiterna gloria. Su grande obra, aun inédita, es su *Historia Natural, Eclesiástica y Civil*¹ del Virreinato de Buenos Aires, que escribió en unión de su compatriota el Padre Gaspar Juárez.

Juárez escribió la parte correspondiente a la historia natural o geográfica, e Iturri se encargó de la parte eclesiástica y civil, aunque Hervás (t. ii. fol. 27) afirma que Iturri trabajó la parte "civil y política", y que lo escrito por él constituía un tomo, correlativo de otro que había compuesto el santiagueño Juárez.

"Ambas constituían un solo libro, que los dos argentinos desterrados proyectaban editar juntamente, como una ofrenda a la patria distante, que no razonaban ni discernían del todo en la integridad del imperio español pero que ingenuamente amaban desde el fondo de sus nostálgicos corazones."²

De esta obra de Iturri tenía noticia el Deán Funes cuando escribió su *Ensayo* y de ella escribió estas líneas por cierto muy significativas:³ "Tenía ya muy avanzado mi trabajo cuando leí en Hervás y Panduro, que el señor

¹ "Llamo la atención —escribe el señor Rojas— sobre el título *Historia Civil* que él empleó primero. Reaparece después en la obra de Funes, amigo de Iturri lo mismo que de su hermano don Ambrosio." (*Historia de la literatura argentina*, t. ii. p. 346.)

² ROJAS, *ibíd.*, t. ii. p. 347.

³ Véase *Prólogo*, p. v.

Fran^{co} Iturri?

1799

Fran^{co} Iturri

1788

Fran^{co} Iturri?

1799

FACSIMIL DE LAS FIRMAS DEL PADRE FRANCISCO JAVIER ITURRI
EN LOS AÑOS 1788 Y 1799

abate don Francisco Javier Iturri había concluído su Historia de esta parte de América. Esta noticia me hizo caer la pluma de la mano, y estuve a punto de renunciar mi empresa, viendo empeñado en el mismo asunto a un literato tan acreditado, pero ya no era tiempo de volver atrás. También reflexioné que no sabemos de positivo si su autor la dió a la luz pública lo que no pocos accidentes podían estorbárselo, principalmente para con un sabio tan nimiamente desconfiado de sus producciones.”¹

Algunos escritores como Gutiérrez y Rojas han considerado como extraviada² la obra de Iturri, y otros como el Padre Hernández,³ han llegado a dudar de que su autor la escribiera, pero afortunadamente la *Historia Natural, Eclesiástica y Civil del Virreinato de Buenos Aires*, no sólo se escribió, sino que también se conserva según parece.

¹ Además del lugar citado, alude Funes a nuestro Iturri en las páginas 292 y 168, del tomo segundo del *Ensayo* (edición de 1856). En una de estas notas escribe: “El jesuíta Suárez, autor del *Lunario*, Iturri y Maciel, nacieron en la ciudad de Santa Fe, la que puede gloriarse de haber dado tan buenos frutos.”

² “Esta importante obra —escribía Gutiérrez en 1860— debe existir manuscrita en alguno de los colegios o casas de la Orden de Jesús [sic] en Roma o en Bolonia, ciudades en donde residieron los expulsados.” (*Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado*, p. 121.)

³ En una entrevista que tuvo el doctor Rómulo D. Carbia con el Padre Pablo Hernández, díjole éste: “He estado en Roma; he revisado los archivos de Bolonia; me he llegado a Ravena, y no obstante, no he podido dar con la obra del Padre Iturri. Si se ha escrito, no lo sé. Dudo de ello.” Antes de retirarnos —escribe Carbia— y cuando ya cambiábamos los últimos saludos, el Padre Hernández nos manifestó, que dado caso de que la obra existiera, era improbable hallarla en Italia, por cuanto los Padres allí emigrados, entre quienes se encontraba Iturri, al salir de su destierro, se llevaron consigo cuanto les pertenecía. Acaso sea más fácil, nos dijo, encontrarla en España.” (*Monseñor León F. Aneiros*, p. xxvii. n.)

No cabe dudar de que se escribió, pues Hervás y todos los contemporáneos de Iturri hablan de la Historia Civil como de obra concluída de escribirse y presta para la impresión. El mencionado Hervás, nada ligero en sus afirmaciones, nos asegura que "Sánchez Labrador escribió en América historia completísima que acaba de regalar al señor abate Gaspar Juárez para que aprovechándose de ella concluya su Historia General del Gobierno de Buenos Aires, de que el señor abate Francisco Iturri *tiene concluída la historia civil para imprimirla.*"¹

Otro bibliógrafo de la época, el Padre Diosdado Cabañero, escribió que "Nuestro Francisco Iturri, a quien debo cuantos datos y pormenores consigno acerca de Camaño, tiene en su poder un mapa de la provincia de Buenos Aires, compuesto con grandísimo cuidado por Camaño y que Iturri piensa publicar juntamente con la Historia de Buenos Aires que *ya tiene dispuesta para la imprenta.*"²

El mismo Iturri da a entender que tenía su obra si no terminada, a lo menos muy adelantada. Después de manifestar en su carta del 18 de enero de 1802 el éxito de su Carta Crítica escribía: "Ahora estoy trabajando una obra sobre la América, en la cual... vuelvo por el honor de ese infeliz país expuesto a las sátiras y calumnias...; si Dios provee saldrá luego. Me hace esperar buenas resultas mi Carta Crítica."³

¹ *Historia de la vida del hombre*, t. iii. p. 322.

² *Bibliothecæ Soc. Jesu Suppl. alterum*, t. ii. p. 21.

³ GORDILLO, *Los Jesuitas según las fuentes más puras de la historia*, p. 324. En la misma carta escribe Iturri: "En Barcelona estudié la Botánica y hablaré de ella en mi presente obra... ya tengo clasificado el piquillín de Córdoba, de lo cual no han podido hablar otros botánicos."

No cabe dudar de que Iturri escribió su *Historia Civil*, pero ¿ha llegado hasta nosotros? El señor Enrique García Velloso ha afirmado en su *Historia de la literatura argentina*¹ y nos ha asegurado verbalmente que él mismo ha tenido el placer de contemplar los tres voluminosos legajos que contienen los manuscritos de la obra de Iturri y los ha hojeado y en parte leído. "Era yo joven cuando tuve la dicha de ver personalmente esa obra en un convento de Pisa y como entonces no me había dedicado a la historia patria no me preocupé de dar a conocer ese tesoro, como posteriormente lo ha hecho el secretario del cardenal Vives y Tutó."

Es incuestionable que la obra de Iturri se halla manuscrita en Pisa, si hemos de dar fe a una afirmación tan explícita y categórica cual es la del señor García Velloso. Ahí reposan, aunque en desconocida biblioteca, los varios tomos de la obra magna de Iturri esperando que algún hijo de la tierra argentina exhume este tesoro y lo publique para gloria de su autor y honor de la patria que lo vio nacer.²

¹ P. 222: "El secretario del cardenal Vives, encontró en Pisa, los manuscritos de la Historia del Río de la Plata, que Gutiérrez suponía se hallasen en algún convento de Bolonia o en Roma..." ¿A qué cardenal Vives alude el señor García Velloso? Como sólo conocemos un cardenal de ese nombre, acudimos personalmente a entrevistarnos en 1922 con su secretario Ruperto de Manresa, y éste nos aseguró: a) Que el cardenal Vives nunca tuvo otro secretario que él. b) Que jamás estuvo él en Pisa. c) Que jamás encontró ese ni manuscrito alguno referente a América.

² El Padre Joaquín Camaño, natural de La Rioja e íntimo amigo de Iturri, había compuesto un excelente mapa para ilustrar la Historia del jesuita santafesino, según afirma Diosdado Caballero: "Nuestro Francisco Iturri, a quien debo cuantos datos y pormenores consigno acerca de Camaño, tiene en su poder un mapa de la provincia de Buenos Aires, compuesto con grandísimo cuidado por Camaño y que Iturri piensa publicar juntamente con la Historia de Buenos Aires que ya tiene dispuesta para la imprenta." (*Bibliothecæ Soc. Jesu Suppl. alterum*, t. ii. p. 21.)

OBRAS PERDIDAS

Al frente del ejemplar de la Carta Crítica que se halla en el colegio de Valladolid (España) escribió el Padre Silva, coetáneo y amigo de Iturri, estas líneas "... Me consta además, tiene [Iturri] muchos otros trabajos, parte acabados y parte por acabar sobre cosas de América que sería bueno no se perdiesen a su muerte que ya es viejo."

Sabemos que compuso además de su *Historia Civil* (a):

b) **Daños que debe temer la España de la libertad con que se calumnian sus colonias.**

Alude Iturri a este escrito en su Carta Crítica cuando escribe: "Habla, pues, usted en su nombre, y de ningún modo en nombre del Gobierno cuyas insinuaciones son para mí preceptos inapelables. Así mis reflexiones son de migo a tigo. Ellas son dos, tales, que le convenzan del conocimiento con que se hacen. Las otras se reservan para mi obra, que se enriquecerá con los preciosos materiales, que le presenta su historia. El título es: *Daños que debe temer la España de la libertad con que se calumnian sus colonias.*" (pp. 4/5.)

¿Llegóse a publicar esta obra? Creemos que no, y aun dudamos de que su autor la escribiera. En ningún escrito contemporáneo hallamos la más mínima indicación o alusión a ella. El mismo Padre Eugenio de Uriarte no tuvo noticia alguna de ese libro, a pesar de haberlo buscado en los archivos españoles y extranjeros.

c) **Apología de la Compañía de Jesús.**

En carta a Villafañe ¹ escribe Iturri que tenía recogidos muchos

¹ Carta del 12 de octubre de 1803.

testimonios de obispos y grandes señores en favor de la Compañía de Jesús e insinúa en la misma carta su intención de escribir una *Apología* la más conveniente, según frase del mismo Iturri, sobre los sucesos concernientes a la expulsión y extinción de la Compañía de Jesús. Creemos que tampoco llegó a escribir esta obra, aunque tuviera los materiales necesarios para su confección.

d) **Vantaggi dell'America sotto il dominio spagnuolo.**

Según Hervás y Panduro (t. ii. fol. 27) escribió el Padre Iturri este libro, y agrega que "Esta obra se imprime actualmente." (1794.)

e) **Tratado acerca de los males que España ha sufrido por el exceso de oro proveniente de América y acerca de las fábricas y compañías de comercio de España.**

El mismo Iturri en su *Diario del arresto*... afirma que escribió esta obra en el Paraguay y llevó el manuscrito hasta la ciudad de Paraná, donde por orden de Bucarelli se le despojó de éste y demás escritos.

f) **Carta-relación sobre el obispo Cárdenas.**

Según atestigua el mencionado Padre Calatayud remitió Iturri este escrito fechado en Roma a 19 de septiembre de 1770.

g) **Cartas (?) a don Ambrosio Funes.**

El doctor Rómulo D. Carbia relata una entrevista que tuvo con el Padre Pablo Hernández acerca de la existencia de la Historia Natural, Eclesiástica y Civil que compuso Iturri, y entre otras cosas afirma que dijo Hernández: "He tenido en mis manos las cartas [sic] que el aludido Padre dirigía al hermano del Deán Funes..."¹

¹ Monseñor León F. Aneiros, p. xxvii. n.

Ignoramos el paradero de esta carta o cartas dirigidas por Iturri al que fué sin duda alguna su más grande amigo y más insigne bienhechor.

En el Archivo de Loyola (Azpeitia, España) se halla un volumen rotulado:

[?] Catálogo exacto | de los errores, falsedades, impropiedades, con- | tradicciones, calumnias, altanerías | y demás despropósitos, que se encuentran en | todas las obras impresas del Ven. Don. Juan | Palafox y Mendoza. Ordenado por el P. Francisco de Borja Iturri, con anotación puntual | de los tomos y páginas, de donde se han to | mado los trozos, que se ponen a la letra | para mayor facilidad de los Censores de sus | escritos y examinadores de su doctrina.

4º (15 ½ × 12 ½ cms.). — Pp. 1/428.

Archivo de Loyola: 2-1-52; 3-2.

El rótulo de este manuscrito podría inducir en error. El que lo escribió, y parece letra del Padre Uriarte, confundió a nuestro Francisco Iturri con el Padre Joaquín Iturri, que nació en Elorrio (Vizcaya) en 1697 y falleció en Bolonia en 1789. Sin duda aludía a este manuscrito el Padre Luen-go cuando escribía: "La segunda fué obra enteramente de entendimiento y de estudio que le consagraron los Superiores pocos años antes del destierro de la Compañía de los dominios de España, con ocasión de ha ... o tratar de la causa de don Juan de Palafox y de ... empeño en llevarla adelante ... Le encargaron los Superiores, ... acciones o notas, según que ... sobre ... dicho ... Al intentar ... la lectura ... del señor don Juan, y con la más profunda atención, que ... do, para hacer sobre ella las

notas y observaciones que le pareciesen razonables y fundadas; y efectivamente escribió un papel no corto, como ya se dijo en otra parte, si no me engaña la memoria. En él aparecía el Padre Joaquín un hombre instruído en las Sagradas Escrituras, y muy versado en la Teología.¹

Fundándonos en este testimonio del Padre Luengo creemos que esa obra no es del historiador santafesino.

Esa obra no es suya, pero hay fundamento para atribuirle otra, más extensa y de mucho mayor valor histórico. Opinamos que es de Iturri el

[?] Examen | De la Historia de America, escrita por el
| Dr. Guillermo Roberston Rector de la Vni | versidad
de Edimburgo y Cronista de Escocia | Traducida |
del Ingles por don Ramon de Guevara de la Real |
Academia de la Historia.

Fol.: 2 vols. de 1445 y 1154 pp.

Biblioteca del Instituto Jovellanos (Gijón): vol. lx.

Vimos mencionado este escrito en el "Catálogo de manuscritos e impresos notables del Instituto Jovellanos de Gijón" por Julio Somoza (Oviedo, 1883), p. 112, y en la imposibilidad de poder examinarlo nosotros mismos suplicamos a un amigo, residente de aquella ciudad, examinara el manuscrito. Según él no cabe dudar: 1) que el autor del manuscrito es uno de los jesuítas desterrados de España por Carlos III; 2) que es de origen americano; 3) que manifiesta estar muy versado en historia americana.

Estos indicios sólo manifiestan que puede ser Iturri el autor de esta voluminosa obra, pero la letra de la misma

¹ *Diario*, t. xxiii. pp. 87/8.

tiene, a la verdad, pocos rasgos comunes con la del historiador argentino, a lo menos en el facsímil que se nos proporcionó. No sabemos, sin embargo, que jesuíta alguno de fines del siglo XVIII, americano o español, estuviera ocupado en refutar a Roberston. Nos consta por otra parte, y lo pone de manifiesto la Carta Crítica, que Iturri había hecho un detenido estudio de Roberston.


Mientras no tengamos pruebas para atribuir este manuscrito a otro contemporáneo de Iturri, creemos acertado atribuírselo a él.

TAL es el catálogo de los escritos de Iturri. Muchos de ellos merecerían ciertamente ser reimpresos, y esperamos que en día no lejano tendremos la satisfacción de entregarlos a la publicidad.

No fué Iturri un autor prolífico, pero es incuestionable que fué un varón estudioso, un escritor exacto y hasta minucioso en cuanto compuso. Solidez en los principios, erudición aun en los pormenores, lucidez en la exposición, son dotes que aparecen en todos sus escritos, aun en sus cartas familiares. Como hombre, como religioso y como escritor es ciertamente hermosa y altamente simpática la figura de este insigne hijo de Santa Fe. Bien podemos terminar estas líneas aplicándole aquellos laudatorios conceptos que con alguna hipérbole escribió él acerca del doctor Juan Baltasar Maciel: "La naturaleza, la gracia y el cultivo habían reunido en él cuanto dividido en muchos basta para conciliarles nombre y reputación. Sus talentos, sus virtudes, sus letras, podrán tener muchos émulos... mas no sucesores..."

CRISTÓBAL ALTAMIRANO

(1601-1698)

RANDE fué nuestra satisfacción cuando en el verano de 1922 hallamos, entre las vetustas hojas de un viejo legajo de documentos, una extensa y bien trabajada biografía de un insigne jesuíta, oriundo de Santa Fe.¹

El Padre Cristóbal Altamirano no nos era desconocido. Habíamos ya esbozado su biografía, habíamos diseñado un catálogo de sus escritos, habíamos visto y transcrito sus monografías lingüísticas que se conservan en el British Museum de Londres, pero ¡cuán mísero era todo eso parangonado con lo que acabábamos de hallar en los archivos madrileños! Aun teniendo presentes las biografías compuestas por los Jarques, Andrades y Nierembergs, podemos asegurar que ningún jesuíta colonial, ni aun los Cataldinos, Montoyas y Mazzetas, tuvieron la fortuna de tener un biógrafo tan perfecto y una tan perfecta biografía.

Esa biografía será naturalmente la base de la presente,

¹ Biblioteca Nacional (Madrid), sección manuscritos, ms. 18577. El manuscrito es anónimo y de letra de fines del siglo XVIII. Consta de veinte folios en perfecto estado de conservación, que miden 200 × 125 mms. Pertenecen a este manuscrito los párrafos que copiamos entre comillas.

aunque en sus páginas meharemos los datos que ya antes habíamos extractado en el Archivo de Indias de Sevilla y los que posteriormente hemos podido hallar. Afortunadamente no son escasos ni insignificantes, y creemos que contribuirán a resaltar la hermosa figura de un varón verdaderamente santo y apostólico. Con sobrada razón escribió su biógrafo:

“**S**I como llega a concebir el heroico grado de perfección a que llegó el venerable Padre Cristóbal Altamirano, lo acertara a expresar la pluma, no dudo que todos veneraran su santidad por una de las más insignes que han florecido en nuestra Compañía; pero temo se desluzca con mis expresiones, y con ese temor entro a hablar de un sujeto esclarecido, desconfiando de poder llenar el asunto. No obstante diré lo que pudiere, porque no quede sepultada en el olvido la noticia de un sujeto tan benemérito, y digno de eterna alabanza, que se supo merecer en la prolija edad de casi un siglo, que pasó principalmente en la religión, pues fué jesuíta ochenta y un años, y en su tiempo el más antiguo profeso de la universal Compañía.”

DATOS BIOGRÁFICOS

PRIMEROS AÑOS

“**N**ACIÓ el Padre Cristóbal de Altamirano a 11 de junio de 1601 ¹ en la ciudad de Santa Fe de la Vera

¹ El manuscrito decía 1602, pero una mano contemporánea corrigió esta última cifra, poniendo en su lugar un uno.

Cruz,¹ provincia del Río de la Plata. Su padre fué uno de los conquistadores de dicha provincia, a quien debe estar eternamente agradecida su capital, la ciudad de Buenos Aires, de que fué uno de los fundadores y cuya industria la preservó de su ruina poco después de fundada, porque habiendo sido cautivo de los bárbaros, advirtió que se convocaba innumerable multitud con designio de dar de improviso sobre la recién fundada ciudad: era imposible prevenir con algún aviso a sus moradores, porque le observaban los más leves movimientos, y en la ciudad vivían totalmente desimaginados los españoles de la traición que se fraguaba entre los bárbaros. Descubrió una traza para probar si podría encaminar la noticia, y fué escribir en un papelillo cuanto maquinaban los infieles, y prevenciones que hacían: metióle dentro de una calabaza que echó por el Riachuelo que entra al Río de la Plata como media legua distante de la ciudad, de donde distaba seis leguas el cautivo; caminó la calabaza con tal fortuna que, sin detenerse en las vueltas y revueltas que da el Riachuelo, llegó felizmente a las cercanías de Buenos Aires, donde la vieron casualmente unos soldados: dióles curiosidad de tomarla, y hallando dentro el papelillo, y leyendo el contenido dieron aviso al Teniente de Gobernador, que dispuso la gente para la defensa y se logró de manera que los bárbaros fueron rechazados con valor y quedó libre la ciudad del inminente peligro, quedando agradecidos todos al capitán Cristóbal Altamirano, a quien se confesaban deudores de

¹ Cuando Altamirano vino a este mundo se hallaba la ciudad de Santa Fe sobre el río de los Quiloazas. Sólo desde su traslación en 1651 llamóse Santa Fe de la Vera Cruz. (Véase SALABERRY, *Los Charrúas y Santa Fe*, p. 69. n.)

sus vidas, y de la conservación de aquella población ilustre.¹ Libróse después del cautiverio, y pasando a vivir en la ciudad de Santa Fe, donde era vecino encomendero, nació allí el Padre Cristóbal el año que dijimos.”

No nos consta la fecha en que don Cristóbal Altamirano pasó a Santa Fe, pero fué sin duda a fines del siglo xvi, cuando la ciudad era aún de muy reciente fundación. Hacía apenas treinta años que Garay había llevado allá a los setenta y cinco jóvenes criollos y dado principio a la ciudad, que es hoy capital de la provincia de Santa Fe.

A ella arribaron, pocos años después, los Padres jesuítas y fueron ellos los primeros que fundaron un colegio en la naciente villa santafesina. Según atestigua el anónimo escritor, cuyos pasos seguimos, “luego que allí se fundó nuestro colegio, se aficionó mucho [el niño Altamirano] a los jesuítas, de quienes era recíprocamente querido y estimado

¹ Don Cristóbal de Altamirano aparece entre los fundadores de Buenos Aires. En el repartimiento de solares que en 1583 hizo el general Juan de Garay le tocó la manzana de terreno que actualmente se halla comprendido entre las calles Cerrito - Carlos Pellegrini y Lavalle - Tucumán. De él se ocupa Guevara en sus *Anales* (pp. 304/5). En los documentos referentes a las ciudades de Buenos Aires y Santa Fe publicados en *Garay, fundador de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1915), hallamos que en el repartimiento de la ciudad de la Santísima Trinidad... hecho por Garay en 24 de octubre de 1582 es Cristóbal Altamirano el vigésimoquinto en la lista de los que recibieron solares (p. 61); en el repartimiento de los indios de Buenos Aires hecho en 1582 se puso “en cabeza de Cristóbal Altamirano al cacique Bagual, que por otro nombre se llama Minití, con todos los indios del dicho cacique” (p. 95); se le cita en la Información de Torres de Vera en Santa Fe en 24 de enero de 1583 (p. 101); aparece como testigo en una información contra Antonio de Torres Pineda (p. 122), y finalmente aparece como uno de los once españoles que repoblaron a Buenos Aires en 1580, junto con los sesenta y cuatro criollos: “Cristóbal Altamirano — Vecino — Nació en Badajoz” (p. 56).

por su docilidad y amables prendas, y así vivía más en nuestro colegio que en la casa de sus padres, como él mismo solía decir. Estudió las primeras letras en que descubrió tanta habilidad, que junto con su virtud le sirvieron de recomendación para que pretendiendo entrar en la Compañía fuese admitido con mucho gusto en ella por el Padre Provincial Pedro de Oñate en 11 de enero de 1617”.

El colegio que tenía la Compañía al tiempo que en él estudió el joven Altamirano, debía de ser muy rudimentario. Las Anuas de 1614-1615,¹ fechas en que Altamirano conoció y trató con los jesuitas de Santa Fe, no mencionan siquiera si había clases de gramática. “En la casa de Santa Fe, escribe el anónimo autor de las Anuas, están dos Padres de los nuestros y un Hermano; atiende el Padre a nuestros ministerios predicando y confesando, y mientras que venía de la Asunción el Padre Sotomayor, que estaba señalado por superior de ella, residió una temporada el Padre Fourdano en aquel pueblo y con mucho fervor los alentó a todos al servicio de Nuestro Señor e hizo muchas cosas en poco tiempo de mucho servicio suyo.”

En 1632 escribía² el Padre Vázquez Trujillo que “en el colegio de Santa Fe está sólo el Padre Rector con otros dos Padres que acuden a todos los ministerios de españoles, indios, negros y estudiantes; ha menester más obreros para acudir a llevar la carga en parte, y que dos veces al año salgan por las estancias del Salado y chacaras a doctrinar la gente de servicio que está necesitadísima de doctrina, y de quién les confiese”.

¹ Archivo de la Provincia de Toledo (Madrid): 3/5.

² Archivo de Indias (Sevilla): 75-6-7.

Con esos jesuitas trató Altamirano y a las prendas personales de los mismos se debe, en lo humano, el que se determinara a abrazar el estado religioso ingresando al efecto en la Compañía. A la sazón sólo contaba diez y seis años de edad. Era alto de cuerpo, esbelto y bien tallado; rápido en sus acciones como lo era en su pensar y discurrir. Como veremos en las páginas de su biografía era Altamirano uno de esos hombres que saben unir y amalgamar la sencillez con la dignidad, la nobleza con la familiaridad, los altos ideales religiosos de severidad con los sentimientos humanos innatos en todos los corazones nobles. Hemos de lamentar, con el primero de sus biógrafos, el Padre Ignacio de Frías, el que “de su vida en el siglo nada he podido alcanzar por ser el Padre Altamirano de tan anciana edad”, causa por la cual “no se sabe cosa especial, como ni de sus primeros años de Compañía”.¹

EN CÓRDOBA DE TUCUMÁN. EN LAS MISIONES GUARANÍES

Admitido en la Compañía en 1617,² pasó Altamirano a Córdoba de Tucumán y allí hizo su noviciado “en tiempo que se vivía en él de limosna, ni se comía otro pan que harina de maíz tostada, y los novicios no usaban sobrerropas, por ser tanta la pobreza que no había con qué hacerlas, siendo a este tenor el resto de la comida y vestuario. Por todo pasó gustosísimo nuestro novicio, siendo grande prueba que le trajo Dios a la Compañía para varón apostólico,

¹ Cartas Anuas de 1699-1700. (Archivo de la Provincia de Toledo (Madrid): ms. 15.)

² Según las Cartas Trienales de 1631, 37, 42, 47, 51, 60, entró el 11 de junio de 1617. Las de los años 1669, 73, 78, 81, 87, 92 y 97 afirman que ingresó el 11 de enero de 1617.

el que entrando en ella tan niño y en tiempo que se vivía con tanta falta de lo necesario, se supiese acomodar tanto en aquel rigor de vida que era más a propósito para experimentar varones perfectos, que para empezar a instruir a un novicio tan tierno. Con tan rigurosa y austera disciplina dió principio el Padre Altamirano a su noviciado; con la misma le concluyó, como también los estudios, porque siendo recién fundada entonces la provincia [del Paraguay] no se vivía en el colegio de Córdoba con mayor comodidad". Debió de hacer sus primeros votos en 1619. Veinte años más tarde, a 28 de octubre de 1638, hizo la profesión solemne de cuatro votos.¹

"Salió aventajado estudiante y mostró talento especial de púlpito; pero cuando los demás apreciaban estas prendas, las ignoraba su humildad de manera que le parecía sólo podría servir entre pobres indios. Pidió ser empleado en las nuevas conversiones de los guaraníes, y aunque de muy poca edad, como su juicio era mucho y grande su fervor, no dudaron los superiores destinarle para una empresa que entonces, más que nunca, requería mucho caudal de espíritu y un celo del todo apostólico."

Debió ser por los años de 1623 a 1627 que el Padre Altamirano pasó a trabajar en las misiones del Paraguay y entre los indios guaraníes que poblaban las riberas del río del mismo nombre. A su llegada encontró ya fundadas las reducciones de Loreto, San Ignacio Guazú, San Ignacio Miní, Itapúa, Encarnación, Concepción, Corpus y San Ja-

¹ Según el original de los votos que siguen a la profesión, pues la fórmula de éstos no existe. Los Catálogos Trienales, todos sin excepción, señalan el año de 1637.

vier de Tayatí fundada en 1622. La labor realizada por los primeros misioneros y la que aun debía realizarse tuvo un digno artífice en la persona del joven misionero santafesino.

Desde 1627 hasta 1698, o sea durante el largo espacio de más de setenta años, aúna el Padre Altamirano sus energías físicas y sus talentos todos con las energías y los talentos verdaderamente heroicos de aquellos beneméritos misioneros que se llamaron en vida Tomás Field, Manuel Ortega, Diego de Torres Bollo, Juan y Pedro Romero, José Cataldino, Simón Mazzeta, Marcial Lorenzana, Roque González, Diego de Boroa, Claudio Ruyer, Nicolás Ampuero, Alonso Rodríguez, José Ordóñez, Pedro Mola, Manuel Berthot, Luis Arnote, Cristóbal de Mendoza, Ignacio Martínez, Adrián Formoso, Pedro Espinosa, Justo Mansilla y tantos otros no menos ilustres, sus compañeros en la ruda labor colonizadora y en la inmarcesible gloria que corresponde a los que se sacrifican por la felicidad de sus semejantes.

Ciertamente que hemos de lamentar con el Padre Ignacio de Frías el que se ignore en detalle lo más que obró el Padre Altamirano en las misiones del Paraguay: "solamente lo sabe aquel Señor, agrega el Padre Frías, que le contaba los pasos para merecimientos de la corona que le tenía preparada. Y así al modo que antiguamente San Juan Crisóstomo hablando de los apóstoles, puedo yo ahora quejarme de que no hubiere habido quien por menudo nos hubiese dado noticia de toda la serie de vida de este apostólico operario. Mas ya que nos falten las individuales noticias, baste para nuestro ejemplo, que en tanto como hicieron aquellos misioneros para reducir al rebaño de la

Cristóbal de Altamirano.

1680

Cristóbal de Altamirano—

1682

1
Cristóbal de
Altamirano,

1697

FACSIMIL DE LAS FIRMAS DEL PADRE CRISTÓBAL ALTAMIRANO,
CONSERVADAS EN DOCUMENTOS DE 1680, 1682 Y 1697

Iglesia tantas almas, formando de ellas las copiosas reducciones, que hoy vemos, fué príncipe el Padre Cristóbal Altamirano, concurriendo en él las muchas partes que componen un fervoroso misionero de la Compañía”.

Esto escribía en 1633 el Padre Ignacio de Frías, provincial a la sazón de la provincia del Paraguay, y nada extrañará su elogio a quien leyere lo que acerca de su gran espíritu de apostólico misionero nos ha dejado el anónimo autor de su vida. Según éste, estaba Altamirano bien dotado para la difícil tarea que había de emprender y “manifestó desde luego que no le faltaba ninguna de estas cualidades, porque comenzó a trabajar tan como soldado veterano, que no disminuyó su juventud la estimación que se debía a su anciano proceder, mostrándose en todo un vivo ejemplar de virtud a los recién convertidos, y a los catecúmenos que esperaban el bautismo que es el consejo que daba San Pablo a su joven discípulo Timoteo para que su juventud fuese respetada.

”Predicaba con grande espíritu y eficacia el sagrado Evangelio y con la mayor propiedad de palabras que jamás se vió en nuestras misiones de guaraníes, lo que le costó inmenso trabajo y atención, porque cuando el Padre Cristóbal entró en ellas eran ninguno los papeles que había escritos en aquel tan difícil como elegante idioma, y la comodidad de aprenderle muy corta, porque como era mucha la mies y los que la recogían pocos, era necesario vivir casi todo el año apartados unos de otros los misioneros, viéndose muy de tarde en tarde por pocas horas, que era ningún adminículo para saber la lengua con la perfección que el Padre Cristóbal se llegó a hacer dueño de ella.

Pero a costa de sumo trabajo, y de la infatigable atención con que observaba el modo de hablar de los indios, llegó a hablar su idioma con tal expedición, propiedad y perfección que igualó a los indios más peritos, y les aventajó con mucho exceso en la elegancia de la composición, pudiendo con toda verdad decir lo que antes el real Profeta: "super omnes docentes me intellexi". Celebra nuestro historiador Techo esta pericia singular de nuestro Padre Cristóbal en la lengua guaraní,¹ y con razón porque es de las prendas más necesarias en los misioneros que hubieren de hacer fruto en esta elocuente nación".

El poseer bien la lengua era uno de los primeros requisitos de todo misionero que deseaba trabajar con éxito entre los indígenas y hacer fruto en las almas de los mismos. "Con ella le hizo grandísimo [el Padre Cristóbal], porque era tal la eficacia de sus palabras, que hacía de los indios cuanto quería y parece tenía sus voluntades en su mano para regirlas a su arbitrio. Oíanle los bárbaros con suspensión, y no sabían negarse a lo que les insinuaba, como si les echara prisiones con su elocuencia para no hacer sino lo que era de su gusto. Vióse bien en cierta ocasión cuán grande era esta fuerza, pues amotinándose en un pueblo más de doscientos indios no había forma de reducirlos a que parasen en él, y se volvieron a sus bosques con peligro manifiesto de sus almas por la vida licenciosa que allí

¹ La frase de Techo a que alude el autor se encuentra en el libro 9, cap. 25, según nota marginal del manuscrito, donde dice de Altamirano que era "peritísimo en las lenguas indias". (Cfr. TECHO, *Historia de la Provincia del Paraguay*, traducción de Serrano y Sanz (Madrid, 1897), t. v. p. 93.) El texto original latino dice así: "Altamiranus Barbaricæ linguæ peritissimus".

practican; echaron el resto otros misioneros a su celo para persuadirles la vuelta, pero sin fruto, porque perseveraban siempre obstinados en su resolución perniciosa: tomólo a su cuenta el Padre Altamirano: fué, viólos, hablóles, y luego los redujo a todos fácilmente, a que se restituyesen a su pueblo, adonde los condujo él mismo, con gusto de todos ellos.”

Las Anuas de 1699-1700¹ narran este mismo hecho en los términos siguientes: “Tenía el Padre Altamirano un natural muy agasajador, y reduciéndolo a virtud, usaba de él con prudencia y destreza para atraer a los indios; de manera que concebían un amoroso aprecio no sólo del Padre, sino de todos los de la Compañía. Y así se experimentó que los indios que fueron doctrinados por el Padre Cristóbal Altamirano, son los que nos muestran más amor, y nos miran con mayor respeto y veneración. Esto se vió en una ocasión, en que de cierto pueblo se alzaron más de doscientos indios, y se volvieron al monte, a los cuales por más diligencias, que otros Padres hicieron, no los pudieron reducir, hasta que tomándolo a su cuenta este infatigable operario, los redujo a todos a volver a su pueblo, adonde él mismo los llevó.” Esto escribe el Padre Frías en las Anuas, poco después de la muerte del Padre Altamirano, y podemos recordar en este lugar que el venerable Padre Ruiz de Montoya escribió en 1639 y publicó en su *Conquista Espiritual* que el Padre Altamirano [que a la sazón vivía y trabajaba en las misiones], era un operario “muy conocido” por su “infatigable trabajo y prudencia en amansar leones”, o sea en reducir a los indios levantiscos.²

¹ Fol. 59 v.

² P. 222 (edición de 1892).

FUNDACIÓN DE ACARAGUÁ

“Fué tan notoria esta gracia que tenía en sus palabras desde los principios que entró en las conversiones del Uruguay, que a poco tiempo le fió el Padre Provincial Francisco Vázquez Trujillo la fundación del pueblo de Nuestra Señora de la Asunción de Acaraguá, adonde fué enviado el año de 1630. Había el cacique Quiragui, que era el principal de toda la comarca, hecho repetidas instancias al dicho Padre Provincial sobre que se le concediese Padres de la Compañía para que les predicasen el santo Evangelio e hiciesen hijos de Dios al modo que lo habían conseguido sus vecinos los indios de Tabatín, distantes siete leguas, y condescendiendo con tan justa petición les señaló a nuestro Padre Cristóbal, a quien recibieron los indios con grandes demostraciones de benevolencia. Acudieron también al mismo sitio los infieles del Uruguay arriba, a quienes había despachado sus mensajeros el venerable Padre Pedro Romero, superior entonces de todas las reducciones, y bajando pronto se dió principio a la reducción del Acaraguá, a la cual se señaló por titular y tutelar a la Reina de los Ángeles en el misterio de su triunfante Asunción para reparar por este medio la injuria que había hecho el famoso hechicero Ñezú en destruir otra reducción del mismo nombre en el río Yjuhí, con muerte de su fundador el venerable mártir de Cristo Padre Juan del Castillo. Se matricularon luego más de trescientas familias, a que se agregaron tantas después por el celo de nuestro Padre Cristóbal, que fué siempre este pueblo, llamado hoy de la Cruz, uno de los más numerosos.”

Fundado en 1629, estuvo algunos años al norte del río Acaraguá, que desemboca en el Uruguay, al sudeste del territorio de Misiones en la República Argentina. Después del año 1641 se trasladó, según afirma Trelles¹ al Mbororé, seis o siete leguas al nordeste de San Francisco Javier. Se juntó luego con el Yapeyú, pero se dividió definitivamente de él en 1657 y se fijó sobre el río Uruguay, como dos leguas del Aguapey y siete del Yapeyú. Aquí tomó el nombre de Santa Cruz, y en 1767 era uno de los pueblos de más gloriosa historia y uno de los más poblados.

El Padre Nicolás Techo, después de historiar el origen de este pueblo y su fundación en el Acaraguá, escribe que "por designación del Provincial se encomendó el gobierno de este pueblo de la Asunción al Padre Cristóbal Altamirano, peritísimo en las lenguas indias, y lo rigió con celo durante doce años; hoy [esto es, en 1670], se conserva todavía y han bautizado en él los jesuítas cuatro mil doscientas almas. Allí comencé yo a ensayarme en el idioma guaraní, que, gracias a Dios lo conozco algo, y por medio del cual ejercí el sagrado ministerio durante veinte años en el Paraná y en el Uruguay, aunque indigno de semejante honor".²

Según relata el anónimo autor de la vida de Altamirano, fueron grandes los trabajos que tuvo que padecer nues-

¹ "Revista patriótica del pasado argentino", t. i. pp. 200/1. Según este mismo historiador hallábase Altamirano en 1631 en compañía del Padre Adriano (*Cuestión...*, p. 44).

² *Historia de la Provincia del Paraguay*, t. iv. p. 94. Charlevoix escribe de este pueblo que "Prefecto Christophoro Altamirano... sub quo egregie floruit" (edición Muriel), p. 114 y el manuscrito de Madrid "Christophorus Alus Barbaricæ linguæ peritissimus... adeo prospere rem Christianam...", p. 604.

tro misionero para fundar este histórico pueblo de las Misiones. "Aunque él vivía en una choza muy desacomodada, su primer cuidado fué como era justo labrar casa para Dios a que se aplicó con mucho tesón ayudado del Padre Adrián Formoso, su compañero: tenía ya muy adelantada la fábrica, y todo iba con grande prosperidad, cuando despechado el demonio de verse sin séquito entre los que antes tuvo tiranizados, y temiendo que aquella iglesia sería el baluarte desde donde se combatiría fuertemente su imperio, se valió de sus ardides, para arruinarla y atribular de manera a la gente que los obligase a abandonar aquel sitio, y retirarse a sus antiguas guaridas, bien que se desvanecieron todas sus trazas y no pudo sacar la ganancia pretendida. Fué el caso que determinando los Padres celebrar la fiesta de su Patrona sacratísima con el mayor aparato que fuese posible, así por ser la primera como por atraer con este reclamo a muchos gentiles del río Uruguay arriba, habían puesto todo empeño en que estuviese concluída la fábrica para el día de la Asunción, y hecho varias prevenciones para mayor solemnidad cuando nueve días antes se prendió de noche, sin saberse el autor, tan voraz incendio en la chozuela del Padre, que saltando a la iglesia se cebó con extraña furia: hizo el Padre Cristóbal exquisitas diligencias para atajar el fuego, convocó todo el pueblo a toque de campana, y aunque acudió todo con grande prontitud, no se pudo defender del estrago, porque al mismo tiempo sopló tan recio viento que la redujo toda a cenizas, sin salvarse otra cosa que dos ornamentos, que pudo escapar el Padre Cristóbal con mucho riesgo de su persona.

"En este trabajo fué tan excesivo el sentimiento de los

catecúmenos, tan sin tasa los llantos y alaridos en que gastaron toda la noche, que le causaron al Padre mayor lástima que la pérdida de la iglesia y le costó no pequeño trabajo el acallarlos y darles a entender no sucedía cosa en el mundo que no la ordenase la Divina Providencia para mayor provecho nuestro. Lo que más lastimaba su celoso corazón era la consideración de que aquellos pobres, inclinados entonces a los agüeros supersticiosos de su gentilidad, no entrasen en recelo por aquella desgracia, y desamparasen como infausto aquel sitio, y aun se retrajesen de querer abrazar la fe; pero al mismo paso fué inexplicable su gozo cuando se certificó que todas aquellas demostraciones de sentimiento nacían del amor entrañable que habían cobrado a los Padres, llorando por verlos sin casa e iglesia, y por el miedo que habían concebido de que los desamparasen: por lo cual le decían al Padre Altamirano, vertiendo copiosas lágrimas, que tuviese lástima de ellos y de sus hijos, y no les abandonase por aquel trabajo, pues aunque se les había quemado la iglesia, no se les habían abrasado las manos con que fabricar otra, y que aunque se les había perdido todo su pobre ajuar, ellos se quitarían de la boca su propio alimento para sustentarlos a ellos, y para confirmar con las obras sus promesas, le llevaron luego de sus raíces y legumbres tanta provisión, que bastó para seis meses.

”Consolólos el apostólico misionero, asegurándoles que no les desampararía por todos los trabajos del mundo, y así ellos muy gozosos escogieron la mejor casa del pueblo, que cedió su dueño con mucho gusto para que sirviese de vivienda a los dos Padres en ínterin que les labraban otra

nueva: y luego comenzaron todos con gran fervor a reedificar la iglesia, que acabaron en breve tiempo, y hubo indio que teniendo ya armada su casa con muy buena madera, la desarmó y llevó toda para el edificio de la iglesia, y hasta las mismas indias acudían a ayudar en la fábrica para que creciese cuanto antes y asegurar por este medio quedasen entre ellos los Padres, a quienes con el mismo empeño labraron una casa donde viviesen, si no con mucha comodidad, a lo menos con alguna decencia.

”Dedicóse con gran solemnidad y regocijo la iglesia, siendo grande la frecuencia a ella, y desde entonces mucho mayor la puntualidad en acudir a la explicación de los sagrados misterios para irse disponiendo al santo Bautismo, que recibieron el primer año, fuera de los párvulos, más de trescientos adultos, y llegando a contarse más de dos mil almas, las cuales en breve crecieron hasta tres mil por la solicitud con que el Padre Altamirano fué recogiendo los gentiles circunvecinos, y trayéndolos al rebaño de Cristo y consta que en doce años que cuidó¹ de esta reducción bautizó más de cuatro mil almas, a quienes asistía con imponderable caridad en todas sus necesidades espirituales y corporales, como se vió en la epidemia que padecieron el año de 1635, pues casi a un mismo tiempo cayó enfermo todo el pueblo, de que murieron quinientas personas, sin que a alguna de ellas le dejase de administrar todos los sacramentos, porque al punto que las sentía heridas del contagio las hacía disponerse para recibir la muerte que andaba muy ligera por todas partes, y su misma presteza hacía

¹ En el manuscrito leíase “asistió”, pero el autor del mismo tachó esta palabra y escribió encima “cuidó”.

avisados a los neófitos para que ellos mismos solicitasen su remedio espiritual en primer lugar sin darle treguas al Padre Cristóbal aun para el preciso descanso de sus fatigados miembros.

”Ni por estos embarazos cesaba su celo de solicitar la salud eterna de los infieles de la comarca, despachando mensajeros a los del Uruguay arriba, cuya conversión pretendía impedir el cacique Mburuá, que tenía entre ellos grande séquito, pero pudo más con sus santas trazas nuestro Padre Cristóbal que por fin los redujo a que viniesen a oír la doctrina evangélica, venciendo las oposiciones del infierno.”

LA EPIDEMIA DE 1636. LA LABOR DEL APÓSTOL

”A la epidemia referida del año de 35 sobrevino en el siguiente de 1636 la del sarampión, que empezó por enero con tanto rigor que no dejó persona a quien no asaltase, sin quedar indio en pie, de manera que si fué grande el trabajo de la epidemia precedente, el de ésta fué increíble, por ser más universal el contagio, de que murieron mil trescientas personas. Tomó este trabajo al Padre Altamirano sobrefatigado, muy enfermo de unos recios dolores, que le traían con sola la piel sobre los huesos, pero viendo la aflicción y necesidad de sus hijos en Cristo, ofreció su vida temporal por darles la espiritual de sus almas, porque afligidos los demás pueblos con el mismo contagio, no había sacerdote que le fuese a ayudar, y sólo le acompañaba un Hermano coadjutor.

”En esta ocasión, pues, tan urgente, se portó nuestro varón apostólico de la manera que escribe el venerable Pa-

dre Antonio Ruiz de Montoya en su *Conquista Espiritual*¹ por estas palabras:

“Pastorea hoy el rebaño que aquí (en el Acaraguá) juntó con el afán dicho el Padre Cristóbal Altamirano, cuyo infatigable trabajo y prudencia en amansar leones es muy conocido: llególe el trabajo de curar almas y cuerpos en una rigurosa peste a punto de perder la vida, que iba asido a dos mozos a visitar los enfermos y a veces rendido se caía en el suelo desmayado, topando primero que cayese con las aguas de que formaban arroyos las lluvias que corrían por las calles; tomóle el pulso un Hermano que le acompañaba, y reconoció en él indicios mortales; rogóle que hiciese cama, pero como el celo de sus ovejas le incitase a acudirles en tan pretado y riguroso trance, le consoló el Señor dándole repentina salud y fuerzas,² con que sin dificultad pudo ejercitar su celo, de manera que, faltando ya en el pueblo sanos que ayudasen, el Padre y el Hermano llevaban en sus hombros los muertos a enterrar, hacían los hoyos, y a los vivos guisaban la comida y ellos mismos se la daban. Decían los indios con agradecimiento de estas acciones: cuando éramos gentiles moríamos como perros, huíamos unos de otros, y ahora, ya cristianos, ha enviado el Padre común este socorro para nuestras almas y cuerpos.” Hasta aquí el autor citado.

”La repentina salud que consiguió se atribuyó principalmente a un acto muy heroico que ejecutó, aunque lo fueron tanto todos los demás, porque habiendo un día con-

¹ Pp. 222/4 (edición de 1892).

² El Padre Boroa en las *Litteræ Annuæ* publicadas en 1642, narra este mismo suceso.

fesado más de sesenta apestados y administrado el viático a diez y seis, y la extremaunción a veinticuatro, y enterrado por sus manos trece, acudido a dar de comer y cenar a todo el pueblo, y hecho sangrar a muchos que sofocaba la sangre, llegó un niño a llamarle para confesar a su madre, en tiempo que llovía a cántaros y soplabá un viento tan recio que derribara a los más fuertes: en nada reparó el Padre Cristóbal, y estribando en sólo el niño, fué a aquella confesión cayendo muchas veces en el camino y llegando traspasado de la lluvia y frío, por cuya noticia acudió allá el Hermano su compañero que andaba por otra parte asistiendo los enfermos y le halló como queda dicho ya despulsado: con que fué más notorio que la salud fué milagrosa conseguida por su ardiente celo en beneficio de las almas.

”Era verdaderamente espectáculo que movía a devoción ver en esta ocasión las ansias con que aquellos nuevos cristianos que poco antes vivían olvidados de su salvación dispersos por los bosques como fieras, ahora solicitaban en primer lugar el remedio de sus almas pidiendo la confesión, el viático y la extremaunción, y los actos de todas las virtudes con que se preparaban para la muerte, y Nuestro Señor a veces les daba la salud por medio de los sacramentos, entre los cuales fué muy particular el modo con que la consiguió cierto indio, cuyo caso refiere el mismo Padre Antonio Ruiz en el lugar citado por estas palabras: “Apareció el demonio una noche a un mozo cuya vida estaba ya en las manos de la muerte, y hablóle así: “Tú estás ya al último remate de tu vida, y tus pecados son tantos, que la justicia de Dios no te ha de admitir a penitencia, y así,

conviene que no trates de confesarte, porque ¿qué dirá el Padre si ve que hasta ahora te olvidaste de tu alma? Además que perderás el buen nombre que de ti ha tenido; toma mi consejo y olvida tus pecados.” Acudió la Madre de misericordia, refugio de pecadores, la Soberana Virgen, y ahuyentando al demonio dijo al doliente: “Hijo, ten buen ánimo, vé y confiésate, que mi Hijo te perdonará.” Levantóse con denuedo el mozo, y juzgándole por frenético los de su casa le quisieron detener, pero con intrepidez se acogió al Padre, y derramando lágrimas le pidió confesión; confuso el Padre de verle, juzgando lo mismo que los de su casa, le despidió, pero el mozo le dijo: “Padre, mira que voy derecho al infierno, porque he cometido muchos pecados”, y refiriendo lo que había visto, hizo una buena confesión, con que recibió la salud del alma, y poco después la del cuerpo. El mozo sin empacho de su afrenta publicó este caso y favor que la Virgen le había hecho, con que granjeó muchos devotos a la Virgen, atrajo a muchos a la esperanza del perdón, conciliando desprecio a la desesperación en todos.” Hasta aquí el Padre Montoya.

”Con este caso cobraron extraña devoción los indios de aquel pueblo a Nuestra Señora a cuya imagen acudían llevando todos los niños enfermos, con vivísima fe, la que no quedaba frustrada, porque correspondiendo María Santísima a su confianza, les daba milagrosamente salud; con que estos beneficios repetidos aumentaban la devoción de toda la gente, que la visitaba desde entonces entre día con rara frecuencia ni había persona que dejase de acudir todos los días a rezar el rosario, como les impuso el Padre Altamirano.” Grande fué siempre y muy singular su de-

voción a la Santísima Virgen. El Padre Frías nos dice que procuró durante toda su vida imprimir en los corazones de cuantos trataba esta utilísima devoción, y para aficionar más a ella a los indios "solicitó del Padre General Juan P. Oliva, cuando fué a Roma por procurador, que agregase las congregaciones de todos los pueblos a la Prima Primaria de Roma, cuya gracia festejaron con gran solemnidad cuando la recibieron".¹

"Quedó muy disminuído su pueblo con las dos epidemias de los años 35 y 36, pero pronto halló modo su caridad y celo para aumentarle, porque recogió las reliquias del pueblo de Jesús María que destruyeron inhumanamente los mamelucos del Brasil, acogiéndolas con tanta humanidad que se vinieron todos muy gustosos, y fuera de eso como experimentaban el mismo agasajo los infieles del río Uruguay arriba cuando aportaban al Acaraguá, se agregaron también muchos de ellos a pesar del cacique Mbaná y del famoso Ñezú que con sus embustes los procuraban embaucar: pero tuvo por fin el merecido castigo de sus enormes maldades quedando prisionero de los mamelucos, sin que le valiese para librarse de aquel duro cautiverio el poder que fingía tener como Dios que blasonaba ser de todos aquellos países. Quitado, pues, este embarazo, acudieron muchos infieles del Uruguay al Acaraguá, con que se hizo muy numeroso el pueblo de Nuestra Señora de la Asunción, y no menos insigne por el fervor de sus naturales que fomentaba por todos caminos el Padre Altamirano.

"Reconociendo que la principal prenda para agradar a

¹ Fol. 4.

su Soberana protectora la Virgen es la pureza de alma y cuerpo, y viendo por otra parte los peligros que de perder ambas corrían sus feligreses, porque eran fronterizos a los mamelucos quienes en sus asaltos no contentos con hacerlos sus esclavos, trataban de hacerlos esclavos del demonio incitándolos a muchos pecados y robando con violencia a las mujeres la joya preciosa de su castidad, les inculcaba muchas veces el Padre Cristóbal en sus sermones y pláticas que si acaso cayeran en manos de tan inhumanos enemigos resistiesen a sus torpes intentos con fortaleza cristiana, dejándose antes privar de la vida que ofender a su Criador. Tomaron las indias tan de veras esta tan saludable doctrina, que acometidas algunas de mancebos deshonestos despreciaron intrépidas sus fierros y amenazas, dejando burlada su pasión lasciva a costa de la tolerancia varonil con que sufrieron sus malos tratamientos por no rendirse a su gusto.

”Otros indios hubo en este mismo pueblo que quisieron imitar los ejemplos de los santos, que se señalaron en la resistencia a las tentaciones, como fué uno que a imitación de San Benito, se arrojó entre agudísimas espinas, con cuyas penetrantes puntas apagó el fuego de la concupiscencia, y otro que acometido del demonio con una tentación sensual se expuso desnudo en un bosque a un hormiguero de hormigas ponzoñosas que le pararon tal que daba lástima verle, y sintiendo aún a su carne rebelde se arrojó entre ortigas muy agudas diciéndole a su mismo cuerpo con grande ánimo: “no he de ofender a mi Dios jamás, aunque revienta, y he de tomar venganza de ti, cruel enemigo, todas las veces que me molestares”; como lo hizo con la misma

santa crueldad la tercera vez que le repitió la misma tentación sin reparar que la mortificación pasada le había ocasionado una grave enfermedad. Súpolo el Padre Cristóbal, y queriendo moderar su fervor, le respondió: "Déjame, Padre, que muera mil veces antes que ofenda a Dios gravemente: no hay que tener lástima a este mi cuerpo, que mañana se ha de convertir en polvo y ceniza, y si no le trato con esta crueldad me puede causar la muerte eterna."

"Con este fervor procedían aquellos nuevos cristianos para confusión de los antiguos y era cosa muy ordinaria, que muchos días antes de confesarse se preparaban haciendo rigurosas penitencias, y no pocos más fervorosos las tenían entabladas tomando cada semana tres y cuatro disciplinas y ejercitándose en otras obras piadosas muy aceptas a la Divina Majestad.

"Pero los que en todo esto más se señalaban eran los congregantes de la Congregación de Nuestra Señora que instituyó el Padre Cristóbal en su pueblo, y en que no se recibía sino los muy señalados en el ejemplo de su vida, siendo nota honorífica el estar alistados entre los esclavos de María Santísima. Fuera de la asistencia constante de los ejercicios de la congregación se esmeraban en la caridad con los prójimos, principalmente pobres: traíanles leña en tiempo de frío, iban a pescar para regalarlos y si caían enfermos iban solícitos a saber lo que se les antojaba para darles ese consuelo y los buscaban con diligencia, los lavaban y limpiaban cuando habían de recibir los sacramentos y les asistían en todo hasta expirar, amortajarlos y darles sepultura.

"El cuidado y aprecio que todos los de este pueblo te-

nían de los santos sacramentos se aumentó notablemente con un caso singular que acaeció el año de 1639 y fué que estando un mancebo bien entendido muy al cabo, le asaltó un parasismo, en que perseveró más de dos horas fuera de sus sentidos: ya le lloraban por muerto, cuando volvió en su acuerdo todo acongojado, y preguntándole la causa, dando tristes gemidos, respondió: "Sabed que he visto un horrible y espantoso espectáculo todo el tiempo que estuve enajenado de mis sentidos, en que me faltó poco para perder de sentimiento la vida. Vi a mi misma madre (poco tiempo antes difunta), que estaba ardiendo en el infierno, dando horrendos y lamentables gemidos; conocióme luego que me vió, y mirándome con grande ceño me dijo: "¿es posible que tú que frecuentas los sacramentos vienes también a hacerme compañía en este lugar de tormento? Sábetete que en esta cárcel de la Divina Justicia están muchos de nuestros paisanos de madura edad por falta de fe, porque aunque recibieron el santo bautismo no lo recibieron con la fe necesaria, y otros, aunque se confesaban, no era con el dolor y propósito que debían tener y de éstos soy yo una, que por justo juicio de Dios he de perseverar así, rodeada de llamas en este miserabilísimo estado por toda la eternidad. Vé y dilo a los Padres para que lo prediquen, y tú confiésate enteramente y duélete de tus culpas si quieres huir de aquel horno encendido en vivas llamas preparado para los que no creen las cosas que les predicán los ministros de Dios, ni se arrepienten como deben de sus pecados." Con esto desapareció la visión, y yo volví en mí lleno de congoja y cubierto de un sudor frío, como me veis."

"Cumplió el consejo de su desdichada madre, confesóse con grandísimo dolor y arrepentimiento, y murió con prendas de su salvación.

"Con esta ocasión hizo el Padre Altamirano a sus feligreses muchas pláticas sobre la confesión, de que se siguió el moverse a revalidar las que hicieran desde el principio de su conversión, preparándose con mucho cuidado por muchos días para hacerlas con mayor acierto, tomando rigurosas disciplinas para obligar a Dios les diese luz para conocer sus culpas, llorarlas y confesarlas como manda su Divina Majestad. Y a lo que se echó de ver concurrió Nuestro Señor con especiales auxilios para sacar mucho bien de los yerros pasados, que así lo suele hacer para justificar su causa, corregir a los tibios y alentar a los fervorosos.

"Como en esta ocasión los vió el Padre Cristóbal a todos tan fervorosos, vino en conceder a sus feligreses lo que mucho tiempo habían deseado, que fué colocar de asiento en aquella iglesia el Santísimo Sacramento del altar, lo que hasta allí se había diferido por no exponerlo a la irrisión de los mamelucos, porque aquellos hombres sin Dios y sin ley profesaban ninguna reverencia al pan de los ángeles, y sin temor de tan tremenda majestad como en él adora la fe, cometían en su presencia enormes sacrilegios. Con todo, pareciendo había por entonces alguna seguridad en aquella frontera, se concedió que le tuviesen en aquel pueblo celebrando todo él su colocación con la mayor solemnidad que permitía la pobreza del país, mostrando en lo que hicieron lo mucho que deseaban hacer, si se extendiera a más su posibilidad. Hubo procesión solemne con decente música y

danza bien concertadas: erigiéronse muchos arcos triunfales cuyo adorno principal era todo género de animales que trajeron como en reconocimiento de que todas las criaturas debían contribuir a la solemnidad de Dios humanado: y dióse fin con un coloquio muy elegante en su idioma, muy doctrinal y propio de la festividad, en que se declaraba el misterio, y se enseñaba el modo de recibir al Señor con la preparación debida. Rico el pueblo con tan gran tesoro, y sus moradores con los celestiales dones que Nuestro Señor les comunicó entonces, procuraron con nuevos fervores hacerse en adelante más dignos de tener entre sí a su Dios sacramentado.”

LOS MAMELUCOS. LA VICTORIA DEL MBORORÉ

“Gozaron pacíficamente de tanto bien con grande aprovechamiento de sus almas por casi dos años, cuando envidioso el demonio de su dicha, empezó a perturbar la quietud de que por aquel tiempo se gozó en la comarca, por medio de los mamelucos del Brasil, que con ánimo de asolar todas las misiones de los jesuítas y llevar sus naturales al duro cautiverio empezaron a infestar el río Uruguay. Vinieron cuatrocientos portugueses de San Pablo, y dos mil tupíes, de que se tuvo aviso por varias vías, pero el más cierto fué que sobreviniendo una gran creciente en dicho río trajo muchas alhajas propias de aquella gente que fué la señal más fija de su cercanía.

”Consumióse luego el Señor con increíble sentimiento de los neófitos del Acaraguá, hiciéronse prevenciones militares, que se lograron con felicidad como diremos. Juntó el Padre Cristóbal todos los niños, viejos y mujeres de su

pueblo, y transportólos a lugar distante más seguro con el trabajo que se deja considerar, porque llegando huídos diez y seis infieles del Uruguay arriba dijeron cómo los mame-lucos de San Pablo habían apresado toda la gente del río sin escaparse otros que el malvado hechicero Ñezú, que con cuatrocientos indios se habían pasado a la otra banda, metiéndose tierra adentro.

"Habíanse concedido ya, por la piedad de nuestro católico monarca el señor don Felipe IV, armas de fuego a los guaraníes de nuestras misiones, y aunque los infieles dieron esta noticia a los mamelucos, la despreciaron o no las temieron, blasonando de que ahora los habían de vencer mejor y llevar a todos cautivos.

"Juntáronse cuatro mil indios de todas las reducciones y no pudieron impedir que los mamelucos y tupíes no entrasen en el pueblo de Nuestra Señora de la Asunción, que doctrinaba el Padre Altamirano, pero por la solicitud de éste lo hallaron ya despoblado y puesta la gente en salvo. Ocuparon con trescientas canoas el río Acaraguá, que pasa junto al dicho pueblo, y juntos ya los cuatro mil guaraníes, unos por tierra y otros por agua, se acercó a los enemigos el capitán, don Ignacio Abiarú, cacique principal y muy valeroso de Acaraguá, y les afeó sus inhumanidades; pero ellos respondieron disparando una nube de balas, de que irritados los guaraníes les acometieron con tal denuedo que hicieron en el ejército contrario grande estrago el primer día hasta que las tinieblas de la noche dieron fin a la batalla.

"Al siguiente día se prosiguió el combate con la misma fortuna, muriendo ciento veinte mamelucos y más de mil

tupíes; porque los otros con mejor acuerdo desampararon a los portugueses, y abrazaron el partido de los indios guaraníes, entre quienes quisieron vivir para Dios libres de las ocasiones en que aquella gente perdida los traía con riesgo de sus almas. No costó esta victoria más que seis cristianos guaraníes que murieron y cuarenta que salieron heridos y sanaron presto, atribuyéndose todo principalmente al patrocinio de San Francisco Javier, patrón de la empresa, cuyo nombre invocaban los neófitos con fe vivísima al principio de la batalla.”

Esta insigne victoria que sobre los paulistas obtuvieron los indios guaraníes, es más conocida con el nombre de victoria del Mbororé, como se lee en el auto proveído por el almirante don Luis de Aresti, teniente general de gobernador de la provincia del Río de la Plata.¹ Con el nombre de Mbororé la recuerda también y en forma singularmente elogiada el Padre Lupercio Zurbano en las Anuas de 1641-1643, de las cuales vamos a extractar algunos párrafos junto con algunos fragmentos de cartas que acerca del mismo combate escribió el Padre Altamirano.

Después de citar la “Reducción de la Asunción de Boro-re” escribe el provincial Padre Zurbano: “Ya llegamos a la reducción famosa del Borore que ha de hacer aún más gustosos que hasta aquí estos presentes anales. Cuidan de ella el Padre José Oregio y el Padre Cristóbal Altamirano. Tiene trescientas ochenta familias y mil trescientas almas, poco más o menos, que frecuentan los sacramentos en tanta paz de sus conciencias como si no hubieran estado estos años

¹ PASTELLS, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. ii. pp. 81/2.

en continua guerra por ser la frontera de los enemigos . . . Reducción famosa por la cristiandad de sus naturales y célebre por su valor en las armas: pues ella fué fiel testigo de aquella insigne victoria que alcanzaron nuestros indios de las armas portuguesas.

"Aquí digo, en esta reducción ha sido el palenque de bien sangrientas batallas; aquí donde se hizo temer el indio guaraní del más insolente enemigo; aquí las velas y centinelas a muchas leguas de distancia para que no les tomara de repente el portugués . . . aquí donde han padecido innumerables trabajos en tiempo de las guerras los Padres Cristóbal Altamirano y Andrés Gallego, de cuyas Cartas principalmente recogeré aquí lo más particular que les sucedió a los portugueses después que los derrotaron nuestros indios. Dividiéronse, pues, en tropas por aquellos montes: como toros rabiosos que salían garrochados del cozo, iban bramando furiosos buscando los que como fieras vivían en ellos, ya que no habían podido hacer suerte en los de las reducciones . . .

"De todas las tropas de los portugueses que se fueron huyendo después de la batalla, estaba [yo] con mucho recelo no revolviesen contra las reducciones; aquí pondré un capítulo de Carta del Padre Cristóbal Altamirano, que dice así:

Ya, gracias a Nuestro Señor, hemos salido del cuidado de portugueses que se habían rancheado en las cabezadas de aquel arroyo que se llama Apiterebí, al cual se habían retirado apurados de los indios gualachos a quienes Nuestro Señor por sus justos juicios ha tomado por instrumentos para castigar a estos malos hombres de San Pablo.

Una tropa de los portugueses, que fué la primera que salió de este río Uruguay para ir a su tierra, ha venido nueva de lo mal que les había ido con nuestros indios del Uruguay: llegaron a tierra de los gualachos, y derramados por las chacras de éstos con deseo de juntar comida, teniéndose por muy seguros, una noche dieron sobre ellos y mataron los más portugueses, y con tanta crueldad que después de haberlos hecho pedazos, les quitaron toda la carne de las pantorrillas, muslos y brazos para comérsela, como de hecho lo hicieron; y después quemaron los huesos, y las cabezas de los muertos las pusieron por trofeo encima de los caballetes de sus casas, peláronles las barbas y colgáronlas por las alas de los tejados, en odio del mal que les habían hecho los dichos portugueses. De los cuales, otra tropa que acertó a pasar por allí, viendo tan horrendo espectáculo en los de su nación, después de grandes lástimas y llantos, los enterraron... Pone horror el contar las crueldades que han hecho los gualachos [indios infieles] en esta pobre gente, y no menor espanto el oír la máquina de cuerpos muertos que hay entre nuestro río Uruguay, y tierra de los gualachos, y las manadas de tigres que se ceban en sus carnes despedazando a los indios vivos que andan descarriados por aquellos montes. Dios aplaque su justa ira, y se compadezca de aquellos pobres.

Ha sido grande el trabajo, añade el Padre Altamirano, que los indios de esta reducción han pasado estos dos años caminando continuamente este río Uruguay arriba en busca de los indios, que los portugueses de San Pablo dejaron, buscándolos por los arroyos y montes espesos donde se habían escondido de miedo: por cuya industria se han reducido como seiscientas almas que estaban ya perdidas y condenadas, o a cautiverio perpetuo (volviendo el portugués a reconocer los puestos como suele) o a peligro evidente de su condenación eterna, quedándose como fieras en aquellos montes. Con estos motivos se han animado los de esta re-

ducción a buscar las ovejas descarriadas, ejercitando en traerlas singular caridad; logrando en esta ocasión lo que los Padres les han enseñado, cuidando de sus cuerpos y de sus almas, partiendo de su comida y pobreza con ellos, y saliéndose de sus mismas casas para darles hospedaje aun a los extraños e infieles, que traían a vueltas de los fieles; y esto es tanto más digno de consideración cuanto más odio les tenían los dichos infieles del río arriba y sabiendo que por hacerles daño se juntaron con los portugueses y destruyeron las comidas [o sembrados] del Acaraguá, puesto antiguo de esta reducción y que hicieran todas sus diligencias para que los cautivasen. Olvidados pues de todos estos agravios, nuestros indios, principalmente los de este Bororé, los han ido buscando por los montes y traído a esta reducción, no perdonando fatigas ni trabajos que se padecían, buscando los enfermos y trayéndolos dos, tres y a veces cinco días, a costas por entre insuperables serranías y espesura de los bosques, pasando hasta la cintura los arroyos, y los ríos más arriba, cargados con aquellos enfermos; carga que aunque en sí tan pesada, se la hacía suave y ligera el amor y caridad a sus prójimos, que era tan ardiente, que algunos de estos indios los han traído muertos de treinta, cincuenta y aun setenta leguas de camino por entre espesos bosques, gastando en su busca dos y tres semanas y aun un mes entero de viaje.

Con sobrada razón añade el autor de las Anuas, después de transcribir estas líneas del Padre Altamirano, que "es digno de toda advertencia y ponderación que han llegado ya a tanta ventura los Padres y pastores de esta inculta gentilidad, que no sólo ellos, sino los mismos indios que ayer sacaron de las selvas como fieras, hacen ya oficio como de apóstoles andando en continuas correrías y misiones por aquellos valles y montes incultos, trayendo tropas de fieles

y de infieles, que andan como fieras silvestres por aquellas selvas huyendo de los lobos carnívoros de San Pablo.

El anónimo autor de la vida del Padre Altamirano narra estos mismos sucesos y otros varios que no menos patentizan el grande fervor cristiano de aquellos indios que el singular talento de aquel celoso misionero a cuya industria y laboriosidad se debía tanto bienestar social y tanta felicidad espiritual aun en medio de los mayores contratiempos.

Otro historiador de la época relata un hecho curioso relacionado con nuestro misionero. Techo describe la muerte del jesuita belga Pedro Marques que abandonó la cátedra de lengua griega y de retórica que tenía en Artois y pasó al Río de la Plata en 1640. "Poco antes de acabar sus días supo este Padre que los misioneros del Paraná y Uruguay habían convenido en celebrar doce misas por el que muriese de ellos, y entró en aquella cofradía con objeto de que rogaran a Dios por él cuando expirase. Excepto el Padre Cristóbal Altamirano, cura de Mbororé, todos cumplieron lo pactado; decía éste que salía ganando el Padre Marques, y que no necesitaba sufragios. El Padre Altamirano comenzó a tener sudores y a no poder dormir; en el templo de Mbororé se oían ruidos en el púlpito y en el techo, cual de un hombre que golpea; el altar quedó descubierto, y estos portentos se repitieron de modo que se veía que no eran fantásticos; el difunto se apareció en traje de jesuita al Padre Altamirano, y éste celebró las doce misas. Cinco semanas duraron los prodigios dichos, y se vió que los hombres virtuosos, después de muertos, tienen medios de castigar a los que faltan.¹

¹ TECHO, *Historia de la Provincia del Paraguay*, t. v. p. 223.

TRASLACIÓN DEL MBORORÉ. LA CUESTIÓN CÁRDENAS

A causa de las incursiones de los paulistas se creyó conveniente trasladar la reducción de Nuestra Señora de la Asunción más al occidente, y así se hizo. Estuvo primero junto al Mbororé, al nordeste de San Javier, pero poco después se unió con el pueblo de Yapeyú, sobre la costa occidental del río Uruguay. Ignoramos las fechas de estos traslados, pero no cabe duda que se efectuaron entre los años 1629 y 1647.

Recuérdese que cuando en 1647 visitó las reducciones del Uruguay el gobernador don Jacinto de Lariz encontró en el Yapeyú, haciendo de cura de dicho pueblo, al Padre Cristóbal Altamirano, "criollo natural de la ciudad de Santa Fe, de este gobierno [de Buenos Aires] y asistencia personal de diez y siete años a esta parte". Según el mismo Lariz, tenía el pueblo, a la sazón, mil seiscientos indios, de ellos cuatrocientos veintidós varones de manejo de armas y se tienen y se hallan para este efecto veintitrés armas de fuego, los doce mosquetes y los once arcabuces, con preveniciones de todas municiones. Elogia la iglesia de Yapeyú por ser capaz y bien cuidada, con cantores, música y chirimías.

El Padre Altamirano continuó al frente del pueblo de Yapeyú hasta el año 1651, fecha en que escribió un informe acerca de las malocas realizadas por los paulistas a principios de aquel año, documento que junto con otros análogos de otros misioneros fué presentado por el Padre Francisco Díaz Taño, superior de las misiones, al rey, real consejo, virrey, audiencia y oidor visitador don Andrés

Garavito de León, en satisfacción de las calumnias opuestas por los émulos de la Compañía de Jesús. Dicho informe de Altamirano va fechado en la reducción de Nuestra Señora de los Reyes del Yapeyú en 26 de mayo de 1651 años y en él alude a la reducción de los Reyes del Yapeyú "que está a mi cargo y cuidado".

En el Archivo de Indias hemos visto y transcrito el documento aquí citado. Se encuentra junto con otras certificaciones juradas de los Padres más conspicuos que había entonces en las misiones y que fueron presentadas al rey por el Padre Francisco Díaz Taño en satisfacción de las calumnias opuestas por los émulos de la Compañía de Jesús. El texto del escrito de Altamirano dice así:

El Padre Cristóbal Altamirano, religioso profeso de la Compañía de Jesús. Certifico al Rey nuestro señor y a su real consejo, y al señor virrey del Perú y real audiencia de la Plata y al señor oidor don Andrés Garavito de León, caballero del orden de Santiago, visitador general de las provincias y gobernador del Paraguay. Como teniendo noticia de unos indios infieles que venían retirando a la reducción de los Reyes de Yapeyú que está a mi cargo y cuidado, supe cómo el enemigo portugués andaba muy cerca de la dicha reducción, la cual como es la más cercana al puerto de Buenos Aires donde se decía que el dicho enemigo amenazaba venir, dió cuidado, y más habiendo venido antes dos tapes que habían estado muchos años con dichos portugueses en San Pablo y Santos, los cuales decían cómo los portugueses trataban de venir al puerto de Buenos Aires con navíos de guerra y otras embarcaciones acomodadas para traer el sustento necesario, y tenerse guardado por si acaso sucediese resistirles los de aquel puerto de Buenos Aires para valerse de dicha provisión, y hacer la guerra y

invasión despacio. Decían más haber muchas tropas portuguesas para todas estas tierras con órdenes de sus capitanes para reconocerla toda y con el esfuerzo posible tomar la gente de las reducciones del Uruguay y Paraná y con ella ir y ayudar a los que en navíos habían de tomar el puerto de Buenos Aires y los demás indios llevarlos a dar sobre las otras ciudades de españoles de la provincia del Paraguay y Río de la Plata; dió cuidado y recelo semejante aviso y deseo de saber de sus intentos para lo cual salieron diversos espías y centinelas, y topando un cacique infiel que también venía huyendo con su mujer e hijos, se supo del sitio donde estaba el dicho enemigo situado en puesto fuerte y tenía recogido mucha comida y hechas sementeras y chacras y para ver lo que el dicho enemigo intentase salieron cien soldados bien armados con arcabuces y piedras y encaminando en su demanda encontraron dos espías del enemigo que eran dos tupíes. Tomaron el uno, el otro huyó y fué a dar aviso al enemigo que luego salió al encuentro a los dichos soldados y comenzaron a pelear con esfuerzo grande entrambas partes y aunque al enemigo se le juntó en breve gente de socorro que andaba juntando ganado de las chacras y sementeras que tenía, con que se reforzó caballada y orgulloso entendió vencer los indios. Ellos soportaron con tal brillo y denuedo, y les dieron tan fuertes rociadas así de arcabucería como de piedras que con hondas tiraban diestramente, y es arma terrible mucho que no obstante el socorro que les vino y el tener grande número de gualachos en su compañía, que son grandes guerreros, huyeron infamemente; siguieron los indios el alcance dándoles continuas rociadas hasta que iba cerrando la noche; se retiró el enemigo portugués a lo alto de un cerro; cercáronle y se desafiaron para el día siguiente. Aceptó el desafío pero amedrentado del suceso, pasada parte de noche parte de día, huyó infamemente haciendo algunos acometimientos con esfuerzo; al fin viendo que no

perdían los indios el brío, antes bien los herían a prisa, arrojaron cuanta comida tenían aprestada para retirarse con ella y con la mayor presteza posible huyeron; siguióles un día el alcance el escuadrón de los indios pero nunca los pudo alcanzar; esperó a ver si acaso asomaban y visto que ya estaba la tierra libre volvieron al sitio donde se alojaba el enemigo portugués. Hallaron en él casas enteras de comida, para sus intentos, pegáronles fuego y luego hallaron las comidas que tenían por las chacras y demás puestos en que se esmeraban mucho por quitarles toda comodidad y procurar perecieran de hambre ya que como cobardes huyeron sin esperar a probar ventura; tomáronles algunas hamacas y camisas, y más les hubieran tomado si el enemigo no hubiera retirado lo precioso que tenía mientras duraba el conflicto. La comida que era lo principal la perdió toda y la esperanza de poderla gozar también pues se pegó fuego a ella y se abrasó. El tupí que tomaron los soldados afirma que dos navíos de guerra trataban de ir a dar sobre el puerto de Buenos Aires y que decían lo conseguirían con facilidad grande y que para mayor seguridad en la facción dicha deseaban tomar estas reducciones y con los indios de ellas acabar con todos los españoles y quedar señores de la tierra toda, y por ser esto así verdad lo certifico y juro *in verbo sacerdotis*, y si fuere necesario lo declararé ante juez competente. Fecho en la reducción de Nra. Señora de los Reyes del Yapeyú, en veinte seis de mayo de mil seiscientos y cincuenta y un años.¹

Fué en este mismo año de 1651 que después de veintidós años de misionero vióse el Padre Altamirano en la dura necesidad de abandonar sus queridas misiones. "Ofreciéronse por este tiempo las molestas persecuciones con que

¹ Archivo General de Indias (Sevilla): 74-6-28.

acrisoló el sufrimiento de los jesuítas el señor Obispo del Paraguay sin parar su ardimiento hasta expulsar los nuestros de su colegio de la Asunción. Habiéndose de restablecer el colegio por apretadas órdenes de los tribunales superiores del reino, se escogieron sujetos señalados, y entre otros fué nuestro Padre Cristóbal cuya afabilidad y discreción se juzgaron por muy adecuadas para ganar los ánimos adversos de aquella república.

“Pasó allá el año 1651 y luego se le ofreció materia copiosa para ejercitar su celo ardiente, porque se encendió una peste cruel, de que murió mucha gente de todos estados así dentro de la ciudad como en su jurisdicción. Aunque el Padre hacía entonces oficio de ministro [o ecónomo del colegio de la Asunción] y tenía a su cargo el peso de toda la casa, porque su rector el venerable Padre Diego de Boroa no podía por sus muchos años y achaques atender a mucho, con todo eso fué el primero en acudir a todas partes todo el tiempo que duró el contagio, negándose muchas veces al descanso que hallaba en el trabajo forzoso que pasaba en socorrer a todas horas a tantos enfermos, en lo espiritual administrándoles todos los sacramentos, y en lo temporal llevándoles la comida y los regalos de que necesitaban.

”No es posible en breves palabras referir lo mucho que hizo y trabajó en esta ocasión, sucediéndole muchos casos de edificación porque viendo cada uno la muerte al ojo se compusieron muchas conciencias estragadas, dejaron las ocasiones de su perdición, reparáronse quiebras muy antiguas de amistad, reconciliándose por medio de nuestro Padre Cristóbal muchos enemigos, hiciéronse varias restitu-

ciones cuantiosas y morían generalmente en sus manos con grande consuelo y esperanzas de su salvación.

”Consiguió también hacer misión en un pueblo numeroso de indios, la que fué tanto más estimada y de mayor fruto cuanto menos usada por los estorbos que de muchos años a aquel tiempo había habido por parte de sus párrocos que no gustaban fuesen allá los jesuítas. Deseaban mucho aquellos indios gozar con la doctrina de nuestros misioneros, a quienes solían venir a buscar al colegio a escondidas; y hallando ahora que su nuevo párroco era afecto a la Compañía, le hicieron instancia para que llamase a alguno de los Padres jesuítas para que les fuese a consolar en el trabajo común.

”Fué en efecto el Padre Altamirano a quien recibieron los indios con increíble gozo: empezó a predicarles, a hacer la doctrina cristiana, y a contarles ejemplos acomodados a su natural, todo con tan extraña elocuencia por ser peritísimo en su idioma guaraní que los dejaba asombrados. Empezaron luego todos a confesarse con el Padre, y acudir todo el pueblo con tanto fervor que estaba admirado el párroco, y muy edificado viendo el tesón con que acudían a todas horas a su remedio espiritual robando el tiempo al descanso y aun olvidándose a veces de comer porque su alimento más gustoso era solicitar el bien de aquellas almas.

”No es ponderable cuán pagados y agradecidos quedaron aquellos indios a la caridad con que el Padre les asistió consolándolos en sus trabajos, animándolos a la virtud, enseñándoles el modo de confesarse y prepararse para comulgar, y principalmente dándoles a entender los misterios de la fe, cosa que no habían aún entendido bien, porque el modo que se había usado con ellos era solamente rezar

las oraciones y el catecismo sin la debida explicación de los misterios, que debemos creer. Quedaron los indios admirados de ver el modo diferente y muy necesario con que el Padre Cristóbal los instruyó, y persuadidos de que los párrocos que debían tener, habían de ser los jesuítas, sobre que los principales del pueblo escribieron carta pidiéndolo a su Majestad Católica con grande instancia, aunque la Compañía no quiso venir en encargarse de dicho pueblo por no dar sentimiento a los párrocos que le administraban y granjearse por este camino nuevos enemigos, contenta con acudirles en adelante, a sus tiempos, con sus fructuosos ministerios.”

EN VILLARICA

“Llegaron a este tiempo al Paraguay los clamores de los vecinos en la Villarica del Espíritu Santo que pedían socorro por los destrozos que obraba la peste en su villa. Pidió el señor oidor, don Andrés de León Garavito, gobernador entonces de la provincia, al Padre Rector Diego de Boroa se compadeciese de aquella necesidad extrema y luego se ofreció el celoso e incansable Padre Altamirano a esta empresa arriesgada para acudir a los muchos que allí perecían faltos no menos de temporales auxilios que de espirituales socorros para sus almas.”

Las Anuas de 1652 a 1653 afirman que el gobernador pidió en particular al Padre Altamirano para esta labor, y, como se dice en el mismo y valioso documento, era él el hombre más apto porque “es un hombre hecho para todo y entiende perfectamente la lengua de los indios”. Hermoso elogio ciertamente y el que más pudiera codiciar un misionero de la Compañía de Jesús.

"Salió pues acompañado del Hermano Francisco Coto, por no haber otro sacerdote, y venciendo caminos bien frágiles en que eran muy frecuentes los pantanos profundos, llegó en doce días al pueblo de la Candelaria, distante sólo una legua de la Villarica, que era el término de su misión. Aquí sus moradores que todos eran indios le detuvieron seis días a instancias de su necesidad y desamparo de todo espiritual consuelo, y recogió frutos en esos pocos que pudieran llamar en cualquier tiempo copiosa cosecha, pues pasaron de ochocientas las personas que se confesaron, muchas de ellas de toda la vida, en que del todo incapaces por su ignorancia no habían llegado a los pies del confesor, y por eso pudiera su instrucción sola ser ocupación gloriosa por muchos más días a algunos operarios fervorosos. Repitió el Padre pláticas fervorosas y saludables consejos de que resultó restituirse a la concordia conyugal más de treinta personas que por su antojo vivían divorciados de sus legítimas mujeres, enredados en ilícitas amistades...

"Prósperos fines de su misión se proponía el Padre Altamirano viendo tan felices principios aun antes de llegar al término de su jornada, pero cuando menos lo imaginaba se hubieron de desvanecer sus esperanzas, porque el vicario eclesiástico de Villarica, puesto en aquel empleo por el señor obispo don Fray Bernardino de Cárdenas, había recibido con la dignidad la aversión y desafecto para oponerse en todo a los de la Compañía como en sus acciones más útiles al bien común: por lo cual sin atender a que el Padre Cristóbal iba por petición del Cabildo secular de Villarica y ruegos del gobernador de la provincia y con la licencia

del vicario general del obispado, mandó al cura del pueblo de la Candelaria con graves penas y censuras no le permitiese decir misa, y aun con mayores prevenciones procuró atajar dentro de la Villarica los frutos que había de hacer el ministro evangélico, porque puso pena de excomunión a los que se confesasen con el Padre y multa pecuniaria de quinientos pesos de plata, por un auto que se fijó a las puertas de la iglesia mayor.

”Con estas diligencias halló el Padre muy enajenados los ánimos y viéndose destituido de todo humano socorro, porque nadie, ni aun el mismo Cabildo que le había llamado, se atrevía a contrastar con el empeño del vicario, se acogió a Nuestro Señor, cuya gloria sólo buscaba y pidiendo con afectuosas súplicas remedio a tanto mal, pues era su Divina Majestad la causa única de su venida, le inspiró Nuestro Señor que fuese a hablar con mucho rendimiento y cortesía al vicario. Obedeció a la divina inspiración y puso el Señor tal gracia en sus labios y eficacia en sus razones, encendidas en el Divino amor, que el vicario cayó en la cuenta de su yerro, y borradas falsas aprensiones formó juicio más acertado de los designios santos del Padre Altamirano. Alzó luego la excomunión, revocó las penas pecuniarias y quitó el entredicho a nuestro misionero, que con su natural agrado, alentado de la gracia, concilió de tal suerte las voluntades de todos, que pudo conseguir de ellos cuanto quiso Dios para la reforma de sus vidas con moción tan extraña que se experimentó fructuosísima aquella misión.

”Y para que más claro se conozca la eficaz gracia del Señor que se derramó aquellos días en aquella villa, será

bien saber antes el miserable estado a que sus vicios la tenían reducida: porque aunque no es muy populosa en gente, todavía las insolencias que en ella se cometían pudieran en la mayor ciudad sobresalir con nota de exceso. Era el último rincón de estas provincias poblado de españoles, donde el mayor retiro era exención para las culpas por estar más lejos de la justicia para el castigo. Por esto era asilo de los delincuentes que de otras partes donde florece más la observancia de las leyes divinas y humanas, se iban huyendo de sus merecidas penas: y los que no se acogían a aquella villa por delitos eran los que llevados del interés acudían a valerse del logro de la hierba que llaman del Paraguay, con que, en gran parte, eran forasteros sus moradores, que como tales suelen, gozando de la ocasión, ya en los tratos injustos, ya en los delitos ilícitos, ya en los odios enconados con el mercader opuesto, darse todos a las ganancias de la tierra sin memoria alguna de los bienes del cielo.

”Tal cual eclesiástico que había era fomento de mayor libertad, en especial algunos religiosos apóstatas que vivían con sobrado escándalo. Reinaba Venus como en su centro, siendo públicas las amistades de largos años: los sacramentos apenas se recibían en tiempo de Pascua: los hurtos eran frecuentes sin tener ninguno segura su hacienda de los asaltos de muchos holgazanes: la gula destemplada en banquetes excesivos, que solían concluir muchos privados de juicio por el ardor y abundancia del vino. Los ricos, avarientos de más bienes temporales, negaban a los pobres la paga más justa de jornal, que en su servicio merecieron. Los padres de familia atendiendo solamente a aumentar el

caudal, echaban en olvido la enseñanza de sus domésticos con que faltos de corrección y doctrina apenas mostraban costumbres cristianas. Todos finalmente sin observancia de fiestas, sin respeto a los tiempos más sagrados seguían su antojo, reducidos casi a los usos gentílicos que tenían vecinos en los bárbaros: pues estaba en ellos tan muerta por sus pecados la fe, que parecía no haberla.

"Este era el lastimoso estado de aquella población cuya noticia y experiencia atravesaron el celoso corazón del Padre Altamirano; pero este sentimiento no le causó cobardía, ni horror la grandeza del mal, antes cuanto se representaba más difícil su curación, se resolvió con mayor denuedo a procurarla a costa de cualquier trabajo. Empezó pues la reforma clamando primero al Señor, día y noche, por medio de la oración retirada, para que echando después las redes de la predicación asegurase el lance con la multitud de los peces.

"Con prevención tan segura salió al campo de batalla para rendir el enemigo rebelde sin valerse de otras armas que las que el demonio había robado a los de aquel miserable pueblo para vencerlos a su salvo, que fueron las doctrinas, sermones y pláticas. Con esta luz fué rayando poco a poco en sus almas la de la divina gracia que esclareció sus entendimientos para que conociesen sus yerros, y llorasen sus desaciertos: y la misma encendió sus voluntades para que desearan ya salir de la sentina intolerable de sus vicios en que hasta allí estuvieron bien hallados, purificándose en las fuentes de la penitencia no menos con la confesión perfecta de sus culpas que con las copiosas lágrimas que derramaban por los ojos sus almas arrepentidas.

”Empezaron con esto a llover confesiones con tal afecto al Padre Altamirano, con tal ardor que parecía partírseles con su fuerza el corazón, con tal tesón que olvidado el siervo de Dios del alivio necesario para sus fatigados miembros persistía en el confesonario desde antes de amanecer hasta media noche todo el tiempo que no era preciso para las obligaciones de misa, rezo y sermones, y algún corto alimento que solía tomar de veinticuatro en veinticuatro horas. Pero esta abstinencia, desvelos y trabajo sin interrupción, esforzaban más su alentado espíritu a vista de los prodigios con que la gracia tocaba los corazones antes tan duros de toda aquella gente, porque sólo en el recinto de la villa fueron dos mil quinientas las personas que se confesaron y las más muchas veces, siendo cuatrocientas las confesiones generales que oyó de toda la vida.

”En casi todos era el dolor tan intenso que no cabiendo en los límites del corazón rebosaba por los ojos en lágrimas y sollozos tan vehementes que fué muchas veces imposible proseguir la confesión interrumpida al clamoroso llanto con que manifestaban a todos los de la iglesia su sentimiento, y aun pasaban más adelante en muchos las demostraciones, porque atemorizados del demonio, ya fuese con visión sensible, ya con imaginaria aprensión, al vomitar la ponzoña de sus almas, perdido el color, se paraban como difuntos, y algunos del todo sin sentido desmayados, confesando después ellos mismos que el recio combate con que el común enemigo les pretendía estorbar las confesiones, les ocasionaba en lo exterior tan notables mudanzas, de que el Padre con ser de espíritu muy alentado, a veces comenzó a estar no poco atemorizado sintiendo en la expe-

riencia tan cerca de sí al demonio, aunque disimulaba su propio temor por aliviar el de los penitentes más contritos.

”Por más que nuestro fervoroso misionero deseaba consolar a todos, faltaba el tiempo para satisfacer a la multitud, por lo cual algunos impacientes con el mal, que en otro tiempo abrazaron de asiento con grande gusto, buscaban otros sacerdotes para confesarse en ínterin que el Padre más desembarazado pudiese dar consuelo a sus afligidos corazones. Entre otros fué uno a cierto sacerdote con tan vivo sentimiento que casi le faltaba el aliento para articular las palabras: pidiendo confesión le dijo formalmente estas palabras (como las refería después admirado aquel sacerdote): “Padre, vengo cansado de esperar a aquel Ángel del cielo que Dios nos ha enviado a esta tierra: no me le han dejado ver los penitentes que le tienen cercado; quise esperarle, pero temí morirme de dolor, porque me ha atravesado con las palabras que dijo. Quince años ha que callo unos pecados gravísimos y muy feos; ya me resolvía a callarlos: predicó aquel hombre del cielo y me aterrorizaron tanto sus palabras que entendí quedar muerto en la iglesia: sudé tanto que traspasó camisa y jubón con un sudor frío de muerte como lo veis, y aun este vestido de paño lo tengo todo mojado. Confesadme, pues, etc.” A este modo sucedía a otros muchos: con que se venían a reformar sus vidas después de confesiones bien sentidas y dolorosas.

”Paso en silencio la multitud de muchachos, de cuya crianza vivían descuidados sus padres sin cuidar de que se confesasen jamás, y ahora se dispusieron para ello con las noticias necesarias, que del todo ignoraban, a que ayudó con su celo el Hermano Francisco Coto catequizándolos muy

despacio por muchos días mientras el Padre Cristóbal se ocupaba en los otros ministerios: con lo cual en un solo día pudieron ser más de cien los muchachos que se confesaron y comulgaron. De los indios raro era el que hasta entonces había comulgado, y muy pocos hallaban confesor aun en tiempo de Semana Santa; catequizólos en su idioma el Padre Altamirano, y todos sin quedar uno que se supiese, se confesaron con él muy bien dispuestos y recibieron la sagrada comunión. Pasó todo esto en silencio y vengo a escribir en breve lo mucho que obró el Padre con ocasión de la peste que fué uno de los primarios motivos de su misión.

”Apretaba dentro de la villa el contagio y mucho más fuera en las heredades distantes dos, tres y más leguas, por la mayor falta de medicinas y reparos: y con todo no se daban por entendidos los propios párrocos para socorrer las ánimas, que con los cuerpos perecían con tanto olvido de sus obligaciones que con haber expirado ya cuarenta y tres adultos antes que llegase el Padre, los cuarenta habían muerto sin confesión. Por esto viéndose el Padre solo para el grande tropel de enfermos que había, se resolvió de aplicar el hombro al trabajo cuanto le fuera posible hasta dejar, si fuese menester, en tan gloriosa empresa, la vida. Y favoreció el Señor tanto sus desvelos, que en estos tres meses y medio que se detuvo en la Villarica, ni dentro ni fuera de ella murió enfermo alguno sin todos los sacramentos, porque al punto que le avisaban los que estaban para eso deputados, de que peligraba algún enfermo, con el Santísimo Sacramento en el pecho, la extremaunción en las manos y el celo de la gloria de Dios en el alma, se

subía a caballo para ir a socorrer a los necesitados, y no pocas veces se le pasaban los días enteros sin gustar otro mantenimiento, contento con hacer la voluntad del Señor que le había enviado para efectuar la salvación de sus escogidos.

”Las dos eran un día cuando estaba el Padre sin haber probado bocado dando en la iglesia despacho a los muchos que pedían confesión: llegó entonces bañado en lágrimas cierto hombre que había experimentado impiamente temerosos tres sacerdotes para ir a confesar a su mujer herida peligrosamente del contagio; oyóle el Padre y subiendo al punto a caballo caminó tres leguas que distaba la granja de la enferma, donde se halló con cinco dolientes tan peligrosos, que necesitaban ya de todos los sacramentos, como se les administró. Salía ya el Padre Cristóbal para volverse a la Villa, cuando le llamó otra enferma ya muy próxima a la muerte diciéndole no había de salir el demonio con su intento de llevarla al infierno por la confesión sacrílega. Confesóse y comulgó de nuevo sin que persona alguna la viese, y muy en breve expiró para gozar los frutos de su verdadera penitencia, y el Padre se volvió a la noche más satisfecho que si hubiera gozado de los más espléndidos banquetes.

”Obras tan gloriosas recabaron se acabasen de mudar los afectos de casi todos los que impresionados contra los jesuitas por las especies con que pretendió infamarlos la cavilación de los parciales del señor Obispo del Paraguay, aborrecían a la Compañía. De éstos era el principal el Vicario eclesiástico de Villarica como hechura de aquel prelado, portándose al principio con las demostraciones

exorbitantes que quedan referidas; pero vista ya la mudanza de sus ovejas, que andando antes tan descarriadas ahora sólo encaminaban sus pasos por las sendas estrechas de los divinos mandamientos con más veloz carrera que corrieron antes por los anchurosos campos de su antojo, confesaba ya desengañado con sus propias experiencias que con los jesuítas andaba la mano de Dios, que obraba tan estupendas mudanzas, y regía los empleos de nuestro Instituto. ¿A éstos (decía admirado delante de nuestros mayores émulos) aborrece el mundo? ¿A éstos despedaza con las lenguas de los maldicientes? ¿A éstos persigue y trata como la hez de los hombres? Pues yo digo, a pesar de sus émulos, que ellos son los que conservan el ministerio apostólico, los que reforman el mundo, los Padres de la Patria, el amparo de los pobres, el freno de los vicios, el remedio de los que van a despeñarse en el abismo sin suelo de su perdición, y otras exageraciones nacidas de su ya afecto corazón, cuya mudanza fué uno de los más notables prodigios de esta misión. Acompañaba las palabras con cuantas demostraciones honoríficas le eran posibles, cediendo en el Padre Altamirano todas sus veces para los negocios más graves, y poniendo en sus manos la solución de las dificultades más arduas.”

RECTOR DE LA ASUNCIÓN. SUPERIOR DE LAS MISIONES.

LA GUERRA CONTRA LOS PAYAGUÁS Y GUAYCURÚES

“Concluída esta misión por junio de 1652, se restituyó al colegio de la Asunción del que, al año siguiente, fué nombrado rector, y lo fué cuatro años (1652-1656) con grande aceptación de domésticos y externos en tiempos bien

difíciles, porque aún no estaba serenada la borrasca que concitó contra aquel colegio el mencionado Obispo del Paraguay, antes soplaban los vientos desde el Perú donde residía por disposición de los Tribunales, porque sabiendo que un canónigo, a quien tenía nombrado por gobernador y provisor de su obispado se portaba pacífico con los jesuitas, no practicando las duras ejecuciones que contra ellos le prescribía, le privó como a transgresor de sus mandatos, de aquellos empleos, sustituyendo en ellos a dos émulos declarados de la Compañía, que fueron su más firme apoyo en los más crecidos agravios, con que ejercitó nuestra tolerancia, nombrando por gobernador episcopal a un clérigo que más cooperó a la demolición de nuestro colegio, y por provisor a otro que le sirvió de instrumento para despojarnos con violencia de las misiones de Itatines, ambos con apretadas órdenes para dar varias molestias a los jesuitas.

”La noticia de estas disposiciones, anticipada meses antes en la Asunción, llenó de sobresalto a los jesuitas temiendo nuevos disturbios, según lo que blasonaban los émulos. Encomendó este negocio el Padre Rector Cristóbal Altamirano, al Padre Juan Ignacio Beyzama que estaba entonces a la muerte para que alcanzase de Nuestro Señor, en viéndose en su divina presencia, dispusiese que no saliese el infierno con sus designios de perturbar con nuestro reposo el fruto que se empezaba a recoger con nuestros ministerios: ofreciólo el siervo de Dios, y luego que murió se conoció había negociado bien a nuestro favor, porque el nuevo gobernador episcopal, recibido de su empleo, no movió cosa contra la Compañía y aun entró a tiempo que el depuesto intentaba mover una guerra a los jesuitas, quizá

por no desagradar a su prelado y evitar la deposición; el provisor se trabó en pleitos y competencias de jurisdicción con el dicho gobernador en que tuvieron suficiente empleo, de su natural ruidoso, sin quedarles atención para causarnos molestia dejándonos gozar de la quietud que pretendía alterar Satanás para impedir el fruto de nuestros ministerios que fué cual se podía desear en el tiempo del rectorado de nuestro Padre Altamirano promoviendo principalmente el uso de los Ejercicios de Nuestro Santo Padre que procuró se diesen a la mayor parte del pueblo con tal frecuencia que en ocho meses continuos fueron siempre sucediéndose unos ejercitantes a otros en buen número, con tal reforma de las vidas estragadas cual todo el mundo ha siempre experimentado con este admirable medio de los más adecuados, que tiene la Iglesia para transformar los pecadores en santos.

”Concluído el gobierno de aquel colegio solicitó volverse a las reducciones de sus queridos indios, cuyo gobierno se le volvió a encargar [seis años después o sea] el año de 1662, gobernando todas nuestras misiones del Paraguay la segunda vez con el mismo celo, prudencia y aceptación que la primera [que fué desde 1636 (?) hasta 1638 (?)].”

Antes, sin embargo, de ser superior por segunda vez, ocupó el curato del pueblo de Santa María la Mayor desde enero hasta diciembre de 1659, y el de San Carlos desde esta fecha hasta fines de 1661 según aparece en unas notas del Padre Silvestre Pastor.¹

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. vi, xiv, i, i.

Ocupaba el Padre Altamirano el cargo de superior de las reducciones cuando en 1664 determinó don Juan Díez de Andino, gobernador del Paraguay, hacer una guerra ofensiva contra los indios payaguás y guaycurúes que, así en el territorio de Buenos Aires como en el de la Asunción, cometían atropellos y traían en jaque a las poblaciones todas. Sobre esta guerra poseemos cuatro cartas de dicho señor gobernador y por ellas venimos en conocimiento de la parte que los misioneros y los indios de las reducciones tuvieron en la empresa.

La primera, cuya fecha es de 12 de diciembre de 1664, contiene cláusulas que transcribimos íntegras. Dicen así: "Mi reverendo Padre Superior, Cristóbal Altamirano. Desde que llegué a esta provincia, por las noticias que traía de las invasiones, daños y molestias que ha causado en ella el enemigo común payaguá y el estorbo que siempre ha causado a la sementera del santo Evangelio, fué mi dictamen hacerle guerra en sus propias tierras por excusar y quitar tan grave perjuicio a las nuestras, en cuya materia consulté con grande fe al Padre Visitador Andrés de Rada y su Paternidad muy Reverenda asintió tan de corazón a ella que para la ocasión me insinuó todo el fomento y ayuda que de la Compañía de Jesús pudiese darme. Hoy es más viva y vehemente mi determinación por razón de los muchos motivos y pronósticos que estos bárbaros hacen infestando las doctrinas de ipanegira, sambare y atiza que tienen sobresaltados y en contingencias de retirarse huyendo, o disminuirse peleando, demás de lo cual se han adelantado a seguir descubiertos y pelear todas las más de las noches la flota que bajó de la Villa compuesta de cincuenta y cinco

balsas y guarnecida de otros tantos más españoles y cuatrocientos indios, sin embargo de lo cual llegaron diferentes veces a embestir y romper las palizadas o trincheras hasta apoderarse de una barca . . .

"Se me hace forzoso suplicar a Vuestra Paternidad que en los pueblos y doctrinas de su cargo haga de forma que pasado el tiempo estén en esa ciudad treinta balsas ligeras de guerra y trescientos indios que las traigan y prosigan en mi compañía la jornada que mediante el favor divino espero hacer."¹

Dos meses más tarde, a 25 de febrero de 1665, escribía Díez a Altamirano que estaba muy satisfecho al ver que debido "al celo de Vuestra Paternidad y su religión tendré toda la asistencia necesaria", pero agregaba que convendría que las balsas fuesen no treinta en número sino "cuarenta ligeras con los remos, y que la del socorro de indios de guerra cuyo número de trescientos arcabuceros y trescientos flecheros que me significa don Pedro de Reyes bastara por ahora sean ciento cincuenta arcabuceros y ciento cincuenta flecheros que hacen trescientos indios sin los de socorro".

A 12 de marzo volvió Díez a escribir al Padre Superior y por su carta sabemos que había éste escrito otras tres, a 16 y 27 de febrero y 4 de marzo, poniendo en conocimiento del señor gobernador cuánto se habían interesado todos los misioneros en apoyar y promover su proyecto. No en vano escribía Díez que quedaba "grandemente agradecido por las diligencias puestas por el Padre Altamirano, quien con su buen celo sabe ser tan puntual, por lo que le beso

¹ Archivo General de Indias (Sevilla): 74-4-15.

la mano millones de veces suplicándole me mande en cuanto quiera como suyo que soy”.

La última de las cartas que poseemos es del 16 de abril de 1665 y en ella contesta Díez de Andino a otra del Padre Altamirano escrita a 26 de marzo. Desgraciadamente no poseemos estas cartas del Padre Altamirano, y no dudamos que todas ellas y en particular esta última tendría particular interés para ilustrar los orígenes de esta guerra no menos gloriosa que efímera. Por la respuesta del gobernador se colige que Altamirano dispuso la construcción de cuarenta balsas de guerra y levantó y armó el deseado ejército, pero no dejó de manifestar al buen Díez lo inútil que a algunos parecía la tal guerra. “Díceme Vuestra Paternidad, escribe Díez, que mis antecesores con mayores empeños solicitaron esto mismo y que no lo consiguieron... Dígame, Padre y Señor, que mis antecesores no pusieron en ejecución lo que propusieron y fío yo en Nuestro Señor conseguiré con el efecto la jornada de que según tengo escrito a Vuestra Paternidad he dado cuenta al presidente del puerto de Buenos Aires.”¹

EN VIAJE A EUROPA

El Padre Altamirano no se hallaba ya en las misiones cuando don Juan Díez de Andino puso en ejecución sus planes bélicos. En 1663 y en Córdoba de Tucumán habían celebrado los jesuitas la décima Congregación Provincial y en ella fué designado el Padre Altamirano para representar la provincia del Paraguay ante las cortes de

¹ Archivo General de Indias (Sevilla): 74-4-15.

Roma y de Madrid. Como no había embarcación que zarpara para Europa siguió trabajando en las misiones hasta fines del año de 1665. Pasó entonces a Buenos Aires y en esta ciudad se mantuvo ejercitando nuestros ministerios con la misma aplicación que en todas partes, como si fuera un joven, hasta que el año de 1670 se embarcó para Europa en compañía del visitador Padre Andrés de Rada que por orden de su Majestad volvía a dar razón al Real Consejo de las Indias de la visita de esta nuestra provincia.¹

El Padre Altamirano, aunque septuagenario ya y bien fatigado en la labor de las misiones "procedió en este empleo dándole todo el lleno que pide y mucha satisfacción así a los señores del Real Consejo como a Nuestro Padre General, Juan Pablo Oliva, como lo significó su Paternidad en carta del 15 de julio de 1673 para el Padre Provincial de esta provincia avisándole cuán bien y a su gusto había cumplido con las obligaciones de un procurador y alabando su buena industria, ejemplo y eficacia en solicitar sus negocios.

"De esta estimación nació la resolución que tomó su Paternidad señalándole Procurador General de todas las Provincias de Indias en la Corte de Madrid; pero le significó el Padre Altamirano tales razones para excusarse de aquel honroso empleo que por no desconsolarle le dió grata li-

¹ Durante su estadía en Buenos Aires escribió el Padre Cristóbal Altamirano la *Fórmula de la petición que se ha de presentar ante el Gobernador del Paraguay para la entrega de las armas de fuego de todas las doctrinas*. Lleva la fecha de 26 de mayo de 1666 y se encuentra en el Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires): vi, xiv, i, i.

cencia para restituirse a su provincia con una misión de treinta y cinco sujetos con los cuales se embarcó el año de 1674.”¹

Entre los jesuítas que en esta ocasión pasaron a la Argentina debemos recordar a tres de ellos que fueron después insignes misioneros y beneméritos apóstoles: Miguel Ángel Serra cuya preciosa biografía escribió y publicó el Padre Antonio Machoni, José de Arce tan conocido por sus exploraciones chaqueñas y Policarpo Dufo que tanta parte tuvo en los agitados tiempos de la insurrección de Antequera.

En la “Comparecencia” o registro personal de los viajeros compuesta en septiembre de 1673, ante el tesorero José de Veitia Linaje y en el colegio hispalense de San Hermenegildo, se consignan las notas personales de todos ellos, comenzando por el superior de la expedición, por el “Padre Cristóbal, sacerdote y comisario de la dicha misión [natural] de Santa Fe, del Río de la Plata; [edad:] sesenta y ocho años cumplidos; [señas particulares:] muy cano, carilargo, color trigueño, alto de cuerpo.”²

Por otro documento de la época sabemos que además de los treinta y cuatro religiosos trajo Altamirano consigo un regular cargamento de libros, tejidos y utensilios domésticos. Por la Real Cédula de 15 de marzo de 1673 se le autorizó a llevar consigo y sin pagar derechos: trece ca-

¹ Siete meses estuvo Altamirano en Cádiz y Sevilla esperando embarcación. (Archivo General de Indias (Sevilla): 125-7-6.)

² PASTELLS (*Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. iii. p. 67), transcribe este documento y escribe “falto de cuerpo”. Nosotros tomamos el dato del mismo documento y hemos leído y transcrito “alto de cuerpo”. (Archivo General de Indias (Sevilla): 45-2-6.)

jones de libros, dos baúles chicos con libros, tres piezas de estameña, dos fardos de lienzo, tres valores de papel, un cajón de ornamentos, dos cajones con cardas, cuatro cajones de cera labrada, ocho marquetas de cera, seis paños negros y pardos, dos cajones con cardas, diez cajones de vidrieras, dos cajones con cosas de botica, veinte arrobas de aceite en cuarenta botijuelas, un cajón con vasos para beber, un cajón y cinco seras con diferentes herramientas de hierro como azadones, hachas, azuelas, barreños y podaderas, cinco cajones con cosas de devoción de Roma después de cuarenta botijas de vino para la mar y varias piezas de cobre para el servicio de los colegios y para la mar como son ollas, cazuelas, peroles grandes y chiquitos.¹

Debió ser a principios del año 1674 que el Padre Altamirano y sus treinta y cuatro compañeros se embarcaron en los navíos de registro del capitán don Miguel Gómez de Rivero, quien pocos meses más tarde, "llegó a este puerto [de Buenos Aires] con felicidad, sin accidente ni pérdida de ninguna nave" como se expresaba en octubre de aquel mismo año el gobernador Andrés de Robles, aunque el autor de la vida del Padre Altamirano escribe que "habiendo navegado prósperamente hubieron todos de naufragar ya casi en el puerto, porque cerca de Buenos Aires encalló el navío que los conducía y estuvo varado algunos días con evidente riesgo de perecer todos los navegantes. Fué Nuestro Señor servido que el navío saliese al cabo de aquel gran peligro, que sin duda permitió para que nuestros jesuítas y su procurador tuviesen ese nuevo título para darle gracias, y para que les fuese más estimable la tierra de esta provin-

¹ Archivo General de Indias (Sevilla): 75-6-9.

COMPENDIO

DELA DOCTRINA CHRISTIANA

Para Niños.

COMPUESTO EN LENGUA ~

FRANCESA.

Por El R. P. Francisco Pomeij,

de la Compañía de IESVS.

Y traducido en Lengua Guarani.

Por el P. Christoval Altamirano

de la misma Compañía.

PORTADA DE UNA DE LAS DOS OBRAS INÉDITAS
DEL PADRE CRISTÓBAL ALTAMIRANO

British Museum (Londres): Egerton, 21262 y 21264

cia al fijar el pie en la playa, que fué a 11 de abril del mismo año”.

“Despachados los sujetos que podían desde luego, por haber concluído sus estudios, emplearse en el cultivo de las almas, en nuestras misiones del Paraguay, dispusieron los superiores que el Padre Altamirano pasase con los demás al colegio de Córdoba.” Esto último no fué de tan fácil ejecución, pues si las autoridades peninsulares habían agotado la paciencia del Padre Altamirano con las múltiples dificultades que pusieron para abonar el gasto de la expedición desde Sevilla a Buenos Aires, no menores fueron las que pusieron las autoridades bonaerenses para disponer el traslado de los jesuítas desde el puerto de desembarco hasta la ciudad cordobesa.¹

Dos meses estuvieron en Buenos Aires esperando el avío de las carretas, y cuando por fin alcanzaron éstas, no obtuvieron el suficiente número de las mismas. Las siguientes líneas que tomamos de un memorial del Padre Altamirano escrito al gobernador, señores jueces y oficiales de la hacienda, nos dicen cuán injusto era el trato que de parte de aquellos gobernantes recibían con frecuencia los misioneros, a quienes por el mero hecho de ser tales se les quería obligar a las mayores incomodidades. Para apreciar las frases de Altamirano conviene tener presente que

¹ Por cédula de 30 de septiembre de 1679, se ordenó al Gobernador de Buenos Aires que pagara mil quinientos pesos por el transporte y avío de cada uno de los misioneros. (Archivo General de Indias (Sevilla): 125-7-6.) Tardóse sin embargo en hacer el desembolso pues existe una real cédula de 19 de mayo de 1679 ordenando a los oficiales de la Real Hacienda de Potosí el que abonaran la suma. (Archivo General de Indias (Sevilla): 125-7-6.)

las carretas de entonces no tenían sino un reducido espacio interior de unos dos metros de largo y uno y medio de ancho, y recuérdese además que el viaje de Buenos Aires a Córdoba duraba generalmente treinta y cinco días.

“Hablando con el debido respeto, escribe Altamirano a los mencionados señores, sean ustedes de aumentar las cantidades que en la minuto de nuestro avío se contiene; lo primero por el número de carretas, porque siendo los sujetos treinta y tres y las carretas señaladas catorce, es forzoso que algunas lleven a tres religiosos con que irán con incomodidad, y lo que más reparamos, con poca decencia en personas religiosas de la Compañía que con tanta exactión la profesan, y por eso siempre han estilado ir a lo sumo de dos en dos, y los sacerdotes han ido siempre solos, y siendo los [sacerdotes] que vamos cinco era necesario que se les diesen otras tantas carretas, y si entre los seglares se estila que vayan solos en sus carretas qué mucho se pide en que vayan de dos en dos los que no son sacerdotes cuando la voluntad de Su Majestad es que se conduzcan con la comodidad que a nuestro religioso estado compete?”

Según creemos, nada o muy poco obtuvo en esta causa el Padre Altamirano, pero sabemos que por Real Cédula de 30 de septiembre de 1679 se ordenó al gobernador de Buenos Aires el que atendiera mejor a los misioneros y se le ordenó pagar cincuenta y siete pesos a cada religioso jesuíta por su estadía en Buenos Aires y conducción a Córdoba o a ciudad igualmente distante.¹

¹ Archivo General de Indias (Sevilla): 125-7-6.

RECTOR EN CÓRDOBA. DESALOJO DE LA COLONIA

"Al año siguiente [de llegar a Córdoba] entró el Padre Altamirano a ser rector del mismo Colegio Máximo que gobernó con grande acierto, promoviendo la regular observancia principalmente con su ejemplo, en que era el que iba a todos por adelante con su incansable tesón, siendo el más aplicado a los ministerios como si no fuera superior, y procurando se continuasen las misiones que se hacen con grande fruto por la dilatadísima jurisdicción de aquella ciudad, por lo cual fomentaba mucho a los que se empleaban en ellas solicitándoles todo el alivio y comodidad posible, que es atención bien necesaria en un superior, por ser desmedidos los trabajos que se padecen en aquel apostólico ejercicio.

"Estaba como fuera de su centro mientras no vivía en las misiones de los indios, y así mientras fué rector de Córdoba clamaba con tan vivas ansias por restituirse a las reducciones que concluído aquel gobierno se lo hubieron de conceder los superiores, aunque con la precisión de que se había de encargar por tercera vez del gobierno de todas ellas, que aunque era condición bien penosa para quien estaba fatigado de tan prolijos viajes y de larga edad que pasaba de setenta y seis años, la aceptó a trueque de venir a acabar sus días entre los indios, sus queridos hijos en Cristo."

Gobernó las reducciones por espacio de cuatro años, en que se ofreció la función de mayor empeño que hasta allí habían tenido los guaraníes en servicio de su Majestad, y fué el desalojar de la Colonia del Sacramento a los portu-

gueses que habían usurpado el sitio frente de las islas de San Gabriel.

Sobre este insigne hecho de armas poseemos varias cartas del Padre Altamirano y varias otras del gobernador de Buenos Aires José de Garro, cuya táctica y valentía en esta empresa es digna de todo elogio. El 3 y el 6 de noviembre de 1679 escribió el Padre Superior dos cartas al señor Gobernador poniendo en su conocimiento los proyectos de los portugueses y rogándole le auxiliara si por acaso invadieran las reducciones. Garro hizo cuanto buenamente pudo y satisfizo por entero los deseos del Padre Altamirano enviándole municiones y poniendo a su disposición cabos españoles que manejasen a los indios de armas tomar. Felizmente los tales preparativos no fueron necesarios para defender las reducciones, pero sirvieron para desalojar a los usurpadores de la Colonia del Sacramento.

Con fecha 7 de febrero de 1680 exponía Garro, en carta al Padre Altamirano, su bien premeditado proyecto y le rogaba que a la mayor brevedad tuviese "dispuestos, prontos y apercebidos tres mil indios", con los cuales deberían ir dos religiosos para el gobierno espiritual de los mismos.¹ El 28 de febrero contestaba Altamirano al Gobernador haber ejecutado cuanto le pedía, y así era en efecto. La carta siguiente escrita por Altamirano el mismo día 28, pone de manifiesto la verdad de su aserto y su noble acatamiento a los deseos del magistrado bonaerense. Aunque algo larga, la copiamos íntegramente. Es un documento digno de ser conocido; va dirigido a los misioneros de las diversas reducciones, y dice así:

¹ Archivo General de Indias (Sevilla): 76-2-21.

Aunque me pesa mucho el dar a Vuestras Reverencias este trabajo, pero no es posible el excusarlo por las razones que a cada uno de Vuestras Reverencias se les ofrecerán de obligación y conciencia a nosotros y a nuestros hijos por vasallos tan favorecidos del Rey Nuestro Señor y por la quietud que deseamos tener en nuestras doctrinas, de la cual no gozaríamos, si en las presentes circunstancias en que las ciudades de Buenos Aires, Santa Fe y las Corrientes están previniéndose para la guerra, no cooperáramos nosotros a ella, cuando el Gobernador la pretende hacer al común enemigo portugués desalojándole de los parajes en que está fundado que es la isla de San Gabriel, seis o siete leguas distante del Puerto; en ella tiene según me escribe el señor Gobernador y el Padre Orduña, cinco navíos, uno de los cuales se fué a poner a la vista de Buenos Aires desde donde disparó once piezas de artillería y después de esto se volvió a su sitio en tierra firme y en unas barrancas altas que están enfrente de dichas islas tiene ya dos galpones grandes hechos como barracas con cuatro capitánías de soldados que por mandato de su rey se han venido a poblarse en dicho sitio, siendo el cabo de todos ellos don Manuel Lobo.

Estas noticias trajo el capitán Juan Mateo de Arregui, que con otro fué en un barco a reconocer los navíos y habiendo saltado en tierra en dos caballos que llevaron, hallaron a breve distancia de los navíos un portugués que pescaba y una india con su cría que estaba lavando y de esos tomaron lengua y refirieron lo que ya he dicho; ni satisfaríamos a la obligación de leales vasallos de Su Majestad si negásemos nuestra industria y nuestros indios a esta empresa que es mandado por uno de sus ministros, el cual nos ha acudido con las armas y municiones que Vuestras Reverencias saben y tiene su voluntad muy inclinada a ayudarnos y honrar a nuestros hijos, por lo cual muy encarecidamente ruego a Vuestras Reverencias pongan el hombro a

ejecutar todo lo que en este papel diré sin dar lugar a excusas ni réplicas que en casos de guerra no se tienen por convenientes, y retardaría, si se diese lugar a ellas, la puntualidad que es muy necesaria y la obediencia a los que disponen y mandan la guerra.

Para el buen asunto de ella pide el señor Gobernador tres mil indios de las doctrinas, todos armados, la mitad de a caballo y la mitad de a pie y éstos se han de enviar con toda puntualidad. Póngase el "vióse" ordinario en cada doctrina y el día y hora en que entra y sale este mi billete y vuelva luego a mis manos. No tengo que encarecer a Vuestras Reverencias la obediencia, ni la ejecución y humildad con que los hijos de Vuestras Reverencias se han de portar con todos los oficiales de guerra así españoles como indios, y muy en especial con los Padres que los han de llevar a su cargo para el buen logro de la empresa. Después nombraré dos maestros de campo generales, uno para los indios del Paraná y otro para los del Uruguay. Suspéndanse las mudanzas de los confesores hasta que se haya dado entero cumplimiento a este mi billete y se hayan despachado todos los soldados, que yo avisaré con tiempo a todas Vuestras Reverencias a quienes guarde Nuestro Señor como se lo suplico; en cuyos santos sacrificios y oraciones me encomiendo.

Candelaria y febrero 28 de 1680.

Siervo de Vuestras Reverencias.

Cristóbal Altamirano.

Junto con esta carta llegó a manos de los misioneros la adjunta nota o billete que señala el número de soldados que cada pueblo debía enviar:

Los que tocan a cada pueblo pondré aquí según la prorrata que se ha hecho de sus familias, que es como sigue:

Itapúa, ciento y noventa.
Candelaria, doscientos.
Santa Ana, ochenta y cinco.
San Ignacio, ciento y cincuenta.
Loreto, ciento y cincuenta y cinco.
Corpus, sesenta.
San Carlos, doscientos treinta y cinco.
San José, noventa.
San Miguel, doscientos treinta y cinco.
Mártires, ochenta.
Santa María, doscientos treinta y cinco.
San Javier, ciento y sesenta.
Concepción, doscientos setenta y cinco.
San Nicolás, doscientos setenta y cinco.
Santo Tomé, doscientos setenta y cinco.
Asunción, ciento y cincuenta.
Reyes, ciento y cincuenta.

(Total) Tres mil hombres; con advertencia que todos los dichos indios han de ir cuan armados pudieren con las armas que usan; es a saber: los de a caballo: lanzas, adargas, macanas, capacetes y espuelas. Los de a pie, flechas, arcos, piedras, macanas, machetes y rodellones. Los flecheros han de llevar cada uno de ellos dos arcos, cuatro cuerdas y treinta flechas; los pedreros que deseo sean los más y que en cada ciento haya cincuenta, han de tener cada uno por lo menos treinta piedras, una docena de ondas y una macana y cuchillo. De cada uno de los pueblos saldrán seis desjarretadoras, treinta cuñas y otros tantos machetes. De cada cien indios se ha de hacer una compañía de a pie con su capitán, alférez, dos sargentos, caja de guerra con su bandera, que podrá ser de lienzo pintado o lo que tuvieren. De las compañías de a caballo constará cada una de cincuenta soldados con un capitán y teniente, y estandarte, clarín, chirimía o corneta. Todos los oficiales de guerra han de

llevar sus insignias, jinetes los capitanes, venablos los alféreces, alabardas los sargentos; los capitanes de a caballo sus hachuelas, y para la marcha, lanzas. Los tenientes de a caballo espada o alfanje desnudo.

Todos los indios se lleven sus pengollos o pífanos o flautas con que se animen a la guerra. En cada doctrina se escojan diez y seis indios, los mejores que hubiesen, que manejen los arcabuces enviados de Buenos Aires, los cuales se les entregarán en Santo Tomé con pólvora y balas. Ítem cada uno llevará ocho varas de cuerda, frasco para la pólvora y bolsa para las balas. Cada pueblo ha de dar dos balsas de palas y esteras, y dé mucha comida para los indios en maíz y trigo tostado hecho harina y en grano también, y frijoles y un buen saco de bizcocho para los enfermos. Cada pueblo dará para sus indios la yerba necesaria a ración de doce arrobas por cada cien indios y ésta acomodada en bolsas a propósito para llevar en cabalgaduras; las cuales como todas las demás de carga han de tener sus envalmas o bastos para que no se maten. Ítem se lleve de cada pueblo el tabaco que se pudiere. Señálense enfermeros en cada pueblo que cuiden de los enfermos y lleven las medicinas ordinarias, como son ayudas, ventosas, lancetas, paños para hilas y vendas, sal, cuchillo para fogear, azufre, piedra de San Pablo, miel de abejas. Una docena de hamacas, por lo menos, para los enfermos. Para cada uno de los soldados de a caballo se han de asignar tres cabalgaduras: una mula y dos caballos. Escójanse caballerizos que cuiden de sus cabalgaduras propias que estarán herradas con el hierro del pueblo. Con el mismo hierro se señalarán los sacos de comida que hubiere de ir y, fuera de eso, se pondrá el nombre de los pueblos de donde salen. Todos los Padres curas alistarán luego que reciban éste los soldados que les tocan y me enviarán luego los nombres de ellos en su lista firmada del Padre para que yo la entregue al Padre que ha de acudir a todos estos indios; pondrán al principio de ella el nombre

de los cabos que han elegido. Antes que salgan los indios de sus pueblos han de confesar y comulgar para cumplir con la Iglesia, e ir bien dispuestos para todo acontecimiento; y de esto se me dará aviso especial. Esté todo prevenido para el día 11 de marzo que es la dominica primera de cuaresma, lo cual se visitará con exacción, por el sujeto o sujetos que señalaré, y yo he de ver en Santo Tomé y en el Yapeyú toda la gente y todo el avío. Para que no se olviden Vuestras Reverencias de lo que tengo escrito, mandarán hacer un traslado de este papel.¹

Hasta aquí el Padre Altamirano. Sus órdenes fueron fielmente ejecutadas y sus sabias previsiones contribuyeron sin duda alguna al felicísimo éxito de aquella empresa militar, la más importante que hasta aquella fecha se había realizado en las regiones del Plata. Los tres mil indios de las reducciones asaltaron y tomaron con tanto denuesto la amurallada fortaleza de la Colonia, en la mañana del 7 de agosto de 1679, que el maestre de campo, el santafesino Antonio de Vera y Mujica no pudo menos de admirar la bizarría y la táctica militar de aquellos bravos soldados, tan fieles a su Rey en las ocasiones difíciles como a su Dios en la pacífica vida de las reducciones.

LA FORTALEZA DE BUENOS AIRES.

ÚLTIMOS AÑOS DE LA VIDA DEL PADRE ALTAMIRANO

El Padre Cristóbal Altamirano era aún superior de las doctrinas cuando en 1681 recibió orden de su Provincial, que lo era a la sazón el Padre Diego Altamirano, de que

¹ Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires). — Col. — C. de J. 19 de abril de 1680.

enviase a Buenos Aires quinientos indios para la fábrica de la fortaleza que pretendía construir el señor Gobernador. Ejecutó este mandato de su Provincial, pero cuando a mediados del año siguiente tratóse de que mil familias de indios, reducidas por los jesuítas, pasaran a vivir en Buenos Aires, aunque había Altamirano terminado ya su oficio y sucedídole el Padre Alejandro Balaguer, así éste como aquél se opusieron a la arbitraria orden del señor Garro y apelaron a la Real Audiencia de Chuquisaca y al Virrey del Perú. En el Archivo de Indias de Sevilla (74-6-40) consérvase una interesantísima carta del Padre Alejandro Balaguer al provincial Padre Tomás de Baeza, en que se exponen con lucidez y precisión las razones que le movían a apelar contra la orden del señor Garro. Firman esta carta y juran ser cierto cuanto en ella se afirma, además del Padre Balaguer, los Padres Cristóbal Altamirano, José Serrano, Ignacio de Feria, Francisco de Rojas y Adrián González.

El Padre Cristóbal terminó su gobierno de las misiones a principios del año de 1682, pero quedó en ellas "como siempre había deseado, y poniéndose de nuevo en ellas la tercera probación [o sea el año que se concedía a los jóvenes sacerdotes jesuítas para adiestrarse en la vida de misioneros], ejerció el empleo de instructor [de los mismos] por algunos años criando muchos misioneros que han trabajado gloriosamente en aquella viña del Señor, hasta que fué Dios servido de darle el premio de sus heroicos trabajos sacándole de esta vida mortal por medio de una disentería que apoderándose de él en edad tan avanzada le debilitó y postró de manera que no dejó ningunas esperanzas de que

escapase. Prevínose muy a tiempo con todos los sacramentos, que recibió con extraña devoción, y entre actos heroicos de todas las virtudes entregó su alma en manos de su Criador, en la reducción de los Apóstoles San Pedro y San Pablo a [27] de [abril] de 1698, a los noventa y siete años de edad, ochenta y uno de Compañía y sesenta y uno de profesión, siendo, como ya insinué, el profeso más antiguo de la universal Compañía.”¹

“Esto es lo que se ha podido averiguar de los empleos de este insigne misionero y de las acciones de tan prolija vida gastada toda en servicio del Señor y en beneficio de los prójimos. Basta esta noticia para formar un subido concepto de sus grandes virtudes que en toda ella resplandecen; pero con todo individuaré algunas para concluir la relación de su vida.”

Una de sus virtudes características fué su grande amor a Dios y su caridad para con el prójimo. Todas sus acciones iban animadas de este espíritu sobrenatural, al mismo tiempo que las realzaba a los ojos de todos un temple de ánimo varonil, un corazón lleno de ternura y un aprecio grande de todos cuantos indios tenían con él algún trato, aunque no fuera sino pasajero. “Así se experimentó que los indios que fueron convertidos o doctrinados por el Padre Altamirano fueron siempre los que nos mostra-

¹ Tomamos las fechas de las Cartas Anuas. El autor anónimo, que transcribimos, las ignoraba y dejó los espacios en blanco, con el fin, sin duda, de averiguarlas y anotarlas. Lo que él no hizo, lo hemos hecho nosotros, dos siglos y medio más tarde. Anotaremos aquí que existe en el Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires), los documentos levantados por Altamirano al conferir a 15 de mayo de 1680 la toma de curato en San Carlos a los Padres Leandro Salinas y Francisco Castañeda.

ron más amor, y nos miraban con mayor respeto y reverencia.”¹

Era tan universalmente conocido y apreciado por los misioneros este singular “don de gentes” bárbaras que caracterizaba al Padre Cristóbal que, cuando en los últimos años de su vida no podía terciar como antes en las labores temporales o espirituales de las reducciones, solían los jesuítas que con él vivían proveerle de avalorios y otras cositas para que el nonagenario tuviera así el placer de poder distribuirlos a los indios, en lo que tenía singular complacencia.

Grande y muy humano era el corazón de este preclaro misionero. No podía haber necesidad que no proveyese, ni mal que no procurara remediar. “Él fué el primero que movido de compasión viendo los inmensos trabajos de los Padres, y que sólo se alimentaban de las raíces silvestres, que usaban los indios, empezó con gran trabajo a plantar plátanos y otras frutas, y alguna caña dulce de la cual sacaba alguna miel, y con todo ello socorría, a sus tiempos, a sus conmissioneros.”

Él, sin embargo, vivía en las mayores privaciones como si nada le faltara. “Su comida en la fundación de las misiones del Paraguay fué durante muchos años las raíces silvestres que tomaban los indios, sin probar bocado de pan ni saber a qué sabía en siete años; la bebida agua pura sin probar el vino, fuera de la misa, si no es en los últimos años de su debilitada vejez, en que se lo ordenaron los superiores.

”Finalmente el celo apostólico que tanto resplandece en todas las acciones de este gran varón, se mantuvo siempre

¹ Anuas, fol. 59 v.

en su alma con el mismo ardor sin que aun los muchos años le pudieran entibiar, porque aun cuando más fríos los miembros con la vejez, estaba más vigoroso su espíritu para trabajar, cuanto le era posible, en bien de los pobres indios. Confusión causaba a todos verle, aun el último año de su vida con noventa y siete años de edad, trabajando más que el joven más robusto.” “Era de mucha edificación, escribía el Padre Ignacio Frías en 1699, ver a un Padre tan anciano de casi cien años predicar, confesar y hacer la doctrina a los indios, como si fuera mozo.” En una época estuvo tan falto de oído que no podía oír confesiones, pero el santo viejo curó de esta enfermedad que fué la única que en su larga vida de casi cien años le aquejó.¹

“Predicaba todos los sermones que le tocaba y era el primero que se sentaba en el confesonario y el último que se levantaba. Todos los días, por la tarde, hacía la doctrina a los niños y niñas ocupándose con gran alegría en este apostólico ministerio en que se tenía por muy dichoso de poder ejercitarse hasta la muerte, repitiendo muchas veces aquellas palabras del Salmo: “*Beatus qui intelligit super egenum et pauperem*”, con las cuales se alentaba mucho a esperar firmemente los auxilios divinos para la perseverancia final por haberse empleado toda su vida en dicho ministerio, de que tuvo aviso cierto por medio del venerable

¹ Anuas, fol. 60 r. A pesar de la avanzada edad a que murió el Padre Altamirano, Gay le prolonga la vida hasta 1751, y vivo y sano le hace actuar en el pueblo de Santo Tomé en esa fecha (p. 348). No es de extrañar ya que ese mismo historiador pone en escena y en las misiones guaraníes al Padre Claudio Aquaviva que jamás pasó las fronteras de Italia. (*Historia da Republica Jesuitica do Paraguay*, Río de Janeiro, 1863.)

Padre y príncipe de los misioneros de esta provincia el ilustrísimo varón Antonio Ruiz de Montoya, que tuvo revelación de que por haberse aplicado nuestro Padre Cristóbal a la conversión y doctrina de los indios era del número de los predestinados, noticia que le participó luego escribiéndole estas palabras: "Vuestra Reverencia, mi Padre Cristóbal, persevere en ese ministerio de los indios y sepa que por dedicarse Vuestra Reverencia a ese ministerio su nombre está escrito en el libro de la vida." A esto aludía, sin duda, que preguntándole un Padre, cuando estaba para morir si esperaba en la misericordia de Dios, respondió con gran confianza: "sé de cierto que he de gozar de Dios para siempre".

ESCRITOS DIVERSOS

ESCASOS son los escritos del Padre Altamirano que han llegado hasta nosotros, ni es probable se hayan perdido algunos que debemos lamentar. Más que escritor, fué Altamirano misionero y misionero infatigable como hemos podido ver en las páginas de su biografía. Sus múltiples ocupaciones no le permitieron dedicar sus talentos al estudio de la naturaleza, como lo hicieron después tantos otros misioneros, ni al estudio de la historia como lo hizo el Padre Iturri, ni al estudio de los astros como con tanto éxito pudo dedicarse el Padre Buenaventura Suárez.

- A) Compendio | de la Doctrina Christiana | Para Niños. |
Compuesto en lengua - | francesa, | por El R. P. Francisco Pomeij, | de la Compañía de Iesvs. | Y traducido
en Lengua Guarani. | Por el P. Christoval Altamirano
| de la misma Compañía.

4º (125 × 200 mms.). — British Mus.: Egerton, 21262. Port. — v. en bl. — Texto: fols. 206/13.

La obrita del Padre Pomey (1618-1673) traducida por el Padre Altamirano se publicó en 1657 con el título de *Instruction Chrétienne*. No debe confundirse esta obrita con la que después publicó el mismo autor con el título de *Catechisme Theologique*, obra que llegó a ser popularísima en Francia como lo prueban las ediciones de 1664, 1675, 1677, 1680, 1682, 1700 y finalmente la de 1842 editada por Migne en su colección de *Catechismes philosophiques*.

No estamos capacitados para juzgar de los méritos o deméritos de la traducción guaranítica de Altamirano, pero bastará recordar que, según todos los historiadores, fué este jesuíta un insigne maestro de aquel idioma.

En el mismo legajo londinense se encuentran unas

B) Doctrinas compuestas en Lengua Guara- | ni por el P. Christoval Altamirano.

4º (125 × 200 mms.). — British Mus.: Egerton, 21264. Fols. 214/50.

Son diez y seis las doctrinas o explicaciones doctrinales que abarca este manuscrito (fols. 214/43), a las que sigue una serie de devociones y notas de carácter piadoso (fols. 243/50 v.).

El manuscrito londinense no contiene indicación u observación alguna sobre el mérito, uso, autor, etcétera de estos manuscritos ni nos ha sido posible averiguar cómo vinieron a poder del British Museum. Ninguno de los dos escritos son autógrafos de Altamirano; son copias de fines del siglo xvii y que fueron hechas por mano de algún indio calígrafo de las misiones. Tal vez se remitieron a Europa con

el objeto de darlos a la imprenta en época en que ésta no existía aún en el Río de la Plata.

C) Fórmula de los votos. 28 de octubre de 1638.

1 fol. — Autógrafo. — Arch. Gen. de la Comp. de Jesús.

D) Fragmentos de cartas. 1639-1640.

2 fols.

Hállanse mechadas en las *Litteræ Annuæ* de 1641-1643. El Padre Lupercio Zurbano, que firma estas Anuas, al narrar las invasiones de los paulistas acaecidas en los años anteriores nombra a los dos jesuítas que más tuvieron que luchar en esa oportunidad, a los Padres Cristóbal Altamirano y Andrés Gallego "de cuyas cartas principalmente recogeré aquí lo más particular que les sucedió...".

Estos fragmentos han sido reproducidos por Pastells (*Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. ii. pp. 82/5), y por nosotros (revista "Estudios", t. xxix. pp. 217/9).

E) Certificación jurada por el P. Cristóbal Altamirano y presentada por el P. Francisco Díaz Taño en satisfacción de las calumnias opuestas por los émulos de la Compañía de Jesús. Santos Reyes de Yapeyú y 24 de mayo de 1651.

1 fol. — Copia. — Arch. Gen. de Indias (Sev.): 74-6-28.

Poseemos copia de este documento, que se publica por vez primera en las líneas de esta elucubración, pp. 250/2.

F) Certificación sobre el número de caciques que ha habido en el pueblo de Mbororé. Arroyo de Yaguarón en 13 de septiembre de 1653.

1 fol. — Copia. — Arch. Gen. de Indias (Sev.): 74-6-28.

recoete onôõngu, oquapa Tupã ñeêngue ñande ángã reco aguiyêi
haguãmari onomongerabo, aipobaè opàcatu nangã Mbovexobia yàba
acebe opuxobiauca nungarey oinanga

P. Mbàe rehe pangã Ycarai bae oyepiã execo oquapa, aipobaè hexobia-
pi opàcatu vevobia ñemoãey oinarãe?

R. Tupã N. y. reheño oyecobo, kupigua ripi mombei hara, kupigua ipi ya-
rete aç mbotabi harãmey, haè ymbotabi pĩrãmey rano, oyãbo aç
aipobaè rehe oyepitaço catu hexobia pĩrãma opàcatu vevobia ñeângu-
ey oinane.

P. Haè nde pipo exevobia ñemomĩrĩngatu Tupã moñepeteibae mbàe
pabẽ rembiapia, yba, haè ybi onẽẽ pipe ñote ymoña hague, hexobia ñe-
moãey eicoboraè? Mbohapi Persona ramo heco, Tupã exemoñepetei
ramo heco ymboetepi ndexemohevaĩ piã hexobia catu eicoboraè?
Ndemaẽnduã pangã ñanderaĩhupape, guay petei upe ñandexoõ-
ãnga upiũcabo, Añangagui ñande pĩrĩõ haguãmari, ñande paũme
ymbou hague rehe raè? Haè Tupã vêtãbia ymboti etepiẽ mboticague
mboĩ hexecobo Seruxpro, Amoativõ niche penãapervã guitecobo, Peni
Tupã vêtã rape rupi peĩyta penemomburu peyẽõyã Tupã vecha api-
rey haguãmẽ, yyaquera exevobia pangã raè? Exeyepiã execo catu
pangã Seruxpro mboraihu ipi ñandeporiahu nungarey rehe omaẽ
oĩna Curucupipe ymanõ hague rehe, haè Aña, ñanãe amotarey-
mbaraũ mboaguiyẽ hague rehe abe raè? Ndemaẽnduã abepiã ñde-
pĩrĩõ nungarey bo, nde ãngã pipe heco aguiyẽrãma moĩ haguera
rehe raè? Haè Sacramentos yàba ñande ãngã mopiãtaha, Añan-
gagui ñande ñepĩrĩõ aguiyẽi haguãmari exeyeco pangã hexobia
catubo einarãe?

R. Haè marã amopangã.

P. Exemoherãpiã Purgatorio, haè Tupã vêtã hechagaupĩ abe hexo-
bia

G) Cartas a don Juan Díez de Andino, gobernador del Paraguay. Febrero 16 y 27, marzo 4 y 26 de 1665.

No sabemos si se conservan estas cartas de Altamirano, pero a ellas alude Díez en las suyas del 12 y 26 de marzo y 16 de abril. Las cartas de Díez se encuentran en el Archivo General de Indias (Sevilla): 74-4-15. Las de ambos corresponsales versaban sobre la guerra a los indios payaguás y guaycurúes.

H) Memorial para N. M. R. P. Juan P. Oliva. 1669.

4 fols. — Arch. Gen. de la Comp. de Jesús, leg. "Acta Cong. Proc. an. 1669. 32", fols. 195/9.

Autógrafo y firmado por su autor.

En este Memorial se pide que todas las congregaciones marianas de las misiones sean agregadas a la Prima Primaria de Roma; que no se aumente el tributo a los indios; que se escriban a las provincias de Milán, Nápoles y las Sicilias para que proporcionen sujetos a la provincia del Paraguay.

I) Memorial para el Presidente y Jueces Oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla.

Alude a este escrito, que no hemos podido hallar, el secretario de Su Majestad don Gabriel Bernardo de Quirós en carta del 27 de abril de 1673. (Arch. Gen. de Indias (Sevilla): 154-1-20.)

J) Testimonio sobre el matalotaje y avío que se les señaló a los religiosos de la Compañía de Jesús de la misión de 1674 en Buenos Aires.

1 fol. — Copia. — Arch. Gen. de Indias (Sev.): 75-6-9.

Junto con este mismo documento hállase una

K) Petición que hace el P. Cristóbal de Altamirano para llevar religiosos a América.

1 fol. — Copia. — Arch. Gen. de Indias (Sev.): 75-6-9.

- L) Carta del P. Superior, Cristóbal Altamirano, al Sr. Gobernador de Buenos Aires, D. José de Garro. Noviembre 3 de 1679.

2 fols. — Arch. Gen. de Indias (Sev.): 76-2-21.

Le comunica con urgencia las noticias que ha tenido acerca de las incursiones de los portugueses en las regiones de Misiones. Pastells publicó algunos extractos de esta carta (*Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. ii. pp. 246/7).

- M) Carta del P. Cristóbal Altamirano, Superior de las misiones del Paraná y Uruguay, al gobernador de Buenos Aires, D. José de Garro. Doctrina de San Carlos, 6 de noviembre de 1679.

2 fols. — Arch. Gen. de Indias (Sev.): 76-2-21.

De ésta y de la carta anterior poseemos copias.

- N) Carta del P. Superior Cristóbal Altamirano al Gobernador de Buenos Aires. Candelaria, 28 de febrero de 1680.

2 fols. — Arch. Gen. de Indias (Sev.): 76-2-21.

Responde Altamirano que ha puesto en ejecución lo ordenado en el pliego de 7 de febrero relativo al reclutamiento de tropas de indios.

- O) Orden escrita a los Padres misioneros de las doctrinas de la Compañía de Jesús del Paraná y Uruguay, por el Superior Cristóbal Altamirano. Candelaria y febrero 28 de 1680.

5 fols. — Arch. Gen. de Indias (Sev.): 76-2-21.

Pastells (t. iii. pp. 286/8) publicó un extracto de este documento y otro extracto de la lista o repartimiento de indios que la acompaña. Nosotros publicamos ambos documentos, algo abreviados ("Estudios", t. xxix. pp. 292/5). Lo reproducimos íntegramente en este trabajo. Véanse pp. 277/81.

Existe copia de estos dos escritos en el Archivo de la Nación Argentina (Buenos Aires): Colonia - Compañía de Jesús. 1680.

P) Carta del P. Cristóbal Altamirano al Gobernador de Buenos Aires. Santo Tomé y marzo 31 de 1680.

2 fols. — Arch. Gen. de Indias (Sev.): 76-2-21.

Da cuenta de la captura de veinte y cuatro sujetos lusitanos, y de las amenazas que urdían los portugueses contra la ciudad de Buenos Aires. Pastells trae un extenso extracto de esta carta (*Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, t. iii. pp. 293/4).

Q) Auto proveído por el gobernador del Paraguay, D. Felipe Rexe Corvalán para que se busquen armas y hagan exercitar a los indios en su manejo.

1 fol. — Arch. Gen. de Indias (Sev.): 74-6-40. Copia en el Arch. de la Nación Argentina (Bs. As.) — Col. — C. de J. — 1681.

Este exhorto fué notificado al Padre Altamirano por un tal Francisco Murinigo a 4 de enero de 1681, y lleva al fin la respuesta del mismo, ofreciendo cumplir la voluntad del mandatarío paraguayo.

R) Carta del P. Alejandro Balaguer, superior de las reducciones del Paraná y Uruguay, para el P. Tomás de Baeza, Provincial. San Nicolás y septiembre 24 de 1682.

4 fols. — Arch. Gen. de Indias (Sev.): 74-6-40.

Afirma Balaguer en esta carta que a los indios de las reducciones se les convirtió y redujo con la condición expresa de que no habían de salir de sus tierras; hace también constar que antes se dejarían matar que abandonar sus tierras. Además del Padre

Balaguer firman esta carta y juran ser verdad lo que en ella se dice los Padres Cristóbal Altamirano, José Serrano, Ignacio de Fera, Francisco de Rojas y Adrián González.

- S) Carta del P. Cristóbal Altamirano sobre las tierras del pueblo de San Francisco Javier. Apóstoles y diciembre 19 de 1697.**

2 fols. — Arch. de la Nación Argentina (Bs. As.). — Col. — C. de J.

Versa esta carta sobre un litigio de tierras entre San Javier y Concepción. La letra de la carta no es de Altamirano, pero la firma es suya. Alude en su texto a los "sesenta y ocho años que ha que vine a estas doctrinas...".

- T) Circular a los Padres misioneros ordenando bajo pecado envíen un tanto de las visitas de los Obispos y visitadores. Concepción y marzo 9 de 1678.**

1 fol. — Bibl. Nac. (Santiago de Chile): Jesuítas. Argentina, t. cclxxv. fol. 155.

Original y autógrafo.

Debemos esta noticia al Padre Carlos Leonhardt.

- U) Lista de los Caciques y Corregidores de los Pueblos de Misiones. Abril 17 de 1666.**

2 fols. — Archivo de la Nación Argentina (Bs. As.), Cabildo de Buenos Aires, 1601-1728.

Autógrafo.

Estos son los escritos de Altamirano que conocemos y que hemos podido examinar personalmente. Los Padres Uriarte y Lecina citan dos, cuyo paradero ignoramos, y de los que sólo podemos proporcionar las escuetas referencias que nos ofrecen los citados bibliógrafos:

- a) Estado de la cristiandad de la Asunción del Acara-
guay. 1631.

En 4°.

- b) Carta al capitán portugués don Jorge Suárez de
Macedo, prisionero de los indios cristianos de la Co-
rona de Castilla. 1679.

En fol.

Algunos bibliógrafos han confundido los escritos del Padre Cristóbal Altamirano con los escritos de los Padres Diego Francisco Altamirano (1625-1715) y Lope Luis Altamirano (1698-1767), y erradamente le han atribuído la *Epitome rei nummariae* y la *Relación del Gran Chaco* que compuso el primero y las *Cartas a Carvajal* y a *Rábago* que compuso el segundo.

TAL es la vida y tales los escritos del Padre Cristóbal Altamirano. Aquélla es tan confortante y tan llena de cohesión heroica, como escasos y de escaso interés son los frutos de su pluma. Ciertamente que su figura se parece más a la santa y admirable de Francisco Solano y de Luis de Bolaños que a la sabia y erudita de Buenaventura Suárez y de Francisco Javier Iturri.

Las páginas de su biografía revelan un espíritu lleno de sacrificio, un apóstol de ardiente fogosidad, una vocación sublime de santo y de mártir. La obra de cultura cristiana hecha por él en las selvas del Paraguay, no es ciertamente menor que la ejecutada por Suárez al erigir su observatorio astronómico y la realizada por Iturri al vindicar a la América contra los detractores sistemáticos del Nuevo Mundo.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- ABIARÚ, Ignacio: 243.
Abipones, invasiones de los: 32, 38, 45/50.
Acaraguá, pueblo de: 139, 228/48, 293.
Advocación de la iglesia: 24/5.
 Aguayo, Francisco: 69.
 Aguilar, José Teodoro de: 49.
 Aguilar, Juan Francisco: 43, 53, 145.
 Aguirre, José: 85.
 Agulló, Cosme: 41.
 Ahumada, Juan José: 28.
 Alegre, Juan N.: 27, 121.
 Alemán, Antonio: 189, 191, 195, 199.
 Alfaro, Francisco: 9.
Algodón, telares de: 30.
 Almedina, Agustín: 62.
 Almonátegui, María: 143.
 Altamirano, don Cristóbal: 219.
 Altamirano, Padre Cristóbal: 217/93.
 Altamirano, Diego: 281, 293.
 Altamirano, Lope Luis: 293.
 Alvear, Diego de: vii, 113, 135, 139, 142.
 Andino, Bartolomé: 40, 145.
 Andreu, Pedro Juan: 40.
 Angelis, Pedro de: 118.
Anuas de la Provincia del Paraguay, 244, 284/5.
 Aperger, Segismundo: 138.
Apología de la Compañía: 212/3.
Apóstoles, pueblo de: 283, 294.
 Aráoz, Juan N.: 204.
 Arata, Pedro: vii, 137/8.
 Araujo, José Joaquín: 117.
Archivo de Indias (Sevilla, España): xvi, 15, 94, 145, 173, 218, 221, 252, 268, 269, 288, 289.
Archivo de Simancas (España): xv, 76, 153.
Archivo de la Catedral (Santa Fe): xv, 81, 143.
Archivo de la Curia (Buenos Aires): xiv, 143, 207.
Archivo de la iglesia del Pino (Barcelona): xiii, 170.
Archivo de la Nación (Asunción): xiii, 19, 20.
Archivo de la Nación (Buenos Aires): xiii, 13, 14, 20, 25, 29, 30/3, 35, 53, 55, 57, 59, 62, 63, 64, 65, 66, 85, 86, 87, 92, 96, 105, 106, 138, 148.
Archivo de la Provincia Argentino-Chilena: 22, 25, 33, 57, 85, 104, 134, 162, 174, 206.
Archivo de la Provincia de Castilla (Loyola): xiv, 45, 100, 147, 203, 214.
Archivo de la Provincia de Toledo (Madrid): xiv, 149, 156, 168, 221, 222.
Archivo de los Tribunales (Córdoba): xiv, 143.
Archivo de los Tribunales (Santa Fe): xiv, 14, 45, 48.
Archivo del Colegio de la Inmaculada: xv, 25, 145.
Archivo Real de Munich (Alemania): 135.
 Aresti, Luis de: 244.
 Aretaga, Ignacio: 30, 36.
 Arias de Mansilla, Hernando: 17.
 Arias Montiel, Gabriel: 23.
 Arismendi, Pedro: 145.
 Arminio, Leonardo: 1, 2, 3, 4.
 Arnal, Manuel: 45, 49, 60, 61.
 Arnote, Luis: 224.
 Arregui, Juan Mateo: 277.
 Arroyos, cf. *Rosario de Santa Fe*.
 Arteaga, Esteban: 154/5.
 Astrain, Antonio: vii.
Astronomía colonial: 100/7.
 Astudillo, Ignacio: 85.
Asunción del Paraguay: 148/9, 253, 264.
 Ávila Salazar, Juan: 23.
 Azara, Félix de: vii, 94, 97, 101, 107, 159, 200.

- BAEZA, Tomás de: 282, 291.
 Bagual, cacique: 220.
 Balaguer, Alejandro: 282.
 Balda, Lorenzo: 42/3, 91, 94.
 Barrenechea, María: 67.
 Barzana, Alonso: vii, 2, 3.
Beatas de la Compañía: 39.
 Benavidez, cacique: 58.
 Benavidez, José: 40/2, 46, 53.
 Benavidez, Miguel: 36.
 Benítez, Pablo: 86, 87.
 Berro, Francisco: 176.
 Berthot, Manuel: 224.
 Bertodano, Eugenio: 46.
 Betschon, Antonio: 135.
Biblioteca Arús (Barcelona): 174.
Biblioteca Colombina (Sevilla): 186.
Biblioteca de la Academia de la Historia (Madrid): 174, 189, 193, 200.
Biblioteca de la Universidad de Granada (España): 44.
Biblioteca del Colegio de la Inmaculada (Santa Fe): 32, 63, 64.
Biblioteca del Colegio del Salvador (Buenos Aires): 175.
Biblioteca del Instituto Jovellanos (Gijón): 215.
Biblioteca del Museo Británico (Londres): 17, 174, 175, 176.
Biblioteca Nacional de Buenos Aires: 32, 33, 86, 87, 90, 103, 116, 118, 120, 133, 140, 144, 148, 187.
Biblioteca Nacional de Madrid: 58, 153, 157, 205.
Biblioteca Nacional de París: 124, 201.
Biblioteca Nacional de Río de Janeiro: 206.
 Blanqui, Andrés: 33/4.
 Bolaños, Luis: 293.
 Boroa, Diego: 36, 234, 253, 255.
 Borrego, Tomás: 150.
 Botelre, Andrés: 53.
 Bravo, Francisco: vii, 76, 107.
 Brigniel, José: 46, 55, 59, 67, 150.
Buenos Aires: 44, 270, 272.
Buenos Aires, construcción de la fortaleza de: 281.
Buenos Aires, los fundadores de: 219/20.
 Burgés, Francisco: 46, 54, 150, 204.
 Bustillo, Antonio: 46.
 CABALLERO, Diosdado: vii, 147, 210.
 Cabral, Gregorio: 30.
 Cabrera, Jerónimo Luis: 23.
 Cabrera, Pedro: 18.
 Caciques de Mbororé: 288.
 Calatayud, Pedro: 204.
 Camaño, Joaquín: 151, 204, 211.
 Caminos, Ambrosio Ignacio: 49.
 Campomanes: 174, 175, 183.
 Campos, Manuel: 105/7.
Candelaria, pueblo de: 93, 94, 100, 256, 278, 290.
 Candiotti, Antonio: 54.
 Canelas, Manuel: 46.
 Canudas, Luis: viii, 77.
 Carbia, Rómulo D.: vii, 209, 213.
Carcarañá, estancia del: 38.
 Cárdenas, Bernardino: 213, 253/5.
 Cardiel, José: 53, 54, 136, 150.
 Carranza, Ángel J.: 118.
 Carrasco, Jacinto: viii, 73.
Carta Crítica de Iturri: 172/200.
Casa de Ejercicios: 50, 69.
 Casado, Lorenzo: 46, 203/5.
 Castañeda, Francisco: 145, 283.
 Castillo, Alonso del: 21/2.
 Castillo, Antonio: 148.
 Castillo, Juan del: 228.
 Castro, Sarmiento Jacobo: 139.
 Cataldino, José: 5, 36, 224.
 Cea, Miguel de: 33, 45, 46, 53, 54.
 Celsio, Andrés: 113.
Cementerio: 29.
 Cervera, Manuel M.: viii, 2, 3, 39, 68, 69.
Colegio de la Inmaculada: 8/9, 23, 29, 35, 43, 50, 63, 68.
 Colón, Fernando: 126, 177.
Colonia del Sacramento: 275/81.
Comercio de yerba mate: 23.
Compañía de Jesús, restablecimiento de la: 160/1, 164/7.
Compendio de la Doctrina: 286.
Concepción, pueblo de: 223, 279, 292.
Congregaciones marianas: 29, 40, 237, 239, 289.
 Contucci, Nicolás: 49, 59, 147.
 Copérnico: 114, 127.
Córdoba de Tucumán: 25, 42, 145, 146/7, 222, 223, 274, 275.
Coronda, ciudad de: 65.
Corpus, pueblo de: 223, 279.
Corrientes, ciudad de: 26, 90, 277.
 Coto, Francisco: 256, 261.
 Crespo, Pedro: 65.

Cruz, pueblo de la: 228.

Cuadros pictóricos: 65/7.

Cullen, José M.: 77.

Cullen, Patricio: 77, 78.

CHACRAS y estancias del Colegio: 14, 22, 23, 31, 32, 38, 51, 59.

Charlevoix, Francisco: viii, 98.

Chomé, Ignacio: 47, 48, 108, 136.

Chuquisaca, Audiencia de: 282.

Darío, Juan: 9.

Delgadillo Alonso: 23.

Devoción al Sagrado Corazón: 57.

Díez de Andino, Juan: 267/9, 289.

Dobrizhoffer, Martín: 46, 150.

Doctrinas en lengua guaraní: 287.

Domínguez, Juan A.: 138.

Echagüe, Francisco: 39, 42, 74.

Echagüe, José Pascual: 26.

Echagüe, María Francisca de: 40.

Echagüe, Pascual: 77.

Echagüe y Andía, Catalina: 40.

Echagüe y Andía, Fermín: 67.

Ejercicios espirituales: 34, 39.

Encomiendas de indios: 10/1.

Entre Ríos: 23, 31, 32.

Epacta, carta sobre la: 133.

Epidemia de 1635: 232; *de 1636:* 233.

Esclavos: 15, 28, 30, 63.

Escuela de Cristo: 17, 29.

Espinosa, Pedro: 36.

Estancias del colegio: 22, 63.

Estudios escriturísticos: 43/4.

Estudios históricos: 37.

Factoría de tabacos: 69/70.

Falkner, Tomás: 52, 53, 138.

Fernández, Alonso: 95.

Ferrufino, Juan B.: 36.

Field, Tomás: i, 224.

Figueredo, Tomás: 42.

Formoso, Adrián: 93, 224, 230.

Fresco, Norberto: 175.

Frías, Ignacio: 222, 224, 225, 237.

Fuentes, Pedro Agustín: 24.

Fundación de Santa Fe: 1/2.

Funes, Ambrosio: 146, 151, 159, 162, 164, 168, 182, 205, 206, 207.

Funes, Domingo: 53.

Funes, Gregorio: 142, 148, 151, 187, 207, 208, 209, 213.

Gacitúa, Juan de: 126.

Gaete, Francisca: 40, 144, 147, 148.

Gaete, José: 53.

Gaete, Juan Francisco: 75, 144, 145.

Gaete, Juana de: 143.

Galán, Fermín, 147.

Gallego, Andrés, 245.

Garáu, Sebastián: 52/3, 54, 55.

Garavito de León, Andrés: 30, 250.

Garay, Juan de: 82, 220.

Garay, María de: 81, 82.

García, Manuel: 59/60, 62/3.

García, Marcos: 41, 62, 74.

García Velloso, Enrique: 211.

Garro, José de: 276/81, 282, 290.

Garvía, Diego de: 31, 36, 37, 104.

Godoy, Blanca de: 39.

Godoy, Elvira de: 24.

Gómez de Rivero, Miguel: 272.

González, Diego: 136, 146.

González, Joaquín V.: 118.

González, Roque: 224.

González, Tomás: 53.

González de Castilla, José: 28.

Gordillo, Ángel M.: viii, 164, 184, 201, 210.

Gorostiza, Roque: 158.

Grammatici, Nicasio: 113, 124, 128.

Groussac, Paul: ix, 16, 107, 137.

Guevara, Francisco: 42, 146.

Guevara, José: 16, 137, 204, 220.

Guevara, Ramón de: 215.

Guinet, José: 83.

Gutiérrez, Antonio: 53, 56, 203.

Gutiérrez, Francisco: 64.

Gutiérrez, Juan M.: 79, 84, 107, 132, 202, 209.

Guzmán, Bartolomé: 32, 36.

Haffer, Miguel: 38.

Herbarios coloniales: 137/8.

Hernacio, Nicolás: 16.

Hernández, Pablo: 98, 135, 209, 213.

Hernard, Nicolás: 16.

Hervás y Panduro, Lorenzo: 73, 148, 154, 202, 208, 210.

Hire, Felipe de la: 114, 123, 130.

Historia Natural, Eclesiástica y Civil: 208/11.

Horbegoso, Diego: 54.

Hospital: 68, 69.

Huerta y viña: 51, 68.

Humeres, José Ignacio: 75.

- ICART, Jaime: 62.
Iglesia del Colegio: 7, 9, 11, 13, 21, 29, 33/4, 50/2, 63, 64, 65.
 Ignacio, Nicolás: 16.
Indios guaraníes: 19/20.
Indios guaycurúes: 267, 289.
Indios payaguás: 267, 289.
 Insaurrealde, José: 36.
 Isle, Nicolás de l': 112, 113.
Itapúa, pueblo de: 90, 223, 279.
 Iturri, Ana: 144.
 Iturri, Francisco de Borja: 214.
 Iturri, Francisco Javier: 27, 75/76, 141/216.
 Iturri, Joaquín: 214.
 Iturri, José: 143.
 Iturri, Juan B.: 144, 145.
 Iturri, María Isabel: 40, 143/4.
 Iturri, Martín de: 40, 144, 147.
 Iturri, Pedro: 143, 144, 145.
- JARQUE, Francisco: 16.
Javier, culto de San Francisco: 24/6.
Jesús María, pueblo de: 24, 237.
 Jolis, José: 108, 112, 150.
 Juárez, Gaspar: 87, 150, 152, 156, 158, 184, 207.
- KLEIN, José: 46.
 Koegler: 113, 124, 128.
- LACOIZQUETA, Juan José: 48, 67, 145.
 Lamas, Andrés: 137.
 Larramendi, José: 27, 75.
 Larrazábal: 143.
 Larriz, Jacinto: 94, 249.
 Lassaga, Gabriel: 40, 66.
 Lassaga, Ramón: 8, 101, 140, 144, 164.
 Legal, Francisco: 167.
 Leguizamón, Martiniano: 92.
 Lehmann, José: 46, 58.
Lenguas indígenas: 225/6.
 León, Francisco de: 30.
 Leonhardt, Carlos: 6, 12, 16, 292.
 Lizardi, Julián: 35/6.
 López, Miguel: 37, 39.
 Lorenzana, Marcial: 5, 36, 224.
Loreto, pueblo de: 223/79.
 Lozano, Pedro: 2, 4, 5, 6, 7, 8, 10, 59, 84, 93, 109.
 Luengo, Manuel: 214/5.
 Lugones, Leopoldo: 115.
Lunario de un siglo: 102/3, 114/32.
- MACHONI, Antonio: 34, 43, 45, 46, 96, 271.
 Maciel, Joaquín: 63, 64.
 Maciel, Juan Baltasar: 40, 142, 152, 207, 216.
Mamelucos: 242/8, 250/2.
 Mansilla, Justo: 224.
 Marcos de Mendoza, Esteban: 143, 145.
Mareas, Teoría de las: 139.
 Marques, Pedro: 248.
 Márquez, José: 145.
 Martínez, Francisco: 75, 167, 168.
 Martínez, Miguel: 62.
 Martínez, Rafael: 70/1.
 Martínez Villamil, Francisco: 198, 199, 205.
Mártires, pueblo de: 92.
 Más, José: 91.
 Mata, Anselmo de la: 36.
 Matute de Altamirano, Cristóbal: 82.
 Mazeta, Simón: 36, 224.
Mbororé, pueblo de: 243/8, 249.
 Mburuá, cacique: 233.
Memorias enciclopédicas de Bolonia: 109.
 Mendieta, Domingo: 40.
 Mendieta, Rafael: 145, 146.
 Menéndez y Pelayo, Marcelino: 185, 186.
Mercedarios, Padres: 71/2.
 Metero de Lencinas: 82.
 Miers, Julián: 67.
 Mihura, Pedro: 64.
 Minití, cacique: 220.
 Miranda, Francisco J.: 150.
Misiones apostólicas: 42/3.
 Mola, Pedro: 224.
 Molina, Francisco: 21/2.
 Montenegro, Juan: 56.
 Montenegro, Pedro: 137, 138.
 Montoya, Antonio Ruiz de: 227, 233, 234, 235, 236, 286.
 Morales, Marcelo: 23.
 Morales, Miguel: 42.
 Morales, Nicolás: 146.
 Morales, Pedro: 62, 74.
 Moreira Calderón, Francisco: 23.
 Morrogh Bernard, A.: 116.
 Mota Botella, Francisco de la: 144.
 Mulhall, Miguel: 113.
 Muñoz, Juan B.: 142, 151, 172/200.
 Muriel, Domingo: 58, 109/12, 229.
 Murinigo, Francisco: 291.

NEWTON, Isaac: 139.
 Nogal, Pedro: 146.
 Nonell, Jaime: 170.
Nuestra Señora de Acaraguá, cf. *Acaraguá*.
Nuestra Señora de Fe: 85.
 Núñez, Jerónimo: 43, 44, 53.
 Nusdorffer, Bernardo: 42, 43, 50, 82, 86, 96, 137.

OBSERVATORIO astronómico: 100/7.
 Ocampo, Francisco: 151, 158.
 Ojeda, León: 147.
 Ojeda, Simón: 20.
 Olaechea y Alcorta, Baltasar: x, 81, 118.
 Oliva, Juan Pablo: 237, 270, 289.
 Oliver, Jaime: 100.
 Oñate, Pedro de: 13, 221.
 Orantía, Miguel: 31.
 Ordóñez, José: 224.
 Orduña, P.: 277.
 Oregio, José P.: 244.
 Oroño, Francisco: 74.
 Ortega, Manuel: 2, 5, 14, 224.
 Ortiz, Juan Francisco: 70.
 Osquiguilea, Manuel: 62, 63.
 Osuna, Juan de: 190.
 Oyarzábal, Ignacio: 42.

PARANÁ, *Bajada del*: 149.
 Passino, Jaime: 45, 95.
 Pastells, Pablo: 6, 10, 94, 101, 244, 271, 288, 290, 291.
 Pastor, Silvio: 19/21, 266.
 Patiño, Gabriel: 31, 32.
 Paucke, Florián: 46, 62, 150.
 Peña, Enrique: 116, 175.
 Peralta, Pedro: 114, 124, 126/7, 128.
 Peramás, José M.: 60, 150.
 Pérez, Juan Crisóstomo: 65.
Persecuciones: 17/8.
Pestes: 88, 261/3.
 Petragrassa, Ángel: 36.
 Pizuella, Jacobo de la: 173.
 Pimentel, Sebastián: 29, 30, 85.
 Pínola, Carlos: 52, 69.
 Pizarro, José: 165.
 Po, Joaquín del: 58, 62, 74.
 Pomey o Pomeij, Francisco: 286/7.
 Ponce, Miguel: 52.
 Posadas, Gervasio: 67.
 Pujol, Juan: 120.

QUERINI, Manuel: 51/2, 92, 97, 115.
 Quesa, Lucas: 19.
Quiloazas, río de los: 1, 219.
 Quiragui, cacique: 228.
 Quiroga, Gabriel: 40.
 Quiroga, José: 108, 136, 204.
 Quiroga Gallego, José: 49.
 Quirós, Bernardo de: 289.

RADA, Andrés de: 267, 270.
 Rechberg, Carlos: 45, 53.
 Rejón, Jerónimo: 46.
Restablecimiento de la Compañía: 77, 160/1, 164/7.
 Restivo, Pablo: 36.
 Rexe Corvalán, Felipe: 291.
Reyes del Yapeyú, pueblo de los: 229, 249, 250, 279, 281, 288.
 Reynal O'Connor, Arturo: 152, 202.
 Rico, José: 104, 105, 106, 115.
 Riva, Andrés de: 18/9.
 Riva, Juan Francisco, 63.
 Rivarola, José: 27, 75.
 Roberston, Guillermo: 180, 184, 186, 197, 215.
 Roca, Luis de la: 31, 33, 37, 85.
 Rodríguez, Alonso: 36.
 Rodríguez, Pedro: 42, 143.
 Rodríguez de Ataide, Jerónima: 81.
 Rodríguez y Fernández, Manuel A.: 189, 191, 192.
 Rojas, Francisco de: 282.
 Rojas, Ricardo: 62, 74, 80, 84, 118, 171, 208, 209.
 Romero, Juan: 3, 4, 224.
 Romero, Pedro: 18, 224, 228.
 Rosa, José: 54, 57.
Rosario de Santa Fe: 55, 65.
 Rosas, Pascual: 77.
 Ruiz, Francisco de Regis: 169.

SAAVEDRA, Hernando Arias de: 6, 7.
Sagrado Corazón, culto del: 57.
 Salaberry, Juan F.: 21, 81, 82, 83, 131, 219.
Salado, estancias del: 221.
 Salas, Juan de: 12/4.
 Salinas, Leandro: 283.
 San Alonso Rodríguez: 38/9.
 San Carlos, duque de: 198.
San Cosme, pueblo de: 84, 86, 93/100, 266, 279, 290.
San Fernando de Mocobíes: 45.

- San Francisco de Regis, pueblo de:* 45.
San Francisco Javier, culto de: 24/6, 38.
San Francisco Javier, pueblo de: 45, 224, 244, 249, 279, 292.
San Ignacio, pueblo de: 26, 86, 223, 225, 279.
San Ignacio, reliquia de: 41/2.
San Jerónimo del Rey, pueblo de: 45, 65.
San Lorenzo de Carcarañá, estancia de: 52/3, 56.
San Martín, Francisco: 12.
San Martín, general José de: 52.
San Miguel, pueblo de: 27, 279.
San Nicolás, pueblo de: 279.
Sánchez, Cecilio: 58.
Sánchez Labrador, José: 104, 108, 135, 136, 150.
Santa Ana, pueblo de: 279.
Santa Cruz, pueblo de: 229.
Santa María la Mayor: 88, 92, 266, 279.
Santiago de Chile, Biblioteca de: 292.
Santo Domingo, religiosos de: 6, 72/3.
Santo Tomé: 279, 285.
Santuchos, Tomás: 2.
Sayas, Ignacio: 16.
Scaramelli, Juan B.: 60, 73.
Sebastián, Juan: 3.
Seguro, Saturnino: 183.
Sepp, Antonio: 36, 133.
Serra, Miguel A.: 23, 271.
Serrano, José: 133, 282.
Sigordia, Juan: 6, 8, 9, 14.
Silva, Blas de: 28, 30.
Somoza, Julio: 215.
Sotelo, José: 62, 74.
Sotomayor, Miguel de: 10, 11, 221.
Suárez, Antonio: 81, 82, 83.
Suárez, Buenaventura: 26, 79/140.
Suárez, Diego: 94, 101.
Suárez, Jorge: 23, 293.
Suárez, María: 50.
Sudor milagroso: 16/7.

TABATÍN, indios del: 228.
Techo, Nicolás del: 36, 226, 248.
Temporalidades: 63, 64.
Tercera probación: 17.
Termeyer, Ramón: 46.
Toledo, José: 27.
Tolo, José: 22/3.

Torre de la iglesia: 33, 50, 52.
Torrejón, Tomás: 126.
Torres, Juan de: 23.
Torres Bollo, Diego de: 6, 224.
Traslado de la ciudad de Santa Fe: 19.
Trelles, Manuel R.: 23, 94, 229.
Troncoso, Gaspar: 27.
Troncoso, José: 40, 145.
Troncoso, Vicente: 64.
Tunas, Puesto de las: 52.

UBACH, José: 129, 131.
Ucedo, Francisco: 26.
Ucedo, Tomás: 26/7.
Udaondo, Enrique: 145, 174, 175.
Uriarte, José E.: 38, 191, 192, 212, 214.
Urizar, Pedro de: 31.
Urrejola, José: 146.
Urtasun, Martín: 36.

VALLE, Francisco del: 6, 7, 8, 9.
Van Suerck: 15.
Vargas, Diego de: 35, 36.
Vargentín: 110/3.
Vázquez Trujillo, Francisco: 9, 13, 221, 228.
Veitia Linaje, José: 271.
Vera y Mugica, Antonio: 52, 81, 281.
Vera y Mugica, Francisco Antonio: 40, 58, 65.
Verger, Luis: 12, 15, 16.
Villafañe, Diego L.: 146, 150, 151, 156, 162, 163, 168, 174, 205, 182, 187, 201, 212.
Villagarcía, Feliciano: 88.
Villarica, pueblo de: 255/64.
Villegas, Valeriano: 23.
Virgen de los Milagros: 11/2, 16, 24, 39/40, 41, 66/7, 145.
Vocaciones religiosas: 26/7.

YAGUARÓN: 288.
Yapeyú, cf. Reyes del Yapeyú.
Yegros, Juan: 36.
Yegros, Ramón: 36.
Yegros, Sebastián: 36.

ZAPATA Gollán, Agustín: 100.
Zea, Juan B.: 25, 29.
Zoloaga, Félix: 152, 158, 160, 175, 176, 206, 207.
Zurbano, Lupercio: 244, 288.

ÍNDICE GENERAL

| | <u>PÁG.</u> |
|---|-------------|
| PRÓLOGO | v |
| LIBROS CITADOS EN ESTA OBRA | vii |
| MANUSCRITOS Y ARCHIVOS CITADOS | xiii |
| INTRODUCCIÓN | 1 |
| BUENAVENTURA SUÁREZ | 79 |
| DATOS BIOGRÁFICOS | 81 |
| SAN COSME Y SAN DAMIÁN | 93 |
| EL OBSERVATORIO Y SUS APARATOS | 100 |
| LA FAMA DEL ASTRÓNOMO | 107 |
| EL LUNARIO DE UN SIGLO | 114 |
| LOS PRELIMINARES DEL LUNARIO | 121 |
| EL CONTENIDO DEL LUNARIO | 126 |
| VALOR CIENTÍFICO DEL LUNARIO | 129 |
| OTROS ESCRITOS DE SUÁREZ | 133 |
| FRANCISCO JAVIER ITURRI | 141 |
| DATOS BIOGRÁFICOS: | |
| NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS. SUS PADRES Y HERMANOS. | |
| PRIMEROS ESTUDIOS. EN SANTA FE Y CÓRDOBA DE TUCUMÁN | 143 |
| ENTRA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS. ESTUDIA CON ÉXITO | |
| LAS CIENCIAS ECLESIASTICAS Y PROFANAS. RENUNCIA A | |
| SUS BIENES. VIAJE A LA ASUNCIÓN | 146 |
| CAMINO DEL DESTIERRO. COMPAÑEROS DE INFORTUNIO. SE | |
| ESTABLECE EN FAENZA. HACE LA PROFESIÓN. VA A | |
| ROMA | 150 |
| UNA CARTA DE ITURRI. EXPULSADO NUEVAMENTE DE ES- | |
| PAÑA. REGRESA A ITALIA. FRASES DE ITURRI. SUS OCU- | |
| PACIONES EN ROMA | 154 |

| | PÁG. |
|---|------|
| ITURRI Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS. LA OCUPACIÓN DE ROMA POR BONAPARTE. IDEAS DE ITURRI. PATRIOTISMO | 158 |
| VUELVE ITURRI A ESPAÑA. INGRESA NUEVAMENTE EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS. SUS OCUPACIONES EN MANRESA. ES NUEVAMENTE EXPULSADO DE ESPAÑA. SU MUERTE | 164 |
| DIVERSOS ESCRITOS: | |
| LA PRIMERA "CARTA CRÍTICA". JUAN B. MUÑOZ Y SU "HISTORIA DEL NUEVO MUNDO". PRINCIPIO DE LA CONTROVERSA. | 172 |
| EL CONTENIDO DE LA "CARTA CRÍTICA". RAZONAMIENTO Y ARGUMENTACIÓN DE ITURRI. ELOCUCENCIA Y RASGOS HUMORÍSTICOS | 177 |
| MÉRITO DE LA CARTA DE ITURRI Y JUICIO QUE DE ELLA HAN EMITIDO R. ROJAS Y M. MENÉNDEZ Y PELAYO. MUÑOZ Y LA CRÍTICA MODERNA. LA CARTA DE ITURRI Y EL DEÁN FUNES | 182 |
| LA SEGUNDA CARTA. ¿ES ITURRI SU AUTOR? MUÑOZ Y SU "SATISFACCIÓN A LA CARTA CRÍTICA". | 188 |
| PUBLICACIONES VARIAS | 200 |
| LA "HISTORIA NATURAL, ECLESIASTICA Y CIVIL DEL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA". SU COMPOSICIÓN Y EXISTENCIA | 208 |
| OBRAS PERDIDAS | 212 |
| CRISTÓBAL ALTAMIRANO. | 217 |
| DATOS BIOGRÁFICOS: | |
| PRIMEROS AÑOS | 218 |
| EN CÓRDOBA DE TUCUMÁN. EN LAS MISIONES GUARANÍES | 222 |
| FUNDACIÓN DE ACARAGUÁ. | 228 |
| LA EPIDEMIA DE 1636. LA LABOR DEL APÓSTOL | 233 |
| LOS MAMELUCOS. LA VICTORIA DEL MBORORÉ | 242 |
| TRASLACIÓN DEL MBORORÉ. LA CUESTIÓN CÁRDENAS. | 249 |
| EN VILLARICA | 255 |
| RECTOR DE LA ASUNCIÓN. SUPERIOR DE LAS MISIONES. LA GUERRA CONTRA LOS PAYAGUÁS Y GUAYCURÚES | 264 |
| EN VIAJE A EUROPA | 269 |
| RECTOR EN CÓRDOBA. DESALOJO DE LA COLONIA | 275 |
| CONSTRUCCIÓN DEL FUERTE DE BUENOS AIRES. ÚLTIMOS AÑOS DE LA VIDA DEL PADRE ALTAMIRANO | 281 |
| ESCRITOS DIVERSOS | 286 |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO | 295 |

Imprimi potest. — RAYMUNDUS LLOBEROLA, S. J. — Bs. As., 28-IX-1928.

Imprimatur. — ANTONIUS ROCCA, Vic. Gen. — Bs. As., 17-VIII-1929.

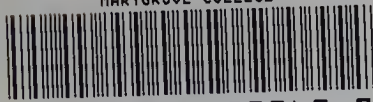
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EL DÍA TREINTA DE
AGOSTO DEL AÑO DE
MIL NOVECIENTOS
VEINTINUEVE,
FESTIVIDAD DE
SANTA ROSA DE
LIMA, PATRONA DE SUD
AMÉRICA, EN LA IMPRENTA
DE SEBASTIÁN DE AMORRORTU

Pon



PLANO
DE SANTA FE
EN 1771

Leste



3 1927 00052942 7

- 1..... la Plaza
- 2... la Iglesia Mayor
- 3... comienza en la ^{ra} Domingo
- 4... su lado hueco
- 5... com.^{to} en S.ⁿ Juan
- 6... el en la merced.
- 7... Colegio, N.^{ra} y buena
- 8... Oficio en Misiones
- 9... rancheria del Colegio.
- 10... Ygl.^a a un ^{ra} S.ⁿ Roque
- 11... Capilla S.ⁿ Antonio.
- 12 y 13... corrales en la Ciudad

corra

982
F97

Rio de



